

LUIS CASTELLS, *ed.*

LA HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA

es un campo crecientemente recorrido en la historiografía española. Son frecuentes los trabajos que desde diferentes temáticas abordan cuestiones relacionadas con la vida cotidiana. Conocer mejor y delimitar en la medida de lo posible lo que supone este enfoque parece una cuestión útil y pertinente para futuras investigaciones.

AYER

19*1995

LA HISTORIA
DE LA VIDA COTIDIANA

A_yer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0°. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* por que ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques. Cada año se dedica un volumen a comentar la actividad historiográfica desarrollada en el año anterior. Su distribución está determinada de forma que una parte se dedica a comentar en capítulos

separados los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores en España, Europa y Estados Unidos e Iberoamérica. La mitad del volumen se destina a informar sobre el centenar de títulos, libros y artículos, que el editor considera más relevantes dentro del panorama histórico, y para una veintena de ellos se extiende hasta el comentario crítico.

Los cuatro números próximos son:

Santos Juliá

La II República

Pedro Tedde

*El Estado y la modernización
económica*

Enric Ucelay Da Cal

La historia en el 95

Carlos Sambricio

Historia de la Ciudad

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cms. El precio de venta, incluido IVA, y las condiciones de suscripción, son:

Precios España:

suscripción anual: 7.200 pts.

Precios extranjero:

suscripción anual: 8.700 pts.

LVIS CASTELLS, *ed.*

LA HISTORIA
DE LA VIDA COTIDIANA

John K. Walton
Alf Lüdtke
Maurizio Ridolfi
Pegerto Saavedra
Luis Castells
Antonio Rivera
Pilar Folguera
Juan Gracia Cárcamo

MARCIAL PONS
Madrid, 1995

Números publicados:

- 1 Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
- 2 Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
- 3 Javier Tusell, *El sufragio universal*.
- 4 Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
- 5 Í. I. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
- 6 Antonio Morales, *La historia en el 91*.
- 7 José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
- 8 J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
- 9 Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
- 10 Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
- 11 Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
- 12 Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
- 13 Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
- 14 Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
- 15 Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
- 16 Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
- 17 Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
- 18 Ramón Villares, *La Historia en el 94*.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de AHC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco. 28040 MADRID.

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
Tamayo y Baus, 7
Tel. 319 42 54 - Fax 319 43 73
28004 MADRID

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons. Librero

ISBN: 84-87827-22-5

Depósito legal: M. 28.424-1995

ISSN: 11;H-2277

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoven, S. L.
Polígono Igarza. Paracuellos de Jarama (Madrid)

Índice

<i>Introducción</i>	11
Luis Castells	
<i>Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra, 18.50-1940</i>	15
John K. Walton	
<i>De los héroes de la resistencia a los coautores. «Alltagsgeschichte» en Alemania</i>	49
Alf Lüdtke	
<i>Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana</i>	71
Maurizio Ridolfi	
<i>La vida cotidiana en la periferia de la civilización: Los campesinos de Galicia en los siglos XVII-XIX</i>	101
Pegerto Saavedra	
<i>Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)</i>	135
Luis Castells y Antonio Rivera	
<i>La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo.....</i>	165
Pilar Folguera	
<i>Microsociología e historia de lo cotidiano.....</i>	189
Juan Gracia Cárcamo	

Introducción

Luis Castells

Como señalaba recientemente Burke en diferentes publicaciones ¹, la historia de la vida cotidiana es uno de los campos que han cobrado una creciente importancia dentro de una renovada historia social. Tal como indicaba este mismo autor, hay un problema de definición sobre lo que puede entenderse como historia de la vida cotidiana, y, por extensión, sobre los temas que abarca. Además, como se expone en los artículos que vienen a continuación, no existe una corriente que se englobe tras esta denominación, con la excepción de Alemania, donde el movimiento Alltagsgeschichte se ha constituido como un referente de aquella historiografía. Buena parte de sus problemas a la hora de precisar lo que se entiende por historia de la vida cotidiana deriva de su imprecisión, de sus vagos contornos, así como de su escasa teorización, cuando menos desde la perspectiva de los historiadores. Muchos de sus problemas están vinculados, sin embargo, con la propia situación de la historia social, sin unas fronteras precisas sobre el campo que abarca y careciendo, como se expusiera hace unos años, de un centro intelectual consistente o de un marco establecido de ortodoxia convencional ² que le dote de

¹ BIRKE, P., «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en *Formas de hacer historia*, Madrid, pp. 24-25; «La nueva historia socio-cultural», en *Historia Social*, núm. 17, 1993, p. 106.

² La primera consideración de CARRADINE, D., en *Historia Social*, núm. 10, 1991, p. 149; la segunda en THOMPSON, F. M. I., *The Cambridge Social History of Britain, 17.50-19.50*, vol. 1, Cambridge, 1990, p. XI.

una mayor homogeneidad e impida el riesgo de la creciente fragmentación.

Aun con estos y otros problemas inherentes a la historia social en general, el ámbito de lo que puede entenderse como historia de lo cotidiano está propiciando una profunda renovación del quehacer historiográfico. Lejos de un tipo de enfoque que reitera en situarla en el trillado terreno de lo trivial y descriptivo, la historia de la vida cotidiana ha puesto su acento en perspectivas y temas nuevos, que están permitiendo ver nuestro pasado desde otros ángulos. La microhistoria, la historia oral, la del género, la de la familia, la de las representaciones, o más en general la historia de la «gente corriente»..., son algunos de los terrenos en los que se ensaya esta perspectiva, dentro de un amplio abanico temático que algunos han querido englobar bajo el término de historia socio-cultural. Sin afanes exclusivistas o excluyentes, la historia de la vida cotidiana puede ser un terreno privilegiado para el estudio de los comportamientos sociales y de las redes que en diferentes ámbitos se establecen, permitiendo, además, acercarse a las fuerzas profundas que recorren la sociedad y la configuran. Pero asimismo, desde su inherente perspectiva micro, este enfoque historiográfico puede también arrojar luz sobre los grandes procesos, poniendo al descubierto, por ejemplo, lo que supone el cambio social, cómo se concretaba éste en la vida de las gentes y lo que para ellas implicaba, proporcionando, en suma, una imagen con rostro humano de la evolución histórica.

Aunque con el retraso con el que se mueve la historiografía española con respecto a las más punteras, también en nuestro país se está prestando una creciente atención a los temas de la historia de la vida cotidiana. Ha aumentado en los últimos años la producción sobre temas relacionados con la vida cotidiana, si bien su dispersión y ausencia de conceptualización ha limitado su impacto y difuminado su posible consideración como una orientación global, aunque no homogénea. Parecía necesario, dado ese interés, prestar atención a este enfoque, para lo que se ha contado con reconocidos especialistas sobre esta materia a la hora de la elaboración de este número. Se ha buscado con la colaboración de Walton, Ludtke y Ridolfi mostrar los recorridos que ha seguido la historia de la vida cotidiana en otras historiografías, evidenciando los distintos itinerarios adoptados y las diferentes tradiciones tanto teóricas como incluso terminológicas. Se ha pretendido, en suma, poseer unas referencias sobre los en-

Introducción

foques bajo los que se ha desarrollado la historia de la vida cotidiana en países con más peso historiográfico, así como conocer su estado actual. Ya desde nuestro ámbito y desde una perspectiva teórica, al artículo de Gracia acomete una reflexión sobre diversas aproximaciones que se han producido a lo cotidiano y sobre las posibilidades que ofrece. A través de los artículos Saavedra, Fo19uera, Rivera y yo mismo, se ha querido pulsar algunas de las prácticas historiográficas que en nuestro país se producen dentro de la historia de la vida cotidiana, escogiendo para ello marcos cronológicos y espaciales muy diversos. Son, en definitiva, un conjunto de colaboraciones con las que no se pretende abarcar el denso campo de la historia de la vida cotidiana, ni puede existir un afán exhaustivo dada la pequeñez de la muestra, pero que pueden orientar sobre algunos de los caminos que adopta esta corriente historiográfica.

Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra, 1850-1940

Iohn K. Walton

La «historia de la vida cotidiana» no es una expresión de uso común o actual en la historiografía inglesa. Esto puede resultar sorprendente, dado que fueron profesores ingleses los que promovieron desde diversas perspectivas el estudio formal de la política popular, la cultura de la clase obrera, las estrategias de supervivencia, las organizaciones laborales, las familias, las comunidades e instituciones locales, sentando las bases para el desarrollo de propuestas semejantes, y para la búsqueda de temas paralelos en otras partes. Sin embargo, el grueso de la investigación y las publicaciones sobre historia social, cuyos contornos serán posteriormente delimitados en este artículo, no ha recibido una denominación conjunta, ni ha generado ningún apuntalamiento teórico sistemático. Esto no es de extrañar, dado el notorio desprecio de los investigadores ingleses en general, y quizá de los historiadores en particular, por las teorías grandilocuentes y los razonamientos deductivos, pero deja al autor de un artículo como éste en la singular posición de escribir sobre una idea que no ha sido expresada bajo una determinada denominación.

1. Los movimientos History Workshop y Alltagsgeschichte.

La aproximación más cercana a los asuntos a tratar la proporciona el concepto (y movimiento) alemán *alltagsgeschichte*. En 1989, Geoff Eley lo describió como «la novedad más importante de la últi-

ma década en la historiografía de Alemania Occidental», por su desafío a los análisis históricos centrados en la alta política y en las interpretaciones estructurales. Se intentaban recuperar las circunstancias materiales, los modos de vida, los valores y experiencias de la gente corriente tanto en el mundo del trabajo como de la pequeña burguesía, subrayando los modos en los que visiones alternativas del mundo y sistemas de valores extraoficiales podían sostenerse y afirmarse en contra de culturas ostensiblemente dominantes, que para los historiadores son más sencillas de analizar. Se abrieron vías de investigación tanto académicas como populares que definieron este complejo movimiento. Las investigaciones que se elaboraron estuvieron particularmente interesadas en que partiendo de experiencias individuales, de pequeños grupos y localidades —miniaturas históricas—, se conectara con los ámbitos más amplios de las ideas y de la acción políticas, sobre todo para intentar comprender la conformidad y la resistencia populares al Tercer Reich. Este proyecto no quedó, por lo tanto, reducido al redescubrimiento de modos de vida anteriores, con todos los riesgos de anticuarianismo que eso conlleva, sino que fomentó a su vez una línea política partiendo de la capacidad de los individuos para construir su propia historia dentro del marco restrictivo que les rodea, hasta intentar nutrir esta consideración con una apreciación más sutil y detallada de las funciones políticas de la nación-estado y de la construcción de nociones en torno a la identidad nacional ¹.

El movimiento *alltagsgeschichte* se sirvió abiertamente de ideas inglesas, y sobre todo del trabajo de E. P. Thompson, al igual que de las tradicionales aportaciones inglesas de la historia de la clase obrera o popular, que se hallaban ya en grandes vías de desarrollo cuando el movimiento alemán comenzó a hacerse notar a comienzos de los ochenta. Me he referido a este tema al inicio del artículo, dado que las características que se le atribuyen coinciden en gran medida con el trabajo británico del que me voy a ocupar, aunque este último caree de la atribución de una identidad común (con todo lo amplia que pueda resultar en la práctica en el caso alemán). Lo que viene a

¹ ELEY, G., «Labor history, social history, *alltagsgeschichte*: experience, culture and the politics of the everyday - a new direction for German social history?», en *Journal of Modern History*, núm. 61, 1989, pp. 297-343; CREM, D., «*Alltagsgeschichte*: a new social history "from below"», en *Central European History*, núm. 22, 1989, pp. 394-407. Gracias a Lynn Abrams por esta referencia.

continuación se centra en el trabajo de investigadores ingleses (y algunos americanos) en torno al período que comprende la segunda mitad del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, sobre temas que se hacen eco del extenso proyecto *alltagsgeschichte*, aunque en la mayoría de los casos, por no decir en todos, sus orígenes ingleses lo precedieron e influenciaron. Dentro del marco de producción más amplio de estos temas pueden destacarse dos identidades colectivas, aunque es imposible separarlas analíticamente, y la segunda es una entidad menos coherente, si cabe, que la primera. Estas identidades son la «historia del pueblo», asociada al movimiento de los History Workshop, que supuso una influencia formativa para el *alltagsgeschichte* en Alemania, y la «historia desde abajo» o la «historia de abajo arriba».

History Workshop comenzó en Oxford a finales de los sesenta, en estrecha relación con el Ruskin College, que impartía cursos a sindicalistas y preparaba el acceso de activistas de clase obrera a la enseñanza superior. History Workshop generó asambleas regulares cuya fuerza anárquica se hizo legendaria, y pronto empezó a publicar panfletos basados en el trabajo de estudiantes del Ruskin College, normalmente bajo la tutela de Raphael Samuel. Algunos de estos panfletos, como el de Alun Howkins sobre las diferentes maneras de observar la festividad de Pentecostés en el siglo XIX en el marco rural del condado de Oxford, resultaron ser los primeros pasos hacia eminentes carreras académicas².

En 1976, el movimiento había acumulado suficiente confianza en sí mismo y los recursos necesarios para publicar su propia revista, la cual, tal y como lo anunció el colectivo editorial, «irá dirigida a los elementos fundamentales de la vida social: la cultura material y el trabajo, las relaciones entre clases y la política popular, las divisiones de sexo y el matrimonio, la familia, la escuela y el hogar». Estas cuestiones habrían de ser coordinadas con una visión de conjunto del capitalismo, el cual iba a suministrar un marco de interpretación, y se anunció un compromiso para la democratización de la historia, llevándola más allá del mundo académico y haciéndola accesible a la gente corriente³. En base a la prioridad que se dio a la historia feminista dentro de este contexto, hubo contribuciones especiales por

HOWKINS, A., *Whitsun in nineteenth-century Oxfordshire*, Oxford, 1970.

³ *History Workshop Journal*, núm. 1, 1976, p. 1.

parte de Sally Alexander y Anna Davin abogando por la transformación de la comprensión del sistema de producción, la política y la cultura de la clase trabajadora, la lucha de clases y el desarrollo del Estado de bienestar. Mientras tanto, Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones señalaron la necesidad de examinar críticamente la relación entre historia y sociología ⁴.

Podemos constatar, al menos de modo retrospectivo, una serie de posibles tensiones entre una historia del pueblo idealmente accesible, que celebrara la experiencia y actividades populares, y un compromiso con la teoría socialista que pondría en peligro esa accesibilidad e inmediatez. Cuando se llevó a cabo la sexta publicación, en 1978, los riesgos en ambos extremos eran demasiado evidentes. Se publicaron simultáneamente, por un lado, el ataque althusseriano de Richard Johnson al supuesto culturalismo de la versión del marxismo de Thompson -que habría de provocar una serie de polémicas feroces confusamente redactadas y una asamblea de confrontación en el History Workshop de Oxford celebrada en una antigua iglesia, donde la apropiada figura eclesiástica de Stephen Yeo presidió a una agitada multitud- y, por otro, el relato de Arthur Exell sobre su vida laboral en Morris Motors en los años treinta. Esta enmarañada y desenfocada amalgama de recuerdos de Exell hizo pocas concesiones a las nociones de mayor pertinencia o significado, y los escasos conceptos útiles que contenía, apenas compensaron el esfuerzo de leer el enrevesado texto. Era como publicar una historia oral transcrita en su totalidad, y, aunque en cierto modo se trataba de la auténtica voz del pueblo y de un producto narrativo con todo el derecho a ser oído y tomado en serio, era complicado decidir qué hacer con él ⁵.

Con todo, siguieron brotando nuevos enfoques. Los primeros escalones de la historia oral como una adecuada herramienta histórica, especialmente para recuperar aspectos ocultos de la vida y pensamiento de aquellos que hasta ahora habían permanecido mudos en términos del relato histórico, se describieron en un artículo de fondo en 1979.) no desdeñándose sus posibles dimensiones políticas. La misma publicación contenía otro artículo de fondo sobre el valor potencial de la reconstrucción de sociedades locales y la búsqueda de la historia urbana a escala del vecindario e incluso de la calle. En él, Jerry

⁴ *Ibid.*, pp. 4-8.

⁵ *History Workshop journal*, núm. 6, 1978, pp. 79-100 Y52-78.

White hizo una sensible evocación realizada de la vida y costumbres en «la peor calle del norte de Londres», la barriada conocida como Campbell Bunk. Este fue uno de los primeros ejemplos del género de microhistoria que llegaría a ser particularmente prolífico en fomentar modos de interpretación de la vida de los trabajadores urbanos y de los marginados económicos a través de sus propias palabras, así como a través de las de los otros. Como este artículo de fondo dice:

el pueblo no se halla unido por el lugar -que es donde habita-, sino por las deudas, el parentesco, el empleo, las rivalidades, las pasiones. Lo que precisamos saber es de qué manera se consolidan las relaciones sociales a través de elementos comúnmente compartidos y de situaciones culturales.

A diferencia de la tradicional práctica de historia local inglesa que estudia lugares en su totalidad por su propio interés, aquí lo local fue la base para perseguir cuestiones de amplia significación a través del filtro minucioso e informado de una evidencia densamente tejida ().

Desarrollos posteriores han supuesto un compromiso cada vez más explícito hacia el feminismo y un interés creciente por el giro lingüístico, ambos introducidos por una editorial en 1980 cuyo programa abarcaba hasta la consideración de quejas puntuales sobre la dificultad de la propia terminología de la publicación, inflexión coincidente con el momento en que la teoría socialista, y quizá postsocialista, fue obteniendo el dominio sobre el compromiso original hacia la historia del pueblo ⁷. Este último no desapareció, pero fue paulatinamente eclipsado por otras modas, aunque el propio Samuel, en una recensión de 1991 sobre el desarrollo de enfoques lingüísticos en historia social, anticipó un retorno al hiperrealismo y, en términos de Foucault, al conocimiento local, que puede que anunciara el renacimiento de una variante altamente teorizada de la historia de la vida cotidiana ⁸.

En el History Workshop hubo algo más que asambleas y la revista, puesto que se publicaron una serie de libros impregnados con la filosofía del taller, así como monografías, ensayos y actas. Cuatro

⁶ *History Workshop Journal*, núm. 8, 1979, pp.1-111, Y WHITE, J, «Campbell Bunk, a lumpen community in London between the wars», en *History Workshop Journal*, en ídem, pp. 1-49.

⁷ *History Workshop Journal*, núm. 10, 1980, pp. 1-5.

⁸ SAMUEL, H., «Heading the signs», en *History Workshop Journal*, núm. 32, 1991, pp. 88-109.

de los cinco primeros títulos se hallaban sólidamente cimentados en el paradigma de la historia del pueblo. Abordaban los siguientes temas: el trabajo y la cultura material en pueblos; el mundo del empleo y del amplio entorno de los trabajadores en industrias extractivas; los habitantes de una barriada de Londres, y la vida y circunstancias de un gángster en el East End de Londres. El quinto examinaba aspectos de la relación entre historia del pueblo y teoría socialista, que fue el marco de amargas disputas a finales de los setenta. Desde los inicios de los ochenta en adelante, el contenido de la colección se diversificó con un crecimiento continuado en la producción de libros que trataban en su mayoría, o por entero, de cuestiones teóricas, cada vez más ligadas al feminismo, la lengua y el tema de la representación. Libros tales como *Living the Fishing*, o capítulos y apartados en recopilaciones como *Metropolis: London*, conservaron el punto de vista original, pero éste era ahora uno entre varias perspectivas⁹. Tal y como sucedió con la revista, la historia del pueblo no fue descartada por completo, pero a comienzos de los noventa, si no antes, estaba siendo desplazada.

La historia del pueblo del movimiento History Workshop ha sido, de todas las expresiones inglesas de una historia de la vida cotidiana especulativa, la más articulada e influyente (sobre todo en Alemania). Sus sólidos vínculos socialistas deberían ser subrayados al integrar individuos y grupos del ala izquierda del Partido Laborista, así como sectores situados a su izquierda. Enclavada en otra corriente, la historia del movimiento obrero en Inglaterra ha tomado nota de la necesidad de situar el estudio de los conflictos y las costumbres en sus contextos, y aunque ello forma parte de sus preocupaciones, todavía no se ha avanzado mucho cara a incorporarlo al trabajo académico. Mientras tanto, la historia desde abajo ha resultado ser un fenómeno mucho más incipiente, sin un grupo organizado de partidarios (aunque en una ocasión la revista americana *Journal Of Social [list] OIY* entregó a los suscriptores de la misma camisetas con la máxima «historia de abajo arriba» y convenientemente adornadas con la parte intencionada -en este caso- de la anatomía femenina). El término denota poco más que una afinidad con la necesidad de analizar

⁹ THOMPSON, P., et al., *Living the fishing*, Londres, 1983; FELDMAN, D., YSTED-JAN JONES, C. (eds.), *Metropolis: London, histories and representations since 1800*, Londres, 1989.

historias de grupos sometidos y oprimidos, y coinciden con el criterio de que las responsabilidades de la historia social se hallan ligadas, sobre todo, al hecho de rescatar a esos grupos (en la rimbombante aunque hoy día trillada expresión de E. P. Thompson) de la enorme prepotencia de la posteridad ¹⁰.

A pesar de la carencia en la historiografía inglesa de historias de la vida cotidiana clasificadas y definidas (y esto se corresponde con los siglos anteriores a la mitad del XIX, así como con el período cubierto aquí), hay una abundancia de trabajos publicados sobre ternas que han sido reconocidos hasta ahora como dominantes en este proyecto. En particular, durante los últimos veinte años, el torrente de publicaciones interesadas en cómo vivían las comunidades locales, el trabajo, el ocio y la cultura populares, la experiencia de género y de las mujeres, la infancia y la educación, grupos específicos, así como actividades, instituciones y ternas a nivel de la clase trabajadora o de un más amplio espectro de lo popular, ha sido tan voluminoso que ha desbordado los límites de cualquier artículo o libro de tamaño manejable que intentara cubrir este campo. Lo que sigue a continuación es un intento de aclarar el funcionamiento de ciertos ternas clave de la producción historiográfica en relación con los asuntos del *alltagsgeschichte* o con el proyecto real y floreciente, pero a su vez ignorado e indefinido, de historia de la vida cotidiana inglesa que, como veremos, es capaz de abrazar lo político, a pesar de los lamentos (en ciertos casos justificados) de algunos de sus detractores ¹¹.

2. Fuentes para la historia de la vida cotidiana

En primer lugar, se debería decir algo sobre las fuentes. Una historia con semejantes prioridades necesita algo más que fuentes oficiales provenientes de los diferentes niveles de los archivos de la administración, los cuales recogen las versiones oficiales, a la par que expresan los corrosivos conflictos entre grupos políticos e intereses burocráticos. Tales fuentes pueden ser interpretadas a «contrapelo» y puede tenerse en cuenta, por ejemplo, la declaración de los testigos a las comisiones de investigación del Parlamento Británico como co-

¹⁰ PHINEAS, C., «Household pets and urban alienation», en *Journal of Social History*, núm. 7, 1973-4, pp. 338-43.

¹¹ WILSON, A., *Intellectual social history*, Manchester, 1993, pp. 26-9.

lecciones de transcripciones literales de testimonios orales. Y ello a pesar de haber sido recopiladas en base a criterios preestablecidos que necesitarían ser valorados en relación al objeto que se persigue con esta actividad y a la composición de la junta investigadora ¹². Las viejas fuentes deben ser, desde luego, interpretadas de nuevas maneras, como sucede en el caso de las encuestas sociales y de los escritos de aquellos periodistas y novelistas en viajes de descubrimiento de otras culturas, que han sido definidos como exploradores sociales ¹³. Trabajos recientes han sugerido, en ocasiones, que todo lo que podemos aprender de tales fuentes no es más que la naturaleza de las preocupaciones de sus recopiladores, cuyas hipótesis previas, miedos, modos de observación (o más filosóficamente, de contemplación) y convenciones lingüísticas, predeterminaron sus hallazgos ¹⁴. Puede que ésta sea una visión excesivamente pesimista. Los intereses característicos de los entrevistados se pueden hallar en los intersticios de la encuesta oficial, aunque pudieran haber confirmado ocasionalmente las preocupaciones de sus interlocutores. Lo que está claro es que las fuentes que los representantes de la historia de la vida cotidiana han tomado como propias quedan lejos de ser incuestionables.

Genéricamente, las fuentes en cuestión están dominadas por los periódicos locales, la historia oral y las autobiografías, aunque hay, por supuesto, un gran número de archivos particulares sobre temas y lugares específicos. El análisis detallado de la narración periodística ofrece inmejorables oportunidades de recuperar la estructura detallada de las actividades y conflictos locales. En particular, esto es así desde la segunda mitad del XIX, cuando los periódicos locales se multiplicaron, ampliando su difusión y profundizando sus contenidos, lo que les permitió mantener una completa e intensa práctica informativa. Los informes periodísticos sobre los casos de tribunales han resultado ser especialmente provechosos, no sólo para aquellos estudiosos del crimen, policía y orden público, sino también para aquellos interesados en el papel de la familia, temas de género, el funcionamiento de los mercados laborales y las redes sociales del vecin-

¹² RICHARDS, P., «The state and early industrial capitalism», *Past and Present*, núm. 83, 1979, pp. 91-115.

¹³ KEATING, P. J., *fnlo Unknown England: selections from the social explorations*, Manchester, 1976.

¹⁴ MILYNE, A., *The imagined slum: newspaper representation in three cities, 1870-1914*, Leicester, 1993.

Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra

dario. Aspectos que se citan de pasada y referidos a otra cuestión, pueden suministrar una valiosa información sobre los temas antes citados ¹⁵. Asimismo, los periódicos dan una cobertura cada vez mayor acerca de puntos tales como pasatiempos populares y vacaciones, deportes, actividades sociales de diverso tipo bajo el amparo de lo religioso, sindicatos y actos culturales. El contenido y la presentación de estos materiales están, por supuesto, condicionados por las actitudes políticas y culturales de propietarios y editores, amén de por las expectativas de los lectores, por las convenciones discursivas que rigen la presentación de las diferentes noticias y por una serie de actitudes variables y mudables hacia lo que se considera de interés periodístico. Un estudio reciente ha descubierto que Edwin Butterworth, periodista independiente que proporcionaba sueltos de noticias a varios periódicos sobre la ciudad textil de Oldham, en Lancashire, modificaba los originales para ajustarlos a las expectativas y preferencias de sus clientes, con lo cual descripciones aparentemente opuestas de los mismos sucesos pueden remontarse hasta la misma fuente, cuya prioridad era, en este caso, su lucha personal por ganarse la vida ¹⁶. Debiera tenerse siempre en cuenta la capacidad de los periódicos para crear pánicos morales reclasificando o exagerando la importancia de actividades estigmatizadas; o la de crear una apariencia de novedad, bien empezando o dejando de informar sobre sucesos preexistentes; o la de generar un ilusorio sentido de continuidad por medio de la adopción de estilos informativos rutinarios para hechos corrientes. Pero sin este material, muchos de los temas de la historia de la vida cotidiana se verían empobrecidos o serían inviables ¹⁷.

La historia oral ha cobrado importancia como ventana a las vidas corrientes en el siglo XX, y, tras los proyectos pioneros de la década de los setenta de este siglo, que se concentraron en los supervi-

¹⁵ PHILIPS, D., *Crime and (Ill)Orily in Victorian England: the Black Country, 1835-1860*, Londres, 1977; ROSS, E., *Love and Toil: motherhood in outcast London, 1870-1918*, Oxford, 1993; CONLEY, C. A., *The unwriUen law: criminaljustice in Victorian Kenl*, Oxford, 1991.

¹⁶ WINSTANLEY, M., «News from Oldham: Edwin Butterworth and the Manchester press, 1829-48», en *Manchester Region History Review*, 11Jm. 4, 1990, pp. 3-10.

¹⁷ DAVIES, I., «The LOlddon garotting panic of 1862», en GATRELL, V. A. C., et al. (eds.), *Crime and the law*, Londres, 1980; WALTON, I. K., YPOOLE, R., «The Lancashire Wakes in the nineteenth century», en STOHCIL, R. D. (ed.), *Popular culture and cuslom in nineleenlh-century England*, Londres, 1982; BRAKE, L., et al. (eds.), *Investigating Victorian journalism*, Londres, 1990.

vientes de los años previos al inicio de la Primera Guerra Mundial, estudios recientes han desarrollado temas sobre el período entre-guerras, sobre la propia Segunda Guerra Mundial y, recientemente, sobre la postguerra¹⁸. La historia oral es una fuente como otra cualquiera, aunque es creada de manera más evidente por el investigador, el cual elige los entrevistados, señala los temas clave y condiciona (de manera notable) la naturaleza del testimonio por su forma de dirigir la entrevista. Parece bastante claro que entrevistadores distintos obtendrían resultados diferentes de los mismos entrevistados sobre la misma serie de preguntas, ya que la presentación que uno hace de sí mismo, el lenguaje del cuerpo, el género y el modo de preguntar, influyen en el criterio de los entrevistados sobre aquello que constituye una respuesta apropiada o aceptable¹⁹. Por ejemplo, Elizabeth Roberts muestra el papel del ama de casa como satisfactorio y enriquecedor para las mujeres en las diferentes ciudades de Barrow, Lancaster y Preston, en Lancashire. Ella aboga por el matrimonio como relación consensual idealmente basada en los ingresos del cabeza de familia masculino, y considera que el recurso al salario femenino en la vida conyugal normalmente es una desgraciada necesidad debido a la pobreza. La misma autora apenas encuentra evidencias de prácticas anticonceptivas, y da por supuesto que éste no es un dato a tener en cuenta en la reducción de la familia entre la clase obrera, al no admitir sus entrevistadas haber tenido una experiencia directa de interrupción del embarazo.

Por otro lado, Lambert y Ayers descubrieron una elevada incidencia de conflictos domésticos y violencia en Liverpool, donde las mujeres trataban de aumentar sus ínfimos ingresos por medio de trabajos por horas y por su propia cuenta, que mantenían ocultos a sus maridos y generaban conflictos cuando su descubrimiento hería el orgullo masculino. Por su parte, Diana Gittins encontró a una serie de mujeres de Burnley, ciudad dedicada a la tejeduría del algodón, dispuestas a hablar sobre la práctica habitual del aborto como medio de

¹⁸ ROBERTS, E. A. M., *A woman's place: an oral history of working-class women 1890-1940*, Oxford, 1984; ROBERTS, E. A. M., YBEIER, L., «Family and social life in Barrow, Lancaster and Preston, 1940-70», proyecto de investigación, Universidad de Lancaster; LUMMIS, T., *Listening to history: the authenticity of oral evidence*, Londres, 1987.

¹⁹ BRIGGS, C. L., *Learning how to ask: a sociolinguistic appraisal of the role of the interview in social science research*, Cambridge, 1986.

control de la natalidad, aunque se mostraron reticentes a expresarse abiertamente sobre sus propias prácticas abortivas²⁰. ¿Surgen estas diferencias a partir de oposiciones entre economías y sistemas de valores locales?; ¿o de las distintas aproximaciones, enfoques y caracteres de las entrevistadoras?; ¿o bien a partir de los diferentes modos de elección de los entrevistados sobre una multitud que ha sido ya mermada, quizás distorsionada, por la muerte, la migración, o la incapacidad de expresión y la desgana para hablar? Estos factores junto con el tamaño del cuestionario, el grado de formalidad del mismo y la relación entre éste y una estructura social más amplia, son cuestiones de debate interminable. Igualmente lo es la pregunta de cómo las operaciones de la memoria podrían afectar a lo que se recuerda, y de cómo se muestra este recuerdo, sobre todo si es filtrado por representaciones mediatizadas de los anteriores modos de vida. Lo que parece claro, sin embargo, es que la historia oral proporciona oportunidades sin precedentes para recuperar recursos ocultos, estrategias de supervivencia y modelos de comportamiento para las mujeres, en particular, y, sobre todo, para la vida en el hogar. El trabajo de Lyn Murfin sobre el ocio popular en el condado de Cumbria es un buen ejemplo de cómo la historia oral permitía revelar actividades de tiempo libre en las esferas privada y doméstica, así como prácticas ilegales tales como las peleas de gallos. Asimismo otros buenos ejemplos son el testimonio de Elizabeth Roberts sobre el papel de las autografías, la distribución de recursos compartidos, la pesca y el «vivir de la tierra» en las economías familiares de la clase obrera; o el estudio de Steve Humphries sobre el comportamiento sexual de la clase trabajadora, o bien el énfasis de Andy Davies en el carácter extraoficial y no comercial de gran parte del ocio de la clase obrera en los distritos más pobres de Salford²¹.

Otro modo en que se utiliza hoy día la historia oral, en consonancia con la práctica de moda de la teoría literaria y los estudios culturales, es la reconstrucción de vidas individuales de forma autobio-

²⁰ ROBERTS, *Woman's place...*; LAMBERTZ, 1, y AYERS, P., «Marriage relations, money and domestic violence in working-class Liverpool 1919-39», en LEWIS, T. (ed.), *Labour and Love*, Oxford, 1986; GIFFINS, D., *Fair sex: family size and structure 1900-39*, Londres, 1982.

²¹ MURFIN, G. L., *Popular Leisure in the Lake Counties*, Manchester, 1990; ROBERTS, *Woman's place...*; HUMPHRIES, S., *A secret world of sex*, Londres, 1988; DAVIES, A., *Leisure, gender and poverty*, Milton Keynes, 1992.

gráfica, que permite a los investigadores examinar la quebradiza y siempre cambiante naturaleza de las identidades individuales²². La autobiografía escrita se ha convertido también en una fuente importante para los historiadores de la vida diaria de la clase obrera. El destacado proyecto de investigación de John Burnett, David Vincent y David Mayall ha recuperado, catalogado, clasificado y asimilado una colección imponente de autobiografías, rescatándolas de lo desconocido y lo ignorado, mientras Vincent, Carolyn Steedman y otros han intentado mostrar y dar sentido contextual a los escritos individuales²³. La aparición de fuentes de este tipo ha tenido un crecimiento exponencial, negando a un grado casi desconcertante en estos últimos años, en los que pequeños editores locales ansiaban vender sus productos en el mercado de la nostalgia publicando volúmenes de recuerdos a un módico precio, algunos de los cuales fueron escritos bajo las mismas fórmulas convencionales que los medios de comunicación, y tienen poco nuevo o convincente que ofrecer. Han aparecido, por otro lado, una serie de piezas autobiográficas clásicas de entre las que destacaría (a pesar de la fuerte presencia de información retrospectiva en la presentación), la evocación de Robert Roberts de su infancia como hijo de un tendero en una barriada de Salford. Igualmente son destacables los dos volúmenes de Bin Naughton sobre su niñez y juventud como hijo de un minero católico irlandés en Bolton, en los que comenta temas que van desde los grupos callejeros hasta las actitudes populares hacia la homosexualidad (inesperadamente tolerantes), hacia la religión y hacia la percepción de los distintos estratos sociales²⁴. Los diarios plantean problemas semejantes de tipismo, representatividad y de relación entre fantasía, construcción narrativa, autoexposición y dinámica actual de la vida cotidiana. El clásico problema de las fuentes lo han constituido a este respecto los diarios de Hannah Cullwick, una sirvienta doméstica que mantuvo una relación duradera con el caballero Arthur Munby, un poeta secundario que sentía fascinación por las mujeres de la clase obrera que realizaban trabajos sucios y confundían las ideas culturales vi-

²² STEEDMAN, E., *Landscape for a good woman*, Londres, 1986.

²³ BURNETT, J., et al. (eds.), *The autobiography of the working class: an annotated, critical bibliography*, 2 volúmenes, Brighton, 1984-7; BURNETT, J., *Destiny obscure*, Londres, 1982; VINCENT, D., *Bread, knowledge and freedom*, Londres, 1981.

²⁴ ROBERTS, R., *The classic slum*, Manchester, 1971; NAUGHTON, B., *On the pig's back*, Oxford, 1988; *Saintly Billy*, Oxford, 1989.

gentes sobre la feminidad. Hannah escribió sus diarios por orden de Munby, como parte de la relación entre ellos, y su valor de prueba histórica ha generado útiles discusiones sobre la consideración de los diarios como fuentes ²⁵. La historia oral, las autobiografías y los diarios son fuentes cualitativas que nos ayudan a recuperar la textura de la vida cotidiana de los individuos, y nos ofrecen vías esenciales en el análisis de las cambiantes definiciones y modelos de representación de la propia identidad, que son parte del programa postestructuralista ²⁶. No se prestan, sin embargo, al análisis cuantitativo a causa del tamaño de sus ejemplos y falta de representatividad.

Una fuente posterior, que ha proyectado su larga sombra sobre las historias de la vida cotidiana inglesa, la han constituido los *census enumerator's books*, que parecen prestarse a una cuantificación sofisticada por sí solos, o en combinación con otras fuentes tales como los *rate books*, que inscriben a todos aquellos cabezas de familia susceptibles de pagar los impuestos locales de la propiedad, o los *poll-books*, que registraron a los votantes y a los candidatos a los que apoyaron en las elecciones, antes de que fuera introducido el voto secreto en 1872 ²⁷. Desde 1841 hasta 1891, *los census enumerator's books* (libros de empadronamiento) intentaron inscribir a todas las personas calle por calle y distrito a distrito, y se recogieron también cuestiones personales relacionadas con el oficio, la edad, el sexo, el estado civil, la relación con el cabeza de familia, el lugar de nacimiento y los posibles defectos físicos de cada individuo (tales registros han de tener al menos cien años de antigüedad para poder ser consultados en Inglaterra). Todo esto nos proporciona un retrato instantáneo de la población, animando a los historiadores a reconstruir la estructura social y las relaciones familiares y del vecindario de cada localidad, a analizar la economía local, los ingresos familiares, las estrategias de supervivencia (tales como aceptar inquilinos) y el papel de las mujeres y los niños en todos ellos, y, finalmente, a sacar conclusiones sobre los modelos migratorios y las diferencias sociales en la ocupación del espacio. En particular, a finales de los setenta de este

²⁵ STANLEY, L. (ed.), *The diaries of Hannah CuLLwick, Victorian maidservant*, Londres, 1984.

²⁶ JOYCE, P., *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, 1994.

²⁷ JOYCE, P., *Work, society and politics*, Brixton, 1980; NOSSITER, T. 1, *Influence, opinion and political idioms in reformed England*, Brighton, 1975.

siglo, hubo ciertos proyectos heroicos de investigación que abordaron estos temas, estudiando casos amplios por medio de las técnicas informáticas de vanguardia²⁸. Estos planteamientos parecen haber quedado obsoletos en los últimos años, a pesar de que los libros de empadronamiento siguen siendo una herramienta básica de trabajo para todos aquellos interesados en temas que requieren una comprensión de los modelos ocupacionales, la migración y la organización del espacio urbano. La edad, como clave variable significativa en la historia social y a la que podemos acceder a través del censo, sólo se ha visto potenciada hasta ahora a través de la investigación de la infancia y del trabajo infantil que llevó a cabo Hugh Cunningham, así como por los estudios sobre la suerte de la tercera edad (¿hasta qué punto y hasta qué edad podemos hallarlos en instituciones?)²⁹. Los libros de empadronamiento plantean evidentes problemas de interpretación y fiabilidad. Hay muchas omisiones e imprecisiones en las columnas referidas al empleo, y el problema de cómo clasificar estos puestos de trabajo ha complicado el estudio comparativo. También plantea serios problemas el uso de datos sobre el lugar de nacimiento para el análisis de la migración, dada la carencia de pruebas sobre qué sucedió en el lapso de tiempo comprendido entre el nacimiento de un individuo y su aparición en el censo. Además, una cosa es presentar los modelos obtenidos a partir del estudio de los datos del censo, y otra bien distinta es explicarlos o establecer su significado en contextos económicos y culturales más amplios³⁰.

Tales cuestiones aparecen interesantemente tratadas en la conocida y clásica obra de Michael Anderson, *Family Structure in the nineteenth-century Lancashire*, uno de los estudios pioneros basado en los libros de empadronamiento y que trata los aspectos más destacados de la historia de la vida cotidiana, que se ha convertido en uno de los clásicos más comentados³¹. Anderson trató de probar la creen-

²⁸ JOHNSON, J. B., Y POOLEY, C. (eds.), *The structure of nineteenth-century cities*, Londres, 1982; ANDERSON, M., *Family structure in nineteenth-century Lancashire*, Cambridge, 1971; *The 1851 census: a national sample of the enumerators' returns*, Cambridge, microtexto, 1987; ARMSTRONG, A., *Stability and change in an English county town*, Cambridge, 1974.

²⁹ CINNICILAM, B., *The children of the poor*, Oxford, 1991; THOMSON, D., «Welfare and the historians», en BONFIELD, L., et al. (eds.), *The world we have gained*, Oxford, 1986.

³⁰ HIGGS, E., *Making sense of the census*, Londres, 1989.

³¹ ANDERSON, M., *Family structure...*

cia común de que la Revolución Industrial de las fábricas algodoneras y las nuevas ciudades industriales habían desbaratado a la familia obrera y creado una atomística sociedad de población flotante de individuos cuya moral quedaba relegada al nexa monetario. Utilizando los libros de empadronamiento de 1851, descubrió que la ciudad de Preston -que él consideraba una típica ciudad algodonera (10 que es discutible)- reclutaba a la mayoría de sus emigrantes en distancias relativamente cortas, creando vecindarios adheridos entre sí en los que las familias permanecían juntas más tiempo que en el mundo agrario, y sólo una pequeña minoría de adolescentes hacía uso de su propia capacidad salarial para irse de alquiler. El estudio de Anderson sobre el significado cultural de los modelos de residencia y de la estructura doméstica, fue quizá tergiversado por su enfoque sociológico basado en una teoría del intercambio, que asumía que, debido a la industrialización, el comportamiento se veía gobernado por cálculos antes que por normas derivadas de la tradición o la religión. Otros estudios han sugerido que estas suposiciones eran demasiado simplistas, y que las obligaciones normativas seguían teniendo su influencia sobre el comportamiento desde el siglo XIX en adelante ³². En cualquier caso, la oposición entre norma y cálculo es falsa, y el comportamiento es más plausible que estuviera localizado en un cambio continuo que de asignarse a cualquiera de esos dos polos.

3. Temas y debates

Tal y como quedó visto al hablar de historia oral, los problemas asociados a la reconstrucción de los funcionamientos familiares han ido convenientemente al frente de la producción historiográfica dada la posición central del núcleo familiar en la vida de la clase obrera y la importancia de cuestiones de poder, género, procreación y adaptación al medio social a las que han dado lugar. El reciente intento de Joanna Bourke por mostrar las culturas de la clase obrera británica entre 1890 y 1960, comienza con *Class and Poverty* y sigue avanzando hasta examinar las actitudes hacia el cuerpo humano, para después observar los hogares, las familias y la vida doméstica; pero este interés por los individuos y su conciencia de identidad -algo

³² ROBERTS, E. A. M., *A woman's place...*; WALTON, J. K., «Lunacy and the Industrial Revolution», en *Journal of Social History*, núm. 13, 1979-80, pp. 1-22.

que puede ser vital en un programa de historia de la vida cotidiana- sólo parece surgir como moda en los noventa³³ La esfera doméstica y los estados de ánimo en juego dentro del entorno familiar, con sentimientos que se mueven alrededor del amor, el sexo, el orgullo, la envidia, la ira, la solidaridad, la avaricia, las rivalidades y el luto, están empezando ahora a ser objeto de un tratamiento histórico formal, conjugando las posibilidades que ofrece la historia oral, con metodologías extraídas de la literatura, la lingüística y las ciencias sociales³⁴. Más allá de los intentos por recuperar y abarcar las complejidades de estos micromundos en los que las mujeres y los niños, en especial, pasan la mayor parte de su tiempo, las investigaciones han buscado con éxito poner de manifiesto el funcionamiento de los vecindarios y los lugares de trabajo habitual, y las interacciones entre estas esferas más amplias y aquellas del hogar y la familia.

Los mejores estudios realizados sobre localidades reconocen que en pocas ocasiones las expectativas de los observadores externos fueron las mismas que las de los observados. La esperanza idealizada de una comunidad de clase obrera, caracterizada por la ayuda mutua y la solidaridad, no está confirmada, debido a que las investigaciones han puesto al descubierto conflictos y rechazos internos, y asimismo han desvelado lo que a veces era una presión sofocante para ajustarse a la ortodoxia dominante y variable de valores de decoro y comportamiento adecuado³⁵. Un magnífico estudio reciente que merece ser imitado es *Love and Toil*, de la profesora americana Ellen Ross, que ha ahondado, no sólo en la historia de la clase obrera de Londres, sino también en los debates de sus historiadores, incluidos los pioneros de los History Workshop, tales como Raphael Samuel y Anna Davin. Su estudio, con un importante soporte teórico y meticulosamente investigado, se construye desde la preocupación central por la maternidad, que es observada como un orden cultural y económico así como biológico, a partir de lo que analiza las economías domésticas, el matrimonio, el parto, el cuidado de los hijos, la forma de luchar contra las enfermedades y la función tanto de observadores externos como del Estado, en el período de 1870-1918. En este estudio no se ignoran los salarios, las estrategias de supervivencia y las di-

³³ BOURKE, J., *Working class cultures in Britain, 1890-1960*, capítulos 1-3, Londres, 1994.

³⁴ BOURKE, J., *Working class cultures* .

³⁵ BOURKE, J., *Working class cultures* , capítulo 5.

versiones, y, a la vez, se muestra un retrato redondeado y temáticamente centrado de la vida de la clase obrera desde el punto de vista de la mujer³⁶ (pero no exclusivamente). El subtítulo de este estudio, *Motherhood in outcast London*, recuerda no sólo al folleto contemporáneo que exponía las desdichas de los pobres, sino también al trabajo pionero de Gareth Stedman Jones, que reveló las complejidades del mercado laboral londinense y los resultados de la prevalencia de empleos temporales, eventuales y explotados de aquellos obreros que tenían que ganarse el pan día a día haciendo uso de todos los contactos y oportunidades a su alcance. Al igual que Ross, Jones observó la creación de imágenes sobre la clase obrera de Londres y los modos en los que éstas afectaron a la conciencia y los miedos de los más acomodados, y lo hizo en un lenguaje directo para conseguir un efecto notable previo a la llegada del conocido giro lingüístico³⁷.

La obra de Ross hace uso de la amplia gama de fuentes de la historia de la vida cotidiana que ya han sido mencionadas. Además, incluye los registros de instituciones médicas y el problemático pero ineludible trabajo de los compiladores contemporáneos de informes sociales, en especial Charles Booth, cuyo monumental informe clasificatorio de la clase obrera de Londres ha estado recientemente sujeto a revisiones³⁸. El estudio de Ross sobre los testimonios transcritos del tribunal proporciona fascinantes revelaciones acerca de la dinámica del conflicto doméstico, cuyo valor no debe estar supeditado al compromiso de haber sido recogido a partir de aquellos que acabaron mal. Su visión particular de cómo las canes y los vecindarios funcionaban como un microcosmos, está reforzada por el énfasis de Melanie Tebbutt sobre el papel del chismorreo -normalmente estigmatizado por la gran mayoría de los historiadores masculinos-, como árbitro necesario de valores morales y canal imprescindible de información: no se trataba de una pérdida de tiempo, sino de un principio organizativo esencial en la vida de la clase obrera³⁹. Asimismo, se están llevando a cabo una serie de estudios valiosos sobre el efecto

³⁶ ROSS, E., *Love and toil...*

³⁷ STEDMAN JONES, G., *Outcast London*, Oxford, 1971.

³⁸ BULMER, M., et al. (eds.), *The social survey in historical perspective, 1880-1940*, Cambridge, 1991; ENGLANDER, D., y O'DAY, R., *Mr. Charles Booth's inquiry: life and labour of the people in London reconsidered*, Londres, 1993.

³⁹ TEBBITT, M., «Gossip», en DAVIES, A., y FIELDING, S. (eds.), *Workers' worlds*, Manchester, 1992.

del reparto municipal de viviendas en los años del período de entreguerras. A este respecto se analizan los modos de vida de aquellos emigrantes provenientes de antiguos vecindarios de clase obrera más estables, que tuvieron que amoldarse a un espacio privado más amplio, con menos establecimientos sociales de fácil acceso (comercios, casas de empeño, bares, iglesias y capillas), distancias más largas entre el hogar y el lugar de trabajo, y gastos de transporte mayores, mientras que las estrategias de supervivencia en el interior de las ciudades fueron, a menudo, prohibidas por las autoridades o simplemente impracticables en la nuevas urbanizaciones de casas semiadossadas con rentas y gastos más elevados 40.

Antes de pasar a discutir la amplia y creciente producción literaria sobre los modos en que las clases obreras urbanas (en especial) intentaron crear sus propias historias bajo circunstancias ajenas a ellas, debería prestarse atención a los enfoques sobre el estudio de los niveles de vida a través del cálculo de los salarios reales, que siguen teniendo su importancia en Inglaterra -más de la que debiera- para los historiadores económicos. Sigue habiendo un debate constante sobre la controversia de los niveles de vida que surgió, en su forma actual, a raíz de la disputa entre Hobsbawm y Hartwell a finales de los cincuenta de este siglo, y que fue, en esencia, una prolongación académica de la Guerra Fría al interrogante de si los niveles de vida de la clase obrera habían mejorado o empeorado en el período comprendido entre el final del siglo XVIII y la mitad del XIX 41. Los más optimistas en este debate han buscado restringir sus términos de referencia a aquello que pudiera expresarse de modo cuantitativo en un índice, aunque contribuciones recientes han ampliado el cerco de tales variables intentando representar las tasas de desempleo de 1840 en base a las cifras retrospectivas de 1890, e incluso en base a medidas subrogadas que representarían la degradación ambiental 42. Las ecuaciones resultantes de estas operaciones han permitido a los op-

⁴⁰ TUNNT, K., et al., «Women's lives in Wythenshawe», en DAVIES, A., y FIELDING, S. (eds.), *Workers' worlds...*; POOLEY, C., y IRISH, S., *The development of corporation housing in Liverpool 1869-1945*, Lancaster, 1984; DAUNTON, M. J. (ed.), *Councillors and tenants*, Leicester, 1984.

⁴¹ TAYLOR, A. J. (ed.), *The standard of living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, 1975.

⁴² LINDEHT, P., y WILLIAMSON, J. E., «English workers' living standards during the Industrial Revolution», en *Economic History Review*, núm. 36, 1983, pp. 1-25.

Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra

timistas alegar aumentos espectaculares en los niveles de vida de la clase obrera, sobre todo desde 1820 en adelante, pero éstos siguen siendo refutados por los pesimistas, en su mayoría de ideología marxista, que pusieron en tela de juicio la calidad y conveniencia de esos datos y la validez de la metodología. Los pesimistas apuntan hacia la necesidad de valorar los niveles de vida en base a los ingresos familiares, más que al salario del cabeza de familia masculino. Asimismo resaltan otros factores tales como la evidencia de crisis comerciales cada vez más virulentas, el paro, los empleos deficientes y la inseguridad laboral. Subrayan la necesidad de observar una conciencia de profesionalidad y orgullo en el oficio, además de una identidad laboral, y cómo ésta pudiera verse amenazada o debilitada por la innovación tecnológica o nuevos sistemas laborales; la importancia de la seguridad y la capacidad de proteger los niveles de vida a través de los sindicatos y otras organizaciones de ayuda mutua, y, finalmente, el significado de factores no cuantificables como la satisfacción familiar o el acceso al tiempo libre, el descanso, el aire puro y el campo. Gran parte de los trabajos ingleses sobre temas relacionados con la historia de la vida cotidiana han servido para dar respuesta al carácter notablemente reduccionista de los historiadores económicos, para quienes los salarios reales son la cuestión central, poniendo al descubierto las limitaciones de tales valoraciones ⁴³.

El objeto principal de estos debates, cuando se ha profundizado abiertamente sobre ellos, lo ha constituido el período clásico de la Revolución Industrial en Inglaterra, entre 1780 y 1850 aproximadamente (las fechas escogidas han sido importantes para algunos de los contertulios menos imaginativos). Pero estos mismos conflictos han surgido vivamente al intentar interpretar el alcance de los crecientes niveles de vida en relación a la caída de los precios a finales del siglo XIX, o el impacto de la crisis y el desempleo durante el período de entreguerras ⁴⁴. El problema específico que surge al valorar el ni-

⁴³ NEALE, R. S., *Writing Marxist History*, Londres, 1985; WALTON, J. K., *Lancashire, a social history 1558-1939*, capítulo 9, Manchester, 1987.

⁴⁴ TIUNT, E. TL, *Regional wage variations in Britain 1859-1914*, Oxford, 1973; CAZELEY, I., «The cost of living for urban workers in late Victorian and Edwardian England», en *Economic History Review*, núm. 42, 1989, pp. 207-21; CONSTANTINE, S., *Social Conditions in Britain 1918-39*, Londres, 1983; STEVENSON, J., *Social conditions in Britain between the wars*, Londres, 1977; GRAY, N., *The worst of times*, Londres, 1986.

vel de los salarios reales en las postrimerías del siglo XIX es la dificultad para definir la «cesta de la compra», que viene a constituir el presupuesto semanal. Los cálculos han tendido a estar basados en informes sobre el gasto de la clase obrera, que fueron realizados por investigadores de clase media, cuyos valores y consideraciones quedaron claras para los entrevistados, quienes evitaron sus críticas dejando mínima constancia del consumo de alcohol, espectáculos, tabaco y platos preparados tales como pescado con patatas fritas, y que otras fuentes señalan como importantes artículos de consumo ⁴⁵. Se trata, por supuesto, de un problema general, pero parece haber tenido un papel importante en los debates sobre los finales del siglo XIX en Inglaterra. En definitiva, los cálculos sobre el salario real sólo proporcionan la introducción más básica y menos fiable a los auténticos asuntos en torno a los modos en los que las familias intentaron administrar sus ingresos y recursos, a menudo más complejos que el salario del único cabeza de familia, que fue generalmente el objetivo de sindicalistas y de obreros especializados ⁴⁶.

Ciertamente, uno de los resultados más importantes de la aproximación a la historia de la vida cotidiana ha sido la deconstrucción y disolución de la cultura monolítica de la clase obrera, que Hobsbawm postulaba como emergente en Gran Bretaña a finales del XIX ⁴⁷. Otro de sus resultados ha sido recordar a los historiadores la necesidad de recuperar el criterio subjetivo y la capacidad de acción de la clase trabajadora, a la vez que se hacen esfuerzos por entender los valores y las prioridades de trabajadores y consumidores que no siempre, y ni siquiera a menudo, se correspondían con las nociones de racionalidad económica y adecuación moral sostenidas por comentaristas contemporáneos o historiadores posteriores ⁴⁸.

En primer lugar, hay algo más relacionado con el trabajo y el salario que lo que pudiera sugerir el interés constante de la historia de

⁴⁵ DINGLE, A. E., «Drink and working-class living standards in England 1870-1914», en *Economic History Review*, núm. 25, 1972, pp. 608-22; CLINNICHAM, J., «Leisure», en BENSON, J. (ed.), *The working class in England 1875-1914*, Londres, 1985; WALTON, J. K., *Fish and chips and the British working class 1870-1940*, Leicester, 1992; ODDY, D. J., y GEISSLER, C. (eds.), *Food, diet and economic change past and present*, Leicester, 1993.

⁴⁶ SECCOMBE, W., *Weathering the storm: working-class families from the Industrial Revolution to the fertility decline*, Londres, 1993.

⁴⁷ HOBSBAWM, E. J., *Worlds of labour*, Londres, 1984.

⁴⁸ BOURKE, J., *Working class cultures...*; ROSS, E., *Love and toil...*

los trabajadores por las huelgas y los conflictos particulares. La dignidad profesional en el puesto de trabajo y la cultura compartida de obreros especializados con sus rituales, costumbres extraoficiales y ceremonias de «tránsito» tanto en el empleo como en la vida privada, necesitan ser recordadas aquí, pero lo que el periodista coetáneo Thomas Wright definió como la vida interna de los talleres –Él mismo se autodefinía obrero– sigue siendo algo desgraciadamente difícil de comprender. Permanece opaco (tal y como lo expresa Clive Behagg), a pesar de ciertas transparencias ocasionales, como las suministradas por las investigaciones parlamentarias a fines de 1860 sobre el distintivo mundo de los fabricantes de herramientas de Sheffield ⁴⁹. Ciertos aspectos de la vida obrera aparecen a intervalos iluminados, como en la reconstrucción de Southall de la práctica del vagabundeo, a mediados del siglo XIX, por parte de mecánicos especializados en busca de trabajo de ciudad en ciudad. En este sentido, también nos sirven de ayuda las autobiografías, pero no es hasta el inicio de la historia oral cuando Alun Howkins, por ejemplo, puede transmitir el sentido de la naturaleza en el trabajo del agricultor. Quizás él es capaz de revelar aquí, de modo significativo, su propia experiencia ⁵⁰. Howkins y otros enfatizan, dentro de la tradición de los History Workshop, la importancia de una especialización real, aunque no formalmente reconocida, adherida a la conciencia popular del mérito y valía en el mercado laboral y se hace necesario considerar de manera crítica las divisiones convencionales entre trabajo especializado, semiespecializado y no-especializado ⁵¹. Este tipo de cuestiones fueron importantes en el marco de la fábrica de maquinaria en la que trabajaba Thomas Wright, donde a juicio de los obreros, los artesanos que habían recibido un aprendizaje, obtuvieron un asenso laboral mucho mayor y más rápido que el que pudieran alcanzar ellos. En cualquier caso, la especialización es en sí una construcción social y lingüística, fomentada en parte para controlar el mercado laboral ⁵².

⁴⁹ WRIGHT, T., *Some habits (fzd customs) of the working classes*, Londres, 1867; BEHAGG, C., *Politics and production in the early nineteenth century*, Londres, 1990; POLLARD, S. (ed.), *The Sheffield outrages*, Hath, 1971.

⁵⁰ HOWKINS, A., *Poor labouring men*, Londres, 1985; SOUTHALL, H., «The tramping artisan revisits: labour mobility and economic distress in early Victorian England», en *Economic History Review*, núm. 44, 1991, pp. 272-96.

⁵¹ SAMUEL, H. (ed.), *Village life and labour*, Londres, 1975.

⁵² MOUL, C., *Skill and the English working class, 1870-1914*, Londres, 1980.

Otras redes sociales se difundieron desde el lugar de trabajo, que seguía siendo el núcleo de identidad para muchos hombres (en especial), y los lugares de trabajo se vieron asimismo afectados por la entrada de actividades lúdicas que resultaron ser la base del disfrute exterior. Patrick Joyce ha abogado por la centralidad de las experiencias laborales en la configuración de la cultura y la política de la clase obrera en el entorno de Lancashire, dominado (tal y como él lo observa) por patrones paternalistas y vínculos de unión entre hogar, pueblo-factoría y lugar de trabajo. Aun así, seguimos sin conocer demasiado y de forma directa, acerca de la experiencia viva del trabajo, más allá del perfil de estructuras autoritarias y de las presiones para la sumisión ⁵³.

El debate sobre el mundo del trabajo incluye, a su vez, el reconocimiento de la importancia del género y la importancia del refuerzo de las estructuras de autoridad de los hombres en los lugares de trabajo en industrias como las del algodón, que contaban con gran cantidad de mujeres trabajadoras ⁵⁴. Debemos también recordar la importancia continuada del trabajo doméstico a través de *sweated trades*, especialmente para las mujeres, que siguió siendo notable en Londres y en las ciudades costeras, al igual que en otras partes, y que provocó brotes de inquietud entre los reformadores, sobre todo, si tenemos en cuenta la relación entre los salarios ínfimos y la moral femenina ⁵⁵. Es entre sectores de la población que quedaron fuera del ámbito de los sindicatos y otras organizaciones formales, donde podemos comprender de manera clara las estrategias de supervivencia alrededor de la familia, la calle y el vecindario.

Uno de los mayores avances en la historia social inglesa del último cuarto de siglo han sido las investigaciones acerca de los modos de salir adelante, que incluían la sucesión de trabajos estacionales o intermitentes, junto con la dedicación a prácticas comerciales a pequeña escala, el trueque, pequeños robos e intercambios esporádicos de servicios bajo modelos bien entendidos de reciprocidad. Esto ha puesto de relieve la importancia de las mujeres como mucho más que

⁵³ JOYCE, P., *Work, society and politics...*; WALTON, I K., *Lancashire...*, pp. 248-64.

⁵⁴ LOWN, J., *Women and industrialization*, Oxford, 1990; POOVEY, M., *Uneven developments*, Londres, 1989; JOHN, A. V., *Unequal opportunities*, Oxford, 1986.

⁵⁵ STEDMAN JONES, G., *Outcast London*; THEBLE, I H., *Urban poverty in Britain, 1880-1914*, Londres, 1979; SCMECHEN, J. A., *Sweated industries and sweated labor*, Londres, 1984.

«cancilleres del capital doméstico», vital, destacando la importancia fundamental de la distribución eficaz del limitado poder de compra, que se destinaba a la supervivencia doméstica. Cuestiones de este tipo han permitido a los historiadores entender la oposición de la clase obrera a las restricciones del trabajo infantil y a las imposiciones de educación obligatoria hacia finales de siglo. Las contribuciones infantiles a la economía familiar formales e informales fueron esenciales, especialmente para sacar a la gente de esa fase del ciclo de pobreza en la que los niños debían ser mantenidos y no podían contribuir al presupuesto familiar ⁵⁶. En este contexto, cobran especial importancia los debates sobre el control de la natalidad en los hogares de la clase obrera, en particular la coincidencia de esta práctica con los momentos de restricción legal del trabajo infantil o con las reducciones de la oferta de trabajo para éstos, en la primera década del siglo XX. Hubo además otro tipo de factores en juego, siendo éste un tema que ilustra la importancia de la interacción entre la demografía y este tipo de historia social ⁵⁷.

El análisis de las estrategias de supervivencia de la clase obrera revela la racionalidad de unas costumbres y unas prácticas que fueron consideradas por los analistas de la clase media como prueba de su ignorancia y depravación. Hubo muchos modos prácticos y psicológicos de sobrellevar y aminorar los problemas planteados por los salarios bajos e irregulares. Aceptar inquilinos fue una de las salidas más comunes llevadas a cabo, economizando espacio e intimidad, prioridades secundarias frente a la de los ingresos. El resultado podía ser el apiñamiento, pero la comida y el calor estaban asegurados. El espacio y la comodidad podían verse también sacrificados por el trabajo casero de las mujeres, que se dedicaron, por ejemplo, a lavar o a coser, y, en este sentido, el trabajo innovador de Iohn Benson ha revelado la existencia de una economía semioculta de pequeños negocios al por menor, de reparación y reciclaje que él denomina –de modo interesante pero controvertido– «el capitalismo del penique» ⁵⁸.

⁵⁶ FROW, E., *A survey of the half-time system in education*, Manchester, 1970; CAHDNEH, P., *The lost elementary schools of Victorian England*, Londres, 1984; RUBINSTEIN, D., *School attendance in London, 1870-1904*, Tlull, 1969.

⁵⁷ GATINS, D., *Fair sex...*; SECCOMBE, W., *Wealthing the storm...*

⁵⁸ BENSON, J., *The penny capitalists*, Dublín, 1983; MALCOMSON, P. E., *English laundresses: a social history 18.50-1930*, Urbana, M., 1986.

De manera significativa, estas prácticas fueron prohibidas en los «hogares modélicos», que eran otorgados por las organizaciones de la vivienda, también llamadas «filantropía del 5 por 100», que planteaba la posibilidad de proporcionar a las clases obreras urbanas una vivienda digna con un aceptable porcentaje de beneficio, pero sus rentas y nociones de comportamiento adecuado excluyeron a todos, salvo a obreros especializados con un trabajo continuo⁵⁹. Frecuentes cambios de residencia, por lo general dentro de la misma zona para seguir en contacto con redes de apoyo e información, reflejaban el deseo de la gente por encontrar el alojamiento más barato posible y, en ocasiones, para escapar a las deudas de renta⁶⁰. Estas prácticas fueron contempladas con recelo por los comentaristas que no tenían que hacer frente a situaciones que reflejaban necesidades tales como la compra de alimentos en pequeñas cantidades, de comida en comida, lo que significaba pagar un precio más alto, pero era la consecuencia lógica de la falta de espacio para almacenar los productos y de la vulnerabilidad a su degradación⁶¹. Otras reacciones a problemas derivados de los ingresos bajos e inestables incluían la concesión de un crédito a través de usureros, que a juicio de comentaristas externos cobraban excesivas sumas de interés sobre pequeñas cantidades a corto plazo, además del recurso a los tenderos locales, que solían tener verdaderos problemas para cobrar deudas irrecuperables. Los vendedores ambulantes, conocidos como *Scotch drapers*, vendían patrones y cortes de tela a plazos, y también solían tener dificultades para recuperar lo que se les debía. El pago atrasado pasó a ser no-pagado⁶². El uso sensato de un prestamista tenía su razón de ser: permitía a la gente almacenar bienes durante la semana, como un buen traje, y recuperarlos una vez que el sobre de la paga del fin de semana les proporcionaba una solvencia temporal, ayudándoles también a equilibrar la disponibilidad de dinero en efectivo durante la difícil segunda mitad de la semana⁶³.

⁵⁹ TAHN, T. N., *Five per cent philanthropy*, Cambridge, 1973.

⁶⁰ DENNIS, R. J., *English industrial cities of the nineteenth century*, Cambridge, 1984; STEDMAN JONES, G., *Outcast London...*

⁶¹ ROBERTS, R., *The classic slum...*

⁶² WALTON, J. K., Y WILCOX, A. (eds.), *Low life and moral improvement in mid-Victorian England: Liverpool through the journalism of Hugh Shimmin*, Leicester, 1991.

⁶³ TEBBUTT, M., *Making ends meet: pawnbroking and working class credit*, Leicester, 1991.

Estos últimos temas se solapan a los modos en los que las familias se enfrentaban psicológicamente a la pobreza. Un método de ahorro popular consistía en adquirir artículos de consumo duraderos, tales como muebles resistentes, que podían ser disfrutados en tiempos de prosperidad, o empeñados o vendidos en tiempos difíciles. Esta era una práctica más atractiva que el concepto abstracto y más vulnerable en apariencia del ahorro bancario. Muchas familias preferían gastar más en la comida de los domingos, que se convirtió en una costumbre habitual para la clase obrera, aun cuando eso significara tener menos durante la semana: era una cuestión de principios y autoestima, y hacía que la gente lo esperara con ansiedad. La búsqueda de pequeños placeres y deleites, incluyendo los sabrosos y precocinados platos de pescado con patatas fritas, hacían la vida más llevadera, y lo que encontró una respuesta poco entusiasta fue la defensa que los asistentes sociales hicieron de las gachas con avena como comida barata, nutritiva y equilibrada ⁶⁴. En las áreas centrales más deprimidas de las ciudades el juego bien de las apuestas sobre caballos o sobre deportes más sangrientos como las peleas de perros, o de los juegos ilegales de cartas y monedas, tenía también su razón de ser: proporcionaba entretenimiento a la vez que ofrecía la posibilidad de obtener la cantidad global de dinero necesaria para costear una juerga o una compra deseada ⁶⁵. Más perjudicial era la bebida, que seguía siendo «la vía de escape más rápida de Manchester» y otras ciudades sombrías. En este caso en particular, aunque no siempre de modo exclusivo, el poder adquisitivo era consumido desproporcionalmente por los trabajadores masculinos a costa de sus familias ⁶⁶.

Uno de los indicadores clave de la pobreza relativa en la mayoría de las culturas de la clase obrera (aunque no en las ciudades algodóneras del condado de Lancashire), era la necesidad de que las mujeres trabajaran fuera del hogar ⁶⁷. El concepto comprometido de respetabilidad -importante pero a su vez evasivo- imponía la dependencia de la mujer al salario del cabeza de familia masculino, y es-

⁶⁴ ROSS, E., *Love and toil...*; WALTON, J. K., *Fish and chips...*

⁶⁵ CLAPSON, M., *A bit of a flutter: working-class gambling in Britain c. 1823-1961*, Manchester, 1992; CHINN, C., *Better betting with a decentfeller*, Hcmel Hempstead, 1991.

⁶⁶ ROBERTS, E. A. M., *A woman's place...*

⁶⁷ SAVAGE, M., *The dynamics of working-class politics*, Cambridge, 1987.

taba asociado a grupos más acomodados y con mayor solidez dentro de la clase obrera. Estos grupos tenían un mayor acceso a redes institucionales voluntarias que ofrecían asistencia médica y seguro de desempleo, protección en el mercado laboral, oportunidades de ahorro para fines deseados así como contra contingencias, educación y pasatiempos. Historiadores conservadores han afirmado que las Sociedades Amistosas, que ofrecían acceso a la atención médica mediante un pago semanal, proporcionaron lo que llegó a ser un servicio nacional de salud a partir de fondos privados en la Inglaterra victoriana. La mayoría de familias de clase obrera contaban con miembros en estas organizaciones, pero los beneficios fueron en directa proporción a los pagos semanales, estando además limitados en duración y a hombres adultos. Los enfermos no podían convertirse en socios. Hubo una gran tasa de mortalidad en pequeñas sociedades locales cuyos fondos eran más vulnerables al desfalco, y muchas familias se mantuvieron como socios por el seguro de vida que garantizaba un buen funeral y un poco más de autoestima para los supervivientes ⁶⁸. La necesidad de la caridad o Ley de Asistencia Pública -que acarrearba un estigma- no iba más allá de más de unas pocas semanas para la mayoría de las familias obreras en la Inglaterra victoriana, y Paul Johnson acertó al destacar la seguridad como valor fundamental para aquellos miembros de la clase obrera que podían aspirar a ella ⁶⁹. A este respecto, los contactos a través de la iglesia o la «capilla» podían en este sentido servir de ayuda. Lo mismo ocurría con la pertenencia a sociedades cooperativas de venta al por menor, basadas en el modelo de los famosos Pioneros Rochdale, que brindaban oportunidades de ahorro dentro del consumo, comida sin adulterar, educación de adultos y, en ocasiones, bibliotecas ⁷⁰. Todos estos organismos, y algunos cercanos a ellos, ofrecían culturas asociativas caracterizadas por excursiones en grupo, comidas y rituales compartidos a fin de au-

⁶⁸ COSDEN, P. J. J. J., *Self-help*, Londres, 1973; JOHNSON, P., *Saving and spending: the working-class economy in Britain 1870-1939*, Oxford, 1985; GREEN, D. C., *Working-class patients and the medical establishment*, Londres, 1985; CROSSICK, G., *An artisan elite in Victorian society*, Londres, 1978.

⁶⁹ JOHNSON, P., *Saving and spending...*

⁷⁰ PLIHVIS, M., «The development of co-operative retailing in England and Wales, 1815-1901», en *Journal of Historical Geography*, núm. 16, 1990, pp. 314-31; *North-West Labour History Society*), número especial sobre el movimiento cooperativista, 19, 1994-5.

mentar el sentimiento de conciencia colectiva. Podían capacitar a los individuos a precaverse contra las calamidades y a salir adelante por sí mismos, pero lo que les daba su carácter distintivo era la ayuda mutua colectiva. Paradójicamente, a comienzos del siglo XX, el creciente papel del Estado en este tipo de ayudas debilitó gradualmente la vitalidad de estas organizaciones, aunque el movimiento cooperativista, por ejemplo, siguió creciendo hasta la Segunda Guerra Mundial.

Una versión inglesa de la historia de la vida cotidiana también se extiende sobre cuestiones de ocio, cultura y consumo. La historia social del tiempo libre ha sido un asunto especialmente característico de la historiografía inglesa. Ha abarcado ternas como el suministro para los crecientes mercados urbanos de la clase obrera, desde el teatro de variedades hasta el deporte profesional, pasando por las típicas vacaciones en la costa, cuando estos fenómenos surgieron a mediados del siglo XIX y tuvieron un rápido crecimiento debido al aumento del poder adquisitivo (particularmente pero no exclusivamente entre los hombres), durante la última caída de los precios en la época victoriana. En el siglo XX, nuevas formas comerciales de ocio, en especial el cine, han atraído constantemente la atención⁷¹. Los contemporáneos se mostraron preocupados por el hecho de que esta oferta comercial fuera a debilitar la energía y la moral de sus consumidores, preocupaciones que hace tiempo estuvieron vinculadas a la vieja cultura popular de los bares, ferias y festividades que sobrevivieron junto a nuevas formas de diversión. Patronos y organizaciones religiosas rivalizaron en la organización de atracciones propias denominadas «pasatiempos racionales»: parques, bibliotecas, deportes atléticos y juegos, con el fin de entretener a los trabajadores y alejarlos de placeres asociados al alcohol y los peligros morales. Sin embargo, éstas sólo tuvieron un éxito relativo ya que los consumidores a menudo escogían de este menú lo que les interesaba y lo añadían a sus otras actividades. La policía y cuerpos gubernamentales locales in-

⁷¹ COLBY, I. M., y PIIHDJE, A. M., *The civilizational all the crowd*, Londres, 1984; BAILEY, P., *Leisure and class in Victorian England*, Londres, 1978; *Music hall: the business of pleasure*, Milton Keynes, 1986; VAMPLEW, W., *Pay up and play the game*, Cambridge, 1988; WALTON, I. K., «The demand for working-class seaside holidays in Victorian England», en *Economic History Review*, núm. 34, 1981, pp. 249-65; RICHARDS, I., *The age of the dream palace*, Londres, 1984; TONES, C. S., *Workers at play*, Londres, 1986.

tervinieron de modo activo para controlar y regular el ocio de la clase obrera. Mientras tanto, hacia finales de siglo, el emergente movimiento socialista comenzó a preocuparse por la aparición de una cultura de consolación y entretenimiento entre la clase trabajadora, impulsada por los disfrutes populares y que predicaba la aceptación de la suerte de cada uno, marginando las observaciones políticas y la crítica social ⁷². Estas fueron preocupaciones constantes a comienzos del siglo XX y se extendieron al tiempo libre doméstico, menos visible para los historiadores, pero que está siendo revelado hoy día a través de la historia oral, la cual permite hacer más evidente el ocio de las mujeres (concepto indudablemente ambiguo antes de la Segunda Guerra Mundial), puesto que éstas habían sido importantes consumidoras de cine y de los salones de baile durante el período de entreguerras ⁷³. Estudios recientes sobre la literatura popular, el teatro de variedades, los hobbies y el cine, han intentado recuperar el significado que tenían los disfrutes populares para los espectadores y los participantes, prestando especial atención al lenguaje y a los modos de representación. Al final, en términos económicos, las cuestiones clave giraban en torno al hecho de hasta qué punto la oferta comercial, tanto en la esfera pública como en la privada, estaba encaminada a ofrecer un programa de distracción o control social, o dirigida a servir a la demanda, dando al público lo que pedía ⁷⁴. Estos temas están siendo abordados a partir del interés más amplio y creciente hacia el consumismo popular, y cabe esperar que las respuestas no serán sencillas.

El interés de los gobiernos central y local con respecto al ocio, refleja la unión entre pasatiempos populares y orden público en las mentes oficiales. El crimen y el orden público han sido dos grandes preocupaciones en los últimos años para los historiadores de la vida de la clase obrera inglesa, y ha habido un gran interés, tanto por establecer modelos de infracción en las ciudades victorianas, como por valorar la viabilidad de enfoques estadísticos aplicados a la historia del crimen. Actualmente reina el escepticismo sobre las fuentes estadísticas, a pesar de los intentos de Gatrell por afirmar un descenso

⁷² BAILEY, P., *Leisure and class...*; WATERS, C., *British socialists and the politics of popular culture*, Manchester, 1990; TAYLOR, JI., «The ideological evolution of an outdoor movement in Britain», tesis doctoral de la Universidad de Lancaster, 1993.

⁷³ MLJHFIN, G. L., *Popular leisure...*

⁷⁴ GOLBY, I. M., YPIHDIJE, A. W., *Civilization...*; CUNNINGHAM, JI., *Leisure in the Industrial Revolution*, Londres, 1980.

real de la incidencia del robo y la violencia durante la segunda mitad del siglo XIX a partir de tales fuentes ⁷⁵. Variaciones geográficas y cambios asociados al paso del tiempo tanto en las prácticas policiales, como los informes y las clasificaciones, socavan los intentos de establecer tendencias, y la violencia doméstica fue sólo el ejemplo más visible de varios tipos de crimen que no fueron registrados o que, en todo caso, fueron tratados de modo informal por los vecinos. Pueden identificarse una serie de discursos y climas de opinión variables con respecto al crimen, pero los niveles verdaderos de su existencia siguen estando ocultos ⁷⁶. Lo que parece claro, por el contrario, es que gran parte de los crímenes registrados tenían que ver con robos esporádicos de poca monta, tanto contra los vecinos como contra los patrones. Se trataba, sin duda, de una extensión de las estrategias de supervivencia de los pobres, bien urbanos bien rurales, y la caza y la pesca furtivas también entraron en esta categoría ⁷⁷. Aquí, como en otras partes, se dio un conflicto entre definiciones legales y definiciones habituales o populares de los conceptos de propiedad y buen comportamiento, ya que lo que la ley entendía por robo bien pudiera entenderse como el uso legítimo de una propiedad común por parte de los ladrones. El descubrimiento de tales actitudes ha sido una característica importante en la historia social de la vida cotidiana. Como resultado de las investigaciones se ha puesto de manifiesto que la obsesión de la policía, periodistas y observadores sociales por los submundos criminales en las grandes ciudades, era exagerada y tergiversadora. Estos submundos eran equivocadamente considerados como sociedades alternativas en lucha constante contra el orden establecido, la propiedad y la moral convencional, además de nidos de vicio y enfermedad. Lo cual no era óbice para que existieran pequeños grupos de criminales profesionales y de gánsteres ⁷⁸.

Otro de los temas importantes en estudios ingleses recientes ha sido el interés de los historiadores por el concepto de alteridad, en la forma de minorías étnicas y grupos estigmatizados de la población. Dentro de esta vertiente se han examinado modelos de residencia,

⁷⁵ CATRELL, V. A. C., et al. (eds.), *Crime and the law...*

⁷⁶ SINDALL, R., *Street violence in the nineteenth century*, Leieester, 1990.

⁷⁷ PHILIPS, D., *Crime and authority...*

⁷⁸ DAVIES, J., «Jennings' Buildings and the Royal Borough», en FELDMAN, D., Y STEDMAN JONES, G., *MetropoLis: London...*; SAMUEL, R., *East End underworld 2: Chapters in the Life of Arthur Harding*, Londres, 1981.

transmisión cultural y de supervivencia, instituciones formales e informales y modos de vida, y cómo se perciben estos grupos desde fuera. El interés por las barriadas y los submundos es parte de este proceso. Los irlandeses también han constituido un objetivo particular de estudio, dado su número y notoriedad, su predominante catolicismo y su asociación con la violencia sectaria y política hacia la mitad del periodo victoriano ⁷⁹. También han sido objeto de observación los gitanos, los judíos y los negros, y se ha analizado la creación de estereotipos sobre ellos en base a los estudios de sus propias comunidades. Del mismo modo, los inmigrantes italianos han sido observados por este microscopio ⁸⁰. Por otro lado, las prostitutas han visto revalorizarse su lugar dentro de la clase obrera y se han puesto de relieve problemas de clasificación e identificación. La prostitución fue parte de la vida de la clase obrera, en igual medida que el crimen, no separada en submundos distintivos, y para mucha gente fue una etapa en el ciclo de la vida, además de una estrategia de supervivencia preferible a los hogares para pobres de la Ley de Asistencia Pública. Tales percepciones estorbaron a aquellos victorianos y propagandistas que querían ver estos problemas en blanco y negro ⁸¹. Junto a todo esto, cobra especial atención la creación de identidades homosexuales ⁸². El estudio de otra historiadora americana, Judith Walkowitz, ha sido especialmente influyente en estos temas, y su *City of dreadful delight* tiene un valor especial por sus incursiones en las luchas por el espacio urbano, donde los territorios podían compararse o las fronteras eran traspasadas por individuos de estilos de vida diferentes y culturas opuestas y contrarias, algunas de las cuales necesitaban de las otras ⁸³. Lugares de conflicto semejantes e igualmen-

⁷⁹ SWIFT, R., y GILLEY, S. (eds.), *The Irish in Britain 1815-1939*, Londres, 1989; DAVIS, G., *The Irish in Britain 1815-1914*, Dublín, 1991.

⁸⁰ MAYALL, D., *Gypsy-travellers in nineteenth-century society*, Cambridge, 1988; WILLIAMS, B., *The making of Manchester Jewry 1740-1875*, Manchester, 1976; FRYER, P., *Staying power: the history of black people in Britain*, Londres, 1984; SPONZA, L., *Italian immigrants in nineteenth-century Britain*, Leicester, 1988; PANAYI, P., *Immigration, ethnicity and racism in Britain 1815-1945*, Manchester, 1994.

⁸¹ WALKOWITZ, J. IL. *Prostitution and Victorian society*, Cambridge, 1982; FINNEGAN, F., *Poverly and prostitution*, Cambridge, 1979.

⁸² WEEKS, J., *Sex, politics and society*, Londres, 1980; DAVENPORT-HINES, R., *Sex, death and punishment*, Londres, 1990.

⁸³ WALKOWITZ, J. R., *City of dreadful delight*, Londres, 1992.

te reveladores pueden hallarse en puntos de recreo, así como en el West End de Londres ⁸⁴.

4. Conclusiones: Situación actual y perspectivas

En conclusión esta colaboración ha sido una parcial reconsideración temática de una rica y variada producción literaria. Quizás debería haberse expuesto algo, por ejemplo, sobre el universo en expansión de textos sobre asistencia médica, medicina popular y nociones del cuerpo, o sobre las experiencias populares en la enseñanza frente a la política de la administración en este ámbito ⁸⁵. La alfabetización y sus usos en la cultura popular constituye otro gran tema ⁸⁶. Pero ya se ha dicho bastante para probar la vitalidad del trabajo actual en el campo ampliamente definido de la historia de la vida cotidiana.

El impacto de este tema en una historiografía inglesa más extensa resulta problemático. El trabajo reciente de Adrian Wilson sobre una aproximación a la historia social de Inglaterra no parece tomar contacto en absoluto con él, a pesar de arrojar una serie de ideas estimulantes sobre nuevas tendencias y posibilidades. Wilson define la historia social como una «historia del pueblo» anterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando se la consideraba una tendencia minoritaria, ajena a lo académico y asociada a la izquierda. La única profesional de algo denominado la historia de la vida cotidiana que él cita, es Dorothy George, cuya dilatada carrera desde los treinta a los setenta nunca se cruzó con los History Workshop ni con sus seguidores ⁸⁷. No se menciona nada posterior. Este extraño vacío bien puede reflejar la propia experiencia de Wilson en la historia social de la medicina correspondiente a los siglos XVII y XVIII, y sólo una de los colaboradores del libro, Philippa Levine, trata de los siglos XIX y XX. SU ensayo acerca de la prostitución atrae la atención sobre la nece-

⁸⁴ WALTON, J. K., *The English seaside resort: a social history 17.50-1914*, capítulo 8, Leicester, 1983.

⁸⁵ BAHHOW, L., *Independent spirits*, Londres, 1986; OWEN, A., *The darkened room*, Filadelfia, 1990; COOTER, H. (ed.), *Studies in the history of alternative medicine*, Londres, 1988.

⁸⁶ VINCENT, D., *Literacy and popular culture*, Cambridge, 1989.

⁸⁷ WILSON, A., *Relthinking...*, p. 12.

sidad de construir lazos entre el estudio de un caso particular y el panorama general, y a la importancia de repolitizar la historia social a través del diálogo con las preocupaciones de la historia política, siendo esto algo útil y necesario bajo mi punto de vista⁸⁸. Los mejores trabajos en el marco de la historia de la vida cotidiana hacen precisamente esto: un buen ejemplo es el estudio de Mike Savage sobre política y comunidades locales en Preston, tratando de explicar los vaivenes políticos del Partido Laborista en términos de asuntos cotidianos acerca de provisión de viviendas, empleo y sexo, y del ejercicio del poder en las familias y los lugares de trabajo, así como a nivel del vecindario, distritos, ayuntamientos y elecciones parlamentarias⁸⁹. Pero hay que hacer más cara a profundizar en estas relaciones y atraerlas a la atención de otros.

La vitalidad de una tradición historiográfica inglesa que pudiera ser fácilmente denominada historia de la vida cotidiana, es constante y patente, y resulta molesto hallarla marginada en un estudio titulado *Rethinking social history*. Dentro de la propia historia social, la «historia de la vida cotidiana» ha estado en los márgenes de una disciplina cuya orientación estaba dirigida, en gran parte, hacia la tradición marxista inglesa (donde han destacado los legados de Thompson y Hobsbawm) y hacia la importación de teorías y enfoques de las ciencias sociales. Desde esta perspectiva, gran parte de la historia de la vida cotidiana parece pagar por su calidad de accesible y su interés inherente al estar aparentemente subteorizada e incluso aparecer como anticuaria dada su preocupación por recuperar lo particular, lo local y lo concreto. Parece tarea fácil para los historiadores que operan en el paradigma dominante de la historiografía del Estado tratarla con condescendencia, como si fuera el ejemplo llamativo de una historia con la política olvidada, en la expresión atribuida a Trelvelyan y que ha obsesionado a la historia social inglesa. La historia económica tiende a considerarla un pariente pobre, carente de rigor analítico. Este tipo de prejuicios son infundados pero duraderos, y han restringido el impacto de los estudios de la historia de la vida cotidiana en la construcción de amplias síntesis que atravesaran los departamentos de la profesión. Mientras tanto, los temas de moda en ciertos lugares de discusión, como la deconstrucción del sujeto y el

⁸⁸ WILSON, A., *Rethinking...* p. 268.

⁸⁹ SAVAGE, M., *Dynamics...*

giro lingüístico, han tendido a apartar la historia de la vida cotidiana de la atención general de la que disfrutaron en las décadas de los setenta y los ochenta de este siglo, o al menos han conseguido empujar su programa hacia direcciones más individualistas y biográficas ⁹⁰. Con todo, sigue habiendo mucha vida en los enfoques y metodologías debatidos en este artículo.

⁹⁰ BOYD, K., y MCWILLIAM, II., «Historical perspectives on class and culture», en *Social History*, núm. 20, 1995, pp. 93-100; KIRK, N., «History, language, ideas and post-modernism: a materialist view», en *Social History*, núm. 19, 1994, pp. 221-40; JOYCE, P., «The end of social history?», en *Social History*, núm. 20, 1995, pp. 73-91.

De los héroes de la resistencia a los coautores. «Alltagsgeschichte» en Alemania

AlfLüdtke

El enfoque de la *Alltagsgeschichte* (*historia de la vida cotidiana*) se centra en la práctica de la multitud. Esto significa al mismo tiempo que la *Alltagsgeschichte* es más que la *Erfahrungsgeschichte* (*Historia de las vivencias*)¹. La práctica hace alusión a las formas en que los hombres se apropian de las condiciones en las que viven, producen experiencias, utilizan modos de expresión e interpretaciones –y las acentúan nuevamente por su parte–. En el proceso de apropiación los agentes se convierten en actores, que interpretan y se muestran, presionan o rechazan².

Si se entiende la práctica como «apropiación», entonces se deberá retener ese rasgo peculiar que se ha definido como la *doble constitución de la realidad*³. El acento, sin embargo, es nuevo: los hom-

¹ KOCKA, I., *Sozialgeschichte*, 2.^a ed. aumentada, Göttingen, 1986, pp. 167 Y ss.

² Sobre la «apropiación» en los escritos tempranos de Karl Marx comp. MAHX, K., «Nationalökonomie und Philosophie», *Die Frühschriften*, ed. S. Landshut, Stuttgart, 1953, pp. 225-316. MAHX insiste aquí en que la «apropiación» no se refiere a un «disfrute» unilateral, al simple «tener», sino que se trata de la diversidad de la «apropiación material del ser humano objetivo, de las obras humanas por y para el hombre»; el «comportamiento» de los «órganos de su individualidad», pero también la de sus «órganos comunitarios» es por consecuencia en su «comportamiento hacia el objeto» la «apropiación de la realidad humana».

³ HACK, LOTJAH y otros, «Klassenlage und Interessensorientierung», *Zeitschrift für Soziologie* 1, 1972, pp. 15-30. También HACK, LOTJAH y otros, *Subjektivität im Alltagsleben. Zur Konstitution sozialer Relevanzstrukturen*, capítulos V y VI, Frankfurt, Nueva York, 1977.

bres hacen su historia en unas condiciones dadas, ¡pero la hacen ellos mismos! 4. En tradiciones muy diversas en las que la racionalidad del mundo técnico-científico es considerada bien como motor o incluso como producto final de las revoluciones históricas seculares, la primera parte de la frase anterior es considerada como decisiva. La «Alltagsgeschichte» (historia de la vida cotidiana), por el contrario, comienza en cierto modo a partir del otro extremo de esta relación.

La *Alltagsgeschichte* no es una disciplina especial. Se trata más bien de un enfoque específico del pasado. Este punto de vista no se limita a las «acciones de los dirigentes y de hombres de Estado» tal y como se hacía predominantemente en la historia política y militar de antes. Por otro lado, esta visión de las experiencias y actuaciones del pasado no se reduce tampoco a coacciones anónimas de mecanismos estructurales. En el centro se encuentra más bien la conducta diaria de los hombres: tanto los prominentes como los supuestamente anónimos son considerados como actores históricos. Se reconstruyen las formas de la práctica en las que los hombres se «apropiaban» de las situaciones en las que se encontraban.

Este enfoque insiste en que cada hombre y cada mujer ha «hecho historia» diariamente. Concretamente, no fueron sólo los arrendatarios, los dueños de señoríos territoriales o los funcionarios los que desde el siglo XVIII realizaron la superación del vasallaje hereditario en el campo. Fueron también los que dependían, los que tenían pocas o ninguna propiedad los que se redimieron —o los que tuvieron que reorganizar su vida en unas circunstancias distintas—o Lo mismo se puede aplicar a la consecución del trabajo asalariado en las industrias y fábricas: no fueron sólo empresarios y asociaciones industriales, financieros y funcionarios los que desarrollaron la industria de fábrica. También colaboraron las muchachas que después de su niñez rural entraban a formar parte de la servidumbre de un señor de la ciudad, así como los ancianos y los jóvenes que desde mediados del siglo XIX iban a la fábrica, como por ejemplo en Berlín, Braunschweig o en la zona del Ruhr.

† Comp. la cita clásica en MAHX, K., «18. Brumaire des Louis Napoleon», *Marx-Engels-Werke*, vol. 8, 1852, p. 115: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen voluntariamente, no en circunstancias elegidas por uno mismo, sino en circunstancias halladas, dadas y transmitidas.»

No se puede excluir de ningún modo la conducta de los que actuaban desde las alturas de mando del estado y de la sociedad. La historia de los «grandes hombres» que acompañó y apoyó al estado nacional burgués (y a la economía nacional burguesa) del siglo XIX podría verse duplicada por una imagen contraria igualmente unilateral. Por tanto se debe investigar también la práctica social de los supuestamente grandes. ¿Qué experiencias y sensaciones posibilitaron o completaron los propósitos programáticos de Bismarck cuando tomó la iniciativa de introducir el derecho de voto (masculino) general en el imperio alemán en 1871? ¿Cómo era la vida cotidiana de los ministros y generales que en el verano de 1914 tomaron o aceptaron decisiones en favor de la guerra? ¿Qué caracterizaba la vida cotidiana de los directores de fábrica alrededor de 1910, 1925 ó 1942? ¿Cómo estaban relacionadas sus experiencias en el despacho y en su residencia con la racionalización del trabajo de oficina y de maquinaria?

El término *ALLtagsgeschichte* ha sido y continúa siendo discutido⁵. En la segunda mitad de 1970 y a comienzos de 1980 la *Geschichte Don unten (Historia de los de abajo)* ocupaba un primer plano, al menos en la antigua República Federal. Se superponían dos evoluciones totalmente separadas en un principio. Dentro de la ciencia histórica se planteaban preguntas críticas acerca de aquella *historische 80zialwissenschaft (ciencia social histórica)* que se había desarrollado con vehemencia desde 1968/69 estableciéndose también rápidamente*.

A diferencia de una historiografía en la que sólo importaban los estados nacionales y sus elites de poder y elites profesionales, se trataba desde este enfoque de abordar el peso propio de estructuras y procesos socioeconómicos. Se prestaba atención fundamentalmente a la «época moderna», impregnada de un carácter económico-industrial y dirigida a la participación política de las masas. La historia a partir de finales del siglo XVIII aparecía como un mundo propio con una dinámica y ritmo específicos; el orden de las economías nacio-

⁵ Sobre esto más completo LÜDTKE, A. (ed.), «Einleitung: Was ist und wer treibt Alltagsgeschichte?», *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Frankfurt a.M./Nueva York, 1989, pp. 9-47.

* El autor se refiere a la influyente escuela de Bielefeld, que tiene como cabezas más visibles a J. Kocka, H. U. Wehler..., y que se enfrentó a la corriente historicista.

nales apenas era puesto en duda ⁶. Los temas de investigación se dedicaban por ejemplo a los procesos de urbanización, a la estratificación y movilidad sociales, sobre todo a los modos de formación de clases. La modernización sociopolítica (o sus restos) marcaba el horizonte teófilco ⁷.

Es cierto que en la antigua República Federal habían existido anteriormente puntos de partida para enfoques sociohistóricos. Pero fueron puntuales. Además, el clima mental de la Guerra Fría con su exclusión de todo aquello que estuviera o pareciera estar relacionado con Marx o el marxismo había paralizado sensiblemente la capacidad y las ganas de innovación. Se debe apuntar aquí que los historiadores de la República Democrática Alemana seguían deduciendo de forma muy mecánica la actuación de las personas a partir de las estructuras, de las circunstancias sociales o de la forma de producción dominante, al menos en los tiempos del capitalismo (de monopolio) y del imperialismo ⁸. En la República Federal fue sobre todo Werner Conze quien desde 1957 intentó llamar la atención sobre la dinámica de la industrialización ⁹. Pero en su comienzo el acento recaía sobre la pérdida del viejo mundo; de aquí, que el énfasis puesto en la disolución del orden corporativo y del orden estamental del Antiguo Régimen fuera significativo. Al mismo tiempo se redujo el con-

⁶ Sobre esto POLLARD, S., *Peaceful Conquest. The Industrialization of Europe, 1750-1970*, Oxford, 1981.

⁷ La primera visión general la proporcionó RÜRUP R. (ed.), *Historische Sozialwissenschaft. Beiträge zur Einführung in die Forschungspraxis*, Göttingen, 1977. En forma de resumen la visión general de WEHLER, H. U., «Geschichtswissenschaft heute», en HABERMAS, J. (ed.), *Stichworte zur Geistigen Situation der Zeit*, vol. 2, Frankfurt a.M., 1979, pp. 709-753; y sobre todo KOCKA, T., *Sozialgeschichte*, 2.^a ed., Göttingen, 1986. Compárese también WEHLER, H. U., *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Göttingen, 1975. La revista *Geschichte und Gesellschaft* desde la que se ha activado, impulsado e institucionalizado la «Historische Sozialwissenschaft» (Ciencia social histórica) aparece a partir de 1973 (año 1). Paralelamente se inauguró una serie con monografías que entretanto comprende más de 100 volúmenes, los *Kritische Studien*, Göttingen.

⁸ En una retrospectiva crítica y con ejemplos discrepantes sobre la historia social del siglo XIX, así como de la historia agraria (GERS, C. H. (ed.), *Ein anderer historischer Blick. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*, Frankfurt a.M., 1991. Comp. ECKERT, R.; KÜTTNER, W., y SEEBER, C. (ed.), *Krise-Umbruch-Neubeginn*, Stuttgart, 1992. Ver también FISCHER, A., y HEYDEMANN, C. (ed.), *Geschichtswissenschaft in der DDR*, vols. 1 y 2, Berlín, 1988/1990.

⁹ CONZE, W., *Die Strukturgeschichte des technisch-industriellen Zeitalters*, Colonia, 1957.

De los héroes de la resistencia a los coautores

junto de relaciones sociales contradictorias a la dinámica indeterminada del «tecnointerindustrialismo». En sus elaboraciones, Conze empleó un concepto de estructura estática ¹⁰. Para ello se apoyó en un concepto que había sido desarrollado a finales de 1930 y comienzos de 1940 por Otto Brunner. Las ideas Brunner, impregnadas de sentimientos nacionales, se diferenciaban por principio de los conceptos que, tomando como referencia a la sociedad, gravitaban alrededor de asincronías y conflictos. Por eso no es de extrañar que desde el punto de vista de esta historia estructural, se contemplara la *Historische Sozialwissenschaft* (*Ciencia social histórica*) con escepticismo e incluso desconfianza.

A esto se añadía que las aspiraciones de los más innovadores no se limitaban a términos y proyectos científicos. Se incluía explícitamente un programa de pedagogía política. La pregunta central era cómo se podía explicar la ausencia o el atraso de la democracia (parlamentaria) en la Alemania de finales del siglo XIX y del siglo XX, cómo se debían clasificar la actividad bélica anterior a 1914 y el paso al fascismo con sus consecuencias genocidas y de guerra saqueadoras. Los hechos sangrientos cometidos por los alemanes en el siglo XX no se debían considerar ya como una «catástrofe» o un «accidente de funcionamiento» histórico. El objetivo era más bien desarrollar el proceso que había creado las condiciones para la aceptación en masa de la dictadura, la guerra y los delitos a pesar de las discontinuidades.

Era justamente esta cuestión la que hacía saltar por los aires el programa de una *Historische Sozialwissenschaft* (*Ciencia social histórica*) según algunos críticos. Para la *Historische Sozialwissenschaft* la dinámica histórica se situaba en las elites tradicionales o modernas, pero sobre todo en procesos anónimos socioeconómicos. La masa de hombres aparecía como mera esfera estática o como destinatarios anónimos de exigencias o estímulos. Se excluía de escena a los actores en sus múltiples y en parte contradictorias situaciones, en la mezcla de yuxtaposiciones de sentimientos y cálculos, experiencias e intereses. ¿Pero era la multitud de verdad un mero agente de unos poderes que se expresaban e imponían a sus espaldas? ¿Cómo sucedió entonces que las viejas y nuevas elites de la Alemania guillennina ob-

¹⁰ Más completo y sobre todo instructivo desde el punto de vista histórico historiográfico, SCHULZE, W., *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, Munich, 1989 (suplemento núm. 10 de la *Historische Zeitschrift*).

tuvieran en julio de 1914 el consentimiento o, al menos, la tolerancia respecto a sus políticas de acción o de tolerancia bélica por parte de las masas? ¿Fue sólo una reacción a la miseria y al hambre, quizás unido a un cierto cansancio de la guerra y a un cierto deseo de paz lo que desencadenó en abril de 1917 y en enero de 1918 las huelgas masivas de trabajadores de equipamiento y munición, y lo que posibilitó en otoño de 1918 y en primavera de 1919 movimientos revolucionarios? La cadena de preguntas se podría alargar hasta la cuestión del comportamiento de la multitud en 1933 y en los años posteriores. ¿Cuáles fueron, por tanto, las fuerzas motrices históricas, de qué modo estaban relacionadas las estructuras con los actores?

Estas preguntas no afectaban únicamente al análisis científico. Tampoco fue sólo el empuje de una nueva generación lo que motivó una crítica desde la izquierda a la */-historische Sozialwissenschaft* (Ciencia social histórica). Más bien se trataba de la cuestión de si los objetivos de emancipación del estallido de 1967/68 no tendrían como consecuencia el reconocer y presentar a la multitud supuestamente anónima como sujeto. Sin embargo, la mordacidad de muchas reacciones sorprendieron. En un primer momento fue muy aplaudido el veredicto que Hans-Ulrich Wehler lanzó en el *Berliner /historikertag* (Jornada berlinesa de los historiadores), en 1984, según el cual la *Geschichte von unten* (Historia de los de abajo) y la *Alltagsgeschichte* eran sólo un *honrado puré de mijo* ¹¹.

Lo cierto es que en ciudades universitarias y en otros lugares se habían desarrollado iniciativas historiográficas que no se sometían a la forma de funcionamiento tradicional de la ciencia. A finales de 1970 se formaron grupos locales. Les preocupaba la *Geschichte von unten* (Historia de los de abajo) y la *Geschichte vor Ort* (Historia local). Estas iniciativas partían frecuentemente de los fuertes conflictos surgidos a partir de 1968 en centros de enseñanza, ámbitos burocráticos de la cultura y medios públicos en torno al tema de una nueva enseñanza de historia. Por parte de profesores se produjeron las primeras preguntas apremiantes en torno a cómo reaccionar dentro del marco de la enseñanza de historia a las preguntas de los alumnos re-

¹¹ La frase *honrado puré de mijo* es una expresión despectiva con la que se refiere a algo «simple», sin «sustancia» (N. del E.).

LÜDTKE, A., «Einleitung: Was ist und wer treibt Alltagsgeschichte?», *Alltagsgeschichte*, pp. 18 Yss.

ferentes a las posibilidades y a los límites de la emancipación.

Aquí convergían o actuaban en paralelo diversos intereses. Los impulsos provenientes de los centros de enseñanza señalaban, sin embargo, una tendencia general: a partir de la crítica a una democratización y emancipación aplazadas, la historia de las insurrecciones populares, en especial las de los movimientos de trabajadores, cobró interés para un amplio sector del público. En este contexto *Alltags-geschichte* significaba la reconstrucción de aquellas resistencias que sobre todo durante el fascismo alemán sólo habían podido ser superadas mediante el terror y la política aniquiladora de los dominadores. Se formulaban preguntas acerca de huellas y recuerdos de hombres y mujeres que se habían enfrentado al nazismo de una forma u otra. Miles de estas personas habían sufrido lo indecible o habían sido ejecutadas. La *Geschichtswissenschaft (Ciencia de la Historia)* había demostrado un fuerte desinterés por estas cuestiones: la *Geschichtswissenschaft (Ciencia de la Historia)* establecida sólo tenía en cuenta a los grandes hombres. Entre éstos figuraban oficiales del 20 de julio de 1944 u hombres del círculo de Kreisau. Todos ellos ocupaban posiciones del «nivel de mando» del estado y de la sociedad (u operaban en su proximidad inmediata). Frente a esto, los correos de la KPD o de la SPD, por ejemplo los de Essen, así como los distribuidores de octavillas, por ejemplo los de Hannover, se mencionaban en el mejor de los casos en las actas de la Gestapo o en las de los tribunales especiales ¹².

El interés por los que habían quedado en el anonimato no se limitaba a determinados grupos sociales o tendencias políticas. Aquella mezcla de demandas proveniente del ámbito de la enseñanza, medios públicos y también de historiadores profesionales había conducido por una parte a que las campañas del cada vez más popular *Schülerwettbewerb deutscher Geschichte um den Preis des Bundespräsidenten (Concurso escolar de historia alemana premio Presidente Federal)* se ocupara de esta temática a partir de los años setenta. Dos campañas sobre la historia del nacionalsocialismo desde 1933 hasta 1939 y desde 1939 hasta 1945 obtuvieron una enorme resonancia. Se presentaron a cada una más de mil trabajos escolares en

¹² PEIJKEHT, D., *KPD im Widerstand. Verfolgungen und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933-1945*, Wuppertal, 1980. Sobre la huelga general local en el pueblo campesino de trabajadores Mössingen ver ALTHAUS, H.-J., y otros, *Generalstreik gegen Hitler*, Berlín, 1982.

los que individuos o grupos habían investigado sobre temas como la extensión del nazismo en los pueblos, la juventud hitleriana en pequeñas ciudades, los trabajadores extranjeros en el campo o en la fábrica de armamento, o los campos de concentración a la vuelta de la esquina. La gran cantidad de formas de adaptación y participación por parte de los alemanes del *Reich* fue, sin embargo, uno de los resultados documentados de manera más impresionante, a la vez que era irritante y desgarrador ¹³.

En 1983, es decir, cincuenta años después de la toma de poder del nacionalsocialismo la coincidencia de estas preguntas y de estos trabajos provocó la puesta en marcha de numerosas iniciativas locales, sobre todo en las grandes ciudades, pero también en los pequeños pueblos. Se trataba de identificar los sucesos y personas que habían participado y colaborado hacia 1933 para que el nacionalsocialismo pudiera establecerse rápidamente y de esa forma como régimen dominante. Las cuestiones a tratar eran los nombres de calles, la continuidad de nombres en los que el fascismo seguía presente de manera ininterrumpida: desde la General Dietl-Kaserne en Oberstdorf ¹⁴ hasta las calles o plazas de Hindenburg.

A partir de estos comienzos se desarrollaron rápidamente proyectos de investigación. Eran realizados personalmente por licenciados/as de historia que tenían cada vez más problemas para encontrar una actividad profesional acorde con su formación a principios y mediados de 1980. En los talleres de historia se instruían y terminaban docenas de proyectos que eran apoyados o incluso financiados en su totalidad a través de las medidas de creación de empleo del Instituto Federal de Empleo. No sólo fue la historia del fascismo y de la

¹³ Comp. los tomos anexos y explicativos del *Schülerwettbewerb Deutsche Geschichte um den Preis des Bundespräsidenten, 1980/81 y 1982/83*, en especial PELKERT, D., Y REULECKE, J. (ed.). *Die Reihen fast geschlossen*, Wuppertal, 1981. En lo que respecta a 1982/1983 (j «trabajadores del este» y «trabajadores extranjeros»!). GALINSKI, D., Y SCHMITT, W. (ed.), *Die Kriegsjahre in Deutschland, 1939-1945*, Hamburg, 1985. Acerca de los trabajos relacionados con los «50 años 1933-1983» que se han activado sobre todo desde iniciativas «libres», talleres de historia y trabajadores particulares aislados comp. como ejemplos: *Solinger Geschichtswerkstatt, Fremdarbeiter in Solingen, 1939-45*, Solingen (publicado como manuscrito), sin año (1982).

¹⁴ Dietl era miembro del NSDAP (partido alemán nacionalsocialista de los trabajadores) desde 1921 y un ardiente fanático del nacionalsocialismo que durante la guerra hacía entrar en acción y sacrificaba sin escrúpulos a los soldados que estaban a sus órdenes.

resistencia la que cobró así nuevos impulsos. La atención que se prestaba a la resistencia llevó al sindicato de los trabajadores del metal, una organización sólidamente implantada, a apoyar un proyecto dedicado a la historia huelguística local.

A pesar de 10 provechosa que fue la reconstrucción local de modos de vida, en especial de la época de Weimar, del régimen nacionalsocialista y de los primeros años de posguerra, no pocos de estos proyectos estaban limitados en el enfoque. La cuestión de centrar la atención en los supuestamente anónimos perseguía el fin de poder presentar aquí a los «héroes de la vida cotidiana». Mientras que las estructuras económicas y de dominio estaban caracterizadas, especialmente en el contexto del fascismo, por la opresión, el genocidio y las guerras rapaces, parecían vislumbrarse aquí aquellos elementos potenciales de los que partir para continuar democratizando la antigua República Federal e impulsar la emancipación de individuos y grupos. Se buscaba la identificación con los que padecían; para ello se utilizaba la fórmula de la «compasión» con el sufrimiento y el esfuerzo por la supervivencia y autoafirmación.

Quizás no fuera casualidad que las primeras sugerencias de reconsiderar las limitaciones y la ceguera de este enfoque provinieran de una autora de la República Democrática Alemana. En su reflexión literaria sobre su propia niñez hasta 1945 Ghrista WoH habló de la necesidad del *interés participativo*¹⁵. Con ello parecía referirse a una postura en la que 10 importante no era una «compasión» difusa, sino el intento de tomarse en serio los enredos de los actores históricos.

Pero fueron ante todo las entrevistas biográficas las que contribuyeron a desmentir autointerpretaciones y atribuciones heroizantes que sostenían que la masa de la población se había abstenido tenazmente o incluso resistido. Fue sobre todo el proyecto *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet (Biografías y cultura social en la zona del Ruhr)* el que dejó al descubierto una imagen distinta a partir de los recuerdos de los antiguos trabajadores interrogados¹⁶. Mi-

¹⁵ WOLF, Ch., *Kindheitsmuster*, Berlín/DDR, 1976.

¹⁶ NIETHAMMER, L. (cd.), *Wie Jahre weiß man niela, wo man die heule hinsetzen soll*, Berlín/Bonn, 1983; *Hinlerher merkl man, dass es richtig war, dass es schiefgegangen ist*, Berlín/Bonn, 1983; NIETHAMMER, L., VON PLATO, A. (cd.), *Wir kriegen jetzt and('re Zeiten*, Berlín/Bonn, 1985. Sobre esto el ensayo-reseña de WIRTZ, R., «Lesecrfahrungen mit mündlicher Geschichte», *Sozialwissenschaftliche Injormationen* 15, 1986, cuaderno 3, pp. 33-43.

rando hacia atrás en el recuerdo, estos trabajadores de la industria habían vivido «mejores tiempos» en los años 1938 y 1939, años de la coyuntura del armamento y de la política de amenazas y de ocupación, y también en los años 1942 y 1943. Los «malos tiempos» comprendían sólo desde 1943 hasta 1948 (sobre esto Ulrich Herbert). ¿Dónde quedaba entonces el rechazo o la resistencia «en masa» contra el fascismo? La guerra vivida como experiencia de evasión y de placer. ¿Cómo se compatibilizaba esto con la concepción de la guerra como crimen y destrucción en las más terribles dimensiones? El terror de la guerra se limitaba a la fase final de los repliegues en el este y al derrumbamiento en 1945. ¿Pero no era éste el punto de vista que se criticaba a las elites establecidas de la antigua República Federal? La miseria y la desgracia eran extensibles a los supuestamente anónimos solamente si estaban afectados directamente. Todas las presunciones igualitarias o internacionalistas se mostraron ante tales insistentes y densos recuerdos como ilusiones más bien académicas o político-sectarias.

La simultaneidad de dependencia y «dignidad» (<<orgullo>>), cuando no resistencia, aplicada a «todos» los que dependían caracterizó asimismo las conexiones de la investigación de mujeres y la «Alltags-geschichte». Según este punto de vista, la disposición de muchas mujeres de los siglos XIX y XX con su doble o triple carga, el trabajo de fuera de casa, el trabajo de casa y el cuidado de los niños (tema central), había sido combatido siempre y por principio por las afectadas. También en este caso ayudaron nuevos textos. Los protocolos de entrevistas biográficas que presentó Dorothee Wierling en sus estudios de las criadas del Kaiserreich tardío mostraban que las autoconsideraciones y los sentimientos de las criadas de entonces eran ambiguos¹⁷. No se adaptaban a la imagen de simple sumisión. Algunas se habían aliado con la señora de la casa, para otras la señora resultaba más dominante y brutal que el señor. Además de las limitaciones se vieron también los atractivos de esta posición de dependencia. Pero en cualquier caso, y ante todo, no aparecían como un mero producto de manipulaciones previas o de «apaciguamientos» (<<acallamientos>>) posteriores.

¹⁷ WIERLING, D., *Mädchen für alles. Arbeitsalltag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende*, Berlín/Bonn, 1987.

La *Alltagsgeschichte* se dirige contra una «historiografía de los vencedores». En los trabajos de la primera generación esto significaba dar voz a las víctimas de la historia. Con ello se referían casi siempre en primer lugar a aquellos que habían luchado y que habían sido vencidos. Pareda que no había nada más que decir acerca de aquellos que cayeron víctimas de la política nacional-racista del nacionalsocialismo (y que supuestamente habían soportado su aniquilamiento sin ofrecer resistencia: los judíos¹⁸, pero también los gitanos de distintas etnias). Aquí fallaba la reivindicación alternativa.

En 10 que respecta al fascismo alemán, el alcance del proyecto de reconstruir la historia basándose en la práctica social de las gentes se ha reconocido hace apenas unos años. Los actores históricos del fascismo eran sólo unos pocos grandes hombres, canallas o principales criminales de guerra (tal y como habían formulado los aliados en el proceso de Nuremberg en 1945/46). Las indagaciones de la *Alltagsgeschichte* mostraban más bien que el drculo de aquellos que de una forma u otra habían sido autores o coautores era difícil de delimitar.

El hacer del holocausto se había convertido en terna de los estudios de los historiadores dentro del marco del proceso de Auschwitz en 1962. Pero hasta después de mediados de 1980 no se consideraron ni se desarrollaron en la antigua República Federal –y mucho menos en la República Democrática– exhaustivas investigaciones como la que había realizado, por ejemplo, Raul Hilberg desde hada décadas¹⁹. Entre los partidarios de la *Alltagsgeschichte* se generó una irritación creciente por esta carencia. Teniendo en cuenta que los supuestos héroes de la resistencia, en especial muchos de los aparentemente inflexibles proletarios de los movimientos de trabajadores de izquierda de los años veinte, formaban parte de las filas nacionalsocialistas durante la torna de poder de los nazis en 1933, y teniendo en cuenta además que estos mismos hombres fueron en 1939 a las guerras de pillaje, quizás no entusiasmados, pero sí gustosos y en algunos casos llenos de fanatismo, ¿no habría que revisar urgentemente la imagen enfatizada de los sujetos históricos?

¹⁸ Sobre esto en forma de resumen LUSTIGER, A., *Zum Kampf auf Leben und Tod! Das Buch vom Widerstand der Juden 1933-1945*, Kollia, 1994.

¹⁹ HILBERG, R., *The destrucción of the European Jews*, vols. I-III, Nueva York, 1985.

En las investigaciones de historia local sobre explotación, opresión y genocidio se ha superado paulatinamente el colocar una frente a la otra cuestiones de víctimas y de autores o coautores. Un estudio de mediados de los ochenta sobre los campos de concentración y los campos de concentración secundarios en Hannover fue insuficiente en lo referente a los «cuerpos de guardia», y mucho más en lo que a la población se refiere, que apenas era mencionada (sin duda habría que considerar los problemas de fuentes) 20. Tan sólo en los últimos años se han formulado preguntas más insistentes e intensivas acerca de la conducta de los alemanes del Reich. Dos nuevos estudios sobre la historia de la empresa indagaban cómo actuaban en el trabajo cotidiano vigilantes y maestros alemanes con los trabajadores forzados de distinta procedencia y categoría. El mito del bocado pasado disimuladamente aparece aquí como tal 21. A pesar de que había pequeñas ayudas, desde la manzana hasta el gesto amigable, al menos en lo que respecta a los que estaban sometidos dominaba la distancia y el rechazo brusco, a menudo brutal. La colaboración y utilización sin piedad de la más mínima posibilidad de opresión y discriminación hasta los últimos días de la guerra marca de forma preponderante la imagen de los alemanes del Reich, cuando no era lo único que muchos experimentaban por parte alemana 22.

Un problema central para toda investigación histórica sobre el dominio nacionalsocialista es de qué modo se imponía este dominio desde arriba y se (co)producía al mismo tiempo desde abajo. ¿Cómo reaccionaban los hombres ante las exigencias y ofrecimientos de los dominadores? ¿De qué modo adaptaban y utilizaban o aceptaban la simultaneidad de placer y carga, por ejemplo, prohibiciones de asociación y reunión paralelas a ofrecimientos de recompensas salariales y vacaciones adicionales? Sobre todo, ¿cómo se «asimilaban» estímulos y exigencias? Esta práctica de dominio del fascismo alemán y también la producción cotidiana de este dominio han sido ignoradas y desatendidas hasta ahora. La distinción aparentemente clara entre

²⁰ FRÖBE, H., y otros, *Konzentrationslager in Hannover*, Hildesheim, 1985.

²¹ HOPMANN, B., y otros, *Zwangsarbeit bei Daimler-Benz*, Stuttgart, 1994; KAISER, E., y KNOHN, M., «Wir lebten und schliefen zwischen den Toten», *Rüstungsproduktion, Zwangsarbeit und Vernichtung in den Frankfurter Adlerwerken*, Frankfurt am Main/Nueva York, 1994.

²² GLAZAH, R., *Die Falle mit dem grünen Zaun. Überleben in Treblinka*, Frankfurt a.M., 1992, pp. 158-176.

los (pocos) autores y las (muchas) víctimas era el resultado y la condición de esta ceguera. Y en aquellos análisis que no se centraban en autores individuales o en elites de poder, sino en el sistema entero, aparecía una diferenciación paralela entre determinadas estructuras por una parte y la masa de los que dependían por otra.

Dos cambios en el enfoque introdujeron, sin embargo, la modificación. El primer cambio hace alusión a experiencias prácticas cotidianas e interpretaciones simbólicas de los dominados. El ya citado proyecto *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet (Biografías y cultura social en la zona del Ruhr)*, así como las investigaciones realizadas por Ian Kershaw sobre el mito de Hitler, han deslegitimado el mito de los alemanes como víctimas²³. Para muchas personas procedentes de los segmentos más pobres de la sociedad, las experiencias de ascenso y de placer estaban unidas directamente a la política bélica nacionalsocialista si como alemanes del Reich cumplían el criterio racista de pertenencia a la *Volksgemeinschaft (comunidad del pueblo)*. Además, conocidas interpretaciones simbólicas de política contribuyeron esencialmente a transfigurar al Führer y (en tanto en cuanto fuera necesario) a disculparlo de antemano²⁴.

²³ NIETIHAMMEH (ed.), *Die Jahre weiss man nicht; Hinterher merkt man, dass es richtig war*; NIETIHAMMER, VON PLATO, A. (ed.), *Wir kriegen jetzt andere Zeiten*; KERSHAW, J., *The «Hitler-Myth. Image and Reality in the Third Reich»*, 2.ª ed., Oxford, 1987. Comp. las aportaciones en GERSTENBERGER, TL., y SCIMMIDT, D. (ed.), *Normalität oder Normalisierung?*, Münster, 1987.

²⁴ Otro extenso proyecto obtuvo un rendimiento limitado según este punto de vista. Los estudios sobre «Bayern in der NS-Zeit» (Baviera en la época nacionalsocialista) exploraban comportamientos en un medio cultural y regional específico. Con el término de «resistencia» este proyecto intentaba entender modos de conducta que tenían determinados efectos independientemente de las intenciones e intereses de los actores. La tesis era que los hombres trazaban límites reales a la reivindicación de poder del fascismo en el seguimiento de sus reglas y valores «usuales», es decir, en su práctica cotidiana. La delimitación del poder se convirtió entonces en criterio de comportamiento, no la intención de eliminación (o tolerancia) del sistema nacionalsocialista. La crítica se ha planteado la cuestión de si no se habrían generalizado aquí rasgos característicos del medio católico. Dicho de otra forma: La tesis de la «resistencia» omite desde un principio la aceptación pasiva o indiferente, el apoyo, incluso la simpatía de las «masas» hacia el nacionalsocialismo. Sobre el concepto comp. BROZAT, M., «Resistenz und Widerstand. Eine Zwischenbilanz des Forschungsprojekts», en BROZAT, M.; FRÖHLICH, E., Y GROSSMANN, A. (ed.), *Bayern in der NS-Zeit*, vol. 4, München/Wien, 1981, p. 698. Comp. ahora MALLMANN, P., «Resistenz oder loyale Widerwilligkeit? 1\nmerkungen zu einem umstrittenen Begriff», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, núm. 41, 1993, pp. 99-116.

En segundo lugar los trabajos acerca de las delaciones populares han descubierto una conexión entre la conducta individual y los deseos de imposición del sistema dominante. Se apreció una disposición a colaborar y una colaboración efectiva por parte de muchos, que posibilitó el dominio del poder y con ello la relativa estabilidad del fascismo alemán. Reinhard Mann, a través del ejemplo de la actividad de la Gestapo en el distrito de Düsseldorf, ha llamado la atención acerca del alcance de la denuncia popular en la actividad de dicha organización ²⁵. Según este autor, el 55 por 100 de la actuación de la Gestapo sería resultado de las denuncias populares y no iniciativa de la Gestapo misma (o de indicaciones del partido o autoridades estatales). Así pues, más de la mitad de la actividad de la Gestapo era incitada por indicaciones de la población. Este enfoque ha sido ampliamente profundizado y defendido por Robert Gellately, Paul Mallmann y Gerhard Paul ²⁶. Estos autores han mostrado contundentemente la responsabilidad que le correspondía a la población alemana (del Reich) en las acciones desarrolladas para la consecución y expansión del perfil terrorista y asesino del fascismo alemán en las regiones de Würzburgo, Renania Palatinado (Speyer) y zona del Saar en su tiempo.

Gellately hace hincapié en que hubo un acuerdo de contenido entre el grueso de la población (alemana del Reich) y la dirección nacionalsocialista. Ante todo sería inequívoco un antisemitismo en masa escondido o encubierto bajo una fina capa que permanecía en estado latente (¡Al menos el antisemitismo no tuvo hasta 1933 aquellas consecuencias tan mortales para sus víctimas!). Mallmann y Paul se refieren, por su parte, a un amplio espectro de experiencias e intereses dirigidos hacia la protección de la supervivencia y del nivel social mezclados con esperanzas de una vida futura mejor. Las instituciones del estado nacionalsocialista podían partir de estas orientaciones y utilizarlas para sus fines.

²⁵ MANN, R., *Protest und Kontrolle im Dritten Reich. Nationalsozialistische Herrschaft im Alltagsleben der Rheinischen Großstadt*, Frankfurt a.M./Nueva York, 1987, pp. 287 y ss.

²⁶ GELLATELY, R., *The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, 1990; MALLMANN, K. M., YPAUL, G., «Herrschaft und Alltag. Ein Industrieviertel im Dritten Reich», *Widerstand und Verweigerung im Saarland 1935-1945*, vol. 2., esp. partes V y VI, Bonn, 1991.

Centrar el campo de análisis en los impulsos e intereses ideológicos es sin duda importante. Pero esto explica sólo en parte la disponibilidad y la aceptación a colaborar. Bajo esta perspectiva se hace hincapié en las motivaciones de conducta conscientes o explícitamente articuladas, pero se excluyen la multiplicidad y mosaico (*patchwork*) de las experiencias, así como su confirmación, concentración o liberación en signos simbólicos. Solamente teniendo en cuenta la coincidencia de motivos calculados y sentidos se podrán concluir las lógicas de las conductas individuales y colectivas. Concretamente, el interés por la modernización de las fábricas -desde nuevas máquinas hasta nuevos lavabos- no estaba limitado a la dirección. Era sobre todo la masa de los trabajadores semicualificados a la que se le ofrecía nuevas y mejores posibilidades de ganancias. A esto se podía unir muy bien una orientación tradicional: la aprobación del símbolo y de la imagen del *trabajador alemán de calidad* ²⁷. A partir de aquí era probable no sólo una actitud expectante, sino también la participación en las acciones que servían al estado y a la patria.

En la guerra la matanza de hombres podía también adquirir cada vez más aquellos rasgos que se consideraban como una muestra de «trabajo de calidad». Estos rasgos fueron a su vez recogidos y reforzados por las correspondencias de los medios de comunicación en la guerra. No sorprende que uno de los reclutas subrayara en una de sus cartas a sus colegas de Leipzig refiriéndose al avance en el este que se sentía no como un soldado, sino *como un trabajador* ²⁸. Aquello a lo que estaban acostumbrados los soldados en la vida civil se les exigía también en su misión: exactitud y concentración *cumplidora* en la realización del deber (lucha o ejecución). La «habilidad» jugaba también un papel importante ²⁹. ¿Acaso la idea del «trabajo

²⁷ LÜDTKE, A., «Ehre der Arbeit»: Industriearbeiter und Macht der Symbole. Zur Reichweite symbolischer Orientierungen im Nationalsozialismus», *Eigen-Sinn. Fabrikalltag, Arbeitererfahrungen und Politik vom Kaiserreich bis in den Faschismus*, Hamburgo, 1993, pp. 283-350.

²⁸ Staatsarchiv Leipzig, Sack, Nr. 397, p. 103, 18 de agosto de 1941.

²⁹ Este resultado se corresponde con el de aquellos «hombres muy normales» de edad media pertenecientes a unidades de la policía y de las fuerzas armadas que sobre todo realizaron los fusilamientos de judíos y las «represiones de bandas» a partir de 1939 en el «este». Comp. BROWNING, Ch., *Ganz normale Mörder. Das Reserve-Polizeibattalion 10/ und die "Endlösung" in Polen*, Reinbek, 1993. BROWNING muestra en el análisis de afirmaciones de testigos y autores de una masacre en el verano de 1942 cómo estas acciones asesinas contra judíos polacos (ucranianos, rusos, ...) suponían un

bien hecho» no aparejaba la autoestima y la autojustificación? ¿No se presentó la superioridad del «trabajo alemán de calidad» en todos los frentes, tanto en el ataque «victorioso» como en la «defensa exitosa»?³⁰ Es más, aquel que realizaba un trabajo completo «había» recogido «y limpiado» a la vez. ¿Era entonces posible que se admitieran residuos desagradables?

A continuación se esbozará un enfoque en el que se relacionan modos de orientación y prácticas de vida específicas con sus representaciones simbólicas aplicado a las elites profesionales. Profesores y jueces, funcionarios de la administración y médicos, arquitectos e ingenieros no sólo ejecutaban instrucciones de forma esquemática. Su efectividad sólo estaba asegurada si se involucraban. En su práctica profesional las órdenes o exigencias, así como los incentivos no eran cumplidos de forma meramente automática. Todo lo contrario, no se exigía una ejecución mecánica, sino la utilización de su experiencia y de su saber especializado. La actividad y la disposición a involucrarse, el desarrollo creativo de las instrucciones eran y estaban consideradas como imprescindibles. Estas elites profesionales crearon cosas nuevas, eran solícitas y se mostraban conformes, permaneciendo su motivación en torno a los asuntos concretos de su trabajo profesional. Esto se aplicaba tanto a la planificación de un taller de aviones como a la organización del transporte hacia los campos de exterminio. Cada responsabilidad simbolizaba el «gran total». El detalle tenía cualidades sensoriales: era visible o palpable (como un plano, la foto de un cañón, o un grupo de escolares disciplinados). La mezcla de concreción y actividad produjo aquellas alusiones al «gran total», al Reich, al Volk y al Führer que a su vez reforzadas por la radio, películas y prensa llamaban la atención sobre el detalle. Esta coincidencia de las dimensiones pequeña y grande reforzaba y apoyaba la automotivación.

trabajo manual sangriento que era doloroso para los autores, pero no lo suficiente como para que se abstuvieran de ello.

³⁰ El universo que se manejaba era sin duda amplio. La conexión entre fantasías técnicas, deseos de omnipotencia y esperanzas de victoria la esboza HERMANN, J., «Technische Wunderwaffen im Dienst eines zukünftigen Bauernreichs. Der Nazi-Traum vom Endkampf um die Welt», en SCHÜTZ, E. (ed., colaborador WEHR, N.), *Willkommell ulld Abschied der Maschinen*, Essen, 1988, pp. 144-161.

La «involucración» era la cara interna del *Massnahmenstaat* * que Ernst Fraenkel definió desde la emigración como el momento estructural decisivo de dominio fascista en Alemania. El *Massnahmenstaat* abovedaba y ahuecaba cada vez más al *Normenstaat* (*estado de normas*) ³¹. Por lo tanto, no debería ya discutirse la existencia de una efectiva conformidad con las políticas estatal y partidista extranormativas también en el ámbito de la economía * (el dominio del *Normenstaat* de Frankel), y lo mismo sucedió en el proceso de la arianización, terreno fundamental del *Massnahmenstaat*. Por otro lado, *Massnahmenstaat* no significaba ni mucho menos, a pesar de su arbitrariedad, una libertad total de movimiento según preferencias, caprichos o particularidades individuales. La fuerza explosiva del *Massnahmenstaat* se debía precisamente a la mezcla de interpretaciones de legalidades objetivas con baremos según los cuales las doctrinas nacionales y sociohigiénicas eran consideradas como objetivamente legales, como verdades últimas.

En todos los casos la colaboración de jefes de departamento, puestos intermedios e incluso de mecanógrafos en el desempeño de la función de «su» organismo o «su» empresa era más que un simple obedecer pasivo. La colaboración y participación activa se producían también en las situaciones en que las rutinas organizativas y formas burocráticas creaban o reforzaban todo aquello que transmitiera la sensación de una capacidad de «regulación» ³².

Las biografías muestran los cruces y coincidencias de forma concreta. Así un tal Harald Menzel había trabajado de joven en los años treinta en una casa de asistencia del servicio parroquial. En 1941/42

* Este término hace referencia a un Estado construido sobre determinaciones y órdenes directas, más que sobre normas legales.

³¹ FRAENKEL, E., *Der Doppelstaat*, Frankfurt a.M., 1984.

* Con la creación de espacios económicos paracgales, vinculados al Estado y al partido.

³² Sobre esto más completo LÜDTKE, A. (ed.), *Funktionscliten: «Täter, Mit-Täter, Opfer? Zu den Bedingungen des deutschen Faschismus», Herrschaft als soziale Praxis*, coltingen, 1991, pp. 559-590. Referente a los «Primeros pensadores de la destrucción», ALY, G., y HEIM, S., *Vordellker der Vernichtung. Auschwitz ulld die deutschell Pläne/ür eine neue europäische Ordnung*, Frankfurt a.M., 1993. Comp. también ROTH, K. TT., *Intelligenz und Sozial[po]iük im «/Jrillen lleic/z», Munich, 1993*. Sobre las colaboradoras en las oficinas comp. SCHWARZ, G., «Verdrangte Taterinnen. Frauen im SS-Apparat», en WOBBE, T. (cd.), *Nach Osten. Verdeckte Spuren nationalsozialistischer Verbrechen*, Berlín, 1993, pp. 197-227.

vio en los Lander ocupados del este unas posibilidades insospechadas de realización profesional. Sus propuestas de crear una red de asistencia juvenil para jóvenes ucranianos y rusos con la intención de reclutarlos como trabajadores hallaron buena acogida. Menzel consideró, sin embargo, que el procedimiento draconiano-arbitrario de los ocupadores alemanes era contraproducente. Esto fue motivo de una dura protesta por escrito. Fue despedido. El motivo no fue la resistencia, sino una colaboración lo más profesional posible en la guerra de destrucción ³³.

En la República Democrática Alemana la *ALItagsgeschichte* se enfrentaba a un doble escepticismo. Por un lado, se trataba de una distancia «intracientífica» comparable a la de Alemania Occidental. La reserva se debía a que la *ALItagsgeschichte* ignoraba los centros de poder del proceso social. Por otro lado, la postura profesional de rechazo se mezcló desde el principio con reservas explícitamente políticas. Según la variante del marxismo que dominaba en la República Democrática Alemana se consideraba que eran decisivos para la conducta de los actores históricos aquellos elementos del modo de producción que eran visibles en las relaciones de propiedad, así como el dominio de los productos sociales. Lo influyente eran las estructuras y las elites que sacaban provecho de ellas, ya se refirieran a las condiciones de vida en las fincas rurales como a la conducta de las masas urbanas (y rurales) de cara al fascismo en los años veinte o treinta. Desde este punto de vista eran importantes los terratenientes, los capitanes de la industria, los directivos, los altos funcionarios o los generales. La otra cara de la moneda era que la resistencia o incluso las actividades revolucionarias se realizaban solamente de forma organizada y únicamente obtendrían éxito si superaban la aparente insignificancia de la vida cotidiana.

A partir de este punto de vista se escribió una importante recopilación de testimonios y otras fuentes cuyo título anunciaba una reivindicación programática, pero que luego apenas rebasó el marco aquí esbozado en su realización. Se trata de los cinco volúmenes que presentó Jürgen Kuczynski, el veterano y al mismo tiempo el «enfant terrible» de los historiadores de la República Democrática Alemana, en 1980/81 bajo el título de *ALItagsgeschichte des deutschen Vol-*

³³ MENZEL, JI., *Zerrissene Heimkehr. Eine Autobiographie*, eJ. ALTMANN, G., Leipzig, 1991, pp.148-220.

kes³⁴. Kuczynski se había asegurado un espacio propio en el terreno de la ciencia y en el del sistema político de la República Democrática. Se permitía más, a él le eran posibles más cosas que a todos los demás que tenían o deseaban tener una posición en el sistema científico de la República Democrática³⁵. Jürgen Kuczynski también prolongó el cliché que dominaba en los análisis macro, en los puntos de vista tradicionales: ¿Qué diferenciaba la vida de los hombres desde 1900 a. C. hasta 1900 d. C.? Como acontecimiento fundamental de la vida cotidiana de las masas veía sólo *trabajo, comida y relaciones sexuales*. El cambio 10 había introducido exclusivamente la organización del movimiento de trabajadores (socialista y marxista). Es a partir de ese momento cuando los no poseedores acceden también a una cultura, hasta entonces reservada a pequeñas minorías³⁶.

Aquí se puede reconocer ya la reserva política que paralizaba la *Alltagsgeschichte* en la República Democrática por el bloqueo y la autocensura. Si la acción organizada dentro de un movimiento, sindicato o partido era la que posibilitaba el progreso de la historia, entonces la ciencia, la enseñanza de la historia y la propaganda de la historia debían concentrar todas sus energías en ello. De esta forma, las luchas de los campesinos en el siglo XVI eran importantes; los temas correctos eran las acciones contra los señores de las fincas en el siglo XVIII o los movimientos de huelgas y los enfrentamientos armados de 1917/18 (o también 1920/21).

³⁴ KUCZYNSKI, J., *Ceschichte des Alltags des Jjeutschen Jjolkes*. vols. 1-5, Berlín/DDR, Kolonia, 1980-82; KUCZYNSKI, J., *Geschichte des Alltags des Jjeutschen Volkes. Nachtragliche Gedanken*, Berlín/DDH, Kolonia, 1985. El contenido, sobre todo en cuanto al siglo XIX, es desarrollado en JACOBETT, S. y W., *Illustrierte Alltagsgeschichte des deutschen Jjolkes, 1.50-1810*, Kolonia, 1986, y JACOBETT, S. y W., *Illustrierte Alltagsgeschichte des deutschen Volkes, 1810-1900*, Kolonia, 1987, así como JACOBETT, S. y W., *Illustrierte Alltagsgeschichte des deutschen Jjolkes 1900-194.5*, Münster, 1994. Menos cargado de las discusiones semiprofesionales de los historiadores está MÜLLBERG, D. (ed.), *Proletarial. Kultur und Lebensweise im 19. Jahrhundert*. Leipzig, 1986.

³⁵ A este respecto, señalar que apenas se ha comprobado realmente si las posibilidades de investigación eran tan estrechas e inamovibles como lo parecía a la mayoría en los años ochenta. Sobre esto DEHNE, TL, en su postscriptum en LÜDTKE, A. (ed.), *Histoire du quotidien*, París, 1994, pp. 146-151. Un texto de DEHNE, que apareció en primavera de 1989 en la RFA y que había sido formulado en invierno de 1987/88 recogía el concepto del *habitus* de Bourdieu de forma paralela a los intentos de algunos estudiosos de la ciencia cultural de la RDA. Comp. este texto en LÜDTKE, *Histoire du quotidien*, pp. 117-146.

³⁶ KUCZYNSKI, J., *Nachtragliche Gedanken*, pp. 69-73, S. 70.

Tras la reunificación de los dos estados alemanes en la República de Berlín, la historia de las dos sociedades y estados alemanes a partir de 1945 no sólo adquiere una nueva perspectiva. Se plantean muchas cuestiones en relación a la experiencia común desde el final del siglo XX. No se trata sólo de una comparación de los períodos dictatoriales³⁷. Más bien se deben considerar los factores de poder y de autodeterminación, así como el desarrollo y la satisfacción de necesidades. Y esto debe tenerse en cuenta para individuos y clases, pero también para estados nacionales. Sobre todo son las relaciones, las conexiones entre el aumento de producción y las energías destructivas las que plantean urgentes preguntas acerca de las prácticas sociales de los hombres, a partir de las cuales surgió este incremento tanto de oportunidades de vida como de posibilidades de aniquilamiento. ¿Cómo fue posible este incremento en la cotidianidad de los actores históricos?

En los últimos años, la cuestión del sincronismo de conductas distintas y en parte contradictorias ha resultado muy productiva en la *Alltagsgeschichte*. No se debe hablar solamente de víctimas y de culpables. Más bien son decisivos los múltiples tonos grises, las mezclas en las que algunos se convirtieron en coautores y coautoras en ocasiones, sin serlo permanentemente. La intensiva colaboración en la construcción de tanques y cañones cuando se habían negado a pagar un donativo más alto para la obra de beneficencia, o la no participación en una manifestación no era nada rara, ni mucho menos. Tampoco lo eran los significativos gestos simbólicos de «desaparecen o de sabotaje en otros ámbitos de la vida cotidiana. Asimismo no eran casos raros las variaciones de comportamientos: entusiasmo y disposición colaboracionista inicial que se tornaron en distancia, escepticismo o incluso resistencia a partir de la segunda mitad de la guerra como muy tarde. También ha habido quien ha recorrido el camino contrario.

En suma, desde este enfoque ni la conducta ni la trayectoria vital individual muestran algo consistente. No se trata de ningún «esto o lo otro», sino que son las ambigüedades y los múltiples planos los que

³⁷ Así el título de un terna dave de la «Volkswagen Stiftung» (Fundación Volkswagen) que no prevé ninguna otra orientación para las investigaciones de la historia alemana del siglo XX.

determinan la práctica del quehacer cotidiano. El *Eigensinn* * se concentra en su propia esfera y en su propio tiempo (y placer), en tanto que a los otros generalmente se les usa, son el instrumento para conseguir este fin. Pero es precisamente en este punto donde los «obstinados» (*eigensinnigen*) dominados se esfuerzan por producir su propio «estar dominado».

Naturalmente, el fracaso fundamental que experimentaron la República Democrática y los regímenes del socialismo real del este europeo han mostrado claramente lo poco que comprende la teoría de la reglamentación de las circunstancias sociales, los impulsos de acción de los hombres. Los vuelcos que se han producido no han surgido precisamente a partir de los intereses calculables de las mejoras materiales que determinan la actuación social según las perspectivas de la historia estructural. No todo cambio se encuentra ya escondido o contenido en el interior de lo que había existía hasta el momento. La no mediación con el presente y la ruptura fundamental caracterizan manifiestamente al pasado. Este *Eigensinn* de los actores históricos parece que permanece, sin embargo, como anatema historiográfico (!).

* Literalmente obstinación; en un sentido más libre, capacidad de los individuos para forjar su propia historia en su ámbito aunque sea en un grado muy reducido.

Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana

Maurizio Ridolfi

Introducción

Los estudios sobre la vida cotidiana en Italia pueden hacer gala de un origen anterior a los años setenta, cuando un filón de investigación minoritario, pero vital, fue protagonista de lo que se podría definir como un «falso punto de partida». Una original aproximación analítica a la historia de las clases subalternas que anticipaba futuros intereses de investigación debidos al maduro encuentro entre historiografía y ciencias sociales, sufrirá, sin embargo, una situación de creciente marginación. Es, por tanto, a partir de finales de los años setenta cuando las reflexiones teóricas y los primeros trabajos parciales sobre la vida cotidiana comienzan a asumir algún relieve en el panorama de los estudios históricos italianos. La traducción nacional de aportaciones de ascendencia preferentemente anglosajona y francesa, representa un momento preliminar, aunque gracias al impulso tanto de las discusiones teóricas como de los frentes de investigación abiertos por la microhistoria, los estudios italianos sobre la vivencia cotidiana revelan algunas peculiaridades respecto de los modelos más acreditados de la historiografía europea ¹.

¹ En una reciente reflexión sobre los problemas de definición conceptual que continúan planteándose en los estudios sobre la vida cotidiana, se ha dado una oportuna relevancia a la correlación existente, aunque no unánimemente compartida, entre microhistoria e historia de lo cotidiano, surgidas como reacción al estudio de los *trends sociales*, de una sociedad privada de rostro humano. BURKE, P., «Premisa: la nuova

Impulsos culturales y políticos, cambios internos en la jerarquía de lo que es historiográficamente relevante y la reivindicación de una subjetividad que abarca individuos, grupos y movimientos, concurren a perfilar una atención por los temas de la vida cotidiana que supera las barreras entre instituciones académicas, iniciativas locales y experimentos didácticos. A través de los complicados caminos de los intereses interdisciplinarios², la historia social se ha convertido en el terreno natural para el análisis de la vida cotidiana de las clases subalternas.

El propósito de esta aportación es reconstruir los itinerarios conceptuales y metodológicos a través de los que se detecta en la historiografía italiana el interés por los temas de lo cotidiano. Se evidenciarán en particular las líneas orientadas hacia el tema de la «vivencia cotidiana» que se manifiestan en las investigaciones de microhistoria, en las indagaciones sobre las formas de sociabilidad y en los trabajos que utilizan fuentes orales y autobiográficas.

1. Escenarios de la historia social: conceptos y problemas de método en los estudios sobre culturas populares y vida cotidiana

Una efectiva reflexión sobre los temas de lo cotidiano aparece por primera vez en el curso del debate que se registra en la segunda mitad de los años setenta sobre las tendencias de la historiografía contemporánea en Italia. La polémica abarca en primer lugar los trabajos sobre el movimiento obrero, una rama de la investigación acreditada en la historiografía italiana de la segunda postguerra que se ha distinguido, sobre todo, en el estudio de organizaciones partidistas y sindicales, ideologías y élites dirigentes. La confrontación se abre y sus términos se definen con ocasión de la publicación de la *Storia*

storia, passato e futuro», en ID, *La storiografia contemporanea*, noma-Bari, 1993 (ed. orig.: Cambridge, 1991), pp. 21-25. En el texto se encuentra la aportación de LEVI, G., *A proposito di microstoria*, pp. 111-1; H. La aportación de los estudiosos italianos y sobre todo el remitirse a trabajos sobre Italia parece francamente insuficiente en *Luoghi quotidiani nella storia d'Europa*, de TIALIPT, TI. G., noma-Bari, 1993.

² Para el debate italiano sobre categorías conceptuales, itinerarios de investigación y problemas de método, cfr. BANTI, A., «La storia sociale: un paradigma introvabile?», en CASSINA, C., *La storiografia sull'Italia contemporanea*, Pisa, 1991, pp. 183-208.

d'Italia por la editorial Einaudi, con una orientación programática que tiende a conjugar la tradición nacional de ascendencia gramsciana con la enseñanza de la escuela de los *Annales*. Es Raffaele Romanelli quien delimita algunas significativas premisas teóricas y metodológicas³ en la revista *Quaderni Storici*, que introduce en Italia la reflexión sobre el posible paradigma de la historia social. En la decidida crítica contra el paradigma historicista (tanto idealista como marxista) y en la sugerencia de un encuentro entre historia y ciencias sociales -sociología, antropología y psicología social en primer lugar-, se criticaba el hecho de que la «esfera de lo político» estuviese aún limitada a los conflictos de clase y a los momentos organizativos, excluyendo de su campo de investigación aquellas «dimensiones cada vez más elementales y secretas de la vida del hombre asociado» proyectadas por las profundas transformaciones de la civilización urbano-industrial. Sería oportuno en cambio considerar la tradicional historia política como *no representativa* de la «totalidad de las vivencias» de la vida cotidiana de los individuos y de las relaciones interpersonales. Romanelli asignaba a la historia social la tarea de estudiar los cambios y los sujetos que son protagonistas de dichos cambios; un tema de investigación «constituido por los tiempos y por las formas en que la disgregación de los equilibrios sociales «tradicionales» libera a unos sujetos «modernos» -como los individuos y las clases- disponiéndolos a relaciones de distinto tipo y contenido». Y todo ello desde la consciencia de las «peculiaridades» de la historia italiana en el contexto europeo; es decir, de una realidad en la que, planteándose continuamente una yuxtaposición entre atavismo y modernidad, se advierte una «modernización inducida por instrumentos político-institucionales con fuertes connotaciones ideológicas» y condicionada por la influencia de modelos organicistas de aculturación, tanto en la esfera de las más estrechas relaciones de grupo como en el *apprentissage* de los principios de ciudadanía.

En esta revisión crítica participan también estudiosos e instituciones culturales ligadas a la tradición de los estudios sobre el movimiento obrero. La reflexión promovida por la fundación Basso se inspira en la historiografía anglosajona de ascendencia marxista, de

³ HOMANELLI, H. «Storia politica e storia sociale: questioni aperte», en MACHY, P., y PALEHMO, A., *Società e cultura nell'Italia unita*, Nápoles, 1978, pp. 89-111. Y respectivamente pp. 105, 93, 106 y 109-110 para las citas recogidas a continuación en el texto.

Thompson a Hobsbawm, y en el grupo *Le Mouvement Social*, en el intento de renovar las técnicas y ampliar los campos de investigación a los fenómenos relacionales y contextuales de la identidad de clase (los comportamientos, las configuraciones sociales, las culturas y subculturas obreras, etc.)⁴. El horizonte analítico ligado a la vida cotidiana y a las vivencias empieza a ser propuesto como posible campo de intervención también para una efectiva historia social del movimiento obrero. Es una orientación programática respecto a la que se miden las ambiciones teóricas y las polémicas reivindicaciones metodológicas propuestas por la historiografía de la nueva izquierda, que tiende a afirmar de forma radical una historia desde abajo y la centralidad de la autonomía de clase. La reflexión llega hasta el punto de reconsiderar los primeros estudios orientados a las expresiones de las culturas populares y de la vida cotidiana.

De hecho, gracias a los trabajos de Gianni Bosio, Danilo Montaldi y Cesare Bermani sobre la tradición oral y autobiográfica de la gente corriente, de los marginados, se había producido un cruce tan precoz como empírico entre disciplinas etnoantropológicas e historia de las culturas populares⁵. Eran trabajos que se anticipaban al menos diez años a las tendencias de la investigación -pero no a los fundamentos conceptuales y metodológicos- de la *Historia Oral* anglosajona. El filologismo autocomplacido y la unilateralidad clasista inherente a la propuesta interpretativa determinaron, sin embargo, el emplazamiento «subterráneo» de estos trabajos en el panorama historiográfico, incrementado por la marginación sufrida por los estudios tradicionales sobre el movimiento obrero. El nuevo escenario donde van

⁴ Véanse las actas de los seminarios realizados entre 1978 y 1979 en las Fundaciones Lelio y Lisli Basso-Issoco, *Anales*, vol. IV, *Storia sociale e storia del movimento operaio*, de SALVATI, M., y *Orientamenti marxisti e studi antropologici italiani*, de ZANNINO, M., Milán, 1982. Para las orientaciones críticas que guían las iniciativas de la Fundación Basso, cfr. SALVATI, M., «Storia sociale e storia del movimento operaio», en *Quaderni Storici*, núm. 38, 1978, pp. 768-772.

⁵ Merece la pena recordar sobre todo BOSIO, G., *Il trattore di Acquanegra. Piccola e grande storia in una comunità contadina*, de BEHMANI, C., Bari, 1981 (pero la investigación se había llevado a cabo en los años sesenta). Para un equilibrado juicio sobre el primer período de investigación de culturas populares y vida cotidiana, cfr. PASSEHINI, L., *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*, Florencia, 1988, pp. 132-141, donde también hay lugar para una reflexión sobre los importantes estudios realizados en la segunda posguerra por Ernesto De Martino sobre folclore y el *modo de los vencidos*.

a situarse los estudios sobre las culturas populares intentará evitar la clase de acercamiento de aquellos que llevan a cabo

una infravaloración de la presión ideológica de las clases dominantes, describiendo la cultura popular como un castillo sitiado; acentuando la dicotomía cultural, pero descuidando «la circularidad, el influjo recíproco», en el bien y en el mal; por lo que acaban, en suma, por tergiversar e infravalorar también la fuerza de lo que es verdaderamente autónomo y está en conflicto, coloreando idealísticamente de un optimismo excesivo la autonomía efectiva de la cultura popular ⁶.

El paso del primero al segundo estadio de los estudios sobre lo cotidiano tiene lugar una vez más fuera del mundo académico, bajo el impulso de las agitaciones de los movimientos sociales y políticos que afectaron a la sociedad italiana de los años sesenta y setenta.

De la «cultura» entendida como folclore se pasa esta vez a la «cultura material» y a la vida cotidiana, y el proceso de adquisición de los métodos de la «historia oral» extranjera, en especial la anglosajona, no pasa por la iniciativa de las togas universitarias sino a través de la influencia del 68, de la experiencia de los movimientos de masa, de la existencia de una clase obrera que, en cierto modo, aparece como «otra» respecto a aquella de las organizaciones políticas y sindicales ⁷.

Pero, como se decía, la discusión va más allá de los límites de la historiografía más directamente relacionada con los trabajos sobre el movimiento obrero. El grupo de estudiosos reunidos en torno a la revista *Quaderni storici* juega un papel importante, gracias al cual la interdependencia teórica de la microhistoria permite la adquisición creativa de conceptos y metodologías respecto a los modelos europeos y norteamericanos. Baste pensar en la acogida que tienen en Italia Polanyi y la antropología social, una imagen relacional de la clase y el *network analysis*, la *historia oral*, y el «individualismo metodológi-

⁶ LEVI, G.; PASSERINI, L., y SCARAFFIA, L., «Vita quotidiana in un quartiere operaio di Torino fra le due guerre: l'apporto della storia orale», en *Quaderni storici*, núm. 35, 1977, p. 434.

⁷ QUAZZA, G., «Storia della storiografia, storia del potere, storia sociale», en TRANFACIA, N., *L'Italia unita nella storiografia del secondo dopoguerra*, Milán, 1980, p. 282. Para la recepción de conceptos y metodologías, se encuentra una útil reconstrucción en GOZZINI, G., «La storiografia del movimento operaio in Italia: tra storia politica e storia sociale», en *La storiografia sull'Italia contemporanea...*, cit., pp. 241-276.

co»⁸. Además, ya en 1977 encuentran oportuno espacio en los *Quaderni Storici*, gracias a Alf Lüdtke, las categorías y los conceptos sobre los que se va construyendo la *Alltagsgeschichte*⁹, mientras en los años siguientes se informa de los seminarios internacionales e interdisciplinarios promovidos en Gottinga por el *Max Planck Institut* sobre algunos de los principales temas de investigación de la naciente corriente de estudios alemana sobre la vida cotidiana: los procesos laborales, la familia y el parentesco, las formas de transgresión criminal¹⁰.

El centro italiano que se distingue por dar acogida a las nuevas tendencias de investigación sobre la vida cotidiana y sobre las culturas populares es Turín. Mientras un grupo de trabajo creado por las instituciones locales y coordinado por Giovanni Levi realiza una investigación pionera sobre la vida cotidiana en un barrio obrero¹¹, Guido Quazza promueve y dirige en el Instituto de Historia de la facultad de Magisterio un proyecto de investigación sobre el tema «Cultura y vida cotidiana de las clases subalternas en Piamonte en la primera mitad del siglo xx». El punto de partida colectivo, suscrito por Giovanni Levi, Luisa Passerini y Lueetta Scaraffia, implica el convencimiento de que «en la vida cotidiana, en los comportamientos individuales y colectivos de las clases populares se encuentra el máximo de expresión de la especificidad de su cultura»; además del «máximo de autonomía y de conflictividad potencial entre ésta y la cultura de las clases dominantes»¹². Se reivindica la relevancia historiográfica de la cultura popular y la oportunidad de investigar sobre sus manifestaciones y contradicciones a través de una disolución de la iden-

⁸ Cfr. también BANTI, A., «La storia sociale...», cit., pp. 200-201.

⁹ LÜDTKE, A., «Sui concetti di vita quotidiana, articolazione dei bisogni e coscienza proletaria», en *Quaderni Storici*, núm. 36, 1977, pp. 916-940, donde se hace referencia también a los principales estudios europeos (Italia no era tomada en consideración).

¹⁰ Véanse las siguientes intervenciones, incluidas también en la revista *Quaderni Storici*: BERDIAL, n.; LÜDTKE, A.; MEDICK, A., y SABEAN, D., «Il processo laborativo nella storia. Note su un dibattito», núm. 40, 1979, pp. 191-204; MEDICK, I., y SABEAN, D., «Note preliminari su famiglia e parentela: interessi materiali ed emozioni», núm. 45, 1980, pp. 1087-1115; WERTZ, D., «Aspetti della storiografia tedesca sulla criminalità», núm. 46, 1981, pp. 212-224.

¹¹ La investigación dio como resultado un estudio sobre *Cultura operaia e vita quotidiana in Borgo San Paolo*, de LEVI, C., Turín, 1978.

¹² LEVI, C.; PASSERINI, L., y SCAFFIA, L., *Vita quotidiana in un quartiere operaio...* cit., p. 433. Las citas que siguen en el texto se encuentran en las pp. 434-435.

tividad de clase en el marco de relación de los grupos sociales (familia y parentesco, vecindad, agrupaciones sociales y recreativas, etc.) en los diversos lugares de interacción entre los individuos (pueblo, barrio, plaza, etc.). La dimensión analítica de la vida cotidiana asume su valor específico en la confrontación y encuentro entre la cultura de las clases dominantes y la de las clases subalternas.

El grupo de trabajo de Turín declara querer acabar con una larga distorsión de la jerarquía de las relevancias, que ha reducido a lo privado, a la limitación de un ámbito familiar y de amistad, un conjunto de elementos fundamentales de la historia social. Se quiere recuperar para una dimensión pública y readmitir en la esfera de la mentalidad colectiva un conjunto de prácticas cotidianas condenadas, en caso contrario, al anonimato.

A lo largo de este trayecto analítico, es Luisa Passerini quien indica los términos de la posible correlación entre la esfera de lo privado y la esfera pública, entre lo individual y lo colectivo. Es un itinerario de investigación muy atento a las cuestiones teóricas y metodológicas. Lo evidencia la continuidad con los impulsos procedentes del surgimiento de una historia de las mujeres también en los estudios históricos italianos.

Su riesgo no es, como se le achaca de manera apresurada, el ser historia separada. Es esencial iluminar los aspectos específicos de las mujeres. Lo que cuenta —me parece— es no inducir a que la historia de los aspectos de opresión sea sólo una historia de víctimas: no ver sólo los momentos de complicidad y de ventaja, sino también las posibles inversiones en emancipación. Y por otra parte, no exponer la historia de los momentos de autonomía al riesgo de una sobrevaloración, procurando entender en qué sentido aquellas formas puedan haber sido una confirmación de la opresión»¹³.

Una vez asimilados los estímulos de procedencia anglosajona —*la Historia Oral* y la experiencia de *History U/orkshop*¹⁴—, mientras parecen ser menores las influencias de los estudios de *Alltagsgeschichte*¹⁵, a lo largo de los años ochenta, será, sobre todo, la historia so-

¹³ PASSERINI, L., «Antagonismi», en VVAA, *Dieci interveni sulla storia sociale*, Turín, 1981, p. 110.

¹⁴ Una selección de textos de la historiografía anglosajona extraídos de *Oral History* y de ensayos de los años 1972-1975 se encuentran en *Storia orale. Vita quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne*, de PASSERINI, L., Turín, 1978.

¹⁵ Una primera revisión crítica de los estudios alemanes de historia social que se muestre atenta a los motivos de distinción y de contraste entre *Neue Sozialgeschichte*

cial francesa la que observarán con gran atención las vertientes disciplinarias de investigación interesadas en la vida cotidiana. Es 10 que se deduce de las contribuciones recogidas con ocasión de los encuentros de estudio sobre cultura obrera y sociedad industrial promovidos, ambos en 1982, tanto por la Fundación Basso¹⁶ como por el Centro de estudios Piero Gobetti de Turín¹⁷. Una premisa unificadora es la reconsideración de la vida cotidiana de las clases subalternas en su combinación de estructuras repetitivas y de opciones individuales. La variable espacial donde las culturas obreras se articulan o se representan complica más la definición de un esquema analítico, que no puede orientarse sólo a la vida de la fábrica o de los lugares de trabajo, ya que en la vida y en las actividades cotidianas los obreros intentan escapar al peso del trabajo. La cultura obrera y popular está sometida a variables y contradictorios procesos de oposición, o bien de imitación de los modelos relacionales de las clases más elevadas; debe ser, por tanto, investigada en su complejo ámbito social. Es un itinerario de investigación asumido y propuesto por el estudio italiano Franco Ramella, quien había examinado antes y más que otros sobre la «forma de ser» de la clase obrera en su proceso de formación. En el centro del análisis, escribe Ramella introduciendo los trabajos del congreso de Turín, se sitúa la investigación de los comportamientos individuales y colectivos, y con la exigencia «de una reconstrucción analítica rigurosa del contexto social, en un espacio y un tiempo definidos, fundada en la exploración del universo relacional de los individuos y de los grupos de clase obrera de los cuales se propone interpretar el comportamiento»¹⁸.

y *Alltagsgeschichte*, se encuentra en MISSIOLI, A., «Una storiografia verde nella Germania Federale?», en *Passato e Presente*, núm. 9, 1985, pp. 173-186.

¹⁶ Cfr., sobre todo Fondazione Lelio e Lisli Basso - Issoco, *Anales*, vol. VI, *Cultura operaia e disciplina industriale*, de SALVATI, M., Milán, 1982, con dos secciones de ensayos: «La fabbrica nella formazione della classe operaia», «Famiglia, cultura operaia e legislazione sociale». Véanse también *Movimento operaio e socialista*, núm. 1, 1980, en particular SALVATI, M., «Cultura operaia e disciplina industriale: ipotesi per un confronto tra correnti storiografiche», pp. 5-19, donde se subraya «el carácter originario de propuesta de un posible terreno de confrontación con los estudiosos extranjeros, tan poco practicado hasta hace pocos años».

¹⁷ Centro Studi Piero Gobetti, Istituto Storico della Resistenza in Piemonte, Archivio Nazionale Cinematografico della Resistenza, *Aspetti della cultura operaia. Fabbrica, vita di relazioni, rappresentazioni dellavoro nell'arte*, de ALESSANDRONE PERONA, E., Turín, 1984.

¹⁸ RAMELLA, F., «Sul concetto di cultura operaia», en Centro Studi Piero Gobetti, *Aspetti della cultura...*, cit., p. 8.

El grupo de trabajo creado en la Fundación Basso, integrado también por estudiosos alemanes y coordinado por Angiolina Arru, persigue por su parte un proyecto de investigación altamente innovador en el panorama de los estudios italianos, centrado en las clases subalternas a comienzos del siglo XIX en Roma. Rechazando una reducción a clase obrera y a unidad productiva, reivindica la necesidad de investigar «otras formas de agregación y de estructuración solidaria derivadas de culturas y mentalidades colectivas comunes y comunitarias, desconocedoras de la pertenencia productiva». En una época de modernización la conflictividad es una respuesta que debe ser «contextualizada y dirigida al tejido más amplio de las relaciones cotidianas colectivas», puesto que también los comportamientos transgresores (individuales o de grupo) son indicadores de tensiones culturales y sociales. También asume un valor distinto la «persistencia» del universo simbólico religioso como «agente primario de la estructuración de la personalidad individual y colectiva, de su interacción con el ambiente social». En conjunto, concluida la investigación ¹⁹, emergerá una reconstrucción articulada de la personalidad social de las clases subalternas a lo largo del siglo XIX: una riqueza poco común de sensibilidades analíticas (consumo, trabajo, conflictividad, criminalidad, vida religiosa, marginación femenina) y un ejemplo de investigación de grupo.

Los estímulos de la historiografía francesa se reciben también a través de la introducción en Italia de los estudios de Maurice Agulhon sobre las formas de sociabilidad ²⁰. Aunque con retraso respecto a la aparición de la primera recopilación de escritos, las sugerencias de las investigaciones sobre las expresiones de la sociabilidad, popular y burguesa, terminaron por impulsar un desarrollo más amplio de los estudios sobre la vida cotidiana. Y esto en lo que se refiere a las investigaciones tanto sobre asociaciones voluntarias y vida de

¹⁹ Fondazione Lelio e Lisli Basso - Issoco, *Annali*, vol. VII, *Subalterni in tempi di modernizzazioni. Nove studi sulla società romana nell'Ottocento*, Milán, 1985.

Las citas del texto han sido extraídas de A. A. Y G. A. [ARRIL, A., Y GROPP, A. J. «Conflittualità, protesta, scelte di vita della classi subalterne in epoca di modernizzazione», en *QuaderniStorici*, núm. 47, 1981, pp. 710-712. Una útil reflexión conjunta sobre conceptos, temas y técnicas de investigación histórica se encuentra en el volumen *La cultura delle classi subalterne fra tradizione e innovazione*, de BOTTA, R.; CAHTELLI, F., Y MANTELLI, B., Alessandria, 1988.

²⁰ *Forme di sociabilità nella storiografia francese contemporanea*. Introducción de GEMELLI, G., Y MALATESTA, M., Milán, 1980.

relación, como por 10 que respecta a la recuperación de los factores políticos como vital dimensión analítica. En el mismo Agulhon, respecto a los primeros trabajos sobre la Provenza, la ampliación del campo de interés desde la vida de las asociaciones al estudio de la sociabilidad de 10 cotidiano representa un impulso en la dirección indicada. Exactamente a partir de un *eollogue* de naturaleza comparativa entre los estudios italianos v franceses sobre las formas de sociabilidad ²¹, Agulhon ha subrayado su utilidad con el fin de «volver a valorar la historia de la vida cotidiana». Asimismo, la estrecha relación indicada por Philippe Ariés entre estudio de las mentalidades colectivas e investigaciones sobre comportamientos de sociabilidad, es reiterada por Agulhon.

La sociabilidad, como ámbito de observación y de clasificación de lo intersocial cotidiano, entraba por lo tanto fácilmente en la investigación histórica en cuanto las mentalidades colectivas empezaban a ser integradas; pero, a su vez, la sociabilidad reforzaba la tendencia historiográfica sobre las mentalidades ²².

La sociabilidad, que se mueve en terrenos analíticos propios de la antropología y de la psicología social, permite el estudio de los comportamientos y de las formas con las que el hombre, en determinados *hábitats* y con el cambio de los tiempos, vive en sociedad y en las relaciones interpersonales. Si hay que evitar el riesgo de que el objeto de la investigación se vuelva demasiado vago, una acepción de sociabilidad que incluya los aspectos informales parece ser compartida por los estudiosos italianos más atentos a este ámbito de investigación. Simonetta Soldani ha insistido sobre la necesidad «de una lectura en clave territorial, que enlace estrechamente sociabilidad y hábitat», con el fin de considerar «las estructuras profundas de la producción, las concepciones y las formas de vida, y por 10 tanto tam-

²¹ «Sociabilità/Sociabilità nella storiografia dell'Italia dell'Ottocento», en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, núm. 1, 1992. La comparación entre estudios italianos y franceses ya se había dado anteriormente: *Storiografia francese e italiana a confronto sul fenomeno associativo durante XVII XVIII secolo*, de MAHILLAH, M. T., Turín, 1990. Para un acercamiento comparativo aún más amplio y con atención a las élites sociales, véanse «Sociabilità nobile, sociabilità borghese. Francia, Italia, Germania, Svizzera XVIII-XX secolo», de MALATESTA, M., en *Cheiron*, núms. 9 y 10, 1988.

²² ACHLHON, M., «La sociabilità come categoria storica», en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, núm. 1, 1992, p. 45.

bién la sociabilidad que se expresa en lo cotidiano»²³. «La sociabilidad cotidiana, que es una manifestación de las mentalidades colectivas -ha escrito a su vez María Malatesta, en la introducción a la traducción italiana de *Le Cercle dans la France bourgeoise 1810-1848. Etude d'une mutation de sociabilité-*, se convierte, así, en un instrumento de investigación que permite determinar la fisonomía y los límites de una clase social vista en sus comportamientos más espontáneos»²⁴. La validez de la aproximación analítica se extiende, sin embargo, más allá del siglo XIX francés y se amplía a los procesos de herencia/transformación y oposición/integración inherentes a los diversos grupos sociales. En el discurso sobre la sociabilidad de lo cotidiano, «un componente universal en la historia de todas las sociedades contemporáneas», se halla la fuente de un significativo «vector de modernidad y politización». Es un itinerario de investigación estimulante, al que en los años más recientes se le ha prestado una creciente atención²⁵.

2. Microhistorias: espacios del poder, sistemas de relación e individuos en las vivencias cotidianas

Los estudios de microhistoria han ocupado un lugar significativo, aunque polémico, en el panorama de una historia social italiana desprovista de un paradigma fuerte. Aquí nos interesa recoger únicamente aquellos aspectos que enriquecen el discurso sobre las peculiaridades de la historia de lo cotidiano.

²³ «Sociabilità e associazionismo in Italia: anatomia di una categoria debole», intervenciones de HANTI, A.; MERIGGI, M.; PECOLJT, E., y SOLDANI, S., en *Passato e Presente*, núm. 26, 1991, pp. 24-25.

²⁴ MALATESTA, M., «La democrazia al circolo», introducción ACLJLION, M., *Il salotto, il circolo e il caffè. I luoghi della sociabilità nella Francia borghese (1810-1848)*, Roma, 1993, p. X.

²⁵ Cfr. HIDOLFI, M., «Associazionismo e forme di sociabilità nella società italiana: problemi storiografici e primi risultati di ricerca», en ID, *Il circolo virtuoso. Sociabilità democratica, associazionismo e rappresentanza politica nell'Ottocento*, Florencia, 1990, pp. 25-101, con una revisión crítica de los estudios realizados a lo largo de los años ochenta. Un acercamiento comparativo se encuentra en FINCAHDI, M., «Sociabilità e secolarizzazione negli studi francesi e italiani», en *Italia contemporanea*, núm. 192, 1993, pp. 511-527. Sobre las múltiples funciones de los lugares cotidianos de encuentro, cfr. ISNENCIII, M., *L'Italia in piazza. I luoghi della vita pubblica dal 1848 ai giorni nostri*, Milán, 1994.

En su intervención en el debate abierto por *Quaderni Storiei* en 1977 sobre historia social, Edoardo Grendi fue el primero en explorar posibles itinerarios de «microanálisis». Por una parte, estaba la penetración en los estudios italianos de Karl Polanyi y una reconsideración de las dinámicas sociales²⁶. Por otra, se proponía la valorización del «contexto» y del concepto relacional de clase propuesto por Edward Thompson, que no habían tenido hasta entonces repercusión efectiva en la historiografía italiana y cuyo valor sociocultural no había erosionado la consolidada predilección hacia los temas de historia económica y política.

El diseño, más o menos explícito, es el de reconducir la historia a una contextualidad y a una vocación analítica donde el objeto del análisis está básicamente indicado como la serie o el retículo de relaciones interpersonales: de aquí la elección de una sociedad a escala reducida como la aldea campesina, elección guiada sin duda por el ejemplo paralelo de la antropología. En principio la elección podría recaer también sobre un barrio urbano²⁷.

Individualismo metodológico y *network analysis* se sitúan en un itinerario de investigación donde las «cuestiones de escala» resultan esenciales. El paso terminológico de «microanálisis» a «microhistoria» se da con Giovanni Levi, que identifica en la comunidad preindustrial el «contexto» espacial más idóneo para las premisas de un estudio sobre configuración de los micropoderes. Era necesario hacer interactuar normas, instituciones y prácticas de grupo de las comunidades. Las investigaciones sobre el mundo popular en el antiguo régimen preindustrial transmitían a la edad contemporánea la conciencia de que los «poderes intermedios entre estado y comunidades locales poseen todavía una pátina de misterio sin la verificación microanalítica: mafia y democracia cristiana, burocracias de partido y clientelas, asociaciones religiosas y grupos locales encuentran su explicación precisamente en la relación que une la sociabilidad de la al-

²⁶ La correlación entre demandas de la conciencia de los contemporáneos y atención creciente de la historia social hacia «los no protagonistas, lo cotidiano, lo privado» es recalada en GRENDI, E., *Pofanyi. Dall'antropologia economica alla microanalisi storica*, Milán, 1978, p. 165.

²⁷ GRENDI, E., «Mieroanalisi e storia sociale», en *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, p. 518. Un espacio significativo a la microhistoria italiana y a su historia está presente en *Microhistory and the lost peoples of Europe*, de MURDEM, E., y RUCCIERO, G., Balthore-Londres, 1991.

dea, del barrio, del grupo y el remoto poder central del estado moderno»²⁸.

Respecto a la acepción relacional y socioeconómica mantenida por Levi y Grendi, Carlo Ginzburg irá sentando las bases para una versión más interpretativa y *culturalista* de la microhistoria²⁹, donde la primacía corresponde a la investigación de *indicios* y fragmentos del comportamiento reveladores del significado cultural atribuido por los individuos a su esfera social. Además, tras decaer el proyecto común de los estudiosos que desde la segunda mitad de los años setenta y hasta comienzo de los ochenta habían dirigido la revista *Quaderni Storici*, la tendencia a privilegiar la dimensión analítica sensible a los temas del lenguaje y de la representación simbólica ha favorecido, con el cambio generacional, una ampliación del campo de interés de la microhistoria hacia la esfera de la política. También ha hallado un espacio creciente el análisis de la configuración de las prácticas de grupo que asumen un carácter ritual, tanto las más tradicionales de naturaleza folclórica como aquellas de origen social afectadas por los procesos de circulación del «discurso político»; a través del estudio de las prácticas sociales, el horizonte analítico, dirigido a examinar las formas y expresiones de las identidades culturales, se manifiesta diferente del horizonte preferido por el individualismo metodológico, ya que se afirma aún más la centralidad de las relaciones de grupo e interpersonales³⁰.

²⁸ LEVI, C., «Questioni di scala», en *Dieci interventi sulla storia sociale...*, cit., p. 79. Sobre el itinerario de investigación de uno de los principales inspiradores de la microhistoria italiana, cfr. «Il piccolo, il grande e il piccolo. Intervista a Giovanni Levi», en *Meridiana*, núm. 1990, pp. 211-234. En el mismo sentido para una valoración externa, cfr. REVEL, J., «Microanalisi e costruzione del sociale», en *Quaderni Storici*, núm. 86, 1994, pp. 49-575, donde se desarrollan temas tratados en *L'histoire au ras du sol*, introducción de LEVI, C., *Le pouvoir au village*, París, 1989 (trad. *De l'héritage immatérielle. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*, Turín, 1985).

²⁹ Sobre plan conceptual y metodológico, cfr. CINZBURG, C., «Spie. Radici di un paradigma indiziario», en GARGANI, A., *Crisi della ragione*, Turín, 1979, pp. 57-106, vuelto a imprimir en ID, *Mitù, emblemi, spie*, Turín, 1986, pp. 158-209. Respecto a las «ambigüedades» del concepto de cultura popular Cinzurg se detenía tanto en el «Prólogo» de su conocido estudio *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del .500*, Turín, 1976, como en la Introducción de BIRKE, P., *Cultura popolare nell'Europa moderna*, Milán, 1980 (ed. orig.: 1978), en el intento de volver a situar la tradición italiana (desde De Martino en adelante) en el renovado contexto europeo de estudios.

³⁰ Cfr. «Conflui locali e idiomi politici», de LOMBARDINI, S.; RACCIO, O., y TORRE, A., en *Quaderni Storici*, núm. 63, 1986.

El desdoblamiento de la aproximación microanalítica y las distinciones entre primera y segunda generación de estudiosos han incrementado la debilidad del aparato conceptual y han ofuscado la homogeneidad de los estudios publicados por la editorial Einaudi en una colección específica de «Microhistorias». La colección empieza en 1981 con *Indagini su Piero* de Ginzburg y se agota en 1992 con *Misteri e privilegi* de Simona Cerutti, juntando estudios tanto de carácter relacional como de aproximación culturalista³¹. Entretanto, sin embargo, el panorama de los estudios de perspectiva «micro» se había enriquecido a través de la práctica de ideas derivadas del *network analysis*³². Respecto a la esfera de lo cotidiano en el mundo popular, resultan particularmente interesantes los trabajos de Franco Ramella³³ y Maurizio Gribaudi³⁴, ambos importantes en cuanto que son capaces de resituar temas tradicionales de la historia del movimiento obrero en una óptica renovada de historia social. Es en particular el segundo trabajo el que se considera, en razón de la útil reflexión que ofrece sobre los conceptos y prácticas de la microhistoria, además de sobre la falta de sintonía entre las propuestas teórico-metodológicas innovadoras y la producción de resultados de investigación capaces de aportar una efectiva contribución interpretativa y de conocimiento. El estudio de Maurizio Gribaudi se refiere a la clase

³¹ Es emblemático el estudio de BERTOLOTTI M., *Carnevale di massa* 19.50, Turín, 1991, centrado en un evento de microhistoria como la fiesta de carnaval en un pequeño pueblo rural de la Padania, donde se mide el encuentro entre tradiciones folclóricas e identidades políticas de los militantes comunistas, con una proyección simbólica de la fiesta carnavalesca en el horizonte europeo de las antiguas ceremonias populares.

³² Uno de los trabajos más significativos es GRIBAUDI, G., *A Eboli. Il mondo meridionale in cent'anni di trasformazioni*, Venecia, 1990, donde enfoques distintos (fuentes de archivos y testimonios orales, observación antropológica y representaciones míticas) son examinados para reconstruir ciclos familiares, conflictos sociales y cambios políticos, discutiendo un ejemplar *case-study* sobre el largo período.

³³ RAMELLA, F., *Terra e telai. Sistema di parentela e manifattura nel Billese*, Turín, 1984. La formación de una conciencia de clase se dirige no a la profesionalidad sino a la «resistencia» a la modernización; la familia y las asociaciones voluntarias (mutuo socorro y círculos vinícolas) son factores compensatorios de las modificaciones que se producen en la organización del trabajo.

³⁴ GRIBAUDI, M., *Mondo operaio e mito operaio. Spazi e percorsi sociali a Torino nel primo Novecento*, Turín, 1987. El mismo autor pone una atención particular en los lenguajes e idiomas de comunicación en la vida cotidiana, un tema de todos modos aún poco tratado en los estudios italianos: véanse ID., "A proposito di linguistica e storia", *Quaderni Storici*, núm. 46, 1989, pp. 236-265.

obrero de Turín en el contexto espacial de una gran ciudad en vías de industrialización, y es uno de los pocos trabajos de microhistoria dedicado a la edad contemporánea. Gribaudi analiza de manera eficaz los itinerarios sociales y demográficos de una muestra de familias obreras, a las que estudia en el trayecto desde la emigración del campo y en los desiguales procesos de integración y ascenso social en la ciudad. Es la segunda parte del volumen donde, a través de una rigurosa valoración crítica de los testimonios orales, Gribaudi se empeña en desvelar aquellos que él considera estereotipos y rasgos de una mitología igualitaria considerada extraña a prácticas cotidianas y contenidos reales, parte que ha provocado un gran debate. La solidaridad obrera es privada de significados morales y políticos y reconducida a imperiosas necesidades de apoyo recíproco a falta de adecuadas estructuras sociales públicas. Cae toda relación directa con las influencias de la obra de politización promovida por militantes y círculos socialistas, cuyo discurso político resulta no más que una verdadera y auténtica *jerga*, «traducción local de la ideología socialista y *corpus* de definiciones jerárquicas», una especie de «variante sociolingüística de referencia» de la cual subrayar «su función ritual, su distancia de los contenidos de relación». Se ha observado oportunamente que, actuando de esta manera, en una realidad italiana importante y afectada en la primera postguerra por formas muy encendidas de radicalización social y política, no se debate, en cambio, un tema central y prioritario, habitual en los estudios anglosajones; es decir, cuál debe ser «el mecanismo de formación de una conciencia de clase y su traslado a particulares formas de militancia y fidelidad política»³⁵.

Grondi ha vuelto a interrogarse sobre los itinerarios de la microhistoria y sobre la misma historia de aquel grupo de estudiosos italianos que, entre los años setenta y ochenta, aun faltando una conciencia de escuela y con la dificultad de «identificar los *textos fundamentales* del microanálisis histórico», «han formado *malgre eux* una especie de *cotérie*»³⁶. Grondi ha sentido la necesidad de distinguir entre las peculiaridades de la microhistoria y el contexto historiográfico en que ésta se sitúa, recordando cómo «el elemento más

³⁵ Intervención de BANTI, A., «Su "Mondo operaio e mito operaio" di Maurizio Crihaudi», en *Quaderni Storici*, núm. 67, 1988, pp. 275-276.

³⁶ GRENDI, E., «Ripensare la microstoria?», en *Quaderni Storici*, núm. 86, 1994, pp. 539-540.

trendy de la propuesta microanalítica se correspondía a la instancia, entonces habitual, de una historia desde abajo -siguiendo en el entramado de las fuentes la huella del nombre propio- y de la reconstrucción de la vida cotidiana». Se trata por otra parte de un objetivo explicitado por Carlo Ginzburg y Carlo Poni³⁷, cuando a la microhistoria parecían abrírsele espacios de intervención respecto a la crisis de los análisis estructurales y cuantitativos de la macrohistoria.

Por un lado, moviéndose en escala reducida, la microhistoria permite en muchos casos una reconstitución de las vivencias inimaginable en otros tipos de historiografía. Por otro, se propone investigar las estructuras invisibles donde aquellas vivencias se articulan. (...) Por ello proponemos definir la microhistoria, y la historia en general, como ciencia de la vida cotidiana.

Las investigaciones microscópicas, según la declaración de intenciones propuesta por Poni y Ginzburg, parecían corresponder también a la exigencia de asumir como «objeto de análisis los temas de 10 privado, de 10 personal y de 10 cotidiano, propuestos con tanta fuerza por el movimiento de las mujeres». Una perspectiva de investigación que se ha quedado por mucho tiempo sin manifestarse, ya que en Italia el encuentro entre *historia de género* e historia de la vida cotidiana no ha dado los frutos que se podían esperar³⁸.

La atención hacia el contexto, el hábitat y la dimensión espacial de la investigación histórica, propuestos por la microhistoria a los estudios italianos a falta de una efectiva y acreditada *historia local*³⁹, permanece en el centro de las reflexiones teóricas y de las investigaciones empíricas. Bajo este perfil, han adquirido una creciente relevancia científica las actividades del «Instituto meridional de historia y ciencias sociales» y la programación editorial de la revista *Meridiana*, que recoge tanto investigaciones micro como macro en el intento

³⁷ eINZBIHC, C., y PONI, C., «Il nome e il come: mercato storiografico e scambio diseguale», en *Quaderni Storici*, núm. 40, 1979, pp. 181-190. Las citas que siguen en el texto se encuentran respectivamente en las pp. 188 Y 184.

³⁸ Cfr. Ante todo el manifiesto programático de Società italiana delle storiche: *Dúculendo di storia. Soggettività, ricerca, biografia*, Turín, 1990. Para un punto de observación más reciente, cfr. *La sfera pubblica femminile. Percorsi di storia in età contemporanea*, de eACLIANI, D., y SALVATI, M., Bolonia, 1992. Merece recordarse también el estudio sobre *llagnale di repporli. Patronage e reti di relazione nella storia delle donne*, de FERRANTE, L.; PALAZZI, M., y POMATA, e., Turín, 1988.

³⁹ Véase eHENDI, E., «Storia di una storia locale: perché in Liguria (e in Italia) non abbiamo una *local history*», en *Quaderni Storici*, núm. 82, 1993, pp. 141-197.

prioritario de superar los estereotipos interpretativos sobre las regiones del sur de Italia. En la jerarquía de las relevancias historiográficas -en cuya redefinición se ha comprometido la Revista- también ha reconquistado un espacio más adecuado la dimensión de la política y de sus lugares espaciales menores, cotidianos y materiales. En la presentación de un fascículo monográfico dedicado a *Circuiti politici*, se encuentra una especie de manifiesto programático capaz de desatar no sólo la intrincada trama de relaciones entre centro y periferia, sino también la indiferencia, a menudo denunciada, hacia los aspectos formales e institucionales de la política presente en los estudios sobre la vida cotidiana. El ámbito local vuelve a ser propuesto en términos conceptualmente perfeccionados como un espacio en absoluto opuesto a la dimensión nacional. Por el contrario el ámbito local

es, más bien, el descubrimiento de una materialidad nueva en la acción humana dirigida al ejercicio del poder para el control de los recursos, en una ambigua línea de frontera que desde las agregaciones elementales de la sociedad (familias, parentescos, grupos, clientelas) se mueve de manera transversal a través de partidos, instituciones, lugares centrales o diseminados del universo estatal. *Es la política haciéndose*, puesta al descubierto en los mecanismos prosaicos y desencantados de su cotidiano trabajo, que ensancha un viejo escenario historiográfico dominado por pocos actores y lo vuelve a poblar con una inesperada multitud de protagonistas 40.

Es un síntoma ulterior de aquel regreso de una historia de la política que, en virtud de una fecunda contaminación con algunas poderosas sugerencias de la historia social 41, se ha registrado en los últimos tiempos en la historiografía italiana.

⁴⁰ «Circuiti politici», en *Meridiana*, núm. 2, 1989, p. 9. De interés es también el cuaderno sobre «Poteri locali», núm. 4, 1988.

⁴¹ Cfr. RIDOLFI, M., «Storia sociale e "rifondazione" deHa storia politica», en *Italia contemporanea*, núm. 192, 1993, pp. 529-542 (en relación a los estudios sobre la Italia liberal).

3. Memorias. Historias orales y autobiografías

La reivindicación de la subjetividad de las clases subalternas y la recuperación de la «historia de los vencidos» son rasgos comunes a las investigaciones originarias de estudiosos «irregulares» y *free-lance*, y al desarrollo más reciente de los estudios sobre culturas populares conducidos a través de las autobiografías y las fuentes orales. Han cambiado, sin embargo, los estímulos, las prioridades y los fines de las indagaciones historiográficas. El desafío de la *Historia Oral* anglosajona es recogido en Italia a partir de la segunda mitad de los años setenta. En 1977, en la revista *Quaderni Storici*, se anticipa parte de las actas de un congreso celebrado en diciembre de 1986 en Bolonia sobre el tema de la «Historia Oral» y entre las intervenciones figura un importante artículo de Paul Thompson⁴². Al año siguiente, Luisa Passerini recoge e introduce diferentes textos extraídos esencialmente de los estudios ingleses, favorecidos «por los caracteres de mayor homogeneidad del material y por la cercanía de la problemática al debate que se está desarrollando en Italia sobre el mismo tema»⁴³. En Tunn, en el Departamento de Historia, se crea también un archivo sonoro para la recogida y la conservación de entrevistas e historias de vida. Las orientaciones de investigación son el fruto de una reflexión común. Escriben Giovanni Levi, Luisa Passerini y Lucetta Scaraffia:

Una investigación sobre la cultura material y sobre la vida cotidiana es ante todo la recuperación de una documentación reprimida, desaparecida, infravalorada, no solamente para la reconstrucción de hechos, de acontecimientos, sino especialmente para analizar una cultura, un orden diverso de lo que ha sido y es considerado importante, las raíces de comportamientos individuales y colectivos que hasta ahora se ha renunciado a explicar⁴⁴.

Existe el rechazo de mediaciones que intentan atenuar el carácter radical de una utilización de las fuentes orales. A través de una in-

⁴² THOMPSON, P., «Storia orale e storia della classe operaia», en *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, pp. 403-432. Para las actas del congreso de Bolonia, cfr. *Oral History: fra antropologia e storia*, de BERNARDI, B.; PONI, C., y THIELZI, A., Bolonia, 1978.

⁴³ PASSERINI, L., «Conoscenza storica e storia orale. Sull'utilità e il danno delle fonti orali», introducción a *Storia orale...*, cit., p. IX.

⁴⁴ LEVI, G.; PASSERINI, L., y SCARAFFIA, L., *Vita quotidiana...*, cit., p. 434.

tervención directa del investigador, a quien se le exige la difícil tarea de contribuir a la construcción de las fuentes junto con el entrevistado o el testigo, se explora una hipótesis de investigación que «sitúa en el centro de ésta no a individuos excepcionales, sino a los demás, los amplios sectores de los que son considerados *comunes* u *ordinarios*». El problema real es el de entender cómo se explica el funcionamiento de la memoria como acción narradora cuando se recogen testimonios o se realizan entrevistas. El inventario que el investigador debe preparar concierne, en efecto, tanto a la memoria viva como a los silencios y los vados de memoria, a menudo más esclarecedores que los mismos datos de conocimiento. Como en el caso de los orígenes de la microhistoria, también en el comienzo de una historia oral conceptualmente meditada la recuperación de la subjetividad y la valorización de lo cotidiano se corresponden con las reivindicaciones de la historiografía emergente sobre las mujeres.

Lo cotidiano representa ciertamente aquella parte del espacio y del tiempo en el que se le ha permitido a la mujer existir, expresarse, y en la que incluso se le ha impuesto vivir una relación no mediatizada con la realidad. Sin embargo, lo cotidiano es al mismo tiempo institución, es lo que aparece sin fecha, lo que se repite en un tiempo siempre igual; es un orden definido y modificado por constricciones externas ligadas a la situación de clase, al trabajo, a los niveles de vida; existe sólo en la falta de conciencia y produce al mismo tiempo identidad formal e inseguridad profunda, afianzamiento y angustia oculta ⁴⁵.

Conjugando reflexión teórica, utilización crítica de las fuentes orales y propuestas de categorías interpretativas sobre las culturas populares, Luisa Passerini ha realizado un estudio pionero de naturaleza interdisciplinaria sobre la memoria obrera del fascismo y de la vida cotidiana en el Turín de los años veinte y treinta ⁴⁶. Con inten-

⁴⁵ BRAVO, A., y SCARAFFIA, L., «Ruolo femminile e identità delle contadine delle langhe un'ipotesi di storia orale», en *Rivista di storia contemporanea*, núm. 1, 1979, p. 27. En la misma revista cfr. QUAZZA, G., «Ricerche di storia orale», pp. 18-20, donde se trazaba un balance en «curso de óper» de los trabajos de historia oral.

⁴⁶ PASSERINI, L., *Torino operaia e il fascismo. Una storia orale*, Roma, 1984 (también en traducción inglesa: *Fascism in [Popular Memory: The Cultural Experience of the Turin Working class*, Cambridge, 1(87)»). Más en general véanse DE GRACIA, V., *The Culture of Consent: Mass Organization of Leisure in Fascist Italy*, Cambridge, 1981 (trad. Tit.: *Consensus e cultura di massa nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1(81)), que evidencia los vínculos entre la taylorización de la fábrica y la taylorización del tiempo.

ción de establecer una crítica histórica de las fuentes orales, Passerini no asigna a cada una de las historias de vida el carácter de representatividad que les atribuyó Paul Thompson en el estudio sobre *The Edwardians*. La referencia es más bien a la *Légende des Camisards* de Philippe Joutard, con el fin de diseñar un posible inventario de la memoria colectiva de los obreros turineses y reconstruir momentos de historia de las culturas populares, entendidas como interacción entre tradiciones y visiones del mundo en la vida cotidiana de individuos y clases subalternas. De las historias de vida, como afirmaciones de identidades culturales regidas por elementos simbólicos y narrativos, se desvelan las formas específicas de la autorrepresentación —la «memoria de sí mismo»—, a través de una cuidadosa utilización de técnicas procedentes de los estudios sobre el folclore y del análisis literario de los textos. Sometidas a un análisis crítico y a la comparación con otras fuentes, los testimonios permiten no tanto la reconstrucción de eventos como la colocación adecuada de las formas asumidas por la resistencia de la cultura obrera y popular al fascismo en el imaginario colectivo. Es una resistencia «que oscila entre compensación simbólica de compromisos pragmáticos y prefiguración de la libertad»⁴⁷, teniendo como protagonistas hombres y mujeres de cuya memoria se consideran tanto las autorrepresentaciones como los silencios, en relación tanto con los lugares de trabajo como con los espacios de la vida cotidiana familiar y recreativa. Se traza de nue-

po libre. Se trata de los únicos estudios publicados también en italiano a los que, en una comparación con la realidad alemana, se alude en ELEY, G., «Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*: Experience, Culture and the politics of Everyday. A New Direction for German Social History», en *Journal of Modern History*, núm. 61, junio 1989, p. 342.

⁴⁷ PASSEHINI, L., *Torino operaio...*, cit., p. 4. Para otros ejemplos de investigaciones sobre barrios populares, cfr. PICCIONI, L., *San Lorenzo. Un quartiere romano durante il fascismo*, Roma, 1984. Se confirma la profundidad de los vínculos comunitarios; sin embargo, mientras en el caso turinés del Borgo San Paolo es determinante la presencia de una clase obrera de fábrica, en el caso romano de San Lorenzo se tiene una composición social menos evidente y una continua rivalidad por los espacios sociales con las dos parroquias del barrio. Sobre la incidencia de la «religiosidad de lo cotidiano» (ritos, cultos comunitarios, peregrinajes, procesiones, ex votos) entre fascismo y segunda posguerra, cfr. los *case-studies* recogidos en RICCARDI, A., *La chiesa di Pio XI*, de Homa-Bari, 1986. Más en general, sobre la confiscación de los espacios públicos de sociabilidad y sobre el modelo de mujer ama de casa y disciplinada, cfr. DE GRAZIA, V., *Le donne nel regime fascista*, Venecia, 1993, y SALVATI, M., *L'innutiLe saletto. L'abitazione piccolo-borghese nell'Italia fascista*, Turín, 1993.

vo un conflicto entre diversas «visiones del mundo», que se desarrolla en el terreno de los espacios simbólicos que el régimen fascista intenta conquistar. La adaptación a los valores de orden del poder se acompaña con formas de resistencia de los obreros dirigidas a preservar de todos modos una autonomía cultural, a través del recurso a las expresiones propias de la más arcaica tradición popular (la comicidad, el canto, la risa). La memoria obrera privilegia los factores de identidad ligados a la dimensión del trabajo, mientras es menos frecuente la recuperación del discurso político. Pero sería impropio contraponer la autonomía y la primacía de la vida cotidiana, aunque detectable en los testimonios, a la esfera de la política. El problema es, en cambio, entender hasta qué punto la penetración de lo político en lo cotidiano altera un límite que se ha demostrado muy frágil y variable entre la esfera privada y la esfera pública.

Se da, efectivamente, una atención creciente a la relación entre discurso político, conciencia de clase y vida cotidiana en los diversos contextos espaciales: el trabajo, la familia, el tiempo libre, la militancia de partido. Giovanni Contini ha dirigido un estudio ejemplar sobre la historia de los obreros de los Talleres Galileo de Florencia en la segunda postguerra ⁴⁸. Es la historia de una derrota frente a los procesos de reestructuración productiva, pero 10 que los protagonistas rememoran en sus testimonios orales son las persecuciones de los años cincuenta contra los militantes comunistas y las claves de lectura de aquellos sucesos elaborados en términos de lenguaje político en la relación cotidiana entre obreros y militantes de partido. Los testimonios, una vez más, son importantes por los silencios y las exclusiones, que el auxilio de fuentes escritas y la intervención crítica del investigador hacen salir a la luz.

Al desencanto por las fuentes orales que sucedió al entusiasmo que se produjo de modo especial en estudios locales con un menor aparato conceptual y metodológico, y en los que se confería a las fuentes orales una capacidad heurística intrínseca y casi absoluta, le ha seguido una mayor cautela. Se observan dos orientaciones entre los estudiosos que han contribuido a desarrollar la investigación sobre

⁴⁸ CONTINI, G., *Memoria e storia. Le o/icine Galileo nel mcconio degli opemi, dei ieCllici e dei manager 1944-19.59*, Milán, 1985. Hay que considerar que buena parte del libro consiste en la reproducei(n) textual de las fuentes orales, sin las habituales intervenciones manipuladoras del investigador, que casi siempre son desconocidas para el lector.

comportamientos cotidianos y mentalidades privilegiando la fuente oral.

Algunos, en efecto, han reaccionado a las dificultades que ésta presentaba criticándola con la ayuda de fuentes tradicionales, y considerándola como un simple indicador de la tendencia humana a la producción de mitos y de la falta de fiabilidad de la memoria humana como fuente historiográfica. Otros han preferido considerar la historia de vida como texto, abandonando —o atenuando muchísimo— el intento de ponerla en relación con los sucesos históricos de los cuales habla el sujeto de la narración, y de los cuales es testigo o protagonista ⁴⁹.

En realidad, a pesar del crédito del que gozan fuera de Italia los estudios de historia oral, este acercamiento continúa siendo bastante marginal y minoritario en la historiografía italiana y sobre todo en el mundo académico. De todas formas, la tendencia a utilizar testimonios e historias de vida se ha visto acentuada en los últimos años. En una de las vertientes han sido relanzados los estudios sociales sobre la militancia y la subjetividad política. Se reconoce en los itinerarios individuales y generacionales, en las motivaciones personales y familiares, un terreno fértil para una investigación encaminada a arrancar del anonimato las vivencias de los militantes ⁵⁰. Asimismo, superada la paralizante dicotomía entre esfera privada y esfera pública, también ha vuelto a ganar relevancia historiográfica la subjetividad política de las mujeres ⁵¹, según un itinerario analítico que compen-

⁴⁹ CONTINI, G., «Il potere della parola», en *I viaggi di Erodoto*, núm. 8, agosto 1989, p. 73. Expresión de la primera tendencia es el citado trabajo de Maurizio Gribaudo, mientras que expresión de la segunda orientación es el estudio de PORTELLI, A., *Biografia di una città. Storia e racconto: Trnì 1830-1985*, Turín, 1986, donde la utilización de fuentes orales como «textos narrativos» y con una técnica de tipo cinematográfico, permite delinear una biografía colectiva ejemplar. Resulta no tanto una historia de la ciudad como de la relación de la gente ordinaria con esa historia: un fresco narrativo de una mentalidad y un collage de memorias, también «falsas», que hacen correr las escenas de la vida cotidiana a lo largo de más de un siglo.

⁵⁰ Por lo que concierne a la utilización de las nuevas fuentes en el estudio de la subjetividad y de la cotidianeidad de los militantes comunistas, cfr. BALLONE, A., «Storiografia e storia del PCI», en *Passato e Presente*, núm. 33, 1994, pp. 133 sigs. Resultan significativos los estudios de CORSINI, P., y PORTA, G., *Avverti al regime. Una famiglia comunista negli anni del fascismo*, Roma, 1992, y MAHINO, G. C., *Aulorilrallo del pel staliniano*, Roma, 1991, donde se investiga sobre la imaginación colectiva de los militantes a través de las fuentes producidas por la vida política cotidiana, tanto en las estructuras de partido como en la ritualidad pública.

⁵¹ Véase GABRIELLI, P., «La solidadietá tra practica politica vita quotidiana nell' esperienza delle donne comunista», en *Rivista di storia contemporanea*, núm. 1, 1993, pp. 34-56.

dia poco estudiadas prácticas políticas femeninas y expresiones de una básica conciencia de género en la adquisición de derechos efectivos de ciudadanía. Desde otra vertiente que toma como referencia la guerra, y después de la proliferación de una producción inclinada a un carácter evocativo-retórico, se ha observado «delimitarse un ámbito no carente de bases filológicas y capacidad narrativa, cuyas ambiciones van más allá de la divulgación de lo ya conocido y rechazan el vacío de la historiografía, precisamente en los temas de la vida cotidiana de la gente común y de las manifestaciones del «espíritu público», que entran como componentes esenciales en las imágenes de la guerra total»⁵².

Los estudios se interrogan cada vez más sobre el «frente interno» y se reserva una creciente atención al estudio de la vida cotidiana y de los cambios de mentalidad en los años de la «guerra total»^{*}; un recorrido analítico que se desenvuelve en la confrontación de categorías analíticas como la memoria y la percepción de la guerra, la guerra vivida y la guerra imaginada, el espíritu público y las identidades de grupo⁵³. Son años en los que también los fenómenos de desarraigo

⁵² LEGNANI, M., «La difficile scoperta del “frente interno”», en *Italia contemporanea*, núm. 180, 1990, p. 559. Sobre los primeros estudios realizados, véase también CAVAZZOLI, L., «Vita quotidiana e seconda guerra mondiale», en *Italia contemporanea*, núm. 174, 1989, pp. 101-106. En el ámbito de los institutos locales y regionales ligados al Instituto nacional para la historia del movimiento de liberación en Italia, está en curso un trabajo de grupo sobre la vida cotidiana en los años de la guerra. Para las orientaciones de investigación, cfr. «Il Novecento degli Istituti. Ricerche sulla partecipazione dell'Italia alla seconda guerra mondiale», en *Italia contemporanea*, núm. 185, 1991, pp. 697-702. Como una fascinante historia mental de los italianos en guerra, en un breve circuito entre memorias, subjetividad y cotidianeidad, se presenta el trabajo de ISNENCIII, M., *Le guerre degli italiani. Parole, immagini, ricordi* 1848-189.5, Milán, 1989.

^{*} El concepto de guerra total se concibe y desarrolla con la primera guerra mundial y se aplica en toda su extensión en la segunda.

⁵³ Importantes contribuciones han resultado de encuentros de estudios: *L'altro dopoguerra. Roma e il Sud*, de GALLERANO, N., Milán, 1985, en particular la rica sección de contribuciones sobre «Economía e società: condizioni di vita, comportamenti sociali, mentalità», *Línea Gótica* 1944. *Esercizi, popolazioni, partigiani*, de ROCHAT, e.; SANTAHELLI, E., y SOHCINELLI, P., Milán, 1986, por lo que respecta a la sección sobre «La gente e la guerra», *L'Italia nella seconda guerra mondiale e nella Resistenza*, de FERHATINI Tosi, F.; LEGNANI, M., y CHASSI, e., Milán, 1988, en particular GALLERANO, N., *Gli Italiani in guerra 1940-1943; L'Italia in guerra 1940-43*, de MICHELETTI, B., YPOGGIO, P. P., Annali della Fondazione «L. Micheleui», Brescia, 1990-1991, en particular DE LUNA, e., *Torino in guerra: la ricerca di un'esistenza collettiva*, pp. 885-902 YCAGLIANI, D., *La guerra in periferia. Cittadini e poteri in un comune appenninico*, pp. 903-928.

y de reinvenclOn de códigos relacionales entre sexos encuentran su máxima expresión ⁵⁴. Ha sido superado en parte el exceso de *factua-* *lismo* presente en las primeras colecciones de autobiografías y memorias del mundo de los vencidos, normalmente carentes de una contextualización analítica capaz de favorecer la reconstrucción de una visión del mundo real, la jerarquía de las relevancias en la memoria y las causas de los comportamientos individuales y sociales.

Paralelo al tema de las fuentes orales (entrevistas e historias de vida) y también significativo para los estudios sobre lo cotidiano en sus aspectos de historia de las mentalidades, es el capítulo de las autobiografías populares escritas (diarios, memorias, cartas). Como expresión de la aspiración a la creación de un archivo escrito de la memoria de las clases subalternas que pudiese favorecer el surgimiento de la «otra historia», se ha buscado originariamente recoger las «memorias de la calle», es decir, el mundo de los marginales y subproletarios, de las *classes dangereuses*. Más recientemente ha seguido una oleada memorialística y autobiográfica, ligada una vez más a la entrada en escena de los nuevos movimientos (mujeres, jóvenes) y de las nuevas subjetividades. En Rovereto, perteneciente al Trentino, una de las regiones que guarda una memoria más intensa de la guerra, un grupo de jóvenes profesores y estudiosos no profesionales está comprometido desde hace años en la promoción de investigaciones y actividades didácticas sobre la *contramemoria* de los excluidos y de los *sin historia*, con una particular atención a la experiencia dramática de la Gran Guerra. A la guerra vivida en los años 1914-1918 la revista *Movimento operaio e socialista* había dedicado ya un monográfico explicitando los caracteres de una impresionante experiencia de las clases subalternas, en el curso de la cual se consuma el paso de su exclusión de la historia a una participación activa. La movili-

⁵⁴ Véanse algunos de los estudios más significativos: *Jonne e uomini nelle guerre mondiali*, de BHAVO, A., Homa-Bari, 1991, y en *In guerra senz'armi. Storie di donne 1940-1945*, de BHAVO, A., y BHIZZONE, A. M., Homa-Bari, 1994. El evento bélico evidencia los arraigados fenómenos de la cotidianidad religiosa femenina: cfr. DI COHI, P., «Rosso e bianco. La devozione al Sacro Cuore di Gesù nel primo dopoguerra», en *Memoria*, núm.5, 1982, pp. 82-96, Y SCARAFFIA, Lo, «Devozioni di guerra. Identità femminile e simboli religiosi negli anni quaranta», en *Jonne e uomini nelle guerre...*, cit., pp. 135-160. Había resultado eficaz el intento de afrontar los temas de la cotidianidad en términos rigurosos pero divulgativos, partiendo de testimonios orales y fragmentos de estudios ya existentes: MAFAL, M., *Pane negro. Jonne e vltá quotidiana nella seconda guerra mondiale*, Milán, 1987.

zación total trastornaba no sólo los aspectos productivos y sociales habituales,

sino también las culturas, los roles familiares, las relaciones interpersonales, el vivir cotidiano, y hasta la percepción del tiempo y del espacio y, de alguna manera -como ha sugerido Mosse-, la imagen misma de la naturaleza. Son en suma las estructuras profundas de la existencia social y las estructuras mentales colectivas las que son arrastradas por los procesos fundamentales de cambio ⁵⁵.

El campo de análisis de las vivencias, asumido no como una esfera separada de la gran Historia y sin concesión alguna a reediciones de otra historia contrapuesta y marginada, es aceptado íntegramente por el grupo de investigación de Rovereto. Desde 1978 se publica primeramente un boletín y luego una revista llamada *Materiali di lavoro*, mientras se inicia la recogida de testimonios orales y autobiografías. Sobre la base de esta recuperación de fuentes, en 1985 se organiza un gran congreso internacional, elevado a importante vertiente en la historiografía italiana sobre los temas de lo imaginario, de la mentalidad ⁵⁶ y de la cotidianidad. Es ésta la ocasión en la que se lanzan las bases para la puesta a punto de un Archivo de la escritura popular ⁵⁷, integrado fundamentalmente por memorias, cartas y autobiografías de excombatientes y emigrantes, conservadas en Trento en el Museo del Risorgimento y de la Lucha de Liberación. Siguen seminarios anuales de trabajo, en los que participan acreditados estudiosos provenientes de disciplinas científicas diversas (antropología, lingüística, literatura, historia). El ulterior desarrollo de la experiencia, hasta permitir la creación de una Federación de todos los archivos de la escritura popular, tendrá que afrontar, sin embargo, el inicio de un intenso debate sobre la naturaleza de los textos recogidos y sobre el cambio de significado que se les asigna. Más que expresión de una subjetividad autónoma de clase, éstos son interpre-

⁵⁵ «Presentazione» a «La guerra vissuta. Fronte, fronte interno e socialá», en *Movimento operaio e socialista*, núm. 3, 1982, p. 332.

⁵⁶ *La Grande Guerra. Esperienza, memoria, immagini*, de LEONI, D., y ZADRA, C., Bologna, 1986. Significativa es la aportación de SOLDANI, S., «La Grande Guerra lontano dal fronte», en *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unitá a oggi. La Toscana*, de MORI, G., Turín, 1986, pp. 345-453.

⁵⁷ Cfr. «Per un archivo interregionale deHa scrittura popolare», en *Materiali di lavoro*, núm. 1-2, 1986, pp. 223-227.

tados como el signo de un proceso de «individualización de masa» que conduce a la *historie de moi* debatida por Philippe Leieune y que se expresa a través de la reivindicada «necesidad de escritura» de las clases subalternas⁵⁸. Lugares y géneros de las autobiografías populares se han convertido en temas de debate. Un debate relanzado también por la ya consolidada presencia del *Archivio Diaristico Nazionale*, surgido en 1984 en Pieve di Santo Stefano, un pequeño pueblo de Toscana. Promocionado en un ámbito más amplio por un Premio asignado anualmente por un Jurado popular local y por el inicio de una colección de libros por parte de la casa editorial Giunti, el éxito de la iniciativa ha sido confirmado por la llegada de algunos millares de diarios y memorias en pocos años. El privilegiado encuentro entre historia y literatura se mide por el distinto impacto que tienen los dos grandes eventos separadores de la edad contemporánea –la guerra y la emigración– a la hora de influir en el paso de la oralidad a la escritura también en las clases subalternas. Resulta así que en Pieve di Santo Stefano, siendo mayor que en Rovereto la existencia de textos de autores vivos y menor el peso de la emigración como motivo de diarios y memorias, puede constatarse el gran impacto de los sucesos bélicos y en particular de la segunda guerra mundial: la «*gran Historia* que invade y atraviesa las vidas privadas, rompe equilibrios, transforma contextos, se confirma, por tanto –una vez más con las semblanzas de la guerra–, como una razón del salto de la oralidad a la escritura»⁵⁹. Banco de la memoria o vivero de la memoria, el deslizamiento de los archivos de clase a los archivos del yo parece algo más que una tendencia, dado el carácter propulsor y no solamente conservador asumido por el *Archivio Diaristico Nazionale* de Pieve di Santo Stefano.

⁵⁸ efr. «I luoghi della scrittura autobiografica popolare», en *Materiali di lavoro*, núm. 1-2, 1990 (Actas del 3.º seminario nacional del Archivo de escritura popular).

⁵⁹ ISNENCIII, M., «Parabola dell'autobiografia. Dagli archivi della "clase" agli archivi dell'"io"», en *Rivista di storia contemporanea*, núms. 2-3, 1992, p. 400. De este artículo me he servido ampliamente para recollstruir el capítulo de la autobiografía popular en la Italia de los últimos años.

4. Asociaciones y sociabilidad de lo cotidiano

Los estudios sobre las formas de la sociabilidad colaboran al mismo tiempo a desarrollar las investigaciones sobre la vida cotidiana y a calificar sus contenidos. Es indudable que la sociabilidad de lo cotidiano es un terreno de investigación muy fértil, pero también es verdad que son las culturas asociativas y las prácticas en cierta medida formalizadas de las relaciones interpersonales, las más adecuadas para compendiar el análisis tanto de aspectos de historia social como de la cultura y de la vida cotidiana. Si no queremos alargar de manera indistinta e indefinida el terreno de aplicación de los estudios sobre las formas de la sociabilidad, habrá que poner siempre en correlación la vida cotidiana y la vida de sociedad, esto es, el complejo de las ocasiones informales y de las redes asociativas, a menudo institucionalizadas, en el marco de relación entre los individuos, dentro y entre los grupos.

En Italia, los estudios sobre las formas de sociabilidad se están desarrollando y concentrando en las transformaciones de prácticas asociativas y relaciones interpersonales en el paso desde la sociedad de antiguo régimen a la sociedad burguesa. El *case-study* que a través de un discurso a largo plazo -desde principios del siglo XIX a la Gran Guerra- integra de manera más eficaz vida cotidiana y vida asociativa en un centro como Prato, se debe a Simonetta Soldani. Se examina un *microcosmos en movimiento*, del cual se reconstruyen los ritmos y las formas del trabajo cotidiano, que se consideraban preliminares a cualquier investigación tanto sobre los niveles de intensidad de las relaciones de sociabilidad como sobre las culturas asociativas. «El trabajo -afirma Soldani- se configura como savia común que nutre y cualifica tanto la indistinta sociabilidad cotidiana, hecha de hábitos domésticos y extradomésticos, como las grandes citas periódicas, sagradas y profanas, y las dinámicas asociativas.» El discurso de fondo es claro:

es precisamente manteniendo firme la centralidad del orden productivo y del trabajo como puede evitarse una lectura fenomenológica y puramente descriptiva de los momentos, de los aspectos, de las instituciones que contribu-

yen a determinar y a definir fisonomía, dinámica y espacios de la vida social y asociada de una colectividad ⁶⁰.

En el estudio del paso «desde tiempo de la feria al tiempo de la industria», la correlación entre aspectos formales e informales de la sociabilidad de 10 cotidiano puede ser evidenciada y seguida en sus cambios, en cuanto que

cada fase de desarrollo de la economía local (...) precisamente como fuente de promoción hacia lo alto de quien era partícipe de ella o estaba implicado en alguno de sus niveles, se correspondió no sólo con un incremento de demanda de sociabilidad a nivel informal, con una búsqueda de ocasiones y lugares de encuentro (...), sino con crisis y contrastes, incluso desgarradores, dentro de las instituciones laicas y religiosas de la sociabilidad organizada.

Es en este contexto social y económico, cuidadosamente reconstruido, donde tiene mayor evidencia el proceso de *apprentissage* de la política. Los estudios sobre sociabilidad y la peculiaridad de su investigación sobre lo político partiendo de la vida social y cultural de relación, consiguen desvelar terrenos analíticos extraños a los estudios tradicionales de historia política. Esto es aún más cierto en la Italia del siglo XIX, donde, como se ha observado, la política «representa una dimensión fluida y muy cercana a las instancias elementales de agregación social no solamente para el heterogéneo mundo popular, sino también para los mismos grupos dirigentes» ⁶¹. Con el bienio revolucionario del 48-49, y con el de la unificación 59-60, cuando tiene lugar el primer encuentro efectivo entre las pequeñas historias de la vida comunitaria y la gran Historia, las preexistentes prácticas de la sociabilidad cotidiana (folclórico-comunitarias y religiosas) registran un inédito impacto con la esfera pública de la política ⁽¹²⁾. Antes que las reformas electorales y la organización de los in-

⁶⁰ SOLDANI, S., «Vita quotidiana e vita di società in un centro industriale», en *Prato. Storia di una città*, 3**, *Attempo dell'industria* (181.5-1948), de MORI, G., Prato-Florenca, 1988, p. 667

⁶¹ Intervención de MERICCI, M., en «Sociabilità e associazionismo in Italia...», cit., pp. 30-31. Del mismo autor véase *Milano borghese. Circoli ed élites nell'OUocento*, Venecia, 1992.

⁶² Son ejemplo de ello los estudios de DE CLEMENTI, A., *Vivere nell'alfondo. La comunità nella campagna laziale tra 700 e 800*, Milán, 1989, y RIZZI, F., *La coccarda e le campagne Comunità rurali e Repubblica Romana nel Lazio* (1848-1849), Milán, 1988.

tereses sociales transformen el cuadro de referencia y encuentren respuesta también en la formación de modernas estructuras de partido, el inicial acceso a la política se produce en virtud de la implicación colectiva en los primeros ritos festivos y civiles públicos (funerales, fiestas, conmemoraciones) promovidos y guiados por la red de asociaciones, más que a través de los mecanismos elitistas de la representación. Es toda la comunidad la que a través también de los ritos civiles y de las liturgias festivas ⁶³, revela no sólo el proceso en acción de la politización de la vida de relación, sino también la penetración de prácticas de la cotidianidad recreativa y sociocultural en un sistema más rico de valores y de identidades colectivas ⁶⁴.

En la recuperación de la política en la historiografía italiana gracias a una historia social de lo político, los estudios que se valen de la categoría de la sociabilidad asumen, por tanto, un cierto interés. Es una especificidad que ha sido oportunamente mostrada a través de una comparación entre los estudios sobre las formas de sociabilidad efectuados en las realidades nacionales (Francia, Italia y España) que mayor interés han mostrado en Europa por este planteamiento investigador.

A grandes rasgos, tres son las características principales de las investigaciones italianas en el terreno de la sociabilidad: primeramente, se han concentrado en la época contemporánea; en segundo lugar, predomina el tratamiento de los aspectos políticos de la sociabilidad y, por último, contienen un alto grado de reflexión teórica, que los diferencia de sus homólogos franceses ⁶⁵.

⁶³ La correlación entre vida asociativa, ritos festivos populares y procesos de politización en la construcción de una mentalidad colectiva, emerge en el estudio de FINCARDI, M., *Primo Maggio reggiano. Il formarsi della tradizione rossa emiliana*, Reggio Emilia, 1990, el más innovador en Italia sobre la fiesta del 1 de Mayo. Ejemplar es también la microhistoria reconstruida por SOLDANI, S., «Un primmo di Maggio piccolo piccolo», en *Italia contemporanea*, núm. 190, 1993, pp. 37-64.

⁶⁴ Sobre la cotidianidad del «universo republicano» y, por tanto, del «universo socialista» en la Italia liberal, me permito recordar los estudios realizados por mí: // *partito della Repubblica (1872-1895)*, Milán, 1988, pp. 247-317 («Il nuovo popolo»: cultura evita politica») e // *PSI e la nascita del partito di massa 1892-1922*, Roma-Bari, 1992, pp. 223-272 («Tempo libero, associazionismo e cultura di massa»).

⁶⁵ CANAL, f., «El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)», en *Siglo XX*, núm. 13, 1993, p. 17.

La dimensión política, entendida como ámbito de los circuitos y de las prácticas cotidianas en las que la política se experimenta, asigna una particular función a los estudios sobre la sociabilidad, «recuperando de esta forma la primigenia naturaleza, inseparable de la politización, del concepto».

Conclusiones

La reflexión llevada a cabo, parcial y seguramente digna de una ulterior profundización sobre aspectos particulares, ha evidenciado que también en Italia es posible delimitar la presencia de una significativa atención hacia los temas, los conceptos y las metodologías de una historia de la vida cotidiana. La relativa marginalidad que aún ocupa en el mundo académico no excluye que se trate de un terreno disciplinar potencialmente vital.

Los diferentes intereses que alimentan una historia de la vida cotidiana presentan sin embargo un nivel que no es homogéneo. La escuela italiana de microhistoria parece haber agotado gran parte de su original vivacidad teórica y de propuesta. La historia oral ha registrado una difusión de las prácticas de investigación a la que no corresponde una aportación similar en el ámbito científico. Los estudios sobre las formas de sociabilidad parecen prometedores ⁶⁶, a pesar de los perpetuos debates sobre el concepto y su naturaleza de categoría débil. Existen, de todas formas, premisas para una útil confrontación comparativa con las otras historiografías europeas; las coordenadas conceptuales y los ejes programáticos, aunque todavía sin una riqueza similar de *case-studies*, parecen ofrecer estimulantes perspectivas.

⁶⁶ En la vuelta a los «territorios» que actualmente se registra en la historiografía italiana, se ha observado que la categoría de la sociabilidad «se ha mostrado funcional respecto al más general desplazamiento de la historiografía *local* hacia una versión cultural de la investigación política», SALVATI, M., «Storia contemporanea e storia comparata oggi: il caso dell'Italia», en *Rivista di storia contemporanea*, núms. 2-3, 1992, p. 509. Se trata de un terreno en el cual, si «el acercamiento comparativo apenas ha comenzado a producir sus primeros resultados», el comparatismo infranacional de carácter regional que se está desarrollando en Italia puede ofrecer importantes contribuciones.

La vida cotidiana en la periferia de la civilización: Los campesinos de Galicia en los siglos XVII-XIX

Pegerto Saavedra

1. A propósito de algunos problemas que plantea la temática

La historia de la vida cotidiana del campesinado gallego de los siglos XVII-XIX, y sin duda también el de otros ámbitos geográficos, si quiere ser verdadera historia desde abajo al modo como la practicó Thompson y no un simple comentario frívolo, trivial o condescendiente de anécdotas, tropieza con dificultades que muchas veces parecen insuperables ¹. La casi absoluta ausencia de testimonios escritos de propia mano por los protagonistas obliga con frecuencia al investigador a emprender un rastreo intenso y fatigoso de fuentes variadas, con el propósito de encontrar algunos resquicios o portillos que permitan «sorprender a los rústicos en sus quehaceres más normales, que, justamente por ello, no tendrían que dar origen a textos. En este aspecto el estudioso que investigue los grupos privilegiados o las sociedades urbanas del Antiguo Régimen se encuentra en posición más ventajosa, al contar con una mayor abundancia de información.

Es cierto que las monografías y otros trabajos más breves de historia rural contienen numerosos datos que se refieren a la vida cotidiana: sucede así con lo tocante a los tipos de cultivos y a su evolu-

¹ Cfr., de THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, 1965, y *Customs in Common*, Londres, 1991 (hay versión castellana de ambas obras en la editorial Crítica); SHARPE, J., «Historia desde abajo», en BURKE, P. (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, 1994, pp. 38-58.

ción, a la edad de los mozos y mozas en el momento de tomar estado de matrimonio, al número medio de hijos por pareja y a sus probabilidades de supervivencia, a las formas de propiedad y posesión de la tierra y a las desigualdades sociales existentes dentro de la sociedad rural. Pero la falta de estudios de microhistoria, que aborden a partir de una consulta intensiva de toda la documentación conservada el complejo entramado de relaciones en el ámbito de una o varias comunidades, prestando atención a las biografías de los vecinos, a las estrategias y peripecias de individuos y familias, trae como consecuencia que el investigador conozca abundantes cifras medias referidas a personas anónimas, con lo cual se le escapa una parte de la «diversidad de lo real»; los procedimientos estadísticos demasiado enérgicos y generales anulan, o al menos oscurecen, muchos matices de los que un trabajo elaborado con la sensibilidad y simpatía que reclamaba Marc Bloch no debiera prescindir².

Añádase aún, a las dificultades mencionadas, que diversos aspectos referidos a la vida material de los campesinos no han sido por ahora abordados y que su universo mental sólo puede ser muy imperfectamente conocido. Las creencias más íntimas de las personas e incluso el significado —tal vez diferente para cada grupo social, de acuerdo con su nivel cultural— de expresiones externas de carácter religioso y festivo; sus actitudes profundas ante los preceptos religiosos, y ante las autoridades representativas de la monarquía y de los señores; su percepción de los acontecimientos que sucedían más allá de las fronteras del propio país o comarca (pero que afectaban a sus vidas), son problemas que ofrecen seria resistencia al investigador que pretenda desentrañarlos. Y otro tanto cabe decir de todo aquello que no puede ser formalizado o representado a partir de fuentes estadísticas: la importancia real de los bienes y usos comunales; las relaciones de reciprocidad tejidas dentro de la propia parentela y de la comunidad alrededor de compraventas, trueques de tierras, intercambios de trabajo; en definitiva, las estrategias para lograr seguridad cuando la existencia era frágil; las relaciones afectivas en el ámbito de la familia y determinados aspectos de la identidad personal; el papel que tenían las «sociedades» de mozos y mozas... Estos y otros

² Como ejemplo de trabajo de microhistoria en el ámbito de una comunidad rural, *vid.*, LEYI, T., *La herencia inmaterial. Historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, 1990, en especial la primera parte.

asuntos también formaban parte de la vida cotidiana de los rústicos, cuya apariencia tosca —e incluso brutal y repugnante para las élites— no debiera ocultar un comportamiento caracterizado por su extraordinaria complejidad. Detrás de una supuesta estulticia, de una miseria casi general y crónica, existían seres capaces de crear una cultura de notable riqueza; que, además de trabajar, y pagar rentas y de pasar hambre, se divertían; que tenían sentido de la dignidad tanto personal como de la familia y de la comunidad de la que formaban parte³.

En realidad, el historiador que pretenda escribir sobre la vida cotidiana de los campesinos del Antiguo Régimen se encuentra en una situación que bien puede calificarse de paradójica. De un lado, su objeto de estudio es la «gente común» —o casi sin historia—; su argumento está constituido en principio por las miserias prolongadas y las escasas horas fáciles de miles de individuos anónimos, por la aparente vulgaridad y sordidez de las condiciones de existencia de gentes nacidas para ser gobernadas en lo espiritual y temporal y a las que, desde esta perspectiva, las autoridades civiles y religiosas consideraron ante todo como un problema. Así que, en buena medida, la historia del campesino no es otra cosa que la historia de su vida cotidiana.

Pero a la vez, ante ese hecho patente, el historiador se encuentra con que las fuentes que maneja son en su casi totalidad indirectas e incluso desconoce en ocasiones si los documentos «hablan» de la excepción o de la regla, de la anécdota o del ejemplo. Así, las visitas a los escribanos pueden tener un carácter normal o constituir una anomalía en el ámbito familiar y comunitario, y otro tanto cabe decir del recurso a los tribunales judiciales civiles y eclesiásticos. Y aun cuando admitamos que los textos de la época refieren actitudes más comunes que extravagantes, en cuanto que fueron redactados por personas a cada paso alejadas en mayor grado del universo cultural de los rústicos, ofrecen a menudo una visión crecientemente despectiva de comportamientos y creencias notadas de heterodoxas y aberrantes por las autoridades, pero del todo normales para quienes permanecían en la «periferia de la civilización». Basta repasar las páginas es-

³ Algunos de estos problemas los plantea LEVI en la obra citada en la nota anterior; otro MUCHEMBLED, R., en *L'invention de l'homme moderne. Sensibilités, mœurs et comportements collectifs sous l'Ancien Régime*, París, 1988, pp. 293 y ss.

critas en la fase final del Antiguo Régimen por curas excepcionalmente leídos, como Pedro González de Ulloa y Juan Antonio Posse, para advertir que el mundo de los campesinos está en las antípodas del suyo. Para Ulloa, que describe en la década de 1770 las feligreñas que pertenecían a la casa de Monterrey, los campesinos son «gentes del bronce», de dificultoso gobierno:

sus genios son tan varios como los rostros (...), fáciles de conocer por la vista, difíciles por la imaginación. Conocidos de algún modo es preciso variar el trato como se varían los guisados al diverso gusto de los paladares (...). Hay gran número de rudos, a quienes no conoce la razón más demostrable: de éstos, unos son verdaderamente estultos, pero los más son fingidos, pues en lo que toca a su particular utilidad ninguno hay tonto y sin conocer letra, leen por los codos ⁴.

La costumbre ritual que los vecinos de las diversas aldeas tenían de «prender» el ganado forastero que entraba en sus comunales era para Ulloa abuso intolerable y escandaloso desenfreno; las romerías servían de ocasión a toda clase de desafueros. Por su parte Juan Antonio Posse, nacido en la década de 1760 en la jurisdicción de Vímianzo, recordaba con repugnancia el ambiente en que transcurriera su niñez y manifestaba un profundo desprecio por la cultura campesina:

mi lugar se compone de solas siete casas; no hay libros, no hay maestros, ni una sola cosa que pueda dar idea de lo bello u honesto y contribuir a una buena educación. Unos curas de presentación ignorantes (...). El país, ciego en la más grosera superstición, siempre en romerías o peregrinaciones muy largas, buscando exorcistas afanados; la lascivia más impúdica en todas las clases y aun desde la más tierna edad; un país así constituido no podía menos de ser propio para depravar al hombre más bien nacido ⁵.

Las citas podían alargarse con otros textos de la fase final del Antiguo Régimen que condenan sin paliativos, como «ridículas» e «indecentes», las más variadas manifestaciones de la cultura campesina: la gaita, el tamboril y las coplas no son más que «ruidos atrona-

⁴ GONZÁLEZ DE ULLOA, P., *Descripción de los estados de la casa de Monterrey en Galicia* (1777), ed. de RAMÓN, y FERNÁNDEZ OSEA, X., Santiago, 1950, pp. 22-23.

⁵ POSSE, J. A., *Memorias del cura liberal don...*, ed. de H. HERR, Madrid, 1984, p.20.

dores», impropios de los atrios e iglesias, en donde únicamente debe sonar el órgano; los bailes colectivos, descompostura y retozos lúbricos; la costumbre de beber de manera colectiva y ritual por el mismo vaso merece el calificativo de asquerosa; los velatorios fueron conceptuados como «promiscuas vigiliás», durante los cuales la moedad se entregaba a toda clase de «monstruosidades indignas», y los *prantos* como «gritos y voces muy destempladas», que contenían «varias barbaridades y ridiculeces». En los autores de éstos y otros textos no se atisba ninguna preocupación por entender o interpretar; tan sólo un afán, que a veces frisa el fanatismo, por censurar⁶.

Pero incluso los documentos en apariencia más objetivos no están exentos de juicios de valor. Es el caso de los inventarios *post mortem*, en los cuales el escribano puede deslizar consideraciones despectivas acerca del mobiliario, ropas y en general sobre las condiciones de vida de la familia del fallecido, enmascaradas detrás de adjetivos o expresiones como «viejo», «mal tratado», «quebrantado», «ajado», «de ningún valor». Tal vez los objetos así calificados no fuesen despreciables para el campesino; sí lo eran para el escribano que, consciente o inconscientemente, mostraba su alejamiento de unos modos de existencia que reputaba de sórdidos⁷.

Hay todavía otro hecho, a menudo silenciado sin ningún recato por los historiadores, que contribuía a aumentar las distancias entre el universo mental de los campesinos y el contenido de muchos textos. Se trata de que la lengua gallega, única conocida por las clases populares, dejó de ser lengua de escritura desde principios de la Edad Moderna, lo cual contribuyó a mantener en mundos distintos a los ágrafos y a quienes monopolizaban la fabricación e interpretación de documentos escritos. Los «papeles» a que daba origen la labor de los oficiales de la monarquía —en especial en el ámbito fiscal y militar—, de los jueces de las diversas audiencias, de los curas y de los escribanos, afectaban, y cada vez más, a la vida de los rústicos, quienes al tiempo, para entender el lenguaje escrito o para lograr que sus palabras se incorporasen a un documento notarial o a un expediente

⁶ La mayoría de los calificativos aparecen en la documentación de los sínodos compostelanos de las décadas 1730-40; Arch. Diocesano de Santiago, Sínodos, legs. 1.214 y 1.215.

⁷ El mejor estudio sobre los inventarios gallegos es el de ROZADOS, M. A., «Campo y ciudad: niveles materiales y mentalidades del siglo XVII a través de los inventarios *post mortem*», tesis de Licenciatura, Universidad de Santiago, 1986.

judicial, debían valerse de mediadores o traductores que conocían «el arte de la conversación» -de acuerdo con el título del libro de Peter Burke-⁸ y que por el hecho de ser capaces de hablar en gallego y castellano y de escribir gozaban de notable prestigio -y de cierto poder- en el ámbito de la comunidad.

En relación con lo que venimos exponiendo resulta patente, y para comprobarlo basta acercarse a las obras de fray Martín Sarmiento, que en el siglo XVIII la lengua se había convertido en un importante factor de diferenciación social, y para la mayoría de los campesinos los papeles manuscritos y hasta los libros eran objetos casi mágicos, con poderes extraños. El caso es que cuando leemos en un pleito la declaración de un vecino de talo cual aldea debernos ser conscientes de que ha sido traducida, y lo mismo cabe decir con relación a numerosos documentos de protocolos, entre ellos los testamentos, cuyas invocaciones no reflejan los sutiles conocimientos teológicos de los rústicos y sí la ortodoxia eclesiástica en vigor que va guiando la pluma del escribano. En fin, al pretender escribir la historia de la vida cotidiana de los campesinos gallegos -y también de otros países- no estarnos simplemente ante unos protagonistas instalados en la oralidad; encararnos el problema de recomponer el significado de una cultura creada y en buena medida conservada en una lengua ajena a la de los documentos escritos, y esta situación significa que los textos, resultado de las traducciones efectuadas por mediadores, están muy alejados de las voces que figuran conservar.

Los problemas expuestos dificultan y entorpecen los propósitos del historiador, pero tal vez no los hacen por completo inviables. La consulta de fuentes muy variadas, espigando aquí y allá lo que unas y otras tengan de aprovechable al efecto, permite obtener algunos resultados. La documentación de naturaleza fiscal (los Expedientes de Hacienda, el catastro de Ensenada, las relaciones de Frutos Civiles); los expedientes judiciales de las magistraturas locales, de la Real Audiencia y de los provisoratos; los fondos de las instituciones y casas rentistas (desde las contabilidades hasta la correspondencia); los archivos parroquiales y diocesanos; las descripciones, memorias, relatos de viajes, biografías y hagiografías (por ejemplo de misioneros); las compilaciones de coplas y refranes de la época; los documentos iconográficos; los materiales de carácter antropológico y etnográfico

⁸ BURKE, P., *The Art of Conversation*, Cambridge, 1993.

reunidos a finales del XIX y en la primera mitad del XX, contienen información que, en diferente grado, puede ser explotada por el historiador de la vida cotidiana. Bien es cierto que muchas veces, debido a las dificultades mencionadas atrás, hay que leer los textos al trasluz, en especial cuando proponen modelos de comportamiento extraños al mundo campesino, en el que eran del todo normales prácticas y valores que las élites y autoridades consideraban aberrantes⁹.

Se impone, en definitiva, el *empleo cruzado* del mayor número posible de fuentes, y una lectura intensiva de los documentos, que aprecie aspectos en apariencia muy secundarios. Así, de acuerdo con estos presupuestos, las relaciones de cotizantes de los Expedientes de Hacienda y de los protocolos no sólo tienen interés para el estudio del fisco; informan también de la movilidad geográfica de los miembros más pobres de cada partido o parroquia, de las cuotas que correspondían a las mujeres que vivían «solas de sobre sí», y hasta de sus motes; el catastro de Ensenada permite conocer todo lo referido a las estructuras económicas y sociales y al tamaño y composición de los grupos domésticos, pero a la vez contiene numerosos datos sobre la toponimia y la onomástica; los libros parroquiales pueden explotarse para calcular diversas tasas demográficas, y asimismo para conocer la geografía del mercado matrimonial, o las peripecias por las que iban atravesando los vecinos y los errantes antes de descansar en el cementerio parroquial; los pleitos sobre todo, aparte de lo referido al asunto objeto de litigio, ofrecen en ocasiones información circunstancial muy interesante para conocer los aspectos más prosaicos de la existencia; y hasta textos escritos por autores muy alejados de la cultura campesina incorporan a veces fragmentos que alteran un poco el discurso: el cura Juan Antonio Posse, por ejemplo, que censura con acritud las prácticas religiosas de la ruralía gallega, recibe una lección de humildad cuando, al hacer noche en una casa de labranza, ve la compostura y devoción con que la familia campesina reza el rosario antes de cenar, procediendo a continuación el *petrucio* a bendecir el pan «como si fuera un maestro de novicios»¹⁰. Por tanto, sólo a través de la consulta de fuentes variadas y su lectura desde diferentes perspectivas, del aprecio de matices cualitati-

⁹ Cfr. SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1994, libro construido a partir de las fuentes mencionadas.

¹⁰ POSSE, J. A., *Memorias*, op. cit., p. 226.

vos a veces resolutorios, de la valoración de documentos que son excepcionales por su rareza pero que informan de hechos corrientes (la «excepción normal», que diría E. Crendi), puede el historiador descubrir, al menos parcialmente, los entresijos de la vida cotidiana de los ágrafos. De algunos de sus aspectos vamos a ocuparnos a continuación, ciñéndonos en lo fundamental a lo que era la vida en la familia y en las sociedades de la mocedad y a la cadencia y sentido de los trabajos agrarios, pues resulta obvio que en un texto necesariamente breve no podemos abordar todos los temas –la vivienda, el vestido, la alimentación, las creencias religiosas, además de los mencionados– que configuran el objeto de la vida cotidiana.

2. La vida en el ámbito de la familia y de las «sociedades» formadas por grupos de edad

A la hora de acometer una breve exposición de resultados parece oportuno comenzar prestando atención a los principales marcos en los que transcurría la vida cotidiana de los campesinos, según quedan declarados en el epígrafe. De las estructuras familiares estamos bastante bien informados, toda vez que los censos y vecindarios realizados desde el primer tercio del *xvii* hasta mediados del *xix* (1857, 1860) ofrecen, según los casos, datos sobre el tamaño y la composición de los grupos domésticos, sobre el denominado «ciclo familiar», las relaciones de masculinidad y los niveles de celibato. En cambio, del papel importantísimo, pero difícil de aprehender en las fuentes más al uso, de las sociedades constituidas por grupos de edad y de la comunidad vecinal se sabe mucho menos.

En sus diversas fases, o edades, la vida de los campesinos transcurría en estructuras familiares diferentes de acuerdo con una determinada división territorial de Galicia, y cuyos rasgos más característicos parecen haberse conservado a lo largo de todo el Antiguo Régimen. La oposición o contraste fundamental no se establecía, en este punto, entre la Galicia interior y la del litoral o entre la oriental y la occidental sino, en sustancia, entre la vieja provincia de Lugo (cuyo territorio correspondía, básicamente, al de la actual diócesis) y las otras seis. En éstas predominaban en 1750 las familias de tamaño medio reducido, de 3,8 a 4,5 personas, que en sus dos terceras partes eran de tipo nuclear; en Lugo, los hogares tenían de 5 a 6,5 miem-

bros de promedio y más del 50 por 100 entraban en la categoría de extensos y múltiples. En la medida en que los censos de 1787 y 1857-60 permiten aproximarse a estas cuestiones puede afirmarse que tanto en una fecha como en otra las cosas cambiaran poco por comparación a 1750, por más que la coyuntura económica obligase a modificar las estrategias relativas al reparto de la herencia y al casamiento. Las modulaciones que se hayan producido en estos ámbitos no impiden, a mi juicio, hablar de una «geografía estable» en lo tocante a los grandes modelos de organización familiar ¹¹.

Las diferencias que se aprecian en los valores medios de personas por fuego derivan de otras relacionadas con las estructuras familiares. En las provincias del litoral -Mondoñedo, Betanzos, Coruña, Santiago y Tui- y en (O)rense los hogares en los que vivía una sola persona, a menudo una mujer, representaban del 8 al 15 por 100 del total; si se atiende al sexo del cabeza de casa resulta que entre una sexta y una tercera parte de las familias andaban gobernadas por mujeres. La abundancia de solitarios y de jefaturas femeninas -situaciones en buena medida vinculadas- y el predominio de las estructuras nucleares motivaban que fuesen infrecuentes las parroquias en las que la media de habitantes por vecino estuviese en 1750 ó 1860 por encima de 4,5. Al contrario, en la provincia de Lugo muy pocas personas se aventuraban a vivir en soledad y también constituía una excepción el que las mujeres gobernasen, de puertas afuera, una casa; todo ello, unido a la abundancia de estructuras complejas -hogares extensos y múltiples- motivaba que el promedio de personas por fuego oscilase por lo general en los diversos concejos de 5 a 6,5.

En definitiva, si se efectúa una clasificación de los hogares atendiendo a su número de personas de acuerdo con la información que proporcionan los libros personales del catastro de Ensenada, pronto queda patente que la vida familiar -algunos dirían anacrónicamente que la «socialización»- de la mayoría de los campesinos gallegos

¹¹ Para lo referido al tamaño y estructura de las familias, *vid.*, DUBERT, I. *Historia de la familia en Galicia en la época moderna*, Coruña, 1992, pp. 83 y ss.; FERNÁNDEZ COHTIZO, C., «Estrategias familiares y pequeña explotación campesina en la Galicia del siglo XVIII», en SAAVEDRA, P., y VILLARES, H. (eds.), *Señores y campesinos en la península Ibérica, siglos XVIII-XX. 2. Campesinado y pequeña explotación*, Barcelona, 1991, pp. 310 y ss.; SAAVEDRA, P., «Casa y comunidad en la Galicia interior, 1750-1860», en BERMEJO, J. C., coord., *Parentesco, familia y matrimonio en la historia de Galicia*, Santiago, 1989, pp. 95 y ss.

transcurría en situaciones distintas en razón de su pertenencia a la provincia de Lugo o a alguna de las otras seis. Alrededor de tres cuartas partes de los lucenses vivían en casas en las que compartían lumbrer, pan y manteles, cinco o más personas; pocos andaban, de cara al exterior, gobernados por mujeres y pocos eran también los que, de grado o por fuerza, vivían en soledad. En el resto del territorio gallego, entre un tercio y la mitad de las gentes pertenecían a grupos domésticos que no superaban las cuatro personas; las mujeres podían estar al frente de hasta un tercio de las familias y muchas lo estaban ya de oficio al vivir en el desamparo, «solas de sobre sí», con lo cual el principal gobierno que tenían encomendado era el de sus propias pasiones. Los hogares de gran tamaño no eran, desde luego, desconocidos en ninguna comarca gallega; pero en la vieja provincia de Lugo dejaban de ser minoritarios para convertirse en una forma habitual de coresidencia.

La media de hijos por pareja que resulta de dividir el número de bautizados por el de matrimonios —un índice tosco de la fertilidad— oscilaba en las diversas parroquias que han sido investigadas —en la actualidad hay datos de todas las provincias— de 4 a 4,5, lo que significa que las diferencias que hemos comentado tocantes al tamaño de las familias de la provincia de Lugo y del resto de Galicia no derivaban, al menos en lo fundamental, del hecho de que los matrimonios lucenses se singularizasen por su elevado número de descendientes, sino mejor de que las costumbres hereditarias que regían en aquella provincia restringían enérgicamente las posibilidades de casamiento, lo cual daba origen a una abundante población de célibes de uno y otro sexo, quienes, salvo cuando salían a las siegas de Castilla, practicaban un oficio o se alquilaban por algunos años de criados, acostumbraban a residir en la «casa petrucial», al lado del hermano primogénito o del sobrino beneficiado por la mejora larga. Entre un 55 y un 60 por 100 de las personas que en 1750 residían en la provincia de Lugo pertenecían a familias complejas, cuando en el resto de Galicia ese porcentaje oscilaba del 25 al 30, y ello porque en el primer caso era habitual que los celibatos y celibatías de por vida formasen parte de las diversas familias de cada aldea. Si en las provincias del litoral y en diversas comarcas de Ourense los mozos que no podían acceder al matrimonio emigraban en tanto las mujeres condenadas a la soltería acababan a menudo yéndose a vivir a un alpendre —denominado en gallego *bodega*, *cámara* o *caseto*—, en las

parroquias lucenses tampoco tomaban estado muchos mozos y mozas, pero en lugar de ausentarse por largo tiempo o de establecerse aparte, trataban de continuar hasta el cabo de sus días en la casa petrucial¹².

A partir de cuanto va expuesto, es fácil advertir que el poder del cabeza de casa, la situación de las mujeres en el seno de la familia, la posición de los padres con respecto a los hijos y al revés, las relaciones entre los hermanos y en general entre todos los que vivían alrededor de una lumbre y un pote compartiendo pan y manteles, y hasta la representación que las gentes tenían de la *casa* -unidad constituida por la familia y el patrimonio material, y también el inmaterial o simbólico—, no podían ser iguales allí en donde predominaban los hogares complejos, la mejora y la primogenitura que en las aldeas en las que se estilaban prácticas más flexibles a la hora de repartir la herencia y designar al hijo que había de cuidar a los padres, y en las que dos tercios al menos de los grupos domésticos eran del tipo nuclear¹³.

El discurso de la vida cotidiana en el ámbito de la familia se hallaba condicionado, en aspectos fundamentales, por las expectativas y las estrategias que, de acuerdo con su posición dentro del grupo doméstico, tenían quienes cohabitaban al abrigo del mismo techo. Los problemas que éstos se planteaban eran en todas partes parecidos, pero variaban las situaciones y las soluciones en razón de la abundancia de los diversos recursos —tierras, ganados, actividades complementarias—, del número de herederos y también de las pautas culturales interiorizadas por la comunidad. Los jefes o *petrucios* tenían que aventajar, en mayor o menor grado, a aquel de sus hijos que les iba a asistir y cuidar en los achaques de la vejez; debían favorecer el casamiento —y si no, la subsistencia— de los otros, asignándoles las correspondientes dotes o legítimas; y, a la vez, la prudencia les aconsejaba no fragmentar hasta tal punto el patrimonio que los «montones» resultantes fuesen insuficientes para mantener a la nueva familia¹⁴.

¹² Los contrastes entre Lugo y Ourense se ponen de relieve en SAAVEDHA, P., «Casa y comunidad...», art. cit., pp. 96 Yss. Sobre los modelos demográficos que permite descubrir el censo de 1787, *vid.*, EIRAS ROEL, A., «Mecanismos autorreguladores, evolución demográfica y diversificación intrarregional. El ejemplo de la población de Galicia a finales del siglo XVIII», *Boletín de la ADEH*, VII, 2 (1990), pp. 51-72.

¹³ Sobre estas cuestiones, SAAVEDHA, P., *La vida cotidiana, op. cit.*, 2.ª parte, dedicada a las estructuras familiares y a las edades de la vida.

¹⁴ Cfr. los planteamientos de DEHOJET, B., en «Transmettre la terre Origènes et inflexions récentes d'une problématique de la différence», en *Histoire et Sociétés Rurales*, núm. 2, 1994, pp. 33 y ss., con la bibliografía que cita.

En la vieja provincia de Lugo, la mejora larga al primogénito permitía solucionar, con aparente sencillez, los problemas mencionados. El beneficiado cargaba con la obligación de cuidar a los padres y de amparar a sus hermanos que se conservasen solteros; y al tiempo, este sistema hereditario evitaba la fragmentación del patrimonio, poco aconsejable en el contexto de un régimen agrario caracterizado por la utilización extensiva de los recursos (rotaciones de año y vez que sólo empiezan a romperse a finales del XVIII, cultivo de rozas, abundancia de ganado mayor y menor) y, al restringir fuertemente la nupcialidad, daba origen a una numerosa población de célibes que trabajan por los días de su vida, en cierto modo como criados sin salario, para el *vinculeiro*. Una ideología de defensa de la *casa petrucial*, enraizada en el seno de la comunidad, justificaba y contribuía a perpetuar ese entramado familiar y hereditario. Dentro de tales pautas culturales, la familia estaba organizada de acuerdo con una fuerte jerarquización interna: la posición de los hijos venía determinada por su sexo y por su orden de nacimiento y, en principio, no cabía discutir los privilegios materiales y simbólicos -atribución de poderes y funciones tocantes a la «representación» de la casa- del primogénito, destinado a recibir la mejora ¹⁵.

En las tierras lucenses apenas cabía distinguir, por tanto, entre *herencia* y *sucesión*, pues el grueso del patrimonio se traspasaba al hijo beneficiado por la mejora. Las dotes de las hermanas que se casaban para fuera se estipulaban a menudo en muebles y dinero, con 10 que se evitaba sustraer parcelas a la casa. La fortísima exogamia de aldea que caracterizaba los matrimonios exigía también los pagos en numerario, muebles y semovientes. La primogenitura reducía a las mujeres a un papel oscuro dentro de unos hogares en los que la pareja fundamental estaba formada por el *petrucio* y el hijo *vinculeiro*. El derecho no impedía a los padres elegir a cualquiera de sus descendientes para que heredase el grueso del patrimonio y les cuidase; tampoco se oponía a que los hermanos del mejorado, aun conservándose solteros, reclamasen la legítima y se establecieran aparte; la costumbre, sin embargo, señalaba sin paliativos cuál era el lugar de los hijos y las hijas, y entre aquéllos, el que correspondía al pri-

¹⁵ SOBHADO CORREA, H., «La tierra de Castroverde. Un estudio de historia rural», tesis de Licenciatura, Universidad de Santiago, 1992, pp. 52 Y ss., Y SAAVEDRA, P., «Casa y comunidad», art. cit., pp. 101 Y ss.

La vida cotidiana en la periferia de la civilización

mogénito; no negaba los derechos hereditarios de los célibes, pero los materializaba en la percepción de alimentos, una vez que el mejorado contraía la obligación de amparar debidamente a los hermanos que viviesen en su compañía. Dentro de este contexto apenas quedaba lugar para la vida en soledad: el aprovechamiento de unos recursos extensivos exigía disponer de abundante fuerza de trabajo humana y animal; la comunidad aldeana miraba con recelo el establecimiento de nuevos vecinos, que incrementaban el número de usufructuarios de los bienes comunales; las pautas culturales enfatizaban como valor supremo la integridad del patrimonio, justificando por esta vía el celibato, que lejos de ser un estado vergonzoso, alcanzaba cierta dignidad en cuanto sacrificio voluntario, exigido por la «grandeza» de la casa petrucial.

Fuera de la provincia de Lugo, la vida familiar aparecía, en general, organizada de acuerdo con normas más flexibles que las que derivaban del respeto a la primogenitura. En la Galicia occidental los petrucios solían aventajar diverso grado al hijo destinado a asistirles -función que en el litoral recaía en la hija más joven-, que no recibía la mejora larga, sino la casa, los muebles y semovientes, la cosecha verde y seca -*anada*- y algunas heredades. Y no parece muy diferente la situación en la provincia de Ourense: exceptuados los legados -*la casa, añada, tierras*- que los padres, de forma mancomunada o individualmente, disponían en testamentos, donaciones y cesiones a favor de la hija o hijo casado en casa, el resto del patrimonio, o todo cuando no existían tales mandas, se distribuía en partes iguales entre los herederos. A los hijos que tomaban estado de matrimonio viviendo los *petrucios* se les entregaban bienes muebles y raíces, que en el momento de la partija debían traer al «montón», para igualarse todos los hermanos. Se trata, por tanto, de un sistema hereditario flexible, que deja a los padres libertad para escoger al hijo que ha de sucederles en la casa; que provoca competencia entre los hermanos que luchan por pequeñas mejoras; que desconoce la jerarquía de la primogenitura; que otorga a las mujeres un papel más relevante que el que desempeñaba en Lugo, no sólo por las posibilidades que tienen las hijas de quedarse en la casa paterna, sino porque marido y mujer aportan al matrimonio una cantidad parecida de bienes; que refuerza la dependencia mutua de los *petrucios* y -frente a la estrecha relación padre-primogénito que se establecía en Lugo- obliga a los viejos a plantearse la cuestión de su seguridad y asisten-

cia de una forma más abierta; se trata, en fin, de un sistema que no restringe el casamiento como la práctica de la mejora larga ¹⁶.

Así y todo, muchos aspectos de lo que era la vida cotidiana de las personas dentro y fuera del grupo doméstico, a lo largo de las diferentes edades o fases, quedan al margen de aquello que se puede formalizar en modelos (tamaño y estructura familiar, sistemas hereditarios). En realidad, ni siquiera cosas tan «privadas» como las prácticas hereditarias funcionaban al margen de la comunidad, ya que parece indudable que en la diócesis de Lugo los vecinos que usufructuaban explotaciones constituidas de antiguo estaban interesadas en la defensa de la integridad de los patrimonios y en la vigencia de la mejora; participaban, por tanto, de la ideología que resaltaba el papel de la casa —y, en el ámbito local, las personas se clasificaban según la casa a la que perteneciesen—, y, a la postre, querían evitar que creciese en demasía el número de quienes, en mayor o menor medida, pudiesen aprovecharse de los bienes comunales. En Ourense, las particiones de bienes y los establecimientos aparte de jóvenes matrimonios o de célibes se veían favorecidos por el hecho, ya comentado, de que todo nuevo vecino, por razón de encender lumbre, tenía pleno derecho a todos los recursos que proporcionaban los bienes y usos comunales ¹⁷.

Pero más allá de las relaciones que quepa establecer entre el diferente valor simbólico que para las gentes tenía la casa, las diversas prácticas hereditarias y la desigual fortaleza de la comunidad de aldea, no hay duda de que buena parte de la vida cotidiana de los campesinos, en especial en tanto eran jóvenes y mozos —ya de tratarse de mozos «novos» o mozos «vellos»— transcurría en el exterior, fuera del ámbito familiar. A pesar de los esfuerzos que las autoridades eclesiásticas y legas llevaron a cabo desde el siglo XVI para encuadrar a los cristianos y súbditos, tratando de reforzar la figura del *paterfamilias* y clamando para que la educación o socialización de la juventud se efectuase en el hogar, en la iglesia y en la escuela —cuya finalidad catequética resulta evidente—, tales propósitos apenas si dieron fruto y la «educación sentimental» de la juventud continuaba ha-

¹⁶ Vid., a modo de síntesis, FERNÁNDEZ COHTIZO, C., «Estrategias familiares», arto cit., pp. 333 y ss.

¹⁷ SAAVEDRA, P., «Los montes abiertos y los concejos rurales en Galicia en los siglos XVI-XVIII: aproximación a un problema», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXVII, 1982, pp. 186 Y ss.

ciéndose en la segunda mitad del XIX, antes que en ningún otro lugar, en las sociedades constituidas por los solteros, en función de los grupos de edad 18. El discurso eclesiástico condenaba la promiscuidad reinante en los hogares: el que niños y niñas durmieran en la misma cama —o sobre la misma paja— cumplidos cinco o siete años; el que viviesen en la «lascivia más impúdica», presenciando las relaciones sexuales de los adultos («cuando es cierto haber casta de animales que para semejantes actos se retiran a 10 más oculto e intrincado de las montañas que habitan»); el que escuchasen las conversaciones y coplas desvergonzadas de *tmulas* y *filandones*; el que en su oficio de pastores presenciasen el acoplamiento de animales desde muy mozelos y se iniciasen en juegos del tipo del que a principios del XIX, en un atardecer *veraniego*, tuvo ocasión de ver el austero Juan Antonio Posse viajando de Coruña a Santiago:

Estaba una muchacha pastando bueyes (...). No lejos de ella segaba hierba, de cuclillas un joven (...). La joven fue por detrás y le dió un empujón, haciéndole caer de hocico. El se levantó para castigarla de la supuesta injuria. Ella se escapó y él continuó segando hierba. Estas tentativas se repitieron tres o cuatro veces. Al último empellón la siguió de veras, y ella se escapaba, volviéndose a él, incitándole con las manos y fingiendo que huía, defendiéndose, hasta que se metieron entre los árboles, donde les dejé de ver...¹⁹.

Otro eclesiástico alejado también del universo cultural de los rústicos, don Pedro González de Ulloa, lamentaba en 1777 el abandono por parte de los padres de la vigilancia de los actos de sus hijos:

Son comúnmente [los campesinos] desidiosos en la educación de sus familias. Corno los hijos procuren por la hacienda, trabajen incesantemente y no dejen perder un comino, porque pierdan todo 10 demás se les da muy poco. Los tales padres, si sucede extraviarse alguna res o faltarles alguna otra cosa, saldrán a buscarla a cualquier hora de la noche, pero aunque falte el hijo o la hija y esté en parte sospechosa en donde se exponen a perder el alma, no hay que pensar salgan a buscarles, dejándoles correr o precipitar, según sopla el viento de sus pasiones. Por lo mismo, en llegando a la edad

¹⁸ Sobre esta cuestión, con carácter general, R. MUCHEMBLED, H., *L'invention de L'homme*, op. cit., pp. 293 y ss.; para la Galicia de principios del xx, RISCO, V., «Etnografía: cultura espiritual», en OTEHO PEDHAYO, H., dir., *Historia de Caliza*, 1, Buenos Aires, 1962, pp. 530 y ss.

¹⁹ POSSE, J. A., *Memorias*, op. cit., p. 137.

juvenil, ya no se les da un ardite por las exhortaciones de sus padres, a quienes contestan (...): «pues padre, ¿qué hacía vd., cuando era de mi tiempo?» (...). De esta libertad o libertinaje con que tenía la clase inferior de estos paisanos resulta un vituperable despotismo en los hijos ²⁰.

Ulloa, Posse y otros eclesiásticos severos observaban –y condenaban–, pesarosos e impotentes, el vigor de las «sociedades» de solteros, que resplandecía en las hiladas, *muiñadas*, romerías, en trabajos agrarios de carácter colectivo y hasta en los velatorios, ocasiones aparejadas para los «ayuntamientos de sexos», las «miradas lascivas» y los «tocamientos torpes». El discurso moral amonestaba a los jóvenes para que fuesen «mansos corderos» y no «castrones solteros», encenagados en vicios abominables. Pero este programa era difícil de enraizar en las aldeas y todavía en 1816 el rector de la feligresía compostelana de Santa María de Urdilde abogaba por la fundación de escuelas como medio para encuadrar a los jóvenes y desterrar así el aprendizaje al que accedían participando en las «sociedades» constituidas por grupos de edades, al margen por completo de la familia y de la iglesia:

Los padres, y en especial las viudas, que por tener unos hijos bárbaros pero llenos de vicios y amigos de su libertad, se ven no sólo sin respeto [y] obediencia, sino despreciados y abatidos, y no pocas veces amenazados, ¿cuánto no quisieran haber gastado con ellos en la escuela, por verse libres de la opresión y afrenta que padecen (...)? Las costumbres que por la poca edad debieran también ser inocentes en los niños, ¿cuánto no degeneran por la falta de enseñanza en una corrupción casi general, siguiendo sólo aquella ley que la concupiscencia y el fomes del pecado les dicta? Las hiladas y toda clase de juntas nocturnas, prohibidas repetidamente como escollos de la juventud, [serían aborrecidas por los mozos] si tuvieran la luz de la instrucción y el freno del temor de Dios ²¹.

La aparente indiferencia que los *petrucios* mostraban ante las diversiones y excesos que sus hijos protagonizaban fuera del hogar constituyó, en el fondo, una tolerancia tácita o explícita que compensaba a los jóvenes por la dependencia y sometimiento hacia los mayores,

²⁰ GONZÁLEZ DE ULLOA, R., *Descripción de los estados*, *op. cit.*, pp. 35-36.

²¹ Arch. Diocesano de Santiago, Instrucción Pública, leg. 459. Un comentario extenso de la memoria del rector de Urdilde y de los propósitos de los fundadores de escuelas en SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana*, *op. cit.*, pp. 368 y ss.

que controlaban el patrimonio y la bolsa. Natalie Z. Davis, con una sensibilidad poco habitual en el gremio de historiadores modernistas, ha sabido descubrir y valorar la extraordinaria importancia de los «royaumes de la jeunesse», esas «sociedades» de mozos y mozas formadas por grupos de edades, que actuaban en el ámbito de la comunidad -de aldea y parroquia- y cuyas actividades no eran tan anárquicas y brutales como pretendían las autoridades que las detestaban ²². Estas «sociedades» eran, en definitiva, una especie de hogar colectivo en el que, en tanto esperaban pacientemente un matrimonio incierto -difícil en el territorio de la mejora, y también en el litoral, por el acusado desequilibrio de sexos-, sus miembros trataban de autoafirmarse asumiendo una «ética viril» -en un contexto no limitado a lo sexual- que disimulaba sometimientos y privaciones. Además, los petrucios sabían que la defensa de la dignidad de la aldea y de la parroquia dependía básicamente de la mocedad: la organización de las fiestas, la vigilancia de los noviazgos de las jóvenes, la defensa de los comunales... Hasta tal punto era así que en las aldeas que en el siglo XIX se quedaban sin jóvenes debido a la emigración masiva, los muchachos de 12-13 años se sentían en la obligación de hacer el papel de mozos.

En la fase final del Antiguo Régimen, los mandatos eclesiásticos y de las autoridades concejiles prohibiendo las juntas nocturnas de solteros se hicieron más frecuentes. Los procuradores de las diversas jurisdicciones se oponían a que:

ningún padre de familia permita hacer en su casa juntas, que llaman filandones, entre gente joven de ambos sexos, por el peligro a que se exponen y pecados que de ello resultan, ni tampoco permitan que sus hijos salgan de noche de casa; concurran a los molinos ni otros parajes donde hacer sus juntas, convocándose para ellas con señas de voces y silbidos, los que muchas veces abundan en quimeras y pependencias ²³.

Pero estas y otras disposiciones chocaban con realidades culturales, económicas y demográficas difíciles de superar. Las formas tradicionales de sociabilidad, combatidas desde el XVI por las autorida-

²² DAVIS, N. Z., *Les cultures du peuple. Rituels, savoirs et résistances au 16e siècle*, París, 1979, pp. 159 Yss.

²³ Arcll. de Protocolos de Hibadeo, escribanía de Pillado Pardo, 1791, f°s.101-102.

des eclesiásticas y legas con el propósito de uniformar y moralizar las conductas externas del campesinado, apenas si pudieron ser desarraigadas. Es más; en el curso del XVIII el desarrollo de la industria textil rural de fabricación de lienzos motivó un aumento del número de veladas invernales dedicadas a las hiladas; la expansión del cultivo del maíz dio origen a las *esfollas*; el propio crecimiento demográfico favoreció que en las aldeas y parroquias se intensificasen los intercambios y aprendizajes de sentimientos y emociones; las ferias emergieron como nuevas fiestas profanas y, por fin, el aumento del celibato y el retraso de la edad al casamiento, con el consiguiente endurecimiento de la competencia en el mercado matrimonial, favorecieron un mayor protagonismo de las «sociedades» de solteros, cuyas actividades, según quedó advertido, compensaban largas esperas y hasta renunciadas definitivas por parte de quienes ingresaban en la categoría de «mozos vellos». En cualquier caso, los ayuntamientos de sexos en las diversas veladas no favorecían precisamente la continencia:

y así juntos, mientras unas hilan, otros y otras juegan, tocan, cantan, bailan; pero ¿con qué modestia?; ¿con qué honestidad?; ¿con qué recato?; ¿con qué temor de Dios? De estas virtudes, ni aun la menor sombra se divisa en los más.

Todo se reducía, a la postre, a «perversas diversiones y juegos»:

y no tiene allí lugar la modestia ni el recato. Los chistes provocativos, las palabras obscenas, las vistas licenciosas, los tocamientos torpes, y otras monstruosidades indignas aun de un teatro de farsantes son el entretenimiento de la inconsiderada juventud²⁴.

Las reuniones en romerías, ferias, molinos, hiladas, esfollas y otros trabajos agrarios de carácter colectivo compensaban, pues, a la juventud por renunciadas y privaciones, pero servían también de ocasión para el intercambio de bienes inmateriales —aprendizajes, emociones y sentimientos, expresados en coplas—, y quizá permitieron, en la etapa final del Antiguo Régimen, que algunos mozos y mozas encontrasen a la pareja con la que matrimoniar, por más que los historiadores suelen considerar los casamientos campesinos como un sórdido y torpe comercio de personas y bienes. En sínodos de mediados

²⁴ Arch. Dioecesano de Santiago, Sínodos, leg. 1.214 e DLJBEHT, I., «Los comportamientos sexuales premaritales en la sociedad gallega del Antiguo Régimen», *Studia Historica*, IX, 1991, pp. 117 Y ss.

del XVIII, el clero rural compostelano lamentaba los desórdenes morales que ocasionaban las hiladas:

para las cuales en muchas partes convocan las madres de familia a otras mujeres por la mayor parte solteras, y a que las más licenciosas concurren en mayor número y con más prontitud y gusto, no tanto por hilar cuanto por executar, llegando la noche, sus peligrosas deshiladas; porque a este tiempo concurren los jóvenes, particularmente aquellos que con alguna o algunas tienen amores peligrosos o acaso perniciosos a la honra y conciencia de unas y otros.

y en otro lugar, los rectores parroquiales denuncian la tibieza de las justicias concejiles, por tolerar

unas juntas de noche que llaman müas o hiladas, en donde concurren mucho número de mujeres solteras y aun casadas, y todas reclamando multitud de mozos a fin de casárense, mediando muchas y graves ofensas contra la Magstad Divina ²⁵.

A juzgar por estos textos, parece que las mujeres llevaban la iniciativa a la hora de cortejar; el creciente desequilibrio de sexos en las provincias del litoral endureció la competencia e hizo más arrogantes a las mozas. Desde otra perspectiva lo explicaba el padre Sarmiento:

Siendo infinitas las mujeres respecto de los hombres, y componiendo ellas todas las coplas sencillas, por lo común van dirigidas a los hombres, al contrario de otras naciones en donde, porque los hombres componen las coplas amorosas, todas se dirigen a hablar con las mujeres y a enfatuarlas con ficciones ²⁶.

Las invectivas de los eclesiásticos contra las veladas invernales, los excesos de las romerías y las ferias en días festivos constituyen una prueba *a contrario* del vigor de unas formas de sociabilidad de extraordinaria importancia para el campesinado, y en especial para los solteros. Son una evidencia de que la vida de las gentes discurría, en buena medida, de cara al exterior, y también de que el carnaval o cultura profana resistió con éxito los ataques del rigor tridentino. La idea de que la sociedad rural del Antiguo Régimen era extraordi-

²⁵ Arch. Diocesano de Santiago, Sínodos, legs. 1.214 y 1.215.

²⁶ En PENSADO, J. L., *El gallego, Galieia y los gallegos a través de los tiempos*, Coruña, 1985, pp. 191 Y ss.

nariamente piadosa parece más bien un tópico nacido en el curso del siglo XIX; en el XVIII hasta los obispos desconfiaban del fervor con que los rústicos se adherían a aquellas celebraciones colectivas en que no faltaba el vino, la carne, la gaita y los bailes. Así, en 1736 el prelado mindoniense advertía de los

gravísimos daños espirituales que ocasiona el frecuente abuso de peregrinaciones y romerías hechas con pretexto de religión y piedad, a vista de enseñarnos la experiencia que, en vez de dar a Dios los debidos cultos y venerar los santos, fomentan la embriaguez, lascivia, desenvoltura y pendencias, siendo raros los que van a estas romerías con el fin recto y verdadera devoción; pues aunque el concurso a los santuarios es agradable a Dios, se hace de testable a los ojos divinos por el abuso y torcidos fines de los que los frecuentan ²⁷.

3. Los recursos agrarios y el sentido colectivo de las diversas faenas

Las diferencias que se descubren en la Galicia de los siglos XVII-XIX al estudiar el tamaño y la composición de los grupos domésticos y las prácticas hereditarias no son independientes de la naturaleza, diversidad y formas de aprovechamiento de los recursos económicos de todo tipo por parte de las familias campesinas. Desde los comienzos de la Edad Moderna —y los medievalistas dirían que desde mucho antes— el sistema de cultivos y la distribución de la población por el territorio ofrecían unos contrastes que se fueron acentuando en el discurso del tiempo, en especial a raíz de la expansión del maíz por las comarcas litorales y valles fluviales. A mediados del siglo XVIII las labranzas de la provincia de Lugo producían centeno en régimen de año y vez, lo que significa que descansaban unos catorce meses; tan sólo las menguadas superficies de *cortiña* daban al menos una cosecha al año. Algo parecido ocurría en los concejos interiores y montañosos de Betanzos y Mondoñedo y en muchas comarcas de Ouren-

²⁷ Arch. Diocesano de Mondoñedo, 2." Libro de Fábrica de San Pedro de Muras, folio 144. Las diversas formas de sociabilidad, que tienen más que ver con las fases de la vida que propiamente con la historia religiosa, se estudian en SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana*, *op. cit.*, pp. 203 y ss. y 337 y ss.; y también el volumen de NÚÑEZ HODRÍGUEZ, M., ed., *El Rostro y el Discurso de la Fiesta*, Universidad de Santiago, 1994 (en especial las aportaciones de DLJEHT, I.; FERNÁNDEZ COHTIZO, C., y SAAVEDRA, P.).

se, si bien aquí el avance del maíz y el recurso al regadío habían permitido, a la altura de 1750, superar el barbecho en una porción significativa de las tierras de cultivo de los valles del Miño, Sil, Avia y Limia. En muchas parroquias de los Riberios orensanas el maíz era, al lado del vino, el cultivo fundamental hacia 1800²⁸.

En las cinco provincias del litoral, exceptuadas sus aldeas sitas en montañas «ásperas» y «venteadas», las labranzas producían sin «intermisión», aunque con muy variadas alternancias de cultivos. En Mondoñedo, Betanzos, Coruña y noroeste de Santiago los campesinos practicaban, en el momento de la realización del catastro de Ensenada, unas rotaciones de ritmo ternario, con tres cosechas en dos años: en otoño sembraban un cereal de invierno; en las mismas labranzas, nabos por agosto y maíz por abril. En la provincia de Tui, la Maía, Salnés y Morrazo, las rotaciones tenían en general un elevado grado de complejidad y, merced al regadío y a cultivos de ciclo corto —el maíz *serodio*, el lino, la *ferraña*, el prado temporal hacia 1800—, podían alargarse en períodos de hasta cinco años.

Una diversidad tan grande de rotaciones motivaba que los ritmos agrarios, la distribución estacional del trabajo y desde luego el régimen alimentario variasen notablemente de unas a otras comarcas de Galicia. En Tui, una ha. de labradío alcanzaba unos rendimientos de 20-22 hls., casi cuatro veces más que en Lugo, por eso la explotación media no llegaba en la primera provincia a una ha, en tanto en Lugo se acercaba a las 2,5. En las tierras lucenses, cada campesino disponía de promedio de cinco cabezas de vacuno, entre una y dos docenas de ovejas y cabras y de seis cerdos, computando siempre las crías y las reses adultas; en Tui la cifra media de vacuno por vecino rondaba la unidad, lo mismo que la de cerdos, y la de ovino caprino estaba en torno a cuatro. Los valores de Betanzos, Coruña, Mondoñedo y Santiago se situaban a medio camino entre los de Lugo y Tui. Todas estas consideraciones están hechas a partir de cifras que enmascaran las desigualdades socioeconómicas vigentes en el interior de las comunidades campesinas, en muchas de las cuales abundaban más, en la fase final del Antiguo Régimen, los *bodegueiros* que los caporales; pero incluso sin entrar ahora a apreciar otros matices, los di-

²⁸ Sobre el sistema agrario, a modo de síntesis que incorpora diversas aportaciones, SAAVEDRA, P., y VILLARES, H., «La Galicia del Antiguo Hégimen. La fortaleza de una sociedad tradicional», en FERNÁNDEZ, H., ed., *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Ailar*, Barcelona, 1985, pp. 452 Yss.

versos valores medios son el espejo de acusados contrastes agrarios ²⁹.

La descripción de las rotaciones de los cultivos fundamentales no permite apreciar otra serie de recursos que eran básicos para las economías campesinas. La caza, la pesca, la recogida de plantas y frutos silvestres, el espigueo en las rozas y labranzas y el rabusque en las viñas, el acceso desigualmente tolerado a las castañas y bellotas que se desprendían por su propio peso de los árboles, proporcionaban a los vecinos, y en especial a los *bodegueiros*, unos medios de subsistencia nada despreciables en una época en la que todo se aprovechaba. Estaba además el monte comunal, que representaba a comienzos del XIX el 80 por 100 de la superficie del Reino, y que, en definitiva, constituía el elemento que hacía posible el funcionamiento y la reproducción de las pequeñas explotaciones campesinas. La historia cotidiana de las aldeas y parroquias, las pequeñas y grandes epopeyas concejiles, conservadas vigorosamente por la memoria colectiva, están constituidos en lo fundamental por la crónica de los conflictos surgidos en torno al aprovechamiento de la propiedad colectiva, ese «otro modo de poseer» -en palabras de Paolo Grossi-, que constituye el hilo conductor para explicar la fortaleza y espíritu combativo de las comunidades campesinas ³⁰.

Los montes abiertos, exceptuadas las parcelas incorporadas a las explotaciones particulares, podían ser de varas o concejiles; en el primer caso, el usufructo correspondía, en cuotas desiguales expresadas en varas y palmos, a las diversas casas porcioneras, que tenían derecho a vender su parte; al contrario, en el caso de los montes concejiles y de mano común la propiedad pertenecía al grupo, a la comunidad -de aldea, parroquia o jurisdicción-, y todos los vecinos, por el mero hecho de encender lumbre, gozaban de una teórica igualdad para acceder a los diversos aprovechamientos. El pago de rentas forales por el usufructo del monte no afectaba a que el acceso social a él se efectuase por el sistema de varas, más desigualitario, o por el de mano común. Un texto de 1783 explica la forma de reparto de los montes de varas para cavar en la mariña cantábrica, en una parro-

²⁹ Para las desigualdades internas de las comunidades campesinas, PÉREZ GAHCHA, J. M., *Un modelo de sociedad rural de Antiguo Régimen en la Galicia costera*, Universidad de Santiago, 1979, pp. 359 y ss., y VILLARES, R., *La propiedad de la tierra en Galicia, 1500-1936*, Madrid, 1982, p. 419.

³⁰ *Vid.*, BOLJIIIIEH, A., *La Galice*, vol. n, Vendée, 1979, pp. 831 y ss.; SAAVEDRA, P., «Los montes abiertos», art. cit., pp. 186 Yss., YBALBOA, X., Vigo, 1991, pp. 81 Yss.

La vida cotidiana en La periferia de La civilización

quia en la que la mitad de la superficie de bravo y manso pertenecía al monasterio de Vilanova de Lourenzá:

cuando [los montes] se hallan en sazón para dar fruto se juntan los vecinos, y en todos los años sucesivamente separan una porción de dichos montes para rozar y estivar, y al efecto hacen doce para los colonos..., quienes pagan del fruto que en ellas coxen su quiñón en manoxo..., y las otras doce plazas o piezas las reparten entre sí los demás vecinos partícipes e interesados en los propios montes; [y después], alzado y coxido el fruto de las estivadas que respectivamente hacen en cada un año, se dexan en abierto para el pasto, corte de leña y más aprovechamientos referidos ³¹.

Tratando de la provincia de Ourense, en donde los montes eran concejiles, Nicolás Tenorio escribía al filo de 1900 que

los pastos que los montes producen se aprovechan por todos los ganados de la aldea, sin distinción de clases; lo mismo llevan las vacas y bueyes al monte que las ovejas, cabras y cerdos (...). En cuanto a la leña, lo usual es que los montes sólo produzcan brezos y retamas, y cada aldeano utiliza las que necesita para su casa.

La llegada de la primavera marcaba la sazón para proceder al reparto de las parcelas a cultivar por el sistema de rozas:

se reúne el concejo de cada aldea; nombra dos aldeanos prácticos que en el sitio más aprovechable del monte hagan la división de las parcelas, tantas como vecinos. Después las sortean entre todos. Todos entran al sorteo, y el vecino que no quiere utilizar su parte puede cederla a otro; generalmente lo hacen a cambio de trabajo para su campo ³².

El monte proporcionaba pastos para toda clase de ganados, leña, esquilmo para abono, y en las rozas obtenían los campesinos de muchas comarcas de un 20 a un 50 por 100 del cereal de invierno, lo que hacía decir a un eclesiástico mindoniense a principios del XIX que «cuando no arden las estivadas en los montes que trabajan, quedan los vecinos en suma miseria». Un texto de 1767 describe el especial cuidado con que se preparaban las rozas:

³¹ Texto procedente del Arch. Histórico Nacional (Madrid), Clero, libro 6.584.

³² TENORIO, N., «La aldea gallega. Estudio de derecho consuetudinario y economía popular», en *Clásicos agrarios*, ed. de DJRÁN, J. A., Madrid, 1984, pp. 237-238.

Se profunda bien con el arado, o con el azadón, para levantar grandes terrones; éstos se amontonan de cuatro a cuatro varas de distancia unos de otros, y cuando están bien tostados de sol, por el mes de julio o agosto, se les pone fuego y arden hasta que se vuelven ceniza; ésta la esparcen con unos ligones para cubrir de ella aquellos espacios entre los montones; se aran después dos veces y se siembran por el mismo mes de noviembre ³³.

Así y todo, es por completo imposible hacer una evaluación estadística de los recursos que los campesinos obtenían a partir de los bienes y usos comunales. En este punto, algunos testimonios cualitativos son mucho más resolutivos. Un autor anónimo de mediados del XIX refiere, por ejemplo, que conociera por las comarcas del Salnés, Cambados y Morrazo

a familia pobrísima que con unas seis ovejas que llevaban al monte (...) que por allí se extendía y con los carrascos que allí arrancaban se vestían y sacaban un jornal diario para sustentarse, Benito Barral, (a) el *Pesco* de la Esfarrapada, que murió de más de ochenta años, se mantuvo hasta cerca de morir con haces crecidos de carrascos, cuyo peso sobre las espaldas le hacía andar muy encorvado. Decía con cierta conformidad humilde: «*Este é o meu trfgo*» ³⁴.

y otro informe de la Diputación lucense, también de mediados del XIX, insistía en que a la sazón una parte de la población rural apenas contaba con otros medios de subsistencia aparte de los que ofrecían los bienes comunales:

Hay en las parroquias una población flotante, una clase que no es agricultora, compuesta de desvalidos, de mujeres, niños y ancianos que viven en miserables chozas, y que tienen el nombre de caseteros o camareros. Estos desgraciados carecen por lo común de pan que llevar a la boca y de manta que les abrigue (...). Fuera de los medios que pueda proporcionarles el trabajo en las obras públicas, no les queda otro recurso que el uso y aprovechamiento de los montes comunes. En ellos mantienen la miserable vaca que les da la leche y la manteca (...); en ellos crían el ganado de cerda (...), y en ellos, en fin, encuentran el combustible que en las noches frías de invierno suple la falta de abrigo ³⁵.

³³ BALBOA, X., () *monte en Calieia, op. eil.*, p. 25.

³⁴ EN PENSADO, J. L., ed., «Traducción de algunas voces, frases y locuciones gallegas, especialmente de agricultura, al castellano», en prensa, s.v. «carrasco» (texto anónimo de mediados del XIX).

³⁵ BALBOA, X., () *monte en Calieia, op. eil.*, pp. 45-46.

Allado de los derechos de pasto y espigueo y de las servidumbres de paso, el usufructo de los montes comunes creaba un complejo entramado de costumbres y controles, una verdadera malla, y «un cierto tipo de psicología social y comunal de la propiedad», según ha señalado Thompson³⁶. En los concejos de Ourense, cuando había reconocimiento de mojones, los hombres ancianos se hacían acompañar de los niños, para que éstos fuesen así conociendo los límites del territorio que un día tendrían que defender. En muchas aldeas del sur de Galicia los vecinos «prendaban» el ganado forastero que hallaban en sus montes e imponían multas a los propietarios que iban a recuperarlo. Algunos sectores letrados calificaban esta práctica de «escandaloso desenfreno», o «costoso alboroto», protagonizado por nuevos «corsarios terrestres», quienes empleaban el dinero de las multas en «embriaguez y borrachera, matándose para esta función castrones, carneros y vacas». Pero detrás de ese aparente desorden y de las batallas campales, había elaborados ritos a través de los cuales la comunidad se afirmaba en cuanto tal: los hombres que aprisionaran el ganado lo conducían ruidosamente a los curros, a donde los dueños «los han de ir a buscar y sacar con la solemnidad acostumbrada», tal como se señala en un pleito de 1775 entre los concejos de Avión y Soutomaioir: los primeros deponen que se hallaban en la inmemorial,

quieta y pacífica posesión de acorralar y prender cuantos ganados mansos y bravos se hallan y encuentran pastando en los referidos montes (...) en los tres meses de junio, julio y agosto y conducirlos (...) de allí al curro de Cendones, torre de audiencia y cárcel de dicha jurisdicción; a donde, y ante dicha justicia, luego que son noticiosos los de Soutomaioir, concurre el procurador general de este partido con testimonio que identifique a su persona, y previo juramento que se le recibe y a las personas que trae consigo para conocimiento de los ganados de sus pueblos, con intervención del procurador general o algún regidor, pasan al curro donde se hallan los ganados...³⁷.

La documentación judicial contiene abundantes datos sobre conflictos cotidianos en los que el cuerpo del delito lo constituyen dispu-

³⁶ THOMPSON, E. P., «Tradición, revuelta y consciencia de das». *Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, 1979, p. 146, Y *Customs*, op. cit., pp. 97 Yss.

³⁷ Arch. Histórico y Universitario de Santiago, Fondo Camarasa, microfilm r. 567.

tas sobre la propiedad y usufructo del monte: disturbios provocados por el derribo de cierres «clandestinos» o muros erguidos en ocasiones en una sola noche; batallas campales entre vecinos de concejos comarcanos, que a veces se retaban de acuerdo con ciertas formalidades, según hacían en 1779 los lugareños de Fontefría (Ourense), que se dirigieron a una roza cavada por los de Piornedo «agavillados, con tumulto [y] algazara, asistidos de milicianos armados de la plaza de Monterrei, a distancia de dos leguas, tocando con músico gaitero con su tambor, con amenazas y que saliesen al campo los vecinos de este dicho lugar para experimentar por quién quedaba la lucha»³⁸.

En las fuentes catastrales y en muchas escrituras de protocolos -inventarios, compraventas, testamentos, dotes y partijas- las explotaciones campesinas aparecen como un patrimonio aislado, gestionado por la sola iniciativa de cada familia. Sin embargo, la necesidad de respetar ciertas reglas a la hora de aprovechar el monte comunal; las servidumbres de paso, pasto, espiguelo y rebusque; la obligación de comenzar la vendimia y de franquear las *agras* en una fecha determinada, establecida por el señor o por los vecinos, eran circunstancias que impedían en la práctica la emergencia de un individualismo agrario. El paisaje, que en el siglo XVIII evidenciaba ya una extraordinaria parcelación, se organizaba desde la casa de la aldea hasta los confines del monte comunal, y el grado de privacidad iba menguando conforme se avanzaba desde las casas de morada hacia el monte proindiviso. Pero al margen de las usanzas agropecuarias que en cada aldea fuese obligado observar, la vida cotidiana de los campesinos discurría en un sutil entramado que no es posible formalizar estadísticamente, según ya reiteramos, y los responsables de tomar las decisiones familiares no podían olvidar que formaban parte de un grupo que no sólo reglamentaba los aprovechamientos comunales, y organizaba el arreglo de caminos, presas, molino..., sino que además amparaba al vecino necesitado y cooperaba en los trabajos que una familia sola era incapaz de acometer. En este contexto, caracterizado en palabras de G. Levi por la existencia de «una red intangible de amistades, vínculos y protecciones», de un «amplio frente de protecciones dadas y esperadas»³⁹, sólo los muy temera-

³⁸ Arch. del Reino de Galicia (Coruña), Vecinos, legs. 8.990/37 y 24.(.)49/25.

³⁹ LEVI, G., *La herencia*, *op. cit.*, pp. 54 Yss.

ríos podían plantearse estrategias de supervivencia al margen del grupo vecinal, y por eso la cultura campesina estaba penetrada de valores comunitarios que los muchachos adquirían en cuanto comenzaban a andar en grupos por la aldea, a pastorear el ganado y luego a organizar «sociedades».

«Hai trabaUos que os que hai que facer en tempo determinado e “canda todos”. Por razón de sazón, por razón de servidumes, e hasta por razón de ben ver», escribía en una novela costumbrista ambientada hacia 1870 M. Carcía Barros. Y en efecto, los vecinos de cada aldea, en las diversas sazones del año y en consonancia con un calendario determinado acometían las mismas faenas, al margen de que éstas se realizasen o no en el marco de las ayudas mutuas. Un compás armonioso guiaba la vida de las aldeas, en las que se sucedían las sazones, cada una con sus correspondientes trabajos, cuyo sentido nadie supo percibir mejor que Ramón Otero Pedrayo: «o labrego antigo, escribe en un pasaxe, descoñecía o aburrimiento (...). Pois na aldea, no trabaUo e no folgo, un tempo decorre e ven outro, e ningún privado da súa siñificanza». Y en otro lugar afirma: «opérase con bes de Deus e non hai movemento ou fala valeiras (...). Cando opera toda a casa ou todo o lugar, o traballo adquire a mensura e composición dunha obra escenificada» 40.

El año agrícola comenzaba en otoño, sazón en la que se sembraba el cereal de invierno. La distribución estacional del trabajo variaba de acuerdo con la rotación de cultivos, pero fuera de los días de fiesta, largamente esperados, el labrador no se planteaba el descanso: «El campesino, decía Alfredo Vicenti en la década de 1870, no comprende que el reposo sea una necesidad, sino una pérdida y, como el niño en el día de asueto, así sueña él con los goces de una romería, las aventuras de una mascarada, o el pan blanco de una feria». En las comarcas del interior, en las que regía el sistema de año y vez --que comienza a superarse a finales del XVIII con las patatas-, el calendario agrícola era sencillo, pues los trabajos se concentraban en verano, con la siega y la maja, y en otoño, cuando se sembraba el cereal. Aparte quedaban el cuidado de una abundante cabaña ganadera, la cava de las rozas, la riega de los prados, la recolección de cas-

⁴⁰ GARCÍA BARROS, M., *As aventuras de Alberte Quiñoi. Novela galega humorística e de costumes. Desfie da vida campesiña*, Coruña, 1990, p. 77; OTEHO PEDHATO, N., *Ensaíos. Obra selecta*, TL, Vigo, 1983, pp. 161-162.

tañas en las zonas abrigadas, las diversas aradas que requerían las *agras*. Nicolás Tenorio describe los principales trabajos que en la segunda mitad del XIX efectuaban los campesinos de Ourense en las labranzas cultivadas los años pares o nones:

sacan los estiércoles al campo al final de septiembre o principios de octubre y los dejan dentro de las heredades en pequeños montones hasta la época de la *decrúa* o primera arada. Estos abonos se componen de lo que llaman estrumen: hojas y ramas pequeñas de robles y tojo, y además el excremento de los animales. En el mes de mayo reparten el abono por la tierra, operación casi siempre de mujeres, y el arador o aradores con el ganado hacen la primera labor o *decrúa*. Por San Juan dan la segunda arada o *bina* y en agosto la tercera o *alevanta*, quedando con ella la tierra dispuesta para su siembra (...). En la montaña echan el grano en la tierra en el mes de septiembre y en la ribera en octubre ⁴¹.

Una vez que las patatas comenzaron a cultivarse en las *agras*, el sistema de año y vez sufrió alteraciones profundas y la época de Pascua Florida pasó a concentrar importantes faenas (entre otras razones, porque las patatas consumían mucho estiércol). Pero aun así, la distribución del trabajo a lo largo del año continuó siendo en el interior más desequilibrada que en las provincias del litoral. En la maraña cantábrica, en donde las labranzas daban tres cosechas en dos años, los campesinos no tendrían un momento de reposo en todo año, a juzgar por la descripción que de sus ocupaciones nos ofrecen en 1797 unos vecinos de Fazouro:

desde mediado el mes de noviembre y todo el de diciembre se emplean en la siembra de los trigos y centeno, perfeccionando la tierra para ello; en marzo, abril y mayo es el tiempo en que suelen engordar, noche y día, con los nabos de sus cosechas, los ganados vacunos para venderlos, por ser el ramo principal que sostiene sus labranzas, interpolando en este medio tiempo la cultura y siembra de maíces, cáñamos, garbanzos, lino, habas y demás semillas del país. Desde mediado el mes de mayo hasta últimos de julio remiten sus ganados a las sierras (...), bajo el cuidado de pastores asalariados que allí les cuidan y mantienen, para de ese modo hallarse libres en el sacho del maíz y siega del pan. En agosto se bajan dichos ganados para el recogimiento de dicho pan en manojo y su maja, que a veces se extiende a parte de septiembre. En el mes de octubre y mediados de noviembre recogen los maíces.

⁴¹ TENORIO, N., «La aldea gallega», *op. cit.*, pp. 241-242.

y además, en todo el año, con el mayor cuidado recogen broza y estiércoles ⁴².

De acuerdo con esta descripción que efectúan los propios campesinos, en la Calicia cantábrica y noroccidental, los trabajos agrarios se concentraban entre abril y noviembre, cuando se sembraban y escardaban el maíz y el lino, para a continuación segar los cereales de invierno, echar los nabos en las labranzas que quedaran libres y recoger seguidamente el maíz, y después, una vez abonadas esas tierras, sembrar el centeno y el trigo.

En la Maña y en la provincia de Tui, en donde el paisaje alcanzara en los siglos XVII y XIX un extraordinario grado de humanización, las faenas agrarias que exigían unos recursos diversificados apenas dejaban épocas muertas. Así lo ponen de relieve las cuentas del pazo de Oca, en las que figuran los jornales que el mayordomo paga en el discurso del año para cosechar el maíz, preparar las vides, cuidar los árboles, cultivar las hortalizas, chamuscar los cochinos ⁴³. Prudencio Rovira ofrecía una ajustada descripción de estas labores en la segunda mitad del XIX, cuando también en la Maña se recogían patatas:

En enero [el campesino] siembra centeno, habas, guisantes, poda las viñas y corta madera y caña para repararlas; en febrero siembra lino y patatas, continúa con la poda de las viñas y ata los vástagos para darles dirección conveniente; en marzo siembra hortalizas, limpia los árboles y, cuando promedia el mes, comienza la sembradura de maíz, que continúa los meses siguientes en las llamadas *terrasfondas*; en abril, con la prolongación de las anteriores faenas, hace injertos, guía los riegos, saca las veigas...; en mayo recoge el lino maduro y alienta y vigila las sementeras ya lozanas; en junio recoge cebollas y ajos y por San Pedro el centeno; en julio continúan sin novedad importante estas labores; en agosto rasca las viñas, siembra alcacén y ferraña..., y purga los maíces; en septiembre recoge los maíces tempranos, estruma o estercola las tierras, siembra habas y nabos, recoge frutas y miel, y comienza el arreglo de las bodegas para la próxima vendimia; en octubre recoge el vino y las manzanas de invierno, las castañas primerizas y los maíces tardíos..., siembra hortalizas y centeno y, según el dicho popular, se recoge todo en casa, porque comienzan los diluvios de la otoñada; en noviembre llega a su apogeo la recolección de las castañas y comienza la matanza,

⁴² Arch. de Protocolos de Mondoñedo, escribanía de Pérez de Posada, 1797, f. 98.

⁴³ Arch. de la Fundación Ducal de Medinaceli (Sevilla), sccc. Camarasa, ligs. 5 y 6 de las cuentas de Oca.

se podan los mimbreros, se pagan foros y rentas, y repone los aperos de labranza inutilizados..., y en diciembre parte leña, hace estrumes, siembra centeno y patatas en el menugante de navidad... 44.

Según las comarcas y las sazones del año, las faenas agrarias requerían, por tanto, una mayor o menor cantidad de esfuerzo humano. Dadas las elevadas densidades de población y la pequeñez de las explotaciones, en determinados meses podían sobrar brazos, lo que no evitaba que escasearan en otros, pero en general la agricultura gallega, caracterizada por un medievalismo técnico hasta principios del XX, absorbía una cantidad enorme de trabajo campesino. Todos los que se sentaban alrededor de una lumbre y comían del mismo pote estaban obligados a trabajar solidariamente, en la medida en que sus fuerzas se lo permitiesen, y el «cabo de casa), al «echar cuentas» evaluaba ante todo la cantidad de alimentos y otros bienes que la familia al completo era capaz de producir en el discurso del año. La distribución interna de las faenas reflejaba en ocasiones el lugar que cada persona ocupaba dentro del grupo: como señalaba Otero Pedrayo, los trabajos, fuesen leves o pesados, se llevasen a término con sólo la familia o con ayuda externa, estaban siempre debidamente jerarquizados, destacando en particular el papel del cabeza de casa que, a modo de patriarca, sembraba, guiaba los bueyes, ordenaba la maja: «as súas palabras, poucas e graves, son cheas de sentido; son rituales as cancións e hastra as risadas» 45.

En cualquier caso, de los trabajos agrarios no se libraban ni los niños, ni los viejos, ni por supuesto las mujeres. Los primeros comenzaban ya a los seis o siete años a cuidar el ganado y a ayudar en otros menesteres. Juan Antonio Posse, por ejemplo, recordaba a comienzos del XIX cómo, antes de los nueve años, «acompañaba a mi padre en todos los trabajos de la labranza, andaba delante de los bueyes llamándolos con una cuerda, sembraba el maíz, hacía todos los demás oficios que podían comportar mis fuerzas». Y un siglo después, Alfredo García Ramos no se apartaba de esa opinión:

«nenos» en algunos lugares, «pícaros» o «picariños» en otros, y «rapaces» en los más se llama a los impúberes. Poco cuidadosos los padres de su instrucción intelectual, acostubrándolos desde la más tierna edad a las faenas agrí-

⁴⁴ ROVIRA, P., "El campesino gallego», en *Clásicos agrarios, op. cit.*, pp. 193-194.

⁴⁵ PEDRAYO OTERO, R., *Ensaíos, op. cit.*, pp. 161-162.

colas, utilizándolos para guiar el ganado que tira del arado, para vigilar los rebaños de ovejas en el monte y para pequeños menesteres de la labranza ⁴⁶.

Mención especial merece el trabajo de las mujeres, fundamental para entender la reproducción de las explotaciones campesinas. Había faenas que les estaban reservadas a ellas, tal la escarda de los cereales, la vendimia y el reparto de estiércol por las heredades, labor ésta que se efectuaba con las manos. Pero en general, los textos escritos desde el XVIII al primer tercio del XIX, ya saliesen de la pluma de Sarmiento, de Emilia Pardo Bazán o de Prudencio Rovira, concuerdan al señalar que no había labor del que las mujeres estuviesen exentas. Así, Rovira dirá que sobre ellas

pesa el trabajo más rudo de la faena agrícola. Al tender la mirada por la campiña se advierte por doquier su mano (...). No hay trabajo, por agobiador que sea, al que rehúyan aportar el vigor de sus cuerpos floridos con todas las gracias del sexo. Desde muy niñas, cargan con tal cruz. Apenas alborea su edad rúbil, se ven forzadas a una labor dura (...). Sus encantos lozanean con el esplendor que ha hecho famosa la hermosura de la mujer galiciana. ¡Menos que una mañana dura la primavera de sus hechizos! (...) Mucho ha de tardar el progreso en manumentir a estas infelices sujetas a la adscripción de la gleba! ⁴⁷.

La intensificación de la emigración masculina en el curso del XVIII en las comarcas del litoral y en los valles fluviales y el desarrollo de actividades complementarias como el ramo de la fabricación de lienzos fueron factores que acentuaron la importancia del trabajo femenino en el ámbito de la familia ⁴⁸. Algunas desposadas, con el marido ausente, tuvieron que ocuparse del gobierno de la casa, bajo las directrices epistolares del cónyuge. Un elocuente testimonio de esto son las cartas cruzadas hacia 1815 entre una campesina de Tabeirós y su marido, residente en Cádiz; en una de ellas, la mujer le explicaba:

cuanto a 10 que me dices de la roza de tojo, rozo 10 que puedo con los hijos. La cava de la estivada no es para mí, y para pagar jornales no soy de cera.

⁴⁶ GARCÍA RAMOS, A., *Arqueología jurídico-consuetudinaria de la región gallega*, Madrid, 1912, p. 16, YPOSSE, I. A., *Memorias, op. cit.*, p. 17.

⁴⁷ ROVIRA, P., «El campesino gallego», art. cit., pp. 164-165.

⁴⁸ Sobre la industria textil rural, *vid.*, CARMONA, I., *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (17.50-1900)*, Barcelona, 1990.

Bien conozco siempre mandas, y todo no llega; pues yo, bien lo saben todos, a la taberna no lo llevo y ando arrastrada con trabajo ⁴⁹.

En la fase final del Antiguo Régimen el trabajo asalariado estaba mucho más extendido de lo que pudiera deducirse del tamaño de las explotaciones. En las comarcas vitícolas, la cava y la vendimia exigían la contrata de mano de obra abundante (para la vendimia, las cuadrillas de mujeres descendían de Avión al Ribeiro y del Caurel a Valdeorras). En las provincias litorales, las *bodegueiras* ganaban algún jornal escandando el maíz, segando o vendimiando; en ocasiones las alquilaban las propias familias que a su vez enviaban a algún miembro a Castilla durante el verano. Había además, dentro del Reino, desplazamientos regulares de mano de obra: de la Galicia interior, con familias complejas de gran tamaño, con un calendario agrícola sencillo y con escasa emigración masculina antes de 1850, partían cuadrillas de mozos y mozas hacia la Maía, Tabeirós y otras comarcas próximas a la costa, para escardar o segar. Los «cambotes» o vecinos de la tierra de Camba constituyeron, quizá, el mejor ejemplo de estas gentes montañosas que protagonizaban desplazamientos estacionales a otros concejos de Galicia ⁵⁰.

Muchas labores se acometían, de grado o por necesidad, mediante intercambios de trabajo, y aunque a veces la cooperación disfrutaba préstamos desiguales, contribuía sin embargo a impregnar las faenas agrarias de un fuerte sentido comunitario. La maja constituye la muestra más acabada de estos intercambios, que en Ourense recibían el nombre de *xeira* y *tornaxeira*. Así la describía Nicolás Tenorio al filo de 1900:

el trabajo de la malla es a xeira en casi todas las aldeas; los vecinos majan juntos y por turno el grano de todos y la operación resulta una verdadera fiesta, especialmente cuando ayudan las mujeres. Comienza la mana con 10 que llaman estrar las panas, es decir, extender las gavillas de centeno sobre la era, de manera que todas las espigas quedan en la parte superior; después viene la maja propiamente dicha: los hombres se colocan en dos alas, la mitad de un lado y la otra mitad de otro, armados del mallo, y con él apalean

⁴⁹ Las cartas mencionadas, muy ilustrativas, en LÓPEZ TABOADA, X. A., *Arxentina: Destino da emigración española e galega no século XIX e primeira década do XX. Selección de documentos*, Vigo, 1993, pp. 63 y ss.

⁵⁰ Se presta alguna atención a estos desplazamientos en SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana*, op. cit., pp. 123 y ss.

La vida cotidiana en La periferia de La civilización

el centeno. Majan a *compás*, y mientras todos los pértigos de un lado caen a la vez sobre las *pajas*, las del otro están en el aire. Al concluir la primera vuelta, que llaman *decrúa*, los majadores dan voces llamando a las mujeres: *muLLeres á eira! muLLeres á eira!*; llegan éstas, y mientras los hombres descansan y echan un trago, remueven las *pajas*, y cuando acaban comienza la bina o segunda vuelta, majando ahora en sentido opuesto a la *decrúa* ⁵¹.

El trabajo en común en la *maja*, en la *es/olla*, en las diversas tareas que requería la preparación del *lino*, en la matanza, en el arreglo de caminos y presas de riegos en el cierre de *agras* y *rozas*, reforzaba las solidaridades de vecinos y parientes y obligaba a las familias a plantearse estrategias de colaboración con grupos más amplios, a los que en cierta medida se subordinaban las iniciativas individuales. Y, además, las tareas colectivas tenían un aspecto festivo, que aligeraba los pesados esfuerzos: a los participantes se les ofrecía, tal vez, la ocasión de probar el vino y la carne; no faltaban, al final de la *jornada*, las canciones y los *bailes*, los juegos y las «*luchas*». Muchas de las coplas del rico folklore gallego nacieron precisamente en las veladas a que daban origen los trabajos *agrarios*, en los que ejercitaban su inventiva los «creadores populares». Y es que, a la postre, la vida cotidiana del campesinado tenía, aun en el siglo XIX, muy poco de vida privada.

⁵¹ TENORIO, N., «La aldea gallega», *op. cit.*, p. 249.

Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)

Luis CastellS y Antonio Rivera

«La democracia teórica, iniciada dogmáticamente un siglo antes, se tornaría práctica inevitablemente, ajena a todo movimiento político y a pesar de toda resistencia aristocrática. Dividiríanse los hombres en facciones cada vez más enconadas, pero la convivencia obligada por nuevas modalidades en las costumbres, en la cultura, en los espectáculos y deportes y como consecuencia de guerras generales en las que todos participaran sometidos a una disciplina única, acercaría los niveles sociales rompiendo los prejuicios que los separaban»

(Tomás Alfaro) 1.

1. Introducción

La cita que abre este texto, debida a un profundo conocedor de la historia vitoriana, nos sitúa sobre la raíz última de algunos de los cambios y realidades contradictorias que se fueron abriendo paso en Europa a lo largo del último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX. Fue éste un período especialmente apasionante por la entidad de las mutaciones que se registraron, que se fueron plasmando en distintas esferas de la vida e implicaron alteraciones de muy distinto sig-

1 ALFARO, T., *Una ciudad desencantada (Vitoria y el mundo que la circunda en el sigloXX)*, Vitoria, 1987.

no. No habría que esperar a la primera gran guerra para que Europa viera cómo rasgos que habían caracterizado su fisonomía política y social sufrían importantes cambios y cómo se iba esparciendo con el comienzo del siglo la sensación de estar viviendo una nueva era². Eran cambios sutiles y complejos, que afectaban tanto a los ámbitos públicos más llamativos como a la vida cotidiana de las gentes, anticipando el tipo de sociedad que se iría consolidando con el discurrir del siglo. El nuevo estado de cosas que fue surgiendo estaba sustentado en buena medida en lo que se ha tipificado como la *segunda ruptura industrial*. Dicha ruptura venía caracterizada por la aparición de nuevos sectores como el químico, el de la automoción...; por las innovaciones tecnológicas aportadas por la revolución del acero, la electricidad, el motor de combustión interna..., pero, sobre todo, por la puesta en práctica de la producción en serie, que implicó un abaratamiento de los costes y la capacidad de elaborar productos a gran escala y ya no sólo para un público selecto³.

No tuvo menos impacto en todo ese proceso el desarrollo de los transportes y muy en especial del ferrocarril. Este medio de locomoción permitió el acercamiento e integración de zonas antes no relacionadas y posibilitó el desplazamiento de las gentes, estableciendo un nuevo concepto sobre lo que aparejaba la movilidad, que de ser una circunstancia excepcional y selectiva pasó a convertirse en una eventualidad factible y cercana. Asimismo, al agilizar las comunicaciones, el ferrocarril desempeñó una importante función integradora, incidiendo en los procesos de cohesión nacional. El desarrollo de los transportes y la relativa democratización que supusieron⁴, tuvo no sólo importantes efectos económicos (mejor apreciación de recursos a través de la especialización, progresos tecnológicos...), sino que también implicó nuevas formas de aculturación, al posibilitar fenómenos de inmigración a gran escala y potenciar la expansión de medios de expresión como la prensa. A un agudo observador de la realidad,

² Referido a dos países distintos, véase WEBER, E., *Francia fin de siglo*, Madrid, 1987, y JARRIS, I., *Private lives, public spirit. A social history of Britain 1870-1914*, Oxford, 1993.

³ PIORE, M. I., y SABEL, Ch. F., *La segunda ruptura industrial*, Madrid, 1990, y COHIAT, B., *El taller y el cronómetro*, Madrid, 1982.

⁴ Un terna, creemos que pendiente de estudio, es el precio de las tarifas de los transportes y su accesibilidad para los trabajadores. Algunas referencias en OVON, I. L., «Transporte caro y crecimiento urbano. El tráfico tranviario en Barcelona, 1872-1914», en *Ciudad y Territorio*, núm. 94.

como fue el ingeniero Ildelfonso Cerdá, no se le escapaba el tipo y la dimensión del cambio que se estaba gestando, y así, ya en la década de los sesenta del siglo XIX, estimaba que se estaba viviendo «una nueva civilización cuyo carácter distintivo son el movimiento y la comunicatividad»⁵.

Sobre esta base se produjo una transformación estructural y cualitativa de la sociedad europea, en la que se combinaba la preocupación por la decadencia —por parte de las minorías ilustradas— asociada al fin del siglo⁶, con el optimismo y la fe en el progreso, sustentado éste en las mejoras técnicas y en la aparición de nuevos medios que conmocionaban al mundo (cine, automóviles, etcétera). España no quedó al margen de este proceso, y también en nuestro caso se fueron introduciendo o acentuando nuevos valores y conceptos como el ahorro, la búsqueda del éxito y de la promoción, o, específicamente en el caso de los trabajadores, de la *dignidad*. Pero, posiblemente, la manifestación más visible de este fenómeno fue la aparición de la muchedumbre en los *espacios públicos*⁷, su concentración en determinados núcleos, y el creciente protagonismo que, como consecuencia de su actuación colectiva, fue adquiriendo. Emergía de este modo lo que en la formulación clásica de Ortega se definió como la *sociedad de masas*⁸, marcada por la presencia de las gentes y por el desarrollo de nuevas formas de sociabilidad y de relaciones sociales. La mayor convivencia y mezcla de las personas en espacios comunes obligó a que se reforzaran determinados dispositivos destinados a interiorizar la naturalidad de la división social y de la fragmentación de clases. En otro plano distinto, el desarrollo de un sistema productivo más exigente supuso asimismo un mayor rigor en la puesta en práctica de mecanismos de control y de disciplina sobre el trabajador, con objeto de obtener un mayor rendimiento de su labor.

⁵ CERDÁ, I., *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, vol. I, Madrid, 1867, p. 8.

⁶ WEBER, E., *Francia fin...*, p. 26.

⁷ Sobre este concepto, véase McCoHMcK, H. I., «Public life in Industrial America, 1877-1917», en *The New American History*, Philadelphia, 1990. A través de la vida pública, McCORMICK examina la nueva dinámica que se produce durante ese período.

⁸ No entramos aquí sobre las connotaciones ideológicas que se le otorgó en aquel período al concepto «masas»; a este respecto las acertadas observaciones de CAREY, J., *The Intellectuals and the masses*, Londres, 1992. Utilizamos este vocablo en lo que nos sirve para reflejar un proceso social de envergadura.

Otra de las manifestaciones que caracterizaron a aquella sociedad fue el surgimiento de una nueva cultura de masas, que socializaba nuevas pautas de comportamiento, arrumbando los viejos valores y extendiendo reglas generales. Se producía, en este sentido, una creciente homogeneización cultural y política de la sociedad española, que se integraba más sólidamente en las grandes corrientes que recorrían Europa, al tiempo que se reforzaba la tendencia a la nacionalización de su vida, aunque como contrapeso germinaran sentimientos nacionalistas en Cataluña y el País Vasco⁹. De esta manera, el desarrollo de la sociedad de masas vino caracterizada por una doble realidad aparentemente contradictoria: *la progresiva unificación de los comportamientos cotidianos convivía con la necesidad de fijar nuevas jerarquías o nuevos espacios de diferenciación social, donde se ubicaran adecuadamente las clases sociales.*

En sintonía con este proceso, se produjo la aparición de partidos que aspiraban a convertirse en organizaciones de masas, el movimiento obrero organizado adquiría cierta entidad, mientras que los mensajes políticos e ideológicos variaban para conectar con las masas y canalizar su emotividad. Por ello los programas políticos cambiaron, se hicieron explícitos, pero también varió la liturgia y los rituales puestos en acción, alcanzando su auge en esos momentos los mítines y grandes concentraciones, en tanto que la vida interna de los partidos comenzaba a tener múltiples formas de desarrollo y de expresión (taberna, conferencias, representaciones teatrales, etcétera)¹⁰.

Esta serie de tendencias se manifestaron en el País Vasco a lo largo de la Restauración, y más especialmente desde principios del siglo XX, viéndose la sociedad vasca recorrida por un haz de fuerzas que supusieron su intensa transformación, con una aceleración del ritmo general de vida y la difusión de nuevos valores y comportamientos. Bien es verdad que se puede cuestionar la validez ejemplar del País Vasco y dudar de que sintonizara con las pautas del resto de la sociedad española, habida cuenta del intenso desarrollo económico que registró como consecuencia de su industrialización. En este sentido, cabe aceptar que el tipo de consideraciones que vamos a reali-

↪ Desde otro contexto y con sus peculiaridades, una dinámica de este tipo en RIBERIEUX, M., «La capitale et le reveil des provinces. Paris-Province en 1900», en *Le Mouvement Social*, núm. 162, 1992.

¹⁰ Sobre este punto, y aunque referido fundamentalmente al nazismo alemán, el clásico MOSSE, G. L., *La nazionalizzazione delle masse*, Bolonia, 1988.

zar están referidas principalmente a los núcleos urbanos de cierta densidad, que es donde se manifestaron más intensamente las características de la sociedad de masas, en tanto que el marco rural queda marginado de nuestro punto de observación. No obstante, la utilidad de centrar el análisis en las ciudades deriva de su misma representatividad, de su capacidad para adelantar líneas de fuerza que luego se expandirían al conjunto social, actuando en este sentido como difusores de las nuevas corrientes que luego se fueron socializando.

A la hora de tratar de percibir el cambio que se daba en aquella sociedad hemos optado por utilizar el prisma de lo cotidiano, como un método y no como un fin en sí mismo, como un instrumento que pueda permitir adentrarnos en un tipo de planos que a veces pasan desapercibidos en las visiones «macro». A estas alturas del texto queda bien entendido que nuestra comprensión de la historia de lo cotidiano no va en la línea de incidir en un discurso historiográfico que se centra en lo trivial y anecdótico, y que acaba por construir un relato costumbrista y superficial. Tampoco se apuesta por un tipo de enfoque en el que la perspectiva de lo cotidiano implica deconstruir y atomizar los temas objeto de estudio. Frente a ello, empleamos la historia de lo cotidiano y de sus prácticas como marco para adentrarnos, desde otro prisma, en los comportamientos y relaciones sociales, e incidir en aquellos elementos que definen y delimitan los núcleos de la sociedad. El análisis de lo cotidiano permite así profundizar en las reglas normativas que regulan la sociedad, abordando el funcionamiento de lo obvio, de lo que se presenta como natural, y del papel que cumple, adentrándonos, en suma, en cómo se configura el orden social ¹¹. De esta manera, la historia de la vida cotidiana puede servir eficazmente para captar el juego de estrategias que se ponen en funcionamiento para asegurar un determinado sistema social, fomentando comportamientos y conductas aparentemente inocuas, pero que tienden a apuntalar el estado de cosas existente. Lo cotidiano se presta, por tanto, al estudio de las representaciones, de lo simbólico, de aquellos «signos» que tienden a reproducir y consolidar un tipo de orden jerárquico, así como las resistencias que en las prácticas cotidianas se oponen a dicho orden ¹². Por último, permite utilizar otro

¹¹ A este respecto véanse los trabajos del sociólogo E. GOFMAN; un resumen de sus planteamientos en WOLF, M., *Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid, 1988.

¹² Sobre ese punto, el emblemático concepto *Eigensinn* de A. LUDTKE. Una de sus formulaciones recientes en «Polymorphous synchrony: German industrial workers

prisma con el que percibir las tendencias que recorren la sociedad, de captar, por ejemplo, los cambios y transformaciones que podían manifestarse de múltiples formas en lo cotidiano y en las prácticas de la gente, y que, en ocasiones, no tenían un reflejo cronológicamente correlativo en ámbitos de la vida más formales y controlados.

2. El espacio y el tiempo

Los marcos singulares en los que se produce la vida cotidiana de las gentes son el espacio y el tiempo. En el tratamiento que de uno y otro se hace en estas páginas, el espacio remite a la reorganización de la ocupación física del suelo, y el tiempo lo hace a la nueva realidad de las comunicaciones ya su correlato de circulación de las gentes, de los medios de comunicación o de las ideas. Las percepciones íntimas y colectivas del espacio y del tiempo sufrieron sustanciales alteraciones. A su vez, éstas dieron lugar a otros cambios en la consideración de cuestiones tan alejadas unas de otras como los ámbitos de socialización, la participación política, el trabajo, el ocio o el consumo.

La primera alteración en la vida de las gentes se manifestó en el número de éstas y, a continuación, en su ubicación en el espacio. Las tres provincias vascas vieron incrementarse su población entre 1860 y 1930 en cifras considerables: de 429.186 a 891.710 habitantes. Sin embargo, ese aumento demográfico fue desigual, a la vez que coherente con el grado de desarrollo y de industrialización, en este caso, de cada uno de los territorios: Vizcaya pasó en esos años a un índice 288, Guipúzcoa a un índice 186 y Alava se quedó en un magro 106¹³.

Más importante, si cabe, es considerar un aspecto cualitativo de este crecimiento, como es el hecho de que el mismo tuviera que ver básicamente con el incremento producido en los núcleos urbanos. Así, en 1920, el 77 por 100 de la población vizcaína se concentraba en municipios de más de 3.000 habitantes, porcentaje que se reducía al 73 en el caso guipuzcoano y al 35 en el alavés, si bien este último

and the politics of everyday life», en *International Review of Social History*, vol. 38, 1993.

¹³ Las cifras de población en 1860 y 1930 son las siguientes para cada una de las provincias vascas: Vizcaya, 168.705 y 485.205 habitantes; Guipúzcoa, 162.547 y 302.329; Alava, 97.934 y 104.176. Datos extraídos de los correspondientes Censos de población.

contingente 10 aportaba en solitario su capital, Vitoria. Podemos añadir todavía otro dato confirmativo del hecho de encontrarnos ante algunas de las ciudades españolas con tasas de crecimiento más elevadas en esta época 14: Bilbao alcanzó entre 1857 y 1920 un índice de incremento poblacional 629, San Sebastián llegó al 388 y, todavía, Vitoria se colocó en un 186. Resulta obvio decir que la razón de este crecimiento, tratándose de ciudades industriales o de servicios como ya eran éstas, se encuentra en los flujos migratorios ¹⁵. O también, el hecho de que se pueda anticipar que definitivamente la relación de jerarquía funcional entre los espacios urbano y rural caía en favor del primero.

2.1. El espacio

El incremento poblacional sufrido por las ciudades obligó a su *ensanchamiento*, a la vez que, como veremos más adelante, a la readequación del espacio físico urbano a las necesidades generadas por nuevas especializaciones funcionales, así como por una nueva estructura de división de clases y por una nueva ubicación de los espacios de producción y de consumo ¹⁶. El último tercio del siglo XIX vio el desarrollo de los Ensanches en las ciudades vascas, y su resultado no pudo escapar a la condición genérica de las urbes como *producto social* o como *lugar espacialmente estructurado. Y creado por el hombre* ¹⁷. Por eso, fue el grupo humano más capacitado, el constituido por los propietarios, el que se encargó de definir los nuevos planos conforme a sus criterios, estéticas e intereses.

Bilbao ¹⁸ necesitó de un permiso gubernamental, en 1861, para salirse de sus estrechos límites jurisdiccionales y ocupar con la cons-

¹⁴ PÉREZ MOHEDA, V., «La modernización demográfica, 1800-1930: sus limitaciones y cronología», en *La modernización económica en España, 1830-1930*, Madrid, 1985, pp. 51 Y ss.

¹⁵ Al respecto, ver GARCÍA BANZ, A., «El origen geográfico de los habitantes y los inicios de la transición demográfica en el País Vasco (1877-1930). Contribución al estudio de sus influencias», en *Ekonomiaz*, núms. 9-10, 1988.

¹⁶ ARPAL, J., *Las ciudades. Visión histórica y sociológica*, Barcelona, 1983, p. 57.

¹⁷ Para estos dos conceptos, ver CLARKE, L., *Building capitalism. Historical change and the labour process in the production of the built environment*, Londres, 1992, y HARVEY, D., *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, 1979.

¹⁸ Para el Ensanche de Bilbao, GARCÍA MERINO, L. V., *La formación de una ciudad industrial. El despegue urbano de Bilbao*, Oñati, 1987, y «La consolidación de

trucción de su Ensanche la vega de Abando, al otro lado de la Ría y del original casco viejo. Pablo de Alzola (1841-1912), alcalde de la villa en 1877, presidente de la Diputación, diputado, senador y presidente de la Cámara de Comercio y de la Liga Vizcaína de Productores, fue junto con Hoffmeyer y Achúcarro el diseñador de la moderna Bilbao. Su condición de cualificado representante de la burguesía vizcaína no merece mayores comentarios. La nueva ciudad fue concebida con dos cometidos básicos: como espacio de calidad de vida reservado a la burguesía, y como escenario de los nuevos centros de poder (la estación ferroviaria, la Bolsa, los periódicos, la Diputación, *La Bilbaína...*). La Gran Vía se constituyó también aquí como el espejo de la potencialidad de los propietarios, con una arquitectura que reflejaba grandiosidad, dignidad o, incluso, prepotencia. Sin embargo, la idea de Alzola, Achúcarro y Hoffmeyer se vio alterada sustancialmente al sobrepasarse en 1895 las dimensiones demográficas que se habían previsto para 1917. Todavía más, la razón original de especulación del suelo que está en la base de la ralentización del ritmo constructivo, se vio complementada con un flujo migratorio constante por parte de trabajadores con condiciones de vida absolutamente degradadas, que pasaron a ubicarse en los alledaños del primitivo Ensanche. Ello configuró una nueva ciudad extraña, aunque a la vez muy representativa de la aparente contradicción del mundo moderno: un plano de ocupación clasista muy heterogéneo, que presenta barrios colindantes o próximos (la Gran Vía y San Francisco-Las Cortes), situados en sus respectivas antípodas en cuanto a nivel y condiciones de vida. No resultaría extraño, entonces, que en el futuro la alta burguesía procediera a buscarse otras soluciones espaciales (autosegregación) donde reflejar y ver simbolizado su poder.

En cuanto a la especulación del suelo, éste es un fenómeno general a todos los procesos edificatorios de este momento: la ciudad se constituye en otro espacio en el que rentabilizar la inversión de capital. Su efecto, en el caso bilbaíno, no fue distinto al de otros lugares: los planos de los diseñadores originales se vieron alterados, en perjuicio de la anchura de las calles o de la instalación de plazas y jardines. Las propiedades y villas preexistentes en Abando, en manos de influyentes personajes, obligaron a la modificación de los trazados

Bilbao como ciudad industrial», en *Las ciudades en la modernización de España*, Madrid, 1992, y ARPAL., J., y MINONDO, A., «El Bilbao de la industrialización: una ciudad para la élite», *Saioak*, núm. 2, 1978.

originales, con 10 que esto supuso de irregularidad del plano final. Las autoridades municipales, confundidas entre sus intereses públicos y privados y limitadas en su acción expropiatoria por el desorbitado precio alcanzado por el suelo, se limitaron a un intervencionismo moderado, sólo cuando la ocasión lo hacía inevitable (plazas, vías de comunicación). La generación artificial de plusvalías, por último, propició revalorizaciones de hasta un cincuenta por ciento, como sucediera con el solar donde se edificó el palacio de la Diputación, o saltos de valor en sólo diez años del precio de un metro cuadrado de vivienda, de 7,80 a 39 pesetas ¹⁹.

La nueva San Sebastián ²⁰ también acabó siendo una ciudad para la burguesía, aunque en este caso no lo fuera sólo para la burguesía donostiarra. La operación del Ensanche, iniciada en 1863-1864 con el derribo de las murallas y concentrada entre 1890 y 1915, contó con la ventaja de disponer de un suelo que o bien era no edificado (por razones militares), o de propiedad municipal, o ganado al río o al mar, o, en una proporción muy reducida, controlado por manos privadas y necesitado de expropiación. Esta circunstancia favoreció el que los diseños originales y los resultados finales del plano fueran muy parejos, así como el que el Ayuntamiento no tuviera necesidad de gastar enormes recursos en compra de suelo, o el que, en sentido contrario, ese mismo espacio se convirtiera en generador de sustanciosos capitales para las arcas municipales. Otra condición favorable a un plano integrado de la ciudad lo proporcionó el hecho de que San Sebastián contara con un relativamente pequeño casco antiguo, lo que permitió poner en comunicación la vieja y la nueva ciudad, integrando aquélla incluso en el moderno sistema viario o en las más singulares líneas de perspectiva (de la calle Mayor a la catedral del Buen Pastor). Pero lo particular del caso donostiarra es la pronta apuesta por el negocio turístico, que obligó a disponer el urbanismo futuro al servicio del motivo de explotación económica más notable de la ciudad: la Concha. Fue por ello que el mantenimiento de esa búsqueda estética burguesa subordinó o disciplinó otros intereses que, a la postre, acabarían beneficiándose de la belleza del entorno general. Así, la afluencia de veraneantes cada año -más desde que la fa-

¹⁹ GARCÍA MERINO, L. V., *La formación de una ciudad*, p. 678.

²⁰ Para el Ensanche de San Sebastián, CALVO, M. I., *Crecimiento y estructura urbana de San Sebastián*, San Sebastián, 1983, y UNZUIRRIBAZA, I., «Los ensanches de las ciudades en Guipúzcoa», en *Común*, núm. 4.

milia real se trasladara, desde 1887, cada estío a la ciudad- incrementó el negocio inmobiliario, no ya sólo bajo la forma de nuevas construcciones, sino también y sobre todo en la de la explotación intensiva y a un altísimo precio de las viviendas existentes (alquileres veraniegos 21). La uniformidad clasista, obviamente, vino forzada por esos precios que alejaban a las economías más modestas.

La llegada del ferrocarril a Vitoria ²², en 1864, y el primer proyecto de Ensanche, un año después, fueron el punto de partida para la construcción de la nueva ciudad, diferenciada de la ciudad vieja tanto en lo referido a la realidad física como a la ocupación clasista de una y otra. La ciudad nueva —ésta también— se diseñó en la capital alavesa como un espacio burgués, a tal punto que el modelo teórico urbanista de invasión-sucesión se puede aplicar aquí en todas sus dimensiones prácticas. Más cerca del plano bilbaíno que del donostiarra, el nuevo territorio de ocupación de los propietarios se instituyó también como el que concentraba la mayoría de los edificios de la nueva jerarquía espacial: casinos y círculos, periódicos, cafés, bancos..., y, sobre todo, como el lugar esencial de socialización. Frente a él, el casco antiguo quedó reservado a actividades y colectivos marginales o marginados, respectivamente. El suelo se convirtió en otra oportunidad más para el negocio, en una ciudad donde sus capitales, remisos entonces a las aventuras industriales, siempre tenían un ojo puesto en la inversión inmobiliaria y el otro en la Deuda Pública. Los intereses privados y públicos vinieron a coincidir en la figura de insignes ediles, como Vidal Arrieta, con el resultado lógico de limitaciones a las dimensiones de las vías urbanas principales, quebrantamiento de las alineaciones prefijadas o disposición de normas para la mejora de las calles ocupadas por esa burguesía inmobiliaria.

²¹ B. ANABITARTE [*Gestión del Municipio de San Sebastián, 1894-1900*, San Sebastián, 1974, y *Gestión del Municipio de San Sebastián (1901-1925)*, San Sebastián, 1971] calculó que la población flotante de la ciudad en el mes de agosto pasó de 8.756 personas en el quinquenio 1894-1898 a 28.603 en el quinquenio 1920-1924. Los ingresos generados por el veraneo se calculaban en dos millones anuales en 1877 y en veinte a principios de la presente centuria (ORUETA, J. de, *El País Vasco ante el problema regionalista*, San Sebastián, 1907, y MÚGICA, S., *Geografía General del País Vasco-Navarro*. Guipúzcoa, Barcelona, I(18).

²² Para el Ensanche de Vitoria, RIVERA, A., *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, 1992, y «La formación del ensanche vitoriano: ¿un ejemplo paradigmático?», en *Las ciudades en la modernización de España*.

En el otro extremo, la ciudad vieja quedaba desatendida y habitada por el elemento popular (en casas de renta, propiedad de los anteriores) o incluso por rancias y decadentes familias aristocráticas que preferían no salir de sus palacios ubicados en ese mismo recinto. La consecuencia en lo que hace al trazado no fue otra que su irregularidad, respetándose calles preexistentes y no respondiendo las manzanas que se formaron a plan alguno ²³.

Las nuevas ciudades no se limitaron a crecer en superficie, sino que en paralelo –o más bien, con cierto retraso– desarrollaron toda una trama de infraestructuras de servicios públicos soportada desde los presupuestos municipales, que en ese tiempo (entre 1880 y 1914) se duplicaron, en el caso de los de Vitoria, o incluso se cuadruplicaron, en el de las otras dos capitales vascas ²⁴. Pero aparte de ese general incremento de responsabilidades o atribuciones de los Ayuntamientos –cuestión que no es poco importante en lo que afecta a la vida cotidiana de las gentes– ²⁵, las ciudades quedaron prontamente marcadas en su fisonomía por la especialización productiva que iban eligiendo o a las que se les iba abocando. El espacio urbano, de nuevo, era interpretado y puesto al servicio de lo económico, de tal modo que Adolfo Guiard, un conocido pintor de época, caricaturizó la realidad urbana vasca señalando sus respectivas especializaciones funcionales, que se mostraban evidentes ya en los años finales del siglo XIX. «Bilbao –decía este observador– se empeñaba en ser una inmensa fábrica, San Sebastián una inmensa fonda y Vitoria una inmensa sacristía» ²⁶. Lo cierto es que como resultado de esa circunstancia, San Sebastián, por ejemplo, salvó su trazado urbanístico, de gran calidad, en beneficio de su función turística y en perjuicio de los sectores más humildes, que fueron desplazados de la ciudad o, como mucho, encerrados en su espacio más deprimido (el casco an-

²³ LÓPEZ DE AHMENTIA, L.; LÓPEZ DE LUCIO, R., y VALEO, F., *El futuro urbanístico de Vitoria-Gasteiz*, Vitoria, 1984, p. 28.

²⁴ Los presupuestos municipales de 1880 y de 1914 son los siguientes para cada una de las capitales vascas: Vitoria, 1.036.201 y 2.045.146 pesetas; Bilbao, 2.895.217 y 13.010.665 pesetas; San Sebastián, 905.549 y 3.823.046 pesetas.

²⁵ Para esta cuestión remitirnos a nuestro trabajo «Los movimientos sociales en su relación con el espacio y el poder local. (Su aplicación al proceso histórico de la Restauración en España, 1876-1923)», en *Actes del I Congrés Internacional d'Historia Local de Calalllzya*, Barcelona, 1995.

²⁶ La cita la recoge OHUETA, J. de, *Memorias de un hilhaino*, San Sebastián, 1952 (reed.), p. 174.

tiguo) o en los más periféricos (Gros o el Antiguo). Bilbao, por su parte, al apostar por una economía extractiva y transformadora, cedió menos a la estética y más a la funcionalidad, 10 que acabó configurando un paisaje abigarrado y denso donde coincidían fábricas y minas con espacios de servicios, vías de transporte o viviendas de propietarios y de trabajadores. La ubicación del puerto, por ejemplo, fue degradando sucesivamente zonas en Portugalete o en Las Arenas, que se dedicaban con anterioridad al ocio burgués, 10 que, en cualquier caso, no fue lamentado por éstos que, en consonancia con una nueva mentalidad, preferían el beneficio al placer 27. Vitoria, por último, adecuó su plano a su particular sentido de 10 que era una ciudad de servicios. Dos seminarios, dos catedrales, alguna decena de edificios entre iglesias y conventos y media docena de cuarteles dibujaban un urbanismo inmóvil, gobernado, ciertamente, por «el rancho y el agua bendita» 28.

El incremento paralelo de los espacios físicos urbanos y de los contingentes demográficos contenidos en ellos generó la sensación de cambio social. Un cambio en el que lo más visible era la presencia de la muchedumbre, de la masa social, y la heterogeneidad y promiscuidad que ella creaba, en contraste con la vida ordenada y reglamentada de años atrás. El escritor bilbaíno Adolfo de Aguirre se lamentaba en 1891 de que los cambios producidos aparejaban que «el pueblo 10 invade todo y las elases se mezclan, los obreros se codean con los señores» 29. Esa misma percepción del cambio iba acompañada de sensaciones y expresiones de ansiedad y angustia por parte de algunos, ya que, además de tener que compartir el espacio con la multitud, esta cobraba un creciente protagonismo: 30. Precisamente para anatemizar ese proceso, se recurre a una metáfora, a un artilugio lingüístico, definiendo a ese colectivo que se hace cada vez

27 «A orillas del Nervión», *Nuevo Mundo*, 15 de agosto de 1900.

28 A finales de 1903 había en Vitoria una catedral (la segunda se inició en 19(7), dos seminarios, cuatro capillas, dos ermitas, diez conventos, cuatro iglesias, cuatro colegios religiosos, seis cuarteles y una fábrica y un hospital militar. A cambio había dos sucursales bancarias y dos teatros (CAROLET, L., *Guía comercial de Vitoria*, Vitoria, 1904, pp. 30-33). Lo de «ciudad rociada de rancho yagua bendita» es una denominación atribuida al escritor Estanislao M.º DE AGUIRRE.

29 AGUIRRE, A. de, *Pasando el río. Engrandecimiento de Bilbao en los últimos quince años*, Bilbao, 1891, p. 44.

30 Como es harto sabido, ésta es la realidad que empujó a ORTEGA a escribir *La rebelión de las masas*.

más presente e intruso con el término *masa*³¹. De esa manera, se hacía de ese conjunto de personas un conglomerado anónimo y homogéneo al que se le negaba su individualidad³², expuesto a construcciones y caracterizaciones imaginarias según el gusto del pensador de turno. Servía también la utilización de ese vocablo para marcar un *ellos* y un *nosotros*, formulado en términos de clase, para señalar la diferencia entre ese conjunto sin nombre (*La masa*) y los seres individuales que estarían por encima de ellos, que se corresponderían con las clases medias y altas. Distinción, de esta forma, que adquiriría su plena funcionalidad al hacer visible en aquella sociedad más abigarrada las divisiones sociales.

Esto que decimos dio lugar a una nueva estrategia de comportamientos que dejaran constancia de la continuidad de las diferencias sociales. Dicho en términos de Max Weber, se hizo necesario *rutinizar el carisma*, esto es, señalar a través de evidentes símbolos cuál era la jerarquía social sobre la que se articulaba y asentaba la nueva sociedad. O dicho con más claridad, era necesario mostrar a las clases populares, mediante una estrategia de juegos simbólicos, el hecho de que la división de la sociedad tal y como estaba establecida era un hecho natural que no podía ser cuestionado. Era preciso, pues, que las capas populares tornaran conciencia de cuál era su sitio, que asumieran su posición subordinada, de manera que desarrollaran sin obstáculos y con eficacia las labores que se les encomendaran. A tal efecto, los grupos poderosos procedieron a señalar espacios acotados, exclusivos, espacios particulares a los que la democracia de costumbres imperante no podía llegar. Así, cuando el urbanismo burgués de los Ensanches comenzó a uniformar en exceso a sus habitantes (caso de Vitoria), o cuando, además de esto, sus evidentes fallos colocaron a la alta burguesía conviviendo en las cercanías del pueblo más llano (caso de Bilbao), los sectores más poderosos optaron por la autosegregación. De esa manera, a finales del siglo XIX comenzó a levantarse la nueva zona residencial de la alta burguesía bilbaína en Neguri o, en Vitoria, las barriadas de chalets y de construcciones de alto

³¹ CAREY, J., *The intellectual and...*

³² «La vida nueva, la industria, el aluvión de gentes que llegan (bien venidas sean), las necesidades de un comercio creciente, traen un nuevo modo de ser, la masa absorbe al individuo, las diferencias se borran (O.)». UNAMIÑO, M., «El diminutivo bilbaíno», *Bilbao Ilustrado*, 6 de agosto de 1888, citado en JUARISTI, J., *El chimbo expiatorio*, Bilbao, 1994, p. 78.

nivel, más allá del ferrocarril. En San Sebastián, debido a su particular conformación urbana, se dio menos esta tendencia, aunque se deje ver también en el paseo de Ategorrieta y en otras zonas. Por supuesto, el nuevo urbanismo procedió a reforzar sus intenciones simbólicas no sólo en la exclusividad de su voluntario aislamiento, sino también, y sobre todo, en la grandiosidad y prepotencia de su arquitectura, espectacular particularmente en el caso de las lujosas viviendas de la alta burguesía vizcaína³³.

El signo de distinción no quedó ahí, sino que se extendió a la generación de otros espacios exclusivos, los clubes, donde la condición de pertenencia le señalaba definitivamente a uno dentro o fuera de una determinada clase o grupo social. En Vitoria, el pueblo llano llamaba a este sector de la sociedad «la casa de Austria», lo que venía a identificar con cierto desdén la tentación aristocratizante y exclusivista de ese sector de la burguesía. Círculos recreativos privados como el Náutico, el Marítimo, el Real Sporting Club o la Bilbaína, o como el club Alavés o el Vitoria-Club, fueron sirviendo de marco a sesegadas actividades burguesas, así como a deportes de nuevo específicos y exclusivos de esa clase social: el tenis, la hípica, los deportes náuticos (balandros) o las carreras de automóviles. Territorio y formas servían para desarrollar una sociabilidad interna al grupo, con el doble objetivo de servir tanto de canal de relación como de afirmación ante los demás como estrato privilegiado. Todo ello propiciaba un inevitable proceso de emulación, por el que los grupos inmediatamente inferiores en la escala social aspiraban a reproducir los comportamientos y niveles de consumo de los que les antecedían. De manera singular entre las clases medias, la lucha por la vida iba convirtiéndose en la lucha por llegar a ser, lo que tenía su reflejo tanto en el ocio como en el consumo.

Cuando el acotamiento de espacios no era posible, se imponían las formas o costumbres sociales para determinar la ocupación clasista de la calle. Así, los baños de mar pretendían mantener un tono clasista, dentro de unas pautas morales estrictas que evidenciarían su

³³ Una exhaustiva descripción del proceso de creación del área de Getxo. Las Arenas, Neguri, Algorta... como suburbio residencial de alto nivel, en la Tesis doctoral (inédita) de BEASCOECHEA CANCOITI, J. Ma. *Desarrollo económico y urbanización de la Ría de Bilbao: la conformación urbana de Getxo, 1860-1980* (Universidad del País Vasco, marzo de 1995). Sobre Vitoria, RIVERA, A. «La formación del ensanche vitoriano...». pp. 142-143.

tono selecto y no populachero³⁴. En Vitoria, al comenzar la presente centuria, se paseaba en los atardeceres de invierno por la calle principal, la de Dato o de la Estación, observándose la norma de dejar una de las aceras para «los “señoritos” de ambos sexos», mientras «en otro sector paseaban modistillas y empleados» y «la acera de enfrente era fondo de obreros y obreras, soldados y sirvientas»³⁵. Esta simbología de poderes que contiene el espacio urbano queda muy bien reflejada en la ubicación de los locales de las sociedades obreras o en la localización de sus itinerarios reivindicativos. En la medida en que esas organizaciones se veían a sí mismas y eran vistas como marginales, en los primeros tiempos, tanto sus locales como sus recorridos (por ejemplo, el Primero de Mayo) tenían por escenario las barriadas obreras. Cuando comenzaban a ganar prestigio y se consolidaban como agentes sociales reconocidos, procedían a «invadir» los espacios centrales y principales de las ciudades, abriendo sus locales en esas zonas y desarrollando también allí sus manifestaciones³⁶.

El urbanismo, en definitiva, y por extensión, el uso y jerarquía funcional de los espacios urbanos, se constituyó en un factor de división social más, posiblemente en uno de los más característicos de este momento. Las diferencias entre las diversas clases sociales pasaron a patentizarse y a manifestarse en los espacios físicos vitales más que en ningún otro aspecto, de manera que éstos fueron responsables de mortalidades radicalmente diferentes, de la generación de espacios de socialización antitéticos (la casa frente a la calle) o de condiciones globales de bienestar o de malestar que perfectamente permitirían hablar de dos ciudades contenidas en una sola, refiriéndose a cualquier ciudad.

³⁴ El alcalde de San Sebastián se dirigía al Gobernador Militar, en junio de 1922, en estos términos: «Habiendo comenzado la temporada oficial de verano (...) ruego a V. E. encarecidamente (...) que dicte las órdenes oportunas para que los soldados de la guarnición no invadan en número crecidísimo la playa, dando lugar a que tengan que dejar de asistir familias que necesitan de los baños y que se vean obligados a ello por no presenciar escenas que desdican mucho de la proverbial cultura de esta población». (Archivo Municipal de San Sebastián. 5.8.5. Recogido en LUENGO, F., *CreCIMIENTO económico y cambio social. CuiPúzcoa*, 1917-1928, Bilbao, 1990, p. 47).

³⁵ ALFARO, T., *Una ciudad desencantada*, p. 57.

³⁶ Este argumento se desarrolla empíricamente en el ejemplo vitoriano. Ver RIVERA, A., *La ciudad levítica*, p.40.

El nuevo espacio urbano, por último, se vio sometido también a la diferenciación funcional establecida entre las áreas dedicadas a la producción y las áreas dedicadas al consumo. Semejante compartimentación espacial no fue inmediata a la industrialización; todo lo contrario, en sus primeras fases se destacaron modelos diversos de trabajo a domicilio, o se continuó con la tradición del taller unido a la casa, o se instituyó el barracón en zonas productivas o extractivas, como las minas, que quedaban alejadas de los núcleos de población. Incluso las ciudades se caracterizaron en un principio por sus paisajes abigarrados donde chimeneas y viviendas compartían espacio. Sin embargo, el transporte urbano e interurbano, el tranvía y el ferrocarril, facilitaron grandes traslados, mucho más rápidos, baratos y masivos, de manera que las gentes, con recursos o sin ellos, pudieron optar por residir en zonas alejadas de su trabajo, por desplazarse por motivos de ocio, de turismo o de cultura, y propiciaron la extensión de los mercados o la circulación de la prensa, de las noticias y de las ideas. El ferrocarril de la margen izquierda de la Ría, por ejemplo, desplazó en 1902 más de 2.300.000 pasajeros, más de un millón la línea entre Bilbao y Las Arenas, en la margen derecha, y más de medio millón la que unía la capital con Durango. En el mismo año, el ferrocarril Madrid-Irún lo tomaron casi 650.000 personas en estaciones de Guipúzcoa y más de 150.000 en las de Alava. El tranvía, por su parte, ya tirado por tracción animal, desde 1876 en Bilbao, ya por tracción eléctrica, desde 1906, movía también a miles de pasajeros. Sólo la línea entre San Sebastián y Rentería registró en el primer semestre de 1916 más de 220.000 viajeros³⁷.

2.2. *El uso del tiempo y el cambio de costumbres*

El desarrollo del sistema de transportes, y muy especialmente del ferrocarril, dio paso a nuevas formas de vida y a un nuevo sentido del tiempo. El cronista Alfaro señala cómo su llegada a Vitoria, en 1864, influyó

³⁷ Novo, P., Tesis doctoral (inédita; en fase de publicación), *Infraestructura ferroviaria y modelo económico del País Vasco (184.5-1910)*, Universidad del País Vasco, 1994, y «Transporte urbano y organización territorial de la aglomeración bilbaína, 1876-1930», en *Bilbao: ciudad y población*, Bilbao, 1995; CAVA, B., *Historia del tranvía urbano en la villa de Bilbao, 1884-19.54*, Bilbao, 1990.

... notablemente en la modificación de las costumbres. El comercio se desarrolló por nuevos derroteros. Numerosos viajeros visitaban constantemente la Ciudad, aportando ideas modernas y despertando curiosidades. (...) Llegaban a diario los periódicos de Madrid y del extranjero, excitando la opinión pública fuera del ámbito foral, ya estrecho para contener las pasiones políticas, que se desbordaban hacia los partidos nacionales...³⁸.

Al reducir la duración de los desplazamientos, el transporte moderno posibilitaba importantes alteraciones de los hábitos y de la organización del tiempo privado. Ello explica en parte el paso de suburbio de temporada a suburbio de residencia permanente, tal y como ocurrió con la burguesía de Bilbao y su instalación en Las Arenas o en Neguri³⁹. Del mismo modo, las capas medias o los trabajadores no se vieron obligados a residir necesariamente cerca de su lugar de trabajo. En realidad, lo que propiciaba el transporte moderno era una homogeneización de los comportamientos que convivía con una individuación (o disponibilidad) de la organización del tiempo. Este efecto cobró mayor entidad cuando apareció y se difundió el transporte individual, el automóvil. El primero llegó a Bilbao a punto de terminar el siglo XIX, y pronto pasó a simbolizar los profundos cambios que se estaban viviendo y, con ellos, los conceptos sobre los que descansaba el nuevo estilo de vida para las clases acomodadas: individualidad frente a la *masa*, distinción social y velocidad⁴⁰. En línea con esos nuevos conceptos estaba el uso y difusión de otro avance tecnológico, el teléfono doméstico, instalado en España en el primer decenio de este siglo, y que pronto colocó a los usuarios de Guipúzcoa y de Vizcaya a la cabeza del país⁴¹.

La velocidad —un concepto distinto del tiempo, en definitiva— se hizo notar en diversas manifestaciones de la vida cotidiana. La agi-

³⁸ ALFARO, T., *Vida de la ciudad de Vitoria*, Madrid, 1951, p. 460.

³⁹ BEASCOECHEA, J. M.^a, *Desarrollo económico y urbanización de la Ría de Bilbao*.

⁴⁰ El número de automóviles que recorrían las calles de San Sebastián dependía del mes que se considerara. Así, en 1916 se señalaban 87 matrículas particulares y 30 de alquiler, pero estas cifras se elevaban en agosto a 378 y 56, respectivamente (MIGICA, S., *Geografía General...*, p. 661). En Vitoria el ritmo de matriculación fue lento: 8 automóviles en 1911, 26 en 1914, 34 en 1916 y 79 en 1928 (Archivo Municipal, secciones 34, 35, 36 y 38). En Bilbao, según el libro de copiadores de la familia Chávarri, había en 1911 unos 226 vehículos matriculados.

⁴¹ Guipúzcoa era la provincia con mayor cantidad de abonados (15 por cada mil habitantes), y Vizcaya (con 10) estaba la cuarta en el *ranking* nacional, después de Barcelona y Madrid (con una *ratio* de 11).

tación del deporte, tanto en su práctica como en su consumo como espectáculo, pasó a desplazar a un ocio contemplativo y de formas contenidas –la lectura, el debate instructivo, la excursión o, incluso, el teatro y las artes–, característico del siglo XIX y tenido por respetable en su confrontación inicial con estos nuevos hábitos ⁴². Los nuevos bienes materiales incorporaron a su vez novedades deportivas a las expresiones más clásicas y populares. Así, en el tránsito entre estos dos siglos se vio también en el País Vasco el surgimiento del ciclismo, del automovilismo, de la vela o, incluso, de los hipódromos ⁴³. Pero, en general, hay que afirmar que lo que se *inventaba* era el propio concepto de deporte ⁴⁴, expresado en la difusión y popularización de estas nuevas prácticas pero también de otras anteriores, como la pelota vasca.

Otra manifestación de esta «inclinación a la velocidad» la constituyó la paulatina irrupción del bar ⁴⁵. La «barra americana», como al principio se denominó a estos establecimientos, se fue consolidando como el ámbito por excelencia de una sociabilidad informal, como escenario característico de un consumo rápido, absolutamente interclasista y dinámico, diferente del quietismo y sosiego típicos del café del XIX. En una línea similar se puede advertir la importación en tor-

⁴² Sería muy interesante conocer más acerca de la pervivencia o no de una institución decimonónica como la tertulia, ya que si bien son de estos dos primeros decenios del siglo XX algunas de las más famosas –vgr. la que se reunía en Bilbao en el café «Lion d'Or»–, ello no obsta para que muchos cronistas señalen cómo en esta época esta costumbre estaba en clara decadencia (por ejemplo, ALFARO, T., *Una ciudad desencantada*, p. 10S).

⁴³ Estas prácticas formaban parte del programa de actos que rodeaba a los balnearios, pero a la vez eran compartidas con otras actividades menos agitadas (billares, juego de *crockett*, pascos, cafés, baños calientes...).

⁴⁴ ALFARO afirma que «en Vitoria hacia 1900 no se hablaba de deportes, y posiblemente ni se empleaba esa palabra. Si se practicaban era sin saberlo, como Mr. Jourdain cuando escribía en prosa sin darse cuenta de lo que era». Líneas atrás había señalado cómo el deporte «contribuyó a un descenso del nivel cultural en la juventud, que apasionada abandonaba los libros para empuñar la raqueta, dar patadas a un balón o montar en bicicleta...»). (*Una ciudad desencantada*, p. 129).

⁴⁵ ALFAHO señala su «aparición») en Vitoria durante la dictadura de Primo de Rivera, y en San Sebastián se registra fiscalmente este fenómeno en 1920, con una cifra de 39 establecimientos, mientras comenzaba a descender la de los cafés. A este respecto, es de notar la observación de ALFAHO de cómo en Vitoria, ya desde comienzos de siglo, los grandes cafés decimonónicos situados en la calle principal, «ya de eapa caída, iban reconvirtiéndose en las surcursales de los bancos más importantes». (*Una ciudad d('sencantada*, p. 1(4).

no a los años veinte de ritmos y bailes estrepitosos, como el *one-stept*, el *two-stept*, el *fox-trot* o, más tarde, el charlestón, lógicamente combatidos por la Iglesia y por la mismísima Moscú⁴⁶. Y no dejaba de ser otro cambio de costumbres en esta misma dirección la siguiente apreciación de Alfaro:

El vivir casero se reducía. Las camillas con brasero dejaban de acoger a la juventud, demasiado inquieta para entretenerse en juegos de prendas o quinielas de lotería familiar, que se lanzaba a la calle a todas horas, a esas calles de creciente movimiento...⁴⁷.

Toda esta alteración y complejización de las costumbres era a su vez expresión de los cambios que se venían produciendo en la estructura socioprofesional de estas sociedades. El incremento en la demanda de servicios, por un lado, y, por otro, la ampliación constante de espacios de intervención por parte del Estado, propiciaron un incremento del número de los profesionales médicos, judiciales, enseñantes, técnicos y, particularmente, de diversas clases de funcionarios públicos. Este segmento social resulta siempre difícil de nominar —¿clases medias?—, mas para lo que interesa en este caso observar su crecimiento es para hacer notar la heterogeneidad de esta sociedad y la complejidad cada vez mayor de su mano de obra, ubicada por ello en estratos de consumo y de identificación social harto diferentes, y abocados a unas necesidades y expectativas encontradas.

Tales cambios estaban inducidos por el avance industrial que vivían las sociedades desarrolladas, en general, y la vasca en nuestro caso, una de cuyas formalizaciones era el impulso de una incipiente sociedad de consumo, que tendía a poner en el mercado un mayor número de productos y de más calidad. Se ponía a la vista del público una mayor gama de artículos, aparejando una revolución tanto del umbral de las necesidades como de las *expectativas* materiales, en un proceso que desde diferentes niveles y con distintas capacida-

⁴⁶ *Heraldo Alavés*, 25 de febrero de 1927. ALFAHO describe perfectamente el impacto de estas modas en una sociedad tan pacata como la vitoriana: «El baile lo iba invadiendo todo, no con aire sencillo y nítidamente acompasado, como antaño, sino satisfaciendo morbosas sensualidades en contactos más apretados, casi directos, con espaldas y senos de blanda turgencia y muslos libres de resguardos». (*Una ciudad desencantada*, p. 397).

⁴⁷ ALFAHO, T., *Una ciudad desencantada*, p. 398.

des adquisitivas afectaba al total de la población ⁴⁸. Era una dinámica global en la que los nuevos *gastos* se iban convirtiendo en *necesidades* ⁴⁹, en el deseo de alcanzar bienes y disfrutes que se aspiraba a que formasen parte de la vida cotidiana, rompiendo los techos de lo que socialmente se había considerado imprescindible. Ello originaba la lógica frustración de las clases populares, incapaces de acceder a buena parte de la oferta, y ese sentimiento se transformaba en demanda y reclamación cuando, además, veía disminuir su nivel de vida. Así sucedió en la coyuntura de la primera guerra mundial, en la que el País Vasco, al igual que otras zonas de España, presenciaron unas cotas de conflictividad laboral desconocidas a causa en buena medida de la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores.

Una muestra de las alteraciones en los modos de vida y de la introducción incipiente de esa sociedad de consumo fue el cambio que se operó durante los años de la Restauración en la dieta nutritiva, con la creciente venta de productos como la carne, la leche y los hortícolas, que respondían a una demanda de mayor calidad. Asimismo, se produjo una paulatina expansión de los centros comerciales, de tiendas especializadas, que fueron sustituyendo como fuentes suministradoras a los mercados y colmados. El análisis de las fuentes fiscales permite observar cómo en el caso de San Sebastián la apertura de estos comercios dedicados a la venta de un género determinado se aceleró en el decenio 1910-1920, reflejando en muchos casos su aparición las demandas de un nuevo tipo que se estaban generando ⁵⁰. Sin embargo, el desarrollo de estos nuevos establecimientos volvía a manifestar la contradicción que se generaba en aquel marco social, que se movía en la ambivalencia de la masividad y de la especialización de la oferta. Y es que no podía ser de otro modo, pues era una sociedad basada en la combinación de la uniformidad y la desigualdad, en la que a la par que se socializaban reglas y hábitos para uso ge-

⁴⁸ «La Revolución industrial y la consiguiente revolución demográfica fueron el trasfondo de la mayor transformación de la historia al revolucionar las “necesidades” y al destruir la autoridad de las expectativas consuetudinarias». THOMPSON, E. P., *Cos-tumbres en común*, Barcelona, 1995, p. 27.

⁴⁹ READ, D., *The use of urban democracy. England, 1868-1914*, Londres, 1994, pp. 391-397.

⁵⁰ En la matrícula industrial de 1920 aparecen centros que comprendían desde la venta de máquinas de escribir o de automóviles hasta tiendas de lunas de espejos, de artículos de viaje, de antigüedades, etcétera.

neral, se afirmaba el componente clasista y jerárquico del orden social.

Como describiera Veblen en un brillante análisis escrito en 1899⁵¹, el consumo era un elemento importante de diferenciación, que tenía su utilidad como demostración de riqueza y como medio para incrementar la reputación⁵². En este sentido, el *consumo ostensible* era un eficaz sistema para establecer las diferencias sociales por parte de las clases altas, añadiendo a su evidente peso social un componente simbólico de poder. Se trataba, en definitiva, de crear estilos de vida *distintos y distintivos*⁵³, en los que se pudiera apreciar la diferencia entre lo elegante y lo vulgar, y, como su proyección, la posición que cada grupo ocupaba en el espectro social.

Ligado a cuanto venimos diciendo, encontramos la relativa extensión del concepto de ocio, que constituía una aspiración que ya no aparecía reservada para las clases socialmente más poderosas. Las clases medias, en especial, en ese afán de emulación a que antes nos hemos referido, descubrieron las posibilidades de un ocio que les podía aproximar a la gran burguesía y tratar de reproducir algunos de sus comportamientos. Ello fructificó, por ejemplo, en el veraneo de San Sebastián, que cobró un considerable auge en aquel periodo no sólo por la presencia de la alta burguesía, sino también por la de las clases medias pudientes⁵⁴. Se vivía una nueva etapa en la que se descubrían las posibilidades de comercialización del tiempo libre, de obtener un beneficio económico de la explotación del ocio. Aparecían nuevos entretenimientos (el cine, el fútbol, el *music-hall*), que rápidamente calaban entre las gentes adquiriendo la categoría de *espectáculos*. El fútbol, por ejemplo, tuvo desde principios de siglo una ra-

⁵¹ VEBLEN, T., *Teoría de la clase ociosa*, 3.ª ed., Mejico, 1963.

⁵² La precaria economía del capitán de infantería que MAHVAID [*La cuestión social en España*, Madrid, 1975 (reed.), pp. 66-68] ponía como ejemplo de la condición de vida de las clases medias, debía por fuerza que soportar el gasto de una criada de «12 pesetas 50».

⁵³ BOIHEDIEIL, P., *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, 1991, p. 99.

⁵⁴ Véanse los artículos de A. R. BONNAT en la revista gráfica *Novedades* (27 de junio y 1 de agosto de 1909). Se relata en estos artículos ese nuevo deseo de una familia de clase media madrileña de ir a la playa de San Sebastián en lugar del tradicional Villanueva de los Zates, así como las dificultades económicas que tal empresa supone. Asimismo, se cuenta cómo el traslado a San Sebastián en ferrocarril se realizaba utilizando un *billete de recreo*, que al parecer era más barato, residiendo durante su estancia en una fonda.

pidísima penetración en la sociedad, que fue paralela a su traslado de los recintos abiertos a campos cerrados en los que debía abonarse una cantidad para acceder a ellos ⁵⁵.

La aparición de esta nueva concepción del ocio obligó a hacer esfuerzos para que los trabajadores, en particular, interiorizaran la diferencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de esparcimiento. Como comentaremos, ese capitalismo industrial de masas necesitaba todavía más de trabajadores diligentes, para lo que era preciso que no confundieran esos dos tiempos y que estuvieran concienciados de la exigencia de proporcionar un adecuado rendimiento en el horario de trabajo. Por otra parte, las características en que se desarrollaba el ocio reflejaban, como no podía ser menos, la divisoria clasista de la sociedad. Su práctica adoptó contenidos distintos según la pertenencia social de los sujetos, y en tanto los estratos medios y altos tenían sus clubes y organizaban sus fiestas, los trabajadores tenían otros lugares de encuentro y relación, JJeveándose la palma en este sentido las tabernas y los bailes ⁵⁶. No obstante, dado que en muchos de los espectáculos organizados (teatro, campos de fútbol) se daba la confluencia y amalgama de gentes, en tales recintos se reforzaba o se adoptaba una disposición interna más o menos segregada, con la que se pretendería separar a unos grupos de otros ⁵⁷.

Toda esta serie de fenómenos venían acompañados por el desarrollo de un nuevo tipo de cultura que encontraba su destinatario en las gentes en general, ensanchándose el mismo concepto de cultura, que ya no se restringía a un público selecto ⁵⁸. La paulatina intercomunicación y, sobre todo, la centralidad del mercado, que afirmaba su papel preeminente, incidía también en el terreno cultural, dando lu-

⁵⁵ La inauguración de los campos de Atocha y San Mamés se produjo en el mismo año, 1913.

⁵⁶ «Los bailes constituyen, sin disputa, la diversión más frecuentada por el obrero y también la que ejerce más pernicioso influjo en su condición (...). El teatro es caro, y, por lo tanto, es relativamente exiguo el número de obreros que a él concurren. (...) A los cafés de segundo orden concurren bastantes artesanos y obreros mecánicos de aquellos que ganan jornales más crecidos. Las tabernas no bajan de 160 a 170, sostenidas casi exclusivamente por artesanos, braceros y campesinos.» COMISIÓN DE REFORMAS SOCIALES, *Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, tomo V, Madrid, 1985 (reed.), pp. 603-604.

⁵⁷ Véase lo que dice a este respecto ALFARO, T., *Una ciudad descencantada...*, p.179.

⁵⁸ La reacciones que esto originaba entre los intelectuales, en el libro citado de CAREY, J., *The intellectuall and...*

gar a un tipo de manifestaciones que eran seguidas por un número creciente de personas. Cobraba auge desde principios de siglo la cultura de evasión, con nuevas expresiones como el cine, que comenzaba a competir ventajosamente con el teatro⁵⁹, amoldándose determinados espectáculos artísticos a los gustos del público con objeto de obtener un beneficio⁶⁰. La prensa adquiría una gran difusión, aumentando notablemente la tirada de los periódicos⁶¹, a la par que se ampliaba el mismo concepto de noticia, dando entrada los periódicos a temas de variado género que tenían que ver con la cotidianidad de las gentes.

Esta extensión del área de influencia de la prensa incidió en la creación de estados de opinión, así como en la homogeneización de los comportamientos de las gentes mediante la socialización de pautas que devenían en comunes⁶². En este sentido, la publicidad, que tuvo un formidable desarrollo como nueva técnica de promoción desde principios de siglo, fue un poderoso instrumento cara a *naturalizar* determinados comportamientos y a *reflejar*, a la par que divulgar, papeles asignados a grupos o géneros. Así, por ejemplo, como contrapunto al mayor protagonismo social de la mujer, la publicidad actuaba fomentando una categorización de lo femenino en la que se otorgaba a la mujer un papel subordinado⁶³.

⁵⁹ «Una distinguida personalidad de San Sebastián preguntaba ayer al empresario del Teatro Victoria Eugenia: "¿cuándo piensa usted traer Compañía?". Y el señor Ferreirós contestó: "Cuando dejen ustedes de venir al cine". Y ahí está el secreto. No hay empresario que se arriesgue a traer una Compañía. De modo que mientras dure la fiebre cinematográfica, ¡ustedes perdonen, señores!». *La Voz de Guipúzcoa*, marzo de 1915, citado en SADA, J. M., *Cinematógrafos donostiarras*, San Sebastián, 1991, p. 65.

⁶⁰ SALAÜN, y S., ROBIN, C., «Artes y espectáculos: tradición y renovación.. en 1900 en España», Madrid, 1991, pp. 132 y ss.

⁶¹ Se estimaba que el periódico bilbaíno *La Gaceta del Norte* tenía en 1913 una tirada de 20.000 ejemplares, por 17.000 *El Liberal*. Datos extraídos del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, *Estadística de La prensa periódica de España de 1913*, Madrid, 1914.

⁶² El sociólogo conservador francés J. VALDOIR en el informe que hace, en 1913, de los trabajadores vizcaínos señala la implantación de la prensa y la lectura colectiva que se haga de ella. *L'ouvrier espagnol. Observations vecues*, vol. II, Lille, 1919, p. 325.

⁶³ Se insertaban anuncios destinados a «las mujeres hermosas (que) tienen, como es natural, el deseo (y el deber) de evitar en lo posible los perjuicios que la vida moderna ocasionan a la salud y a la belleza». (*El Liberal*, 19 de noviembre de 1911).

Es lógico pensar que todos esos cambios en la cotidianidad social afectarían a la cotidianidad política⁶⁴. Efectivamente, la irrupción de las masas en el terreno social obligó o simplemente instituyó importantes modificaciones en las formas políticas que, progresivamente, acabarían por configurar la «política de masas». El punto de partida de ese proceso bien puede localizarse en el establecimiento del sufragio universal masculino, que incrementó notablemente el número de los sujetos capacitados plenamente para esa función. Ello proporcionó la ocasión para que los grupos políticos de base popular -carlistas y republicanos y nacionalistas vascos y socialistas, en el ámbito vasco- consolidaran su presencia o pudieran irrumpir con fuerza en el ámbito político y en las esferas de poder institucional (ayuntamientos, diputaciones y representación en Cortes)⁶⁵. A la vez, forzó a un reciclaje en esa dirección a los viejos partidos de notables del siglo XIX, con resultados diversos, e incorporó nuevas formas a la práctica política, en un sentido democrático. Así, las formaciones políticas pasaron a identificarse con determinados grupos sociales, más que con la sociedad en su conjunto; o mejor, procedieron a soportarse en el arraigo de intereses definidos y a desarrollar actuaciones paralelas a la política institucional (movilizaciones, creación de espacios de sociabilidad grupal -círculos, casas del pueblo, *batzokis...* -, celebraciones y ritos...). A la vez, las prácticas políticas internas y externas se hicieron más democráticas, con elecciones de los candidatos en el seno de los partidos y entre sus socios, con la definición del programa, con la presentación de «ofertas y balances de cuentas» a los electores, con mítines informativos y manifestaciones de apoyo, con disposición de agentes para el control de los procesos electorales, etcétera. La misma compra del voto llegó a considerarse -eso sí, cínicamente- como un reconocimiento a la soberanía de los electores⁶⁶.

⁶⁴ Lo que sigue es un simple apunte a un trabajo más general que en esta línea venimos desarrollando.

⁶⁵ CASTELL S, L., y RIVERA, A., "Nuevas ideologías (1876-1931)", *Gran Atlas Histórico del Mundo Vasco*, Bilbao, 1994, pp. 321-336.

⁶⁶ «... si es indigno el ir a comprar la conciencia del elector con un puñado de billetes de banco, se reconoce al menos con este acto el derecho al elector; se perturba, sí, su conciencia, se le hace violar el imperativo de sus convicciones, pero al mismo tiempo se rinde pleitesía a su autonomía». Semejantes palabras fueron dichas en el Congreso por el diputado Díaz Aguado, en mayo de 1907 (recogido en RIVERA, A., *La ciudad levítica*, p. 103).

2.3. El nuevo tiempo industrial

En un estudio acerca de la vida cotidiana no puede perderse de vista la importancia del trabajo y del tiempo que se pasa en el trabajo. Más cuando la percepción y definición de este tiempo fueron alteradas en beneficio de una disciplina industrial cuyo objetivo no era otro que el de lograr una mayor eficiencia de la mano de obra con objeto de asegurar rendimientos más altos a las inversiones de capital. En esa dirección, los esfuerzos fueron encaminados a acostumar a los trabajadores a las normas y ritmos de producción que iba generando ese desarrollo industrial, ¹⁰ que pasaba por lograr su asistencia regular al trabajo, fijar y hacer cumplir el horario, así como obtener una mayor productividad del tiempo laboral. Estas directrices generales tomaron una forma distinta según los contextos y estructuras productivas, de manera que dependiendo de los lugares se hubo de poner más énfasis en unos factores u otros ⁶⁷. Uno de esos lugares fueron las minas vizcaínas, que conocieron en el último tercio del XIX y principios del XX un auge espectacular, llegando a reunir del orden de los 13.000 trabajadores. Aquí, los conflictos entre capataces y mineros a causa de las ausencias al trabajo o por no respetar la jornada laboral fueron constantes. Las características de este trabajo y el hecho de que éste no exigiera una cualificación previa, propiciaban la presencia de un trabajador poco acostumbrado a la disciplina industrial. De ahí que los choques fueran moneda corriente, tratando la patronal por todos los medios de romper la resistencia al trabajo y la apatía laboral, manifestada en múltiples formas que iban desde el absentismo a los retrasos en el comienzo de la jornada ⁶⁸.

(? Ver al respecto CASTELLAS, L., «Adaptación y respuestas de los trabajadores al desarrollo del capitalismo. Estudio de dos zonas del País Vasco: Eibar y las minas vizcaínas, 1880-1920», *Los trabajadores en el País Vasco* (1876-1923), Madrid, 1993, pp. 171-253.

⁶⁸ Entre los muchos testimonios que pueden localizarse en el periódico socialista *La Lucha de Clases*, sirvan estas citas como muestra de la diferente percepción de las obligaciones del trabajo: «Por haberme quedado yo dos días en casa, en vista de que hacía mal tiempo, me dijo [el capataz; N. de los A.] cuando me presenté después en el trabajo que volviera a descansar, es decir, que estaba de más allá» (28 de diciembre de 19(1). Tres años más tarde nos encontramos con un tipo de relato similar: «Debido al mal tiempo [el trabajo era a cielo abierto; N. de los A.] y so pena de coger todos los días una mojadura, se ven los obreros en la imprescindible necesidad de ¹¹⁰ acudir

Pero no era éste un problema exclusivo de un escenario tan conflictivo como el de las minas. De hecho, en una ciudad-taller tan característica como era la guipuzcoana Eibar, donde existía una fuerte tradición artesanal, también hubo que educar al trabajador en las pautas del capitalismo industrial y regular su tiempo de ocio. Más en concreto, hubo que erradicar de entre los hábitos de los obreros eibarreses un particular *San Lunes*, consistente en no trabajar dicho día de la semana o en hacerlo deficientemente ⁶⁹. A pesar de los esfuerzos, la costumbre no logró erradicarse hasta ya comenzado este siglo.

Pero en todo tipo de lugares y circunstancias, y para que el sistema industrial lograra una mayor eficacia, se impuso el poder de la disciplina, un poder capaz de «educar» a la nueva generación de proletarios en unos métodos de trabajo que para ellos aparecían como desacostumbrados ⁷⁰. Los capataces desempeñaron una función primordial en esta labor, en tanto que encargados de que el trabajador hiciera su labor a buen ritmo y con buen aprovechamiento, a la vez que responsables del orden dentro del establecimiento. La centralidad de su labor motivaba que por parte de la empresa se les rodeara de una fuerte autoridad, de un plus de autoridad simbólica que hiciera de ellos una figura respetada y temida, llegando a preferir antes los conflictos con los trabajadores que desautorizar a los capataces y erosionar su imagen ⁷¹.

al trabajo, por no exponerse a una enfermedad que los inutilice o lleve a la sepultura. (o..) Y al que se descuida en quedarse en casa, siquiera para secarse o reponerse algún tanto (...), a ése se le despidе ignominiosamente» (27 de febrero de 19(4).

(c) «No trabajar los lunes o mal trabajar ese primer día de la semana, jugando al escondite entre el taller y la taberna, curándose de los excesos del día anterior, de lo que en el argot local se denominaba "el aje" y sigue a aquellos excesos, era casi una institución. Y cuando el lunes corría la noticia de algún partido de pelota, de una prueba de bueyes, o de una pelea de carneros o de cualquier apuesta más o menos bárbara o estrambótica a que el pueblo era dado, la gente abandonaba los talleres con la más completa unanimidad, satisfecha de tener un pretexto confesable para hacerlo a las claras. Y esto ocurría casi todos los lunes y holgaba el aviso delregonero.)) ECHERRÍA, T., *Viaje por el país de los recuerdos*, San Sebastián, 1990 (reed.), p.67.

⁷⁰ Este hecho había sido denunciado por MARX en aquel conocido pasaje de *El Capital* que dice: «La principal dificultad en la fábrica automática está en conseguir la necesaria disciplina que haga renunciar a los hombres a sus hábitos de irregularidad respecto al trabajo y que los identifique con la gran regularidad del gran automática. (oo) Aún hoy día (...) es casi imposible hallar entre los obreros que han pasado de la edad de la pubertad auxiliares adecuados para el sistema automático.))

⁷¹ A este respecto, ASOCIACIÓN DE MINEHOS DE VIZCAYA, *El trabajo en las minas de Vizcaya*, Bilbao, 1907, p. 8.

El otro procedimiento disciplinario vino marcado por los reglamentos de fábrica ⁷², que fijaban las normas a que debían someterse los trabajadores. Un ejemplo de ellos era el que regía en 1900 en una fábrica de tejidos de lino de Rentería. En sus diferentes artículos se señalaba el tipo de trato que había de darse a los capataces («ha de guardarse la debida consideración a los contra maestros, que son sus inmediatos superiores»), el cuidado que había de ponerse en el producto que se elaboraba («el que por negligencia o abandono produzca un trabajo imperfecto, sufrirá un descuento proporcionado»), la necesidad de mantener una postura diligente en el puesto de trabajo [«igualmente se prohíbe fumar, cantar, dar gritos (...), y separarse del telar o punto donde cada cual tenga su trabajo»], así como, obviamente, el firme rechazo a posturas que pudieran ser interpretadas como conflictivas [«el obrero que se muestre díscolo o pendenciero, el que desobedeciera o censurase las órdenes que se le den (...), será apercibido y, si reincide en la falta, expulsado»] ⁷³.

Pero la labor de aculturación del trabajador no se ceñía al ámbito de la empresa. A la vez se pusieron en acción mecanismos instructivos a través de los que se buscaba que los operarios interiorizaran unos códigos morales y de conducta que les hicieran llevar una vida reglada, elemento esencial para lograr un trabajo productivo. De ahí la importancia que se daba desde los ámbitos más conservadores y por parte de los patrones a que los trabajadores cumplieren con las normas morales convencionales (matrimonio, bautizos, etcétera), huyeran de los vicios (bebida, juego, prostitución) o asumieran la virtud del ahorro ⁷⁴.

Con semejante estrategia se invadía el espacio de lo privado, buscando la regulación y el control de los ámbitos informales de las re-

⁷² De estos reglamentos también habla MARX en el texto referido en la nota 70: «El código de fábrica en que el capital formula su autocracia sobre el obrero por propia ley privada y despóticamente (...), es sólo la caricatura capitalista de la regulación social del proceso del trabajo, que se convierte en necesaria al implantarse la cooperación en grande escala y el empleo de medios de trabajo comunes, especialmente la maquinaria.» En todo caso, ha de tenerse en cuenta que el reglamento de fábrica redactado por el patrón supuso una limitación de su autoridad, ya que ésta, al no tener anteriormente siquiera un referente escrito, era absolutamente omnímoda.

⁷³ El reglamento pertenece a la fábrica de Tejidos de Lino de los Sres. Salvador Echeverría y Cía.

⁷⁴ Sobre las resistencias populares en la vida cotidiana y el no ahorro, por ejemplo, los estudios de la corriente *Alltagsgeschichte* alemana.

laciones sociales. Habida cuenta de que el orden social no se limita al discurrir ordenado y reglamentado, era necesario proyectar la «vigilancia» hacia los espacios que escapaban al dominio de la empresa, haciendo presentes —e interiorizando— determinados hábitos en la vida cotidiana del trabajador⁷⁵. En este contexto adquiere sentido la medida adoptada por patronos de la localidad guipuzcoana de Azcoitia que, por los años de la Restauración, sancionaban económicamente a sus operarios si tenían conocimiento de que habían transgredido un determinado código moral, como en este caso era bailar al *agarraD*. Igualmente, en este plano encajaba el propósito de los empresarios tanto de obstaculizar la consolidación de unas prácticas culturales propias de los trabajadores⁷⁶, como de propiciar el arraigo del clero y con él de un tipo de doctrina que predicaba la integración sumisa del pobre. Así, se podían escuchar invocaciones como la que sigue:

Para mantener el equilibrio necesario a toda sociedad, hizo Dios a los pobres y a los ricos. A éstos les dio las riquezas y los peligros; a aquéllos la pobreza y las tentaciones; pero a los unos les dio la caridad como salvaguardia, y a los otros, la resignación como escudo⁷⁷.

Con unos objetivos distintos, los socialistas coincidían en ese ataque a las prácticas consideradas como disolventes y pecaminosas, desarrollando una intensísima campaña para alejar a los trabajadores de las tabernas, la bebida y de todo aquello considerado como *vicio*, conminándoles, por contra, a llevar una vida sana y familiar. Primaba entre los socialistas —como participantes de una cultura proveniente de la tradición artesanal— un acusado sentido de la *respectabilidad*⁷³, que les llevaba también a promocionar valores como el de

⁷⁵ WOLF, M., *Sociologías...*, p. 86. La intención última de esta estrategia no pasó inadvertida por parte de los trabajadores, que sospechaban que las escuelas levantadas por sus patronos, «más que a difundir la instrucción (...) tienden a perpetuar la resignación, la sumisión, la humildad y la disciplina». (LA COMISIÓN DE HUELGA, *Huelga de los mineros de Jizcaya*, Bilbao, 1911, pp. 161-162).

⁷⁶ *La Lucha de Clases* del 17 de mayo de 1902 denuncia el despido de dos mineros por promover un entierro civil.

⁷⁷ *Heraldo Alavés*, 21 de agosto de 1919. Recogido en RIVERA, A., *Situación y comportamiento de la clase obrera en Jitoria (1900-1915)*, Bilbao, 1985, p. 111.

⁷⁸ Heferido a la clase obrera británica, véase este concepto en THOMPSON, F. M. L., *The rise of respectable society. A social history of victorian britain, 1880-1900*, Fontana Press, Londres, 1988.

Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales

un estilo de vida ordenado y en el seno de la familia, el esforzarse y cumplir en el trabajo, etcétera. Los socialistas contribuirían, en ese sentido, a integrar a los trabajadores en la sociedad —lo que no quiere decir que ayudaran a integrarles ideológicamente en el capitalismo—, arremetiendo contra las malas costumbres y extendiendo una noción disciplinada de la vida, en la que lo formal y regulado debía de someter a lo transgresor y desviado.

La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo

Pilar Folguera

Recuperar lo cotidiano, reconstruir la vida privada de hombres y mujeres durante un corto período de la vida española, los años que transcurren desde la finalización de la guerra civil hasta principios de los años cincuenta en un espacio como Madrid es el objetivo de nuestro artículo. Para ello hemos utilizado las escasas fuentes que pueden manejarse para estudiar el mundo de lo privado: la prensa diaria y fuentes estadísticas, fuentes de relativo valor en estos casos, la literatura de la época, en este caso novelas como *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos o *La Colmena* de Camilo José Cela¹ han sido especialmente valiosas para analizar los espacios donde transcurre la cotidianidad de la población madrileña. En la búsqueda de otra fuentes, nos ha parecido indispensable la utilización de fuentes orales, en este caso hemos recurrido a un proyecto, realizado durante los años 1989-92 sobre cambio social², sin que por ello debamos dejar de mencionar las fuentes gráficas como la pintura y las imágenes publicitarias de la prensa periódica.

Aunque el tema de este trabajo se refiere básicamente a diversos aspectos de la vida privada de la población madrileña, es inevitable la referencia a los hechos políticos clave que se produjeron tras la con-

CELA, C. J., *La colmena*, ed. de 1990, Madrid; MAHT/N SANTOS, L., *Tiempo de silencio*, ed. de 1991, Barcelona.

² FOLGUERA, P., «Relaciones privadas y cambio social. 1940-1970», en FOLGUERA, P. (ed.), *Otras visiones de España*, Madrid, 1993.

tienda. En efecto, después de la finalización de la guerra civil, la justicia franquista inició una acción represiva, bien a través de los Consejos de Guerra de los Tribunales de Justicia Militar, bien a partir de los Tribunales Regionales de Responsabilidades Políticas³. En Madrid se vivió especialmente ese clima convulso de represión, muerte, torturas, «paseos», «diligencias» y encarcelamientos. No en vano la ciudad había resistido durante toda la guerra y se había constituido en todo el mundo como el símbolo de la resistencia contra el fascismo.

Concluida la guerra, la ciudad, a pesar de las consignas franquistas que aseguraban que nada debían temer los que no estuvieran implicados en delitos de sangre, se vio envuelta en una oleada de represión. La población vivía constantemente atemorizada por el miedo a las denuncias. Estas podían ser anónimas y no se necesitaban pruebas previas para ser tramitadas, lo que sometía a la población vencida a la constante amenaza de ser denunciados por sus propios vecinos, porteros e incluso amigos que podían obtener algunas prendas a cambio.

Las cárceles constituían otra seria amenaza para la población vencida. Ventas, Porlier, Torrijos, Yaserías, Atocha entre otras, albergaban a una población reclusa de más de 50.000 personas. En ellas, el hambre, el hacinamiento, los malos tratos, formaban parte de la vida cotidiana. La Cárcel de Ventas concretamente, construida para quinientas mujeres, tenía en 1940 una población total de seis mil reclusas obligadas a vivir en condiciones lamentables.

Transcurridos los primeros meses existía entre la población la necesidad de restaurar la normalidad. Tiendas, espectáculos, organismos oficiales abrieron sus puertas a los atemorizados ciudadanos que deben afrontar numerosas dificultades: búsqueda de familiares, recuperación de sus hogares y propiedades y sin duda la necesidad de resolver en el día a día el grave problema del avituallamiento.

³ REIG TAPIA, A., «Prisionero del fascismo: vida interior, angustias y esperanzas del preso político, 1936-1945», en FOLCHIERA, P., *Otras visiones de España*, cit. en nota 2.

1. La dinámica de la población

Tras la finalización de la guerra, la población madrileña debió enfrentarse a la necesidad de reconstruir la ciudad que había sido asediada durante casi tres años desde diferentes frentes. Pero no sólo debían afrontarse daños materiales, la población, las familias sufrieron pérdidas por los años de guerra, las enfermedades, la huida hacia otras ciudades no amenazadas por la guerra y la reclusión por razones políticas en las cárceles madrileñas.

A pesar de estos factores la población madrileña crece de forma moderada durante la década de los treinta:

I. La población de Madrid

	Madrid	Provincia
1930	. 1.137.943	1.383.951
1940	. 1.326.674	1.579.793
1950	. 1.645.215	1.926.311
1960	. 2.259.931	2.606.254

Informe sociológico sobre la situación social de Madrid. Foesa, 1967. Heseña estadística. INE, 1975. Elaboración propia.

y en lo que se refiere a la distribución por sexos:

II. Distribución por sexos

	Varones	Mujeres
1930	. 655.067	728.884
1940	. 737.559	842.234
1950	. 896.173	1.030.138
1960	. 1.232.373	1.373.881

Heseña estadística. INE, 1975.

es evidente que existía un excedente de población femenina, debido sin duda a la mayor mortalidad masculina durante los años de la guerra y el indudable polo de atracción que suponía Madrid para la población femenina, que podía, incluso en los años inmediatamente

posteriores a la guerra civil, absorber mano de obra femenina, especialmente en el sector del trabajo doméstico.

La población madrileña creció de forma evidente hasta duplicarse en prácticamente treinta años. Este crecimiento se debe a la combinación de dos factores: el crecimiento vegetativo y el saldo migratorio. En 10 que se refiere al primer factor, se produjo un bache durante la década 1931-1940 de 19.345 habitantes hasta alcanzar 90.213 habitantes durante el período 1941-1950 y 220.826 habitantes para el período 1951-1960 ⁴.

Es importante, no obstante, analizar brevemente los factores que influyen a su vez en el crecimiento vegetativo: la natalidad y la mortalidad. En Madrid, durante el período 1920-1950 la natalidad disminuyó de forma constante, a pesar del discurso oficial pronatalista, pero la mortalidad disminuye a un ritmo mayor que la anterior, de forma que el crecimiento vegetativo es netamente positivo, a excepción de los años de la guerra civil en los que la mortalidad creció de forma evidente:

III. Tasas de natalidad y mortalidad de Madrid capital

		Natalidad	Mortalidad	Crecimiento
1930	.	23.81	15.71	+ 8.10
1935	.	21.96	15.74	+ 5.95
36	.	21.38	22.69	1.31
37	.	16.16	23.06	6.90
38	.	15.34	22.24	6.90
39	.	11.95	24.39	-12.42
1940	.	24.71	17.21	+ 7.50
1945	.	20.59	11.56	+ 9.03
1950	.	17.44	9.61	+ 7.83
1955	.	20.50	8.20	+12.;30
1960	.	26.24	8.35	+17.89

Reseña estadística de la provincia de Madrid. INE. Madrid, 1958. Informe Foessa. Madrid, 1970. Elaboración propia.

Madrid se sitúa sin duda dentro de las zonas de más baja natalidad de España. Los demógrafos de la época 10 atribuían a factores ecológicos, esto es, al carácter urbano de Madrid, pero también con-

⁴ Informe sociológico sobre la situación social de Madrid, FOESSA, Madrid, 1967.

sideraban que eran importantes los factores culturales y económicos e incluso se admitía públicamente la utilización de «prácticas anti-concepcionistas» que a juicio de los demógrafos «han penetrado y van extendiéndose en nuestro país cada vez más intensamente, si bien, al igual que el aborto, es ilegal y castigado por tanto el aborto voluntario»⁵.

Otro aspecto que debe tenerse en cuenta, cuando se analiza la población madrileña, es el proceso migratorio que sufre la capital durante estos años, pero muy especialmente durante el período de los años cuarenta a los sesenta:

IV. Saldo Migratorio intercensal de Madrid capital

1911-20	.	180.097	2,7 %
1921-30	.	240.002	2,8 %
1931-40	.	169.386	1,4 %
1941-50	.	228.328	1,7 %
1951-60	.	393.890	2,5 %

Informe sociológico sobre la situación social de Madrid. Foesa. Madrid, 1967. Elaboración propia.

10 que nos lleva a la conclusión que Madrid ejercía una fuerte atracción sobre la población española, especialmente entre la población joven y soltera que buscaba en la capital nuevas oportunidades profesionales y nuevas opciones vitales.

2. Los espacios de la vida cotidiana

El crecimiento demográfico en Madrid se produce de forma paralela al incremento en el número de viviendas que se construyen durante estos años. En el caso del Centro se mantiene después de la guerra el trazado irregular de las manzanas, con alta densidad de viviendas, así como la ausencia de espacios libres en su interior, por lo que los edificios se prolongan en profundidad y tienen formas más o

⁵ AYUSO OREJANA, M., «La fecundidad de la mujer en España. Según el Censo de Población de 1950», *Estadística Española. Revista del Instituto Nacional de Estadística*, núm. 6, 1960.

menos irregulares y fachadas reducidas. En el Ensanche se construyen edificios con patios de manzana, aunque durante estos años, al poderse edificar en profundidad aparecen, especialmente a partir de los años cuarenta, las viviendas interiores sin salida al exterior⁶.

La población inmigrante se instaló fundamentalmente en el Extrarradio y en los asentamientos que se crean a lo largo de los ejes radiales que salen de Madrid. Tal es el caso de la prolongación de Bravo Murillo (antigua carretera de Francia), Canillejas o la de la carretera de Valencia (pueblo y barrio de Vallecas).

Acabada la guerra, la intervención urbanística del Estado comenzó a preocuparse por la reconstrucción de los espacios destruidos por el conflicto bélico. En 1939 se crea la *Junta de Reconstrucción de Madrid* que en dos años redactó el Plan General de Ordenación de Madrid, siendo aprobado en 1946, con la intención de propiciar a la capital una nueva fisonomía⁷. A partir de entonces, la intervención oficial en materia de vivienda se orientó hacia la necesidad de reconstruir las zonas devastadas durante la contienda, especialmente los barrios de la derecha del río Manzanares (Carretera de Extremadura, Puente de Toledo y Usera), Estación del Norte y Entrevías. Además, la actuación del Estado se traduce en estos años en intentar solucionar el problema de los suburbios, propiciando una ordenación espacial y la dotación de los servicios necesarios.

Se construyen para las clases más modestas casas con un marcado carácter rural. Se trata de viviendas unifamiliares de una o dos plantas, pero también se construyen bloques destinados a «habitantes de superior condición social», ya que a juicio de las autoridades «esta clase social elevará con su ejemplo las costumbres y la manera de vivir de los menesterosos de otros tiempos y procurará conseguir una verdadera hermandad cristiana entre las diferentes clases sociales, que necesariamente siempre han de existir»⁸.

De esta forma en los primeros años la *Junta de Reconstrucción y la Obra Sindical del Hogar*, dependiente de Sindicatos y del Ministerio de Gobernación, y posteriormente el Instituto Nacional de la Vivienda, acometieron la construcción de nuevas viviendas. A partir de

⁶ BRANDIS, M. D., *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, 1983, p. 188.

⁷ BICADOR, P., "El desarrollo urbanístico de Madrid", en *Madrid 1964*, Madrid, 1964, pp. 81-103.

⁸ «Bloque de viviendas de renta reducida de Carabanchel Bajo», *Reconstrucción*, núm. 62, Madrid, 1946, p. 133.

1957, el recién creado Ministerio de la Vivienda llevaría a cabo casi en su totalidad la construcción de viviendas para la numerosa población que se instalaba en estos años en las ciudades. Se trataba en este caso, bien de casas de promoción oficial, cuyas superficies medias oscilaban entre 59 y 72 metros, bien casas de protección oficial, de las que en muchos casos se aprovechaban las capas medias de la sociedad, o bien casas denominadas como viviendas libres, construidas sobre todo en la zona del Ensanche y la Castellana y en las que se utilizaban estándares de lujo, con superficies medias de 150 y 200 metros⁹.

«En principio el muro de la vida privada rodea al universo doméstico, al de la familia, al de la vida en común»¹⁰. Esta afirmación puede aplicarse también para el caso que nos interesa, ese Madrid que pugna por reconstruir sus edificios, sus calles, sus viviendas, al tiempo que la población intenta recomponer su maltrecha vida familiar y personal en un momento en el que la política impregna todas las facetas de la vida diaria.

La represión se encuentra presente de forma constante en la vida diaria de la población madrileña y trasciende más allá de las fronteras de lo público, a los hogares de miles de madrileños que sufren la continua amenaza de la actuación indiscriminada del estado franquista sobre sus vidas. Así nos lo refiere Juana Doña cuando recuerda aquellos años:

Los perseguidos que no podían escapar al monte se escondían en los sitios más inverosímiles; muchos eran descubiertos por las continuas «razias» llevadas a cabo barriada por barriada, casa por casa. El terror dominaba la calle, la ciudad era una inmensa ratonera. Era una búsqueda sistematizada, incesante, hecha con saña, con método, pensando que tenían mucho tiempo para exprimir, estrujar, machacar. Las familias que se decidían a guardar algún perseguido no resistían por mucho tiempo la tensión nerviosa, y el terror de ver su casa como «casa franca» podía a veces más que la solidaridad. Cuando una «casa franca» era descubierta, se llevaban a todos los que la habitaban, desde los niños hasta los viejos¹¹.

⁹ LEIHA, E., Y otros, «Madrid, cuarenta años de crecimiento urbano», *Ciudad y Territorio*, Madrid, 1976, pp. 43-66.

¹⁰ PHOS¹, A., «Fronteras y espacios de lo privado», en ARTIS, Ph., y DUBY, G. (dir.), *Historia de la vida privada. De la Primera Guerra Mundial a nuestros días*, Madrid, 1989.

¹¹ DOÑA JIMÉNEZ, J., *Desde la noche y la niebla. Mujeres en las cárceles franquistas*, Madrid, 1978, p. 82.

Tras las hostilidades, al pasar las semanas y meses, el deseo de volver a la normalidad constituyó el común denominador de la mayoría de la población madrileña. Los quehaceres de la vida diaria y la necesidad de recuperar el hogar abandonado, en muchos casos ocupado por «razones de guerra» marcaron esos meses. A finales del mes de abril de 1939, los signos de la vida colectiva, del tejer de 10 cotidiano se van normalizando poco a poco. Las tiendas comienzan a abrir tímidamente sus puertas, después de proclamarse la desaparición de todo tipo de racionamiento. Se regularizó la venta de artículos de primera necesidad como el aceite y la carne, al tiempo que se advertía sobre la obligación de mantener los precios vigentes el 18 de julio de 1936. Pero la necesidad de repartir los escasos víveres disponibles obligó a tomar medidas restrictivas, por 10 que dos meses después de la guerra las cartillas de racionamiento reaparecieron. A partir de entonces, comenzaron a aparecer los primeros síntomas de lo que sería la tónica durante casi una década: el acaparamiento por parte de unos pocos de alimentos y productos de primera necesidad y su posterior venta a precios muy superiores a los tasados, lo que el común de la población conocía como *straperlo*, 10 que permitió el rápido enriquecimiento de unos pocos, mientras que la mayoría de la población madrileña sufría el hambre y la escasez de lo más necesario. A partir de entonces se declararon como artículos racionados los alimentos de primera necesidad: carne, tocino, huevos, mantequilla, patatas, lentejas, alubias y un largo etcétera, mientras que se consideraban de venta libre la leche, los mariscos, la fruta fresca, las ensaladas, la malta y la achicoria.

Al mismo tiempo, en ese intento de normalización de la vida diaria, los espacios públicos, cines, teatros, cafés comenzaron a poblarse de ciudadanos que de forma obligatoria debían incorporarse al comienzo de todo tipo de espectáculo e iniciar con el brazo en alto y los saludos habituales: ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Arriba España! ¡España, Una, Grande y Libre!

En una España todavía escindida entre vencedores y vencidos y en la que la guerra civil no había hecho sino agudizar las diferencias sociales y las relaciones jerárquicas de género, no puede describirse la vida cotidiana de la población como algo homogéneo, sino que necesariamente deben establecerse distinciones entre las diferentes clases sociales y las diferentes ideologías de sus componentes. En este

sentido, la ausencia de fuentes nos obliga a recurrir a fuentes orales o las fuentes literarias que se encuentran a nuestro alcance.

Los recuerdos que nos transmiten los informantes hacen referencia a una España negra, en la que la lucha por la supervivencia empañaba cualquier otra perspectiva de futuro. «Recuerdo que cuando salí de la cárcel estaba enferma y no tenía trabajo»¹², señala una de nuestras informantes y en este mismo sentido desgrana sus recuerdos R. D.:

Entonces mi padre en cuanto llegó, le detuvieron, le llevaron a los calabozos de la Puerta del Sol, donde estaba todo tan lleno, tan lleno, que no podían ni siquiera sentarse. Entonces yo logré localizarle y decir que mi padre estaba enfermo y que no podía estar en esas condiciones porque pasaban los días y aquello era espantoso...¹³.

y a la pregunta sobre la normalización de la vida diaria obtenemos algunas respuestas como ésta:

Realmente yo creo que lo malo, lo verdaderamente malo, fue casi el primer año. El primer año fue realmente espantoso. El segundo año las cosas empezaron a mejorar... la gente empezarnos a colocarnos. Yo por ejemplo me coloqué en Espasa-Calpe...¹⁴.

Para otros «no obstante» los años de la posguerra supusieron la primera posibilidad de disponer de una vivienda relativamente confortable:

Al casarme nos dieron entonces un piso... Mi marido estaba colocado en banca y le dieron aquellos pisos que daban del sindicato vertical que se llamaban viviendas protegidas, entonces me dieron un piso en la calle de San Magín¹⁵.

Algunos recuerdan la dureza de la posguerra:

Mi casa... La vida la hacíamos prácticamente en la cocina. Había una cocina de carbón donde cocían los pucheros y donde nos poníamos en el invierno cuando hacía frío¹⁶.

¹² C. M. entrevistada en 1990.

¹³ R. U. entrevistada en 1989.

¹⁴ H. U. entrevistada en 1989.

¹⁵ C. P. entrevistada en 1989.

¹⁶ J. L. entrevistada en 1990.

Para otros, sin embargo, el fin de la guerra y el comienzo del período franquista apenas supuso un cambio sustancial en sus vidas:

Entonces yo ya estaba casada, el fin de la guerra no cambió para nada mi vida, encontramos un piso en la calle O'Donnell, en el barrio de Salamanca, muy espacioso y allí empecé mi vida de casada... 17.

Al analizar la realidad madrileña de los primeros años del franquismo no puede olvidarse un aspecto fundamental reseñado ya en los cuadros estadísticos que enmarcaban la dinámica de la población tras la guerra civil: nos referimos a la población inmigrante que se instala en la periferia, en los distritos y en los municipios colindantes, huyendo del medio rural que en los últimos años había creado un alto porcentaje de población excedente que malvivía, especialmente en las zonas donde existía una agricultura extensiva y latifundista y que había sido objeto durante la II República de expropiaciones. Eran años de hambre, especialmente a raíz de las malas cosechas de 1945, y en los que el proceso de recuperación de tierras por parte de sus antiguos dueños dejará sin trabajo a muchos jornaleros del campo andaluz, extremeño y manchego.

A partir de las décadas de los años cincuenta y sesenta, comenzó de forma masiva la emigración del campo a la ciudad, en busca de trabajo y comida. Los barrios de la periferia de Madrid, tales como Canillas, Hortaleza, Usera, Villaverde, Carabanchel o Vallecas y los municipios colindantes como Alcobendas, Alcorcón, Coslada o Getafe, constituyeron algunos de los lugares de asentamiento.

Emigraban familias enteras, abandonando hábitos de vida que se habían transmitido de generación en generación, para llegar a la ciudad, alojándose en chabolas y casas bajas que se construyen de noche, sin planificación urbana alguna, sin infraestructura, sin agua, sin luz, sin alcantarillas, sin pavimentación y sin los servicios sanitarios indispensables. Crecía así ese Madrid que el autor de *Tiempo de Silencio* tan bien describe:

Hay ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desier-

17 P. C. entrevistada en 1990.

tos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias...¹⁸.

De todos los nuevos barrios que surgen durante estos años, uno de los que ha sido estudiado con más detalle es el de Palomeras, barrio del distrito de Vallecas, en el que se instaló la población inmigrante procedente de Castilla la Vieja, Andalucía y Extremadura. Era un barrio en el que faltaba lo más indispensable. Las chabolas eran construidas durante la noche por sus futuros habitantes, siempre con el inminente peligro de ser derribadas al día siguiente por la policía:

Mis hermanos viniemn y en una noche se hizo la casa. Hicieron el tejado, y luego por dentro, más despacio, claro. Pero el tejado y las paredes en una noche. No teníamos ni pozo para water, por eso lo hicimos enseguida. y en eso estábamos de pena¹⁹,

recuerda P. G., una informante nacida en la provincia de Toledo que emigró a Madrid en 1945. Una experiencia similar recuerda R. O. E.:

Yo llegué a este barrio en el año cincuenta y tres, cuando aún no estaba formado, pues apenas había unas cuantas casas salpicadas aquí y allá. Surgió el barrio porque llegábamos emigrados de los pueblos en busca de trabajo y no teníamos donde vivir. Entonces empezarnos a hacer casitas bajas, que no eran muy grandes, a veces tan sólo una habitación y una cocina, y no teníamos servicios de ninguna clase, ni luz, ni agua, ni servicio, ni nada²⁰.

Aunque las experiencias de cada uno de los informantes son muy diferentes debido, sin duda, entre otras razones a sus diferente procedencia social y su diferente adscripción ideológica, la imagen que nos facilita la prensa de la época es la del deseo del conjunto de la población y del propio Régimen de recuperar el ritmo de la vida cotidiana y los hábitos perdidos durante la guerra civil. Aún con el recuerdo de los hechos vividos recientemente, recuerdos a los que se asociaban familiares perdidos o encarcelados, los comerciantes, las industrias de la antigua zona republicana abrieron sus puertas a una

¹⁸ MARTÍN SANTOS, L., cito en nota 1.

¹⁹ GARCÍA-NIETO, M. E., *La palabra de las mujeres. Una propuesta didáctica para hacer historia. (1931-1990)*, Madrid, 1991, p. 65.

²⁰ GARCÍA NIETO, M. C., *La palabra de las mujeres...*, cito en nota 19, pp. 67-68.

exhausta clientela que en muchos casos debía, antes de realizar sus compras, saludar a Franco y a su ejército salvador.

Para ello se estimula, dentro de las enormes dificultades existentes, la reconstrucción de los hogares destruidos por la guerra, adornándolos de cretonas coloreadas que den vida a las habitaciones «se procure con detalles sencillos dar vida a los hogares»²¹. Se recomienda un mobiliario austero: «tenemos que hacer sencillamente que las cuatro paredes no caigan encima, ni a nosotras ni a nosotros»²², y se apela constantemente a la necesidad del ahorro: «sin apenas gastar dinero se pueden adornar todos los rincones de la casa»²³.

La casa, el espacio doméstico aparece como el reducto que defiende a la familia de una realidad externa que se muestra aún hostil:

El hogar debe ser la meta y culminación de toda felicidad y de cuanto noble, magnífico y exaltado tiene el humano vivir; y como fruto de tu labor, cerca de su medio ambiente y de él, o sea del hombre elegido por ti y que comparte tu vida²⁴.

En este proceso de reconstrucción del espacio doméstico y de la vida diaria de la población se asigna a las mujeres un papel protagonista. Son ellas las encargadas de subsanar las deficiencias en el abastecimiento de lo más necesario, son ellas las responsables de propiciar un ambiente placentero a los restantes miembros de la familia, son ellas, en suma, las que deben a base de sacrificios conseguir que la familia disponga de un hogar confortable:

Una mujer juiciosa, diligente y cristiana es el alma de la casa; ella pone orden en los bienes temporales y en la salvación de las almas. Los mismos hombres, que gozan en público de toda autoridad, no pueden con deliberaciones llevar a cabo nada de positivo provecho si las mujeres no les ayudan a ello²⁵.

²¹ *El Hogar y la Moda*, marzo 1941, núm. 1.150.

) «En casa», *El Hogar y la Moda*, mayo 1941., núm. 1.152.

²³ *El Hogar y la Moda*, julio 1941, núm. 1.154.

²⁴ *El Hogar y La Moda*, julio 1941, núm. 1.154.

²⁵ *El Hogar y La Moda*, mayo 1941, núm. 1.152.

3. Familia y las relaciones de género

La vida familiar sufrió durante estos años importantes cambios, tanto en su estructura jerárquica como en el número de miembros que la componen. En efecto, la unidad familiar dominante durante estos años en la España mayoritariamente rural era la familia de carácter tradicional, en la que dominaban los valores de autoridad patriarcal, la estructura jerárquica y el trabajo de carácter doméstico. A partir de los cincuenta, se transformará paulatinamente en una familia cuyo hábitat más común era el medio urbano, mucho más reducida en tamaño y en la que el trabajo se desarrollaba fuera del ámbito familiar. En décadas posteriores, a finales de los años sesenta, comenzarán a transformarse los papeles sociales de hombres y mujeres, que tenderán hacia bases más igualitarias²⁶.

La sociedad de los años cuarenta restaurará los viejos valores que la II República había intentado transformar. La familia se articula a partir de entonces en torno al matrimonio y a su función procreadora. La primera dificultad que encontrarán muchas parejas para acomodarse a la nueva realidad política será el hecho de declarar el matrimonio canónico como el único válido a todos los efectos, lo que obligó a muchas parejas unidas libremente a legalizar su situación de modo apresurado para estar dentro de la ley. Por otra parte, la anulación del divorcio implantado durante la II República dejó sin efecto todas las separaciones legales, y en otros casos anuló todas las uniones civiles contraídas tras la obtención del divorcio. Así, muchas parejas volvieron a encontrarse en situación de casados, tras largo años de separación y habiendo rehecho ya sus vidas con otra persona. En este mismo sentido, el reconocimiento de la oficialidad de la religión católica como única confesión reconocida por el Estado, conllevó un aluvión de bautismos de todos aquellos niños de padres agnósticos que se habían limitado a registrar a sus hijos en el Registro Civil, atribuyéndoles un nombre en muchos casos no incluido en el santoral.

Era necesario, a juicio de los gobernantes, recuperar el núcleo familiar y su función procreadora, destruida por los valores difundidos por la República. La guerra civil, efectivamente, había supuesto un

²⁶ ESTEBAN, J., «Modernización, política y cambio»), *Historia social de España. Siglo XX*, Madrid, 1976.

importante descenso en la natalidad y un incremento de la mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil. El descenso de la natalidad debe atribuirse al pesimismo proereador debido a la guerra y a la depresión económica, sin que deba dejar de mencionarse la mayor concentración de población en las ciudades, con el consecuente cambio en las costumbres y la secularización indudable de la población.

Con la finalización de la contienda, el Estado franquista pondría en marcha una serie de medidas para restablecer la cuña demográfica producida por la misma, de forma que en Madrid se pasaría de una natalidad de un 11,95 en 1939 a un 24,71 en 1940. Las razones de la estabilización demográfica deben buscarse en el relativo éxito del discurso natalista llevado a cabo por el régimen franquista y sin duda al retraso en el proceso de modernización social y política que incidió de forma directa en la estructura de la población ²⁷.

El Estado necesitaba estimular el crecimiento de la población. Se argumentaba que España necesitaba de un incremento poblacional para erigirse en una potencia mundial. A juicio de los políticos, sólo un desarrollo rápido de la población permitiría que España se impusiera sobre las demás naciones, por ello se reconocía a la familia como institución natural y fundamento de la sociedad. Se propusieron todo tipo de medidas natalistas: aumento de la nupcialidad, aumento de los matrimonios jóvenes, lucha contra la esterilidad voluntaria y lucha contra el aborto criminal ²⁸. Consecuentemente con todo ello, el *Fuero de los Españoles* reconocía la protección especial a las familias numerosas, así como la «Ley de subsidio familiar de julio de 1938» reconocía explícitamente que tal ayuda tenía como fin impedir explícitamente que la madre buscase «en la fábrica o en el taller un salario con que cubrir la insuficiencia del conseguido por el padre», y en cuanto a la «Ley de ayuda familiar» de marzo de 1946, penalizaba el trabajo de mujer casada con la pérdida del plus familiar, considerando que ésta debía dedicarse plenamente a sus tareas como madre.

De esta forma, el matrimonio constituía la única salida para millones de mujeres que en muchos casos habían conocido la indepen-

²⁷ FOLGUERA, P., «Las mujeres entre lo privado y lo público: pervivencia de valores y cambio social en la Comunidad de Madrid durante el siglo xx», en *Mujer y cambio social* (en prensa).

²⁸ BOTELLA LLISVA, f., «Problemas demográficos de la maternología española», *SER*, núm. 33, Madrid, 1944, pp. 47-52.

dencia económica y personal durante la República y la guerra:

... la única salida para nosotros era el matrimonio, puesto que no había ningún hombre en la familia. En el primer año se nos murieron todos en las distintas cárceles o fuera de las cárceles...²⁹,

señala un informante, que recuerda cómo en los años de la posguerra ante la alternativa de la soltería, el matrimonio y la familia suponía para muchas mujeres la posibilidad de escapar de la estrechez y en muchos casos de la miseria.

Las relaciones en el seno de la familia se articulaban en función de una relación de dependencia de la esposa frente al esposo. La mujer debía subordinarse en todo momento al varón que por ley natural detentaba el más alto rango en el seno de la familia:

la vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular -o disimular- no es más que un continuo deseo de encontrar a quien someterse³⁰.

De esta forma, se ensalzaba el papel social que las mujeres debían cumplir, contribuyendo de forma directa a la reconstrucción del país y del conjunto de la sociedad.

Una vez finalizada la contienda, la necesidad de reconstruir todos los ámbitos de la vida según los presupuestos del régimen político encontrará uno de sus más fieles colaboradores en la Iglesia Católica. Aliada incuestionable en 10 que se calificó la *Santa Cruzada*, la institución religiosa aceptará de buen grado el sustentar ideológicamente al nuevo régimen, muy especialmente en todos aquellos aspectos que se referían a la vida familiar y a las relaciones genéricas en el contexto de la familia.

Para la Iglesia Católica, la existencia de diferencias sexuales entre hombres y mujeres no tenían sino un origen divino, y estas diferencias precisamente conformaban la unidad armónica que debía ser la familia. En este sentido, hombres y mujeres poseen cualidades propias al tiempo que complementarias. En el hombre predominan las facultades mentales: la inteligencia, la reflexión, la mayor capacidad de comprensión y el dominio del pensamiento. La mujer, en la que dominan las llamadas facultades afectivas, representaba sin duda el

²⁹ R. U. entrevista en 1989.

³⁰ «Consúltarne», *Medina*, 13 de agosto de 1944.

arquetipo complementario del varón: el corazón, la intuición, el instinto, la preocupación por los detalles y la menor capacidad para la abstracción; en fin, la mujer representaba el dominio del sentimiento y la sensibilidad. Asimismo, el hombre reflejaba las pasiones más vehementes: la valentía, el carácter, pero también estaba sometido a grandes peligros como era la indiferencia hacia las prácticas religiosas.

La mujer, muy al contrario, representaba la abnegación, la humildad, la piedad, el espíritu de sacrificio y la entrega a los demás. A partir del análisis de las cualidades de ambos, la Iglesia llega a la conclusión de que el hombre posee una superioridad física e intelectual que sin duda es complementaria de las virtudes de carácter afectivo y religioso que posee la mujer, por lo que no puede entenderse la familia sin ambos cónyuges, en la que ambos aportan cualidades y aptitudes que se complementan.

En la familia, ambos, hombre y mujer, poseen papeles netamente diferenciados. El hombre, después de la contienda, representaba el prototipo del hombre-guerrero:⁹ que había utilizado su fuerza contra el enemigo y al llegar la paz la casa, el hogar, actuaba como mecanismo inhibitorio y desde luego como factor estabilizador de la sociedad. El papel de la mujer era precisamente el de acoger a ese «guerrero» y aceptar de buen grado el papel de mujer pasiva y sometida a la autoridad del varón y renunciar definitivamente al protagonismo desempeñado en la retaguardia durante la guerra.

En la unión hombre-mujer, el goce sexual se consideraba bajo todos los puntos de vista pecaminoso, de forma que no se permitía ningún tipo de relación que no tuviera como objetivo la procreación.

En este contexto el discurso religioso estaba dirigido a reforzar el papel que el régimen político había asignado a la familia. En 1939 comenzaba el pontificado de Pío XII. El mensaje que este Papa difundió en el conjunto de la Iglesia era el de que la familia se constituía en la comunidad natural anterior a la sociedad civil, en la unidad que garantizaba la cohesión interna de la sociedad y la supervivencia y refugio frente a un mundo externo en continua amenaza.

Coincidiendo con los presupuestos doctrinales del Pontífice la jerarquía eclesiástica en España afirmaba que la familia debía cons-

⁹ ALTED, A., «Las mujeres en la sociedad española de los años cuarenta», en *Mujeres y la guprra civil. Jornadas de estudios Monográficos*, Salamanca, 1989.

truírse jerárquicamente en una sociedad jerárquica. El padre poseía la autoridad directamente asignada por Dios y la familia en su conjunto le debía obediencia. Se justifica «ese orden natural» en el entorno familiar cristiano³². El hombre poseía el «bastón de mando», mientras que a la mujer se le asignaba el «cetro del amor», amor «que se ofrece voluntariamente y respetuoso a la autoridad incuestionable del varón»³³.

Este discurso, difundido por todos los métodos al alcance de la Iglesia y reforzado por el poder político, parece haber calado hondo entre la población femenina:

La mujer tenía que ser, pues lo que se dice..., pues eso, la criada del marido, la persona que estaba debajo del marido en todos los conceptos. Se nos enseñaba a que él era el que mandaba y era el que chillaba. La mujer no podía hacer nada³⁴.

4. La socialización de lo cotidiano

Con la finalización de la contienda lo importante en esos momentos era afrontar la vida cotidiana con todas sus dificultades inherentes a un período de posguerra con la economía maltrecha, la producción prácticamente paralizada durante tres años y la necesidad de sufragar los elevados gastos que la guerra había supuesto. Pero además en muchas familias españolas se contaba con un familiar perdido en el frente o encarcelado en alguna de las muchas cárceles que se habilitaron para dar cabida a la numerosa población reclusa. Esto tuvo como consecuencia inmediata la necesidad de hacer frente en la vida diaria a las numerosas necesidades derivadas de la reconstrucción de muchos hogares que en muchos casos estaban regentados por mujeres que debían hacerse cargo de todas las necesidades familiares.

Pero si era necesario articular nuevas formas de subsistencia, en la sociedad de la posguerra también se operaron importantes transformaciones ideológicas en el contexto de lo privado, de forma que la vida de hombres y mujeres se adaptase a los planteamientos políticos e ideológicos impuestos por el régimen político. En este sentido,

³² FOLGUERA, P., «Relaciones privadas y cambio social», cit.

³³ HJANO CAMPO, P., *Formación católica de la joven*, Madrid, 1943.

³⁴ J. T. G. entrevista realizada en 1989.

la religión, de forma voluntaria o impuesta, se articuló en uno de los pilares de la vida cotidiana de la mayoría de los españoles. Las prácticas religiosas constituían por otro lado una forma de integración social que permitía a los españoles olvidar los trágicos hechos acaecidos durante la guerra. Durante la década de los cuarenta y bien entrados los años cincuenta fueron muy numerosas las Santas Misiones, los Vía Crucis, Adoraciones Nocturnas, manifestaciones eucarísticas, ejercicios espirituales, mes de María, procesiones, retiros, primeros viernes de mes, triduos, besamanos, novenas, peregrinaciones, monumentos al Sagrado Corazón, roperos parroquiales, fiestas patronales, entronizaciones y un largo etcétera. de ceremonias que se celebraban hasta en la más recóndita iglesia, sin olvidar los ritos en torno a las innumerables reliquias, como el brazo de San Francisco Javier o de Santa Teresa, o el pie de San José de Calasanz que servían de pretexto para organizar grandes actos de masas en torno a las mismas.

Al mismo tiempo se asigna a la Iglesia el papel de socializadora de la vida diaria, confiando papeles sociales bien definidos a hombres y mujeres y especialmente advierte a los hombres sobre el importante papel que se les atribuye en defensa de las costumbres cristianas:

El marido que tolera la inmodestia a su costilla merece que le pongan faldas. El padre que no estima la honestidad de su hija y no ve el peligro de andar ligera de ropa merece un castigo... Sólo los libertinos, los degenerados por los vicios pueden ver con gusto y aplaudir la desenvoltura de la mujer, sea casada, sea soltera ³⁵.

De igual forma se dictaron normas estrictas de comportamiento cotidiano que toda mujer debía obedecer. Los vestidos no debían ser ceñidos ni señalar las formas del cuerpo, los escotes no podían ser pronunciados, no estaba permitido usar transparencias, las jóvenes estaban obligadas a usar medias a partir de los doce años y los jóvenes no debían mostrar los muslos al desnudo, ni debían admitirse familiaridades, ni los jóvenes coincidir en lugares comunes como piscinas o playas ³⁶.

³⁵ *Hoja ParroquiaL*, 19 de noviembre de 1944.

³⁶ *Hoja ParroquiaL*, 1 de julio de 1945.

No obstante, esto no significaba la integración absoluta del conjunto de la población en los dictados de la religión. La propia Iglesia se lamentaba de cómo la Indiferencia religiosa era casi absoluta en los barrios obreros, donde se daba una bajísima práctica del cumplimiento domlnical de los adultos y de la población juvenil:

A los doce o trece años, los hijos de obreros huyen positivamente de la catequesis... hay un alejamiento rápido de la Iglesia y si entran en el trabajo a esa edad participan de la mentalidad antiderical que se respira en el trabajo ³⁷.

Lo mismo ocurría en el medio rural, donde el control social por parte del párroco y de las autoridades locales solía ser muy estricto, lo que no impedía que el rito dominical fuera en la mayoría de las ocasiones un rito social que en muchas ocasiones la población masculina eludía.

La sociedad que propugnaban los diferentes agentes de socialización estaba sustentada en una estricta segregación de los ámbitos de actuación de hombres y mujeres. A los primeros les estaba asignado los ámbitos públicos: el ámbito de la política, el ámbito del trabajo remunerado, los grandes espacios del deporte..., mientras que para las mujeres su cotidianidad trascendía fundamentalmente en el ámbito del hogar y en todos aquellos espacios vinculados a lo privado.

Esta realidad de la estricta separación de espacios y de ámbitos de actuación se veía reforzada por la eficaz actuación de agentes socializadores que desde la infancia hasta la madurez reforzaban los modelos definidos por el poder político. Se consideraba que debía articularse una voluntad colectiva entre hombres y mujeres que asegurasen el futuro y la continuidad de las ideas inspiradoras del sistema. En este sentido se consideraba que debían prepararse hombres disciplinados, viriles, fieles a las consignas del régimen y dispuestos a todo servicio por la Patria. El Estado sindical, la revolución nacional, la voluntad de construir un Imperio eran ideas que se inculcaban desde la escuela hasta el servicio militar. Así, el conjunto de los españoles percibía desde su infancia en la escuela, y más especialmente aquellos que pertenecían al Frente de Juventudes, una ideología en la que dominaban los valores patrióticos. El hombre tenía como misión la de dirigir los destinos de la Patria y en él debía dominar el

³⁷ GÓMEZ PÉREZ, H., *Politicay Religión en el Régimen de Franco*, Barcelona, 1976.

deseo de dominar, de conquistar, de competir y de realizar hechos extraordinarios.

La mística de la masculinidad aparecía además exaltada en los tebeos más comunes de aquellos años. Como las directrices de la prensa infantil y juvenil también se atenían al principio de segregación educativa, sólo los niños leían *Flechas* y *Pelayos* o los tebeos de *Diego Valor* o el *Guerrero del Antifaz*, con lo que los niños se identificaban con esos héroes, infatigablemente luchadores e indefectiblemente victoriosos³⁸.

El arquetipo ideal de mujer estaba definido a partir de la radical separación de papeles y ámbitos de actuación. A partir del Decreto de 4 de septiembre de 1938 en el que se prohibía la coeducación y posteriormente en la instrucción primaria se establecía esa estricta separación y ratificaba *por razones de orden moral* la separación de sexos y la formación específica de niños y niñas según se establecía en la Ley de 17 de julio de 1945:

El Estado, por razones de orden moral y eficacia pedagógica, prescribe la separación de sexos y la formación peculiar de niños y niñas en la Educación primaria³⁹.

A partir de establecer una estricta separación entre los dos sexos, la política educativa se orientó en la dirección de propiciar a las niñas una serie de conocimientos que «les preparará para la vida del hogar, la artesanía e industrias domésticas» (Ley de 17 de julio de 1945, Título I, capítulo II, art. 11), hecho que en la práctica confirma el siguiente testimonio directo:

A mí me educaron... como se educaba a las mujeres, para que se casaran exquisitamente, para que sepan coser, para que sepan todo eso...⁴⁰.

Desde las aulas se recuerda a las jóvenes que las cualidades que deben adornarlas son la obediencia, la subordinación: «Vos, esposa, habéis de estar sujeta a vuestro marido»⁴¹; a las adolescentes se les recomienda la obediencia y la modestia: «... la mujer tiene el deber estricto de rechazar todo cuanto sea en desdoro de su pudor, modes-

³⁸ MARTÍN GAITE, C., *Usos de la postguerra*, Barcelona, 1992, p. 98.

³⁹ *Ley de 17 de julio de 1945. Título I, cap. II, artículo 14.*

⁴⁰ C. P. entrevista realizada en 1989.

⁴¹ RIBERA, L., *Misal diario*, Barcelona, 1949.

tía y reeato que son su mejor adorno»⁴². Efectivamente, el conjunto de los libros de texto reforzará desde la escuela un exacerbado nacionalismo identificado con lo católico, la concepción jerárquica autoritaria de la realidad sociopolítica al tiempo que se condena toda expresión de libertad ideológica, de libre juicio y de expresión plural⁴³.

En el mareo de los agentes socializadores hay que mencionar a las Congregaciones Marianas e Hijas de María y a las Ordenes Religiosas Femeninas y obviamente a la Sección Femenina⁴⁴, que a partir de su creación tuvo un papel relevante en la movilización y formación de miles de mujeres que desde el comienzo de la contienda apoyaban al bando nacional. Su discurso estaba dirigido a exaltar el papel de las mujeres como esposas y madres y a garantizar la aplicación de la política natalista del régimen:

Para la mujer la tierra es la familia. Por eso la Falange, además de darles a las afiliadas la mística que las eleva, queremos apegarlas con nuestras enseñanzas de una manera más directa a la labor diaria, al hijo, a la cocina, al ajuar, a la huerta, y darle al mismo tiempo una formación cultural suficiente para que sepa entender al hombre y acompañarlo en todos los problemas de la vida⁴⁵.

Sobre este esquema el Servicio Social obligatorio primaba la formación en las tareas del hogar a base de ajuares y labores, y con el tiempo se transformó en una imposición, ya que no era posible conseguir un trabajo, pasaporte o cualquier otro tipo de documento oficial sin su cumplimiento previo. No es posible olvidar, no obstante, la labor llevada a cabo por la Sección Femenina en la dura etapa de la posguerra, en las organizaciones de *Auxilio Social*, así como su proyección hacia obras sanitarias desde la *Escuela de Orientación Rural*. A medida que la sociedad española fue cambiando, la Sección Femenina fue perdiendo influencia y su actividad se centró en recuperar las manifestaciones folclóricas que con el proceso de urbanización se estaban perdiendo.

⁴² *La moral católica*. Libro de texto de Quinto Curso de Bachillerato, s. f.

⁴³ CÁMARA VILLAH, G., *Nacionalcatolicismo y escuela. La socialización política del franquismo* (1986-19.51), Granada, 1984.

⁴⁴ GALLEGO MENDEZ, M. T., *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid, 1983.

⁴⁵ PHIMO DE RIVEHA, P., Prólogo del libro *Mujeres*, de MORALES, M. P., cit. por MARTÍN GAITE, C., *Usos amorosos de la postguerra*, cit. en nota 38.

En el quehacer cotidiano de la población existían pocas posibilidades de disfrutar de ratos de ocio que fueran asequibles a las maltrechas economías familiares. En este sentido, la radio suponía para muchos ciudadanos y ciudadanas, especialmente para estas últimas, el establecer un nexo de unión con el mundo exterior... incluso en el caso de la población analfabeta, que sólo podía acceder a la información a través de las ondas radiofónicas.

Si bien durante estos años la radio no cumplió el papel de adoctrinamiento político que había jugado durante la II República y la Guerra Civil, sí sirvió para integrar a la población en torno a la necesidad de escapar de una realidad escasamente placentera y a reconstruir una cotidianidad que permitiera olvidar la guerra.

Los programas musicales y de variedades como *Fiesta en el Aire*, o *Cabalgata Fin de Semana*, los concursos como *Doble o Nada*, *Lo toma o lo deja*⁴⁶, las retransmisiones de fútbol, la difusión de programas musicales, en los que se daban a conocer canciones que a menudo reflejaban las preocupaciones cotidianas de la población, en tanto que otras suponían el contrapeso lírico y sentimental de la población frente a las privaciones y escasez que debía afrontarse día a día; o los programas religiosos como los del Padre Venancio Marcos a través de los cuales el adoctrinamiento religioso alcanzaba a amplios sectores de la población⁴⁷.

Pero sin duda¹⁰ que tendría mayor impacto socializador serían los llamados seriales radiofónicos, tales como *Ha desaparecido un collar*, *La pasión de Bernardette*, *Mientras la ciudad duerme*, que marcaron una época que tuvo su apogeo cuando autores como Guillermo Sautier Casaseca hicieron posible seriales que generaron audiencias millonarias (se calcula que en 1945 existían en España en torno a un millón de aparatos de radio). Así *Lo que no muere*, del que se hizo posteriormente un libro y una película, *Un arrabal junto al cielo*, *Mientras la tierra exista*, *Se abren las nubes...* En muchos de ellos los personajes hacían referencia a la reconciliación entre diferentes clases sociales y entre familias escindidas por la guerra y en todos ellos estas diferencias quedaban solventadas, después de cientos de emisiones, a partir del emparejamiento de los protagonistas.

⁴⁶ MUNSÓ CABÚS, J., *50 años. Radio Nacional de España*, Madrid, 1992.

⁴⁷ DÍAZ, L., *La radio en España*, Madrid, 1992.

De esta forma transcurrirán los años difíciles de la década de los cuarenta y primeros años de los cincuenta. A partir de entonces se inicia la etapa de mayor desarrollo económico de la historia más reciente de España, proceso que coincide con uno de los períodos de mayor impulso de la economía mundial. Marcó 1959 el fin de la autarquía y el aislamiento, y a partir de entonces la sociedad española sufrió mutaciones trascendentales, desarrollo económico, proceso acelerado de urbanización, transformaciones en la educación, incremento del sector turístico; todo ello definió radicales cambios en la sociedad española y en la vida cotidiana de los españoles.

Microsociología e historia de lo cotidiano

Juan Gracia Cárcamo

El objetivo de este trabajo es analizar la relación que puede establecerse entre ciertas investigaciones realizadas durante los últimos decenios en torno a la vida cotidiana en las Ciencias Sociales (especialmente dentro del ámbito de la Sociología) y algunas aproximaciones historiográficas sobre el mismo tema.

En este sentido, habrá que resaltar que no es casual que en la historiografía de los años ochenta y noventa hayan venido adquiriendo una progresiva relevancia diversos tipos de acercamiento a los comportamientos cotidianos (como pueden ser la historia de las representaciones, la de la cultura popular, la microhistoria...) que tienen su correlato más o menos directo con perspectivas que han sido objeto de discusión por los sociólogos que se han interesado en el estudio de la vida cotidiana. Por el contrario, no deja de ser significativo que algunas de las síntesis más divulgadas sobre la historia de la vida cotidiana no tomaran en cuenta esas investigaciones procedentes de las Ciencias Sociales ¹. En claro contraste con lo anterior, se ha aludido, en excelentes trabajos españoles sobre la historia de lo cotidiano, a la necesidad de que los historiadores se acerquen a las obras más destacadas de algunos sociólogos de la vida cotidiana, recono-

¹ Tal es el caso de dos obras de historiadores tan destacados como BHAIIDEL, F., *Las estructuras de lo cotidiano*, Madrid, 1984, y POUNDS, N., *La vida cotidiana: Historia de la cultura material*, Barcelona, 1992.

ciendo que sus contribuciones son muy interesantes ². Lo que se trata aquí es de profundizar en este sentido, al estudiar esas aportaciones de las Ciencias Sociales con mayor profundidad.

El lector de estas páginas no debe pensar que pueda encontrar en este modesto ensayo más que una pequeña aproximación a una difícil problemática como es la que ha atraído mi interés por el estudio de los comportamientos cotidianos durante los años en que me he dedicado a la investigación y a la docencia de la Historia. Sin embargo, no se analizará en este artículo, aunque sea un tema relevante, la importancia que tiene para una didáctica renovada de la Historia el partir del nivel de lo cotidiano frente a los habituales enfoques pedagógicos centrados exclusivamente en la historia política o en la historia social y económica estructural, ya que me he ocupado de ello anteriormente, por lo que no tendría sentido repetir aquí aquellas valoraciones ³.

Quisiera señalar al lector que si advierte en mi análisis -tanto de algunas muestras de la Sociología como de la Historia de la vida cotidiana- una perspectiva que adopta un carácter crítico, esta postura no tiene, obviamente, nada que ver con la habitual falta de confianza en las posibilidades de tal tipo de estudios que distingue a muchos historiadores. Por el contrario, hay que destacar cómo la Historia de la vida cotidiana ha alcanzado un nivel de interés -derivado de sus logros tanto en la conceptualización como en la práctica historiográfica- que no le debe hacer mirar con ningún complejo de inferioridad a los sectores tradicionalmente consagrados en la historiografía. Además, un estudio crítico de la situación actual de esos campos historiográficos revelaría también insuficiencias -aunque por supuesto, de diferente índole- que no son menores que las que aquejan a ciertas vertientes de la historia de lo cotidiano. Insuficiencias que en éste, como en los otros sectores historiográficos, son también inherentes a su objeto de estudio. Esto es, nadie ignora que las prácticas cotidianas se caracterizan por un aspecto esencial como es el referirse a unos aspectos que el sentido común ordinario considera

² RAMOS, M. D., *Mujeres e Historia. Reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*, Málaga, 1993, pp. 68 Y91-92, o CONZÁLEZ CASTILLEJO, M. J., *La nueva historia. Mujer, vida cotidiana y esfera pública en Málaga (1931-1936)*, Málaga, 1991, p. 36.

³ CARAIZAH, I.; GRACIA, J., y VALVERDE, J., «La Historia próxima: Metodología para una historia viva», *XII Congreso de Eusko-Ikaskuntza*, San Sebastián (en prensa).

banales, triviales e intrascendentes. La cuestión subyacente a ello —como se ha subrayado desde hace mucho tiempo por aportaciones como la de Schutz- es que el conocimiento procedente del sentido común es «aproblemático» y se caracteriza por concebir la realidad cotidiana como transparente. El que el desarrollo de la historiografía haya estado afectado por un peso excesivo del empirismo -derivado, en no poca medida, de la incorporación por los historiadores en sus análisis de este tipo de conocimiento ordinario- es el que determina que la nueva Historia de vida cotidiana se haya visto obligada a autojustificarse casi permanentemente frente a las perspectivas académicas más establecidas, en aras de ganar un reconocimiento de su interés que le es discutido en muchas, por no decir, en demasiadas ocasiones.

Como es bien conocido, el historiador académico al uso tiende a poner cara de desagrado cuando se acerca a trabajos historiográficos en los que se tratan temas relativos a la vida cotidiana, porque cree que va a encontrar en ellos una herencia de los famosos —y tan despreciados- volúmenes de la colección del mismo nombre editada por Hachette. Si las publicaciones actuales relativas a la Historia de la vida cotidiana hubieran seguido el enfoque de aquella colección estaría justificada esta actitud. Pero lo que sucede es que, frente a la aparente trivialidad de su objeto de estudio, la Sociología y la Historia de la vida cotidiana se han esforzado en los últimos decenios por demostrar que lo sencillo —lo cotidiano- es extremadamente complejo. El interés que subyace en estas aportaciones al estudio de lo cotidiano es que —dentro de análisis que tienen a veces componentes hermenéuticos muy sofisticados- se han elaborado un conjunto de interpretaciones de la vida cotidiana donde ésta se contempla como integrada por rituales, estrategias, tácticas, representaciones, ficciones teatrales, hábitos, tramas narrativas... en las que la realidad aprobblemática de lo cotidiano es totalmente cuestionada. Con ello no se quiere decir, evidentemente, que haya que admitir los excesos derivados de una antropologización en el análisis sociológico e historiográfico de la vida cotidiana, sobre todo si se olvida radicalmente la referencia a lo que suele denominarse eufemísticamente como contexto social (y que en realidad alude a las variantes que adopta la vida cotidiana en los distintos grupos sociales) o la vinculación de los cambios que registra la vida diaria con transformaciones

derivadas de amplios procesos políticos, económicos o tecnológicos 4.

Al comenzar el análisis de las perspectivas que ofrece el estudio de la vida cotidiana en las Ciencias Sociales, lo primero que habría que destacar es que los diferentes enfoques desde los que se ha abordado este tema (por ejemplo, el fenomenológico, el del interaccionismo simbólico, el análisis dramaturgico, la etnometodología, la sociología existencial, la sociología cognitiva, etc.) se caracterizan por una diversidad de presupuestos teóricos que exige reconocer que no se pueda hablar de una versión muy articulada de la Sociología de la vida cotidiana⁵. En realidad, es la propia heterogeneidad que constituye la esencia radical de la vida cotidiana la que puede determinar esta diversidad de enfoques. Si observamos la situación que se produce en la Historia de la vida cotidiana, esa diversidad de perspectivas es también una característica que queda claramente patente. Rechazar, en el plano historiográfico, esta diversidad como una muestra más de la historia en migajas no supone en muchas ocasiones más que una vuelta a las esencias de la Historia que conducen al más empírico y aproblemático positivismo histórico 6.

La pluralidad y diversidad de orientaciones que se observan tanto en la Sociología como en la Historia de la vida cotidiana es también una muestra de la vitalidad y del interés de un tema que había sido obviado -por no decir despreciado- durante largo tiempo por las escuelas académicas dominantes en las diversas Ciencias sociales. A este respecto, los especialistas en la Sociología y en la Psicología de la vida cotidiana no dejan de aludir a que sus estudios tienen unos padres fundadores, que realizaron sus investigaciones a finales del siglo pasado o comienzos de este siglo, pero que no encontraron continuación a causa del triunfo de los paradigmas después presentes en las corrientes dominantes de las diversas Ciencias Sociales y Humanas -como el funcionalismo, estructuralismo, conductismo, etc.-. De este modo, entre los sociólogos de la vida cotidiana la importancia de análisis precursores como los de Simmel es casi unánimemente

⁴ GRAS, A. (ed.), *Sociologie des techniques de la vie quotidienne*, París, 1992; OSTNER, I., «Technologie, quotidienne, Lebenswelt», *Ibidem*, pp. 19-30, y de HORNING, K., «Le temps de la technique et le quotidien du temps», *Ibidem*, pp. 45-58, YCIANT, C. (ed.), *Science, technology and everyday life, 1870-19.50*, Londres, 1989.

⁵ ADLER, P., *el al.*, «Everyday Life Sociology», *Annual Review of Sociology*, núm. 13, 1987, p. 217.

⁶ ELTON, G., *Return to Essential*, Cambridge, 1991.

señalada 7. Entre los psicólogos de la cotidianidad, la perspectiva abierta por Freud –y por otros estudiosos de la misma época como Wundt, W. James...– es tomada también como un precedente que, a pesar de sus errores, se erige en justificación del atractivo de un ámbito de investigación descuidado hasta las últimas décadas de este siglo⁸. Sin embargo –al menos en lo que yo conozco–, no se intenta generalmente poner en conexión el que tanto el final del siglo XIX como el del siglo XX registren ese interés recurrente por lo cotidiano.

Al margen de lo anterior, es de sobra conocida la explicación que vincula el desarrollo de los estudios sobre la vida cotidiana en la segunda mitad de nuestro siglo con un auge inusitado de la privacidad⁹. Constatar que este fenómeno ha derivado en una demanda social que más o menos directamente ha fomentado el auge de las investigaciones microsociológicas es también otro tópico muy difundido¹⁰. Por el contrario, queda claramente abierta la tarea de explicar más adecuadamente esta tendencia, tanto de la sociedad como de ciertas corrientes sociológicas, en términos macrosociales que hagan referencia a los cambios que se han producido en la estructura de clases correspondiente a nuestra época. A este particular, algunos sociólogos –como Fritsch– han tratado de resolver esta cuestión remitiendo a diversos procesos que supondrían que, en la segunda mitad del siglo, se ha producido una progresiva presencia de las clases medias en las diferentes instancias sociales, de forma que dichas clases sociales estarían más preocupadas por los fenómenos de la vida cotidiana que la alta burguesía, que habría sido supuestamente el grupo hegemónico en la era contemporánea hasta ese período¹¹. No se trata aquí tanto de cuestionar este tipo de explicaciones demasiado genéricas –que requerirían evidentes matizaciones– como de poner de manifiesto la urgencia de avanzar mucho más en la interpretación de este problema.

⁷ Véase, p. e., WATIER, P., «Understanding and Everyday Life», *La Sociologie Contemporaine*, núm. 37, 1989, p. 63, o NAHAVANDI, F., «Les sociologues américains et la sociologie de la vie quotidienne», en JAVEAU, C. (ed.), *Micro et macro sociologie du quotidien*, Bruselas, 1983, p. 65.

⁸ cf. LEHR, U., Y TIOMAE, JI. *La vida cotidiana. Tareas, métodos y resultados*, Barcelona, 1994.

⁹ BÉJAR, JL., *El ámbito íntimo*, Madrid, 1990 (2).

¹⁰ Cfr., p. e., JAVEAU, C., «Le paradigme de l'acteur et la Sociologie de la vie quotidienne», in JAVEAU, C., (ed.), *Micro...*, p. 9, o LANTZ, P., «Où la banalité de la vie à la vie quotidienne», en FRITSCH, P. (ed.), *Le sens de l'ordinaire*, Paris, 1983, p. 61.

¹¹ FRITSCH, P., «Introduction», en FRITSCH (ed.), *Le sens...*, p. 12.

En relación con esto último, se debe señalar que uno de los problemas presentes en la reflexión sociológica, antropológica o psicológica sobre la cotidianidad hace referencia a la relación existente entre vida cotidiana e historicidad, aunque será necesario señalar que cuando los científicos sociales hablan de historicidad no suelen entender con este término lo mismo que los historiadores cuando se plantean estas cuestiones. En cualquier caso, hay que subrayar cómo es difícil encontrar una voluntad clara por parte de los estudios de microsociología de la vida cotidiana para acercarse a un enfoque histórico. Por ello, y aunque no esté de moda este tipo de posicionamientos, se debe elogiar la actitud de algunos sociólogos marxistas de la vida cotidiana -como sucede con A. Heller- que reconocieron, en trabajos ya antiguos, cómo «la vida cotidiana no está fuera de la Historia, sino que es el centro de la Historia»¹², al tiempo que reiteraban continuamente la importancia de la Historia como «sustancia de la sociedad». Tampoco se trata de reservar esta sensibilidad hacia la Historia sólo a los científicos sociales que estudiaron la cotidianidad desde el marxismo. A este respecto, se puede destacar el énfasis que ponen autores de muy diferente ideología, como Hirschman, en defender la necesidad de una aproximación que contenga elementos históricos en su conocido trabajo que sugiere la existencia de ciclos que privilegian de modo recurrente y alternante la vida pública y la privada. Por supuesto, un punto de vista excesivamente escrupuloso podría encontrar que algunas de las referencias históricas de estos autores son muy problemáticas. Así ocurre, por ejemplo, cuando Hirschman alude a que los ataques al consumismo que caracterizaron a la sociedad norteamericana de los años sesenta de nuestro siglo tienen su precedente en la denuncia de pensadores de la segunda mitad del XVIII contra un supuesto aumento del consumismo en esa época¹³. Pero, al margen de aspectos puntuales que sean más o menos discutibles, está claro que enfoques como éstos evidencian una receptividad hacia los cambios históricos que afectan a la cotidianidad que se echan a veces en falta dentro de las investigaciones de algunos célebres microsociólogos de la vida cotidiana, como Goffman, que alardearon del poco caso que hacían de los referentes his-

¹² HELLER, A., *Historia y vida cotidiana*, Barcelona, 1972, p. 42 y, en el mismo sentido, IBÍDEM, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, 1977, p. 134, o *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, 1982, p. 121.

¹³ HIRSCHMAN, A., *Interés privado y acción pública*, México, 1986, p. 62.

tóricos en sus investigaciones, aunque ello le llevara a la paradoja de no tomarla en gran consideración incluso cuando presentó una ponencia que tenía precisamente como tema el de la relación que se podía establecer entre Microsociología e Historia ¹⁴.

La discusión sobre la vinculación existente entre la Historia y la Sociología de lo cotidiano nos conduce a un problema crucial en los estudios de las Ciencias Sociales acerca de la cotidianidad como es el de la relación que existe entre el nivel micro (que es el analizado mayoritariamente por estas corrientes sociológicas) y la escala macrosocial. Y este problema es importante en la medida que se ha tendido a identificar cada vez más la Sociología de la vida cotidiana con la microsociología. En este sentido, es un fenómeno aislado que los microsociólogos de la cotidianidad desdeñen totalmente el componente macrosocial, al contrario de lo que sucede con los estudiosos de las grandes instituciones sociales que con demasiada frecuencia no reconocen el interés de los estudios sobre la vida cotidiana. Por ello, hay que entender más bien como un ejemplo del gusto por la ironía provocativa -en la que mostraba una singular maestría- la rotundidad con que Goffman afirmaba que no le interesaba el nivel macro y que sus análisis microsociales no tenían ninguna relevancia para la comprensión de los problemas "fundamentales de la Sociología, que hacían referencia a la estratificación social, a los conflictos sociales o al cambio institucional" ¹⁵. Por el contrario, la mayoría de los microsociólogos han señalado reiteradamente que el estudio de las relaciones interpersonales tiene un gran interés para conocer el funcionamiento de los movimientos colectivos, observando, por ejemplo, que éstos proceden frecuentemente de un rechazo de determinadas situaciones cotidianas. En este sentido, algún autor ha resaltado que la demostración de este aserto se encuentra en que existen reivindicaciones colectivas y movimientos sociales que surgen, en última instancia, del rechazo hacia fenómenos cotidianos tales como la falta de viviendas adecuadas o la insuficiencia de alimentos ¹⁶.

¹⁴ COFMANN, E., «Microsociologie et Histoire», en FRISTCH, P. (ed.), *Le sens...*, pp. 198 Y ss.

¹⁵ GOFMANN, E., «Microsociologie...», p. 201; un argumento similar en JOSEPH, I., «Histoire(s) de rire», en FRISTCH, P. (ed.), *Le sens...*, p. 188.

¹⁶ LALIVE, E., «La vie quotidienne», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 74, 1983, pp. 27-31.

Como antes se ha apuntado, los problemas de vinculación entre el nivel micro y el macro no se plantearon evidentemente en la sociología marxista tradicional sobre la vida cotidiana, ya que en ésta se daba por supuesto que la asimilación de la manipulación de las cosas que se produce en la cotidianidad «es lo mismo que la asimilación de las relaciones sociales»¹⁷. Parece claro que sentencias tan tajantes como ésta, que no fueron explicitadas luego de forma más adecuada, indican que es necesario un mayor esfuerzo intelectual en el intento de vincular ambos niveles dentro de los estudios sobre la vida cotidiana, pero insistimos en que esta tarea se dificulta por la drástica despreocupación que han mostrado las grandes escuelas sociológicas del siglo XX respecto de los fenómenos que se inscriben en la pequeña escala.

Ante ese desprecio es comprensible que algunos microsociólogos de la vida cotidiana muestren recíprocamente un rechazo orgulloso y absoluto hacia las diversas corrientes que se han impuesto como referentes hegemónicos en la disciplina sociológica a lo largo del siglo XX, y ante las que tratan de convertirse en heterodoxa alternativa. De este modo, se puede entender que en ciertos escritores --como Maffesoli-- se haya convertido ya en una cuestión de principios el rechazar totalmente y en bloque las aproximaciones cuantitativas, estructuralistas, funcionalistas o positivistas... como incapaces de dar cuenta de la «polisemia de los valores» que integran la vida cotidiana, que por su misma naturaleza se escaparía a las rígidas de aquellos enfoques. No se puede dejar de reconocer que este tipo de alegatos pudo ser un atractivo punto de partida, dentro de una microsociología que hace años se vio obligada a denunciar el altanero desdén con que muchas corrientes academicistas contemplaban a las «banales» situaciones cotidianas. Pero aunque se puede cautivar inicialmente al lector con el argumento de que aquellos paradigmas «simplistas» no pueden abarcar la complejidad de la cotidianidad, ya que ésta se escapa a miradas racionalistas que se distinguen por su falta de sensibilidad o aunque se puede aludir de forma sugestiva a que el «politeísmo de la vida cotidiana» nunca será aprehendido por los esquemas propios del «monoteísmo reductor del cientifismo»¹⁸, habrá

¹⁷ HELLER, A., *Historia...*, p. 41.

¹⁸ MAFFESOLI, M., «Epistémologie de la vie quotidienne», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, núm. 74, 1983, p. 65, y *La conquête du présent. [our une sociologie de la vie quotidienne]*, París, 1979, p. 165.

que convenir que, a la larga, este tipo de argumentos radicalmente irracionalistas es perjudicial para que la investigación microsociológica sobre la vida cotidiana supere muchas de sus limitaciones, que proceden de una obsesión por centrarse exclusivamente en la pequeña escala. A decir verdad, la investigación social sobre la cotidianidad tiene que salir por fuerza de lo puramente cotidiano y del marco micróscopico si quiere dar cuenta cabal de lo que sucede en estos niveles.

Con esto no se quiere negar, por supuesto, los logros que se han obtenido en algunas corrientes microsociológicas que se han autoerigido en alternativas frente a la ortodoxia dominante y que han destacado, por ejemplo, la importancia de asumir perspectivas antropológicas en el estudio de la vida cotidiana. A este respecto, se puede aludir a las aportaciones de una aproximación que incide en la relevancia de los símbolos presentes en las actuaciones cotidianas. Partiendo de la dimensión radicalmente simbólica de la cultura se pretende evitar así el realismo ingenuo que caracteriza precisamente la posición del hombre corriente ante el mundo cotidiano, que se distinguiría por su acrítica confianza en la existencia de una realidad transparente, aspecto éste que -como ya se ha apuntado arriba- la corriente fenomenológica de Schutz y sus discípulos se encargaron de analizar¹⁹. De esta forma, se subraya la ingenuidad del hombre cotidiano en su concepción del tiempo contemplado como finito e inevitable, en su lenguaje estereotipado, que pasa por tipificaciones acríticas y que son socialmente derivadas, para contraponerlo con el saber de los investigadores sobre la vida cotidiana que parten de la opacidad fundamental que la caracteriza. Sin embargo, esta indudable aportación al conocimiento del mundo cotidiano pierde relevancia cuando algunos microsociólogos descartan como vana la tarea de buscar explicaciones causales donde sólo existen ritualizaciones, códigos de interacción, apropiaciones del espacio y del tiempo, etc. Insistir en la concepción de la vida cotidiana como si fuera totalmente opaca y consistiera únicamente en «un bosque de significados simbólicos», que son gobernados por reglas autónomas que se resisten a cualquier tipo de aproximación desde los intereses sociales grupales, comporta de manera inexorable el riesgo de encerrarse de modo claus-

¹⁹ SCHIRAZ, A., *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, 1974, o SCHJTZ, A., y LUCKMANN, T., *Las estructuras del mundo de la vida*, Buellos Aires, 1973.

trofóbico en un enfoque meramente antropológico que se fija sólo en el componente esencialmente cultural y en el aspecto imaginativo de las prácticas sociales cotidianas²⁰.

El peligro de este tipo de posicionamientos es que frecuentemente se llega a una sobreritualización, donde la «realidad» de la vida cotidiana -puesta siempre entre comillas- se convierte en algo inaccesible envuelto en un magma de mitos, símbolos, metáforas... La verdad es que amén de que la vida cotidiana se rija, en modo considerable, por estas metáforas -lo que no se debe rechazar críticamente- las reflexiones impresionistas de algunos sociólogos de la vida cotidiana parecen contagiarse en exceso de este carácter metafórico de su objeto de estudio. Así, la cotidianidad se entiende como «el agua sucia» de la sociedad para Goffmann, el «lado nocturno» de la vida para Certeau, la lucha constante de un lúdico Dionisos frente a un Prometeo agobiante para Maffesoli o el contraste continuo entre el espíritu de Fausto contra el de San Francisco para Lalli²¹... La proliferación de estas metáforas más o menos ingeniosas que abundan en los escritos sociológicos sobre la vida cotidiana puede derivar no sólo de la identificación de los analistas de la vida cotidiana con su objeto de estudio, sino ser asimismo la consecuencia inevitable de una exagerada admiración por la literatura como si ésta fuera la gran descubridora de los fundamentos de la cotidianidad, aspecto éste que aparece reiterativamente desde aproximaciones ya antiguas de los sociólogos a la vida cotidiana²². Con esto que se acaba de señalar no se trata ni mucho menos de descartar de forma simplista lo que hay de sugestivo en las corrientes que indican que es imprescindible una aproximación cualitativa en el estudio de la vida cotidiana, pero sí de recordar que hay otros enfoques y de subrayar que la radical negación de su validez por parte de algunos microsociólogos conduce a que no se llegue a entender más que un aspecto parcial de la vida cotidiana que se pretende analizar.

²⁰ Vid., p. e., LALLI, P., «The Imaginative Dimension of Everyday Life», *La Sociologie Contemporaine*, núm. 37, 1989, pp. 107-108, o LALLI, P., «La vic...», pp. 22-23.

²¹ COFMANN, E., *Relaciones en público. Microestudios de orden público*, Madrid, 1979; CERTEAU, M., *The practice of Everyday Life*, Berkeley, 1988, p. 41; MAFFESOLI, M., *La conquete...*, pp. 59 y ss., Y LALLI, P., «The Imaginative...», p. 106.

²² LEFEBVRE, H., *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, 1972, pp. 13 y ss.

A partir de este doble énfasis, que tan a menudo se hace en algunos sociólogos de la vida cotidiana, sobre la necesidad de una mirada de corte antropológico y de una aproximación literaria para poder llegar a captar los auténticos fundamentos de la cotidianidad se entiende perfectamente que se haga tanto hincapié en el concepto de «lo imaginario» como esencia estructurante de las situaciones cotidianas. No tendría el menor sentido rechazar ¹⁰ que hay de interesante en estas premisas, en cuanto que suponen una aportación enriquecedora de la microsociología en el objetivo de avanzar hacia una mejor intelección de los comportamientos cotidianos. Ahora bien, no se puede esgrimir la referencia a ¹⁰ imaginario como continua coartada para rechazar de plano a la Sociología ortodoxa a la que se presume totalmente obsesionada con la cuantificación. Con esto último que se ha dicho, se quiere denunciar la circularidad del modo de argumentación de ciertos microsociólogos que basan toda su reflexión en que la imaginación no puede ser aprehendida por medio de ese enfoque cuantitativo que no es, además, sino reflejo de una práctica utilitarista de la que se convierte en defensora la Sociología dominante ²³. Por utilizar también metáforas –al estilo de lo que tanto acostumbran algunos de estos autores– sólo desde el maniqueísmo más simplista se puede pretender que el pequeño David de la Sociología de lo cotidiano armado con su potencial imaginario doblegue al Goliat de la Sociología cuantitativa, que no puede rendir la menor cuenta de las situaciones de todos los días que constituyen una parte esencial de la trama de lo social. Evidentemente, esta denuncia de la cuantificación a ultranza, tan acriticamente ensalzada hace algunos decenios en las Ciencias Sociales, no deja de tener una considerable razón, pero tampoco se puede pasar al extremo de reivindicar sólo la pertinencia de los análisis puramente cualitativos de la vida cotidiana. Y ello todavía menos cuando tales reclamaciones se exponen adornadas con la trivial excusa de que incluso en las Ciencias «duras» el análisis cualitativo ha derrotado a paradigmas galileanos o newtonianos ya superados, de manera que se esgrimen alusiones a «teorías» del caos, de las catástrofes, o de la indeterminación.

²³ LUCAS, P., «Le carnaval quotidienne», en FRISTICH, P. (ed.), *Le sens...*, p. 174, o en BALANDIER, G., «Essai d'identification du quotidien», *Cahiers internationaux de Sociologie*, núm. 74, 1983, pp. 143 y ss.

nación... sm tener un conocimiento mínimamente serio de estos temas 24.

Por otra parte, el peligro de centrarse exclusivamente en lo imaginario es que se intente explicar el mundo de los valores, de las complejas redes de tácticas y estrategias que se multiplican en la vida diaria... con argumentos tales como los que subrayan que la cotidianidad remite a un mundo sagrado -**Los** «santuarios de la vida cotidiana», para seguir la expresión de Lucas-, de manera que tal instancia sagrada es evidentemente inaccesible, derivando en un nihilismo absoluto que no conduce a ninguna aportación rigurosa para la comprensión de la cotidianidad. Con todo, no se puede desdeñar el interés puntual de ciertas ideas señaladas por algunos microsociólogos que siguen estos criterios. Por ejemplo, la que resalta que «lo sagrado» no ha desaparecido de nuestra sociedad, sino que sólo ha cambiado de apariencias bajo la forma de un «Dios cívico» o de una tecnología sacralizada. Pero hay un abismo entre estas intuiciones -**no** exentas de cierto atractivo- y las ideas que enfatizan en que la lógica de la razón es inútil para el estudio de la cotidianidad, dado que en ésta toda percepción obedece precisamente a las pautas irracionales de lo sagrado ²⁵. Nos sumergimos -**con** esta denuncia a ultranza del racionalismo y de la lógica- en el reino de la ficción, de la fantasía, de la pasión y de las emociones que son la materia prima de la imaginación social... llegándose a pedir por algún bienintencionado escritor, de forma simplista, que para comprender este complejo mundo es necesario que se disuelvan las barreras entre la Antropología, la Sociología, la Lingüística, la Psicología, la Historia... a fin de proceder adecuadamente al análisis de la cotidianidad, ya que todos estos saberes sólo de forma integrada y global podrían iluminarnos sobre el componente imaginario que articula en su raíz la vida cotidiana ²⁶. En realidad, uno puede preguntarse con un poco de irónica ingenuidad si incluso con esta abolición de los límites entre las Ciencias Humanas y Sociales -**que** no sólo es, evidentemente, un objetivo utópico e inalcanzable, sino de total inutilidad- se podría lle-

²⁴ Lo señalado en el texto se refiere a autores poco informados, sin la ironía y erudición enciclopédica de autores como IBÁÑEZ, T., *El regreso del sujeto*, Madrid, 1994 (2), y *Por una Sociología de la vida cotidiana*, Madrid, 1994.

²⁵ MOLES, A., *Laberyntes du vécu*, París, 1982, pp. 30 y ss., y KALIFFMAN, I. C., *La vie ordinaire: voyage au coeur du quotidien*, París, 1989.

²⁶ LALLI, «The Imaginative...», p. 111.

gar a captar algo tan inasible como es lo sagrado y si no se requeriría la ayuda de la Teología para encaminarnos dentro de unos senderos tan místicos. En resumen, se puede apuntar que la devoción que muestran algunos microsociólogos de lo cotidiano por su campo de estudio no tiene nada que envidiar -**dada** su lealtad acrítica a la sagrada cotidianidad- a los seguidores más fanáticos de las sectas religiosas en sus luchas fervorosas contra las Iglesias establecidas (léase, en este caso, funcionalismo, estructuralismo, positivismo...).

Mucho más atrayentes son las argumentaciones que destacan cómo la cotidianidad «burla» con sus tácticas sutiles, ingeniosas y flexibles -**que** son patrimonio de la cultura popular- las estrategias anquilosadas de las instituciones que representan a los diversos poderes ²⁷. Pero resaltar el interés de esta clase de reflexiones no supone aceptar automáticamente los análisis en los que la cotidianidad se presenta como el antipoder por excelencia, que surge con fuerza en los estudios sociológicos al estimar que se han derrumbado los grandes paradigmas de la Sociología «científica», que habrían colaborado supuestamente en la defensa ideológica de unos «buenos poderes» en los que ya cada vez es más difícil creer. La lucidez que puedan contener tal tipo de argumentaciones pierde mucho de su eventual valor cuando éstas se radicalizan llevando al extremo este discurso, de manera que se cae más o menos conscientemente en un nostálgico y populista mensaje pseudoanarquista que entronca con los manidos tópicos neonitzscheanos de un Foucault absolutamente sobrevalorado en el llamado pensamiento postmoderno ²⁸. El poder deviene, así, en el mal por antonomasia que se opone a la cotidianidad bajo diversas formas. En tal sentido, dentro de estas tendencias se argumenta que el discurso político se articula colocando entre paréntesis el lenguaje cotidiano. O se señala que frente a la espacialización (introducida por el poder en el conjunto de la sociedad) lo cotidiano se alza como medio de disidencia. Se resalta, en otras ocasiones, que el poder a través de las instancias sociales instituidas reprime la convivialidad que es la esencia de la cotidianidad () se alude también a que ésta muestra una suerte de resistencia pasiva frente al

²⁷ CERTEAU, M., *The practices...* passim; SCOTT, J. C., *Weapons of the Weak. Everyday forms of Peasant Resistance*, New Haven, 1985.

²⁸ ROSE, N., *Governing the Soul: The Staping of the Private Self*, Londres, 1989.

poder que la hace aún más peligrosa que la confrontación directa de los grandes movimientos sociales²⁹.

Cabría preguntarse si esta representación ingenua de la vida cotidiana como privilegiado ámbito del rechazo hacia todo tipo de poder no es, en muchas ocasiones, una forma de rehabilitar, de manera voluntariosa, la pertinencia de los propios estudios sobre la cotidianidad, a la que se intenta redimir del estigma habitual de la trivialidad, acusando precisamente al poder de ser el que banaliza los fenómenos cotidianos. Así, parece que algunos estudios sobre la vida cotidiana buscan adquirir la respetabilidad que se les niega desde el ámbito académico, acusándole a éste de ser un mero portavoz del ubicuo poder que ensancha sus tentáculos, más allá de la política, a través de todas las formas de relación social (dentro de un esquema totalmente deudor de las premisas tópicas de Foucault), de suerte que se ensalzan entusiásticamente los comportamientos individuales de los sujetos en la vida diaria que asumen posturas de «autodefensa» pasiva negando los lazos afectivos que se les tratan de imponer desde los diversos poderes en espacios cotidianos como la fábrica, el barrio...³⁰. Con esta última crítica no quiere decirse que el intento de reflexionar sobre las relaciones existentes entre la vida cotidiana y los diversos poderes actuantes en la sociedad no sea un objetivo exento de mérito. En este sentido, son sugestivas aquellas ideas que destacan que para cambiar el marco político es necesario cambiar previamente la vida cotidiana. Ahora bien, éste es un terreno en que hay que descartar generalizaciones simplistas, que sólo alcanzarían verdadero interés en el caso de que se completaran con investigaciones empíricas sobre estos aspectos, tanto en lo que hace a la sociedad actual como a la evolución histórica. Por otro lado, muchas veces se hace una sobrevaloración del ámbito político concebido como si fuera el único poder relevante y éste no es tampoco el camino para fo-

²⁹ REYES, H., *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, 1992, p. 75; BALANDIEH, C., «Essai...», p. 12; CAMBACHTA, C., «Experiences of Daily Life», *La Sociologie Contemporaine*, núm. 37, 1989, p. 132; LAJIVE, C., «La vie...», pp. 15-16; МАШИТ, И. Г., «Historicité et quotidienneté», en FRISTCII, P. (ed.), *Le sens...*, p. 88; LANTZ, P., «De la banalité...», en *Ibidem*, p. 61; YEHALY, A., «Relations du pouvoir et phénomènes de retrait en univers burocratique», en JAVEALI, C. (ed.), *Micro...*, pp. 224-225.

³⁰ Una perspectiva más matizada e interesante es, por ejemplo, la de FERRAHOTI, F., *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, 1991.

mentar un mayor contacto entre las investigaciones sociológicas y las historiográficas sobre la vida cotidiana.

Una perspectiva diferente -pero con gran tradición en los estudios microsociológicos sobre la cotidianidad- es la que procede de los denominados análisis dramáticos, que inciden en la importancia de la apariencia que trata de dar el individuo ante los demás en las relaciones interpersonales. A este respecto, se ha llegado a decir que las teorías sobre el teatro son «fundamentales para observar la realidad social» o que la «teatralización... es la expresión última de todos nuestros actos cotidianos»³¹. Las variantes que adopta este modelo del análisis dramático son numerosas. Así, algunos autores se inclinan por subrayar la espontaneidad de las «improvisaciones coreográficas» o de los microrrituales que cimentan la construcción social de la realidad cotidiana, mientras que otros aluden a que el hombre de nuestro tiempo (al contrario de lo que se estima que ocurría en el pasado) ensaya continuamente su presentación en escena. En otras ocasiones, se argumenta que los rituales en los que se enmarca la teatralización de la vida cotidiana pueden ser en ciertos casos heredados, en otros impuestos o, finalmente, libremente contruidos. De cualquier modo, en todas estas reflexiones se hace hincapié en el ámbito puramente individual. Ciertamente, una de las raíces de este enfoque radicalmente individualista en el estudio de la vida cotidiana se encuentra en la obra de Goffman. Partiendo de la base de que para ese autor la unidad de análisis de lo cotidiano no puede nunca ser el de los grupos o clases sociales sino, por el contrario, los encuentros más o menos espontáneos que se verifican en la interacción, algunos análisis sobre la cotidianidad tienden a ocuparse de modo exclusivo de las reglas de etiqueta de la «desatención cortés», de las tácticas que empleamos para ocultar nuestra valoración al otro... que nos llevan a un mundo de ficciones, de representación teatral, de apariencias que no remiten a ninguna realidad social que vaya más allá del «marco» (frame) de la interacción. Aunque el individualismo imperante en este tipo de enfoques es tan obsesivo que, en principio, parecería que desde la Historia social no podría establecerse con ellos ningún diálogo fructífero, la moda del retorno del sujeto que afecta

³¹ MOLES, A., *Micropsicología y vida cotidiana*, México, 1983, p. 176, YMAFFESOLI, M., *La conquele...*, p. 17. Las ideas que se señalan a continuación pueden encontrarse en JAVEAU, C., «Microrituels...», pp. 61-62, en NAHAYANDI, F., «Les sociologues...», pp. 69-70, y en REYES, R., *Sociología...*, pp. 85-86.

a todas las Ciencias Sociales hace que este tipo de análisis sean cada vez más apreciados en algunas variantes de la Historia de lo cotidiano. En cualquier caso, pese al aparente desprecio que muestran los análisis de Goffman en relación con la Historia, cabe señalar que no es tanto en éste como en otros enfoques microsociológicos sobre la cotidianidad -que cuentan ya con una larga trayectoria entre los sociólogos norteamericanos- donde se hace más difícil articular una relación entre la Sociología y la Historia de la vida cotidiana³².

Desde otro ángulo -y aunque hace años pudiera haber parecido paradójic()- este diálogo entre la Sociología y la Historia de lo cotidiano es cada vez más posible a raíz de la tendencia, muy acentuada en los últimos decenios, que insiste en algunos sectores de ambas disciplinas en la relevancia de una perspectiva que contempla los fenómenos sociales desde la Lingüística y la Retórica. Las diferentes versiones que desde el campo de la Sociología de lo cotidiano hacen especial hincapié en el lenguaje pueden asumir formas muy diversas. Así, las que señalan que la vida cotidiana no se puede entender más que analizándola como distorsionada por las prácticas lingüísticas, las que -siguiendo los postulados de Bajtin- hacen referencia al carácter esencialmente dialógico de las «lecturas polifónicas» que encierra la cotidianidad o las que insisten que los más mínimos actos cotidianos son comparables con formaciones lingüísticas «determinadas por tropismos semánticos» hasta afirmaciones como la de Habermas que subrayan la conexión íntima existente entre las estructuras del mundo de la vida y las estructuras lingüísticas³³.

No es, obviamente, nuestro objetivo el desarrollar aquí una reflexión -ni siquiera esbozarla- de esta progresiva atracción hacia determinadas variantes de la Lingüística y la Crítica Literaria por parte de las Ciencias Sociales y de la Historiografía en los decenios finales del siglo XX, ni mucho menos fijarnos en sus eventuales deficiencias para emprender, en cuatro líneas, una ingenua tarea de acoso y derribo sobre las corrientes postestructuralistas, en las que hay que admitir que al tiempo que provocaban esquematismos desafortunados

³² Por ejemplo los de SCHUTZ, A., y LUCKMANN, T., *Las estructuras...*, y GARFINKEL, H., *Studies in Ethnomethodology*, 1967.

³³ HEYES, R., *Sociología...*, pp. 20-21; LUCAS, P., «Structures et opérateurs dialogiques de la vie quotidienne», en FRISTICH, P. (ed.), *Le sens...*, pp. 174-176; CERVEAU, M., *The practice...*, pp. 102-103, y HABERMAS, J., *Lifeworld and system: a critique of functionalist reason*, Boston, 1987, pp. 122-124.

tunados han generado también debates interesantes. Sin embargo, no se puede dejar de reseñar la banalidad acrítica de algunos científicos sociales que manejan con despreocupada alegría las alusiones a la gramática de las situaciones cotidianas o a la sintaxis de las interacciones, dado que las problemáticas cuestiones puestas de manifiesto en las investigaciones sobre el lenguaje cotidiano tanto en la filosofía del lenguaje (siguiendo una tradición que se constituye, por lo menos desde Wittgenstein, en un tema fundamental de la filosofía del siglo XX) como en la lingüística son de gran calado y requerirían una compleja discusión. En cualquier caso, sí se debe resaltar la contradicción que implica el que algunos microsociólogos de la vida cotidiana -incluso tan reputados como Goffman o Garfinkel- tras usar esos tipos de referencias metafóricas a la gramática o a la sintaxis señalen su falta de interés por las teorías del lenguaje desarrolladas por las investigaciones lingüísticas³⁴.

Por otra parte, y en relación con la reiterada necesidad que se reclama en algunos estudios sobre la vida cotidiana de aplicar al estudio de ésta los principios de la Retórica, han sido inicialmente los filósofos que se han acercado a la cotidianidad los que más han insistido en ello, aunque después ha habido numerosos sociólogos que se han incorporado a esta tendencia. De todas formas, existen muy diferentes perspectivas al respecto. Así, se puede aludir a las que hacen hincapié sobre todo en el sujeto, destacando que todos los individuos nos contamos nuestra vida diaria a modo de autonarración, de manera que somos «textos vivos», aunque el papel que tomamos en la interacción depende del que nos atribuyan los otros. Ello lleva inevitablemente a concluir que, como todo texto, nuestra vida cotidiana es inseparable de la lectura que se haga de ella, pues, en virtud de este carácter narrativo, la vida diaria se convierte en inaccesible en su original y cada lectura es inseparable de la intertextualidad que la recrea³⁵. Está casi de sobra el señalar que este tipo de argumentaciones supone la aplicación mimética al estudio de la vida cotidiana

³⁴ Lo contrario se aprecia en lingüistas que no tornan en consideración adecuadamente el contexto social, LAKOFF, G., y TOLINSON, M., *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, 1991.

³⁵ LÓPEZ ARANGUREN, J. I., *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*, Madrid, 1991, pp. 59-65, y HABERMAS, T., *14e-world...*, p. 136. Las ideas que se comentan posteriormente en el texto de nuestro artículo proceden de REYES, R., *Sociología...*, p. 30.

na de reflexiones que poseen gran tradición en la crítica literaria desde Barthes, Derrida, Kristeva, etc. Otras perspectivas, como las variantes foucaultianas de estas tendencias, incorporan la inevitable referencia al discurso del poder -impenetrable por esencia- cuyas garras lJegan hasta la vida cotidiana, de suerte que los hombres corrientes quedan atrapados en la ficción que establece aquél, asumiendo éstos inexorablemente el discurso del poder, a fin de tratar de prolongar la vida cotidiana en las condiciones que les sean menos traumáticas a los individuos. Afirmar que este tipo de reflexiones son irrelevantes para el análisis de la vida cotidiana sería exagerado, pero conviene subrayar que no se trata de repetir continuamente las intuiciones de Foucault, asumiéndolas como si fueran un catecismo, ya que ello nos llevarla a un callejón sin salida, comparable al que condujo el polo opuesto representado por el economicismo más Insensible del llamado marxismo vulgar.

Ahora bien, no nos cansaremos de reiterar que si se deben criticar estos excesos que proceden de un acercamiento puramente antropológico, lingüístico o dramático en el estudio de la vida cotidiana, hay que reivindicar también el valor que poseen estas aproximaciones sociológicas a la cotidianidad en la medida que superan el realismo ingenuo característico de la percepción cotidiana del hombre corriente sobre el mundo de vida. De este modo, el rechazo en bloque por parte de los historiadores sociales frente a todas estas perspectivas no conduciría más que a perpetuar un enfoque meramente descriptivo que es, evidentemente, el recurso aplicado en ciertas muestras -afortunadamente, cada vez menos- de la praxis historiográfica en torno a lo cotidiano que no han avanzado un ápice en relación con las bases historiográficas del más vetusto positivismo.

Se explica así la Insatisfacción con que se encuentran los historiadores de la cotidianidad más sensibles ante las Ciencias Sociales cuando leen obras que adoptan en su título este concepto de vida cotidiana, sin tener en cuenta ninguna de las aportaciones que hemos comentado³⁶. Ello conduce irremisiblemente al simplismo que caracterizó a las síntesis tradicionales sobre historia de la vida cotidiana que han conocido cierto éxito en el mercado editorial de diversos países occidentales. De ahí se explica, y con razón, que los estudiosos

³⁶ Una excepción es BHAIJN, R., *Industrialisation and Everyday Life*, Cambridge, 1990.

de las Ciencias Sociales no encontraran hace años en este tipo de historia de lo cotidiano nada que pudiera atraer su interés.

Ahora bien, el panorama actual de las investigaciones historiográficas sobre la cotidianidad es muy diferente, precisamente si tenemos en cuenta el esfuerzo interdisciplinar que han hecho algunas de las mejores investigaciones historiográficas sobre la vida cotidiana. En este sentido, y a modo de ejemplo, podemos comparar, en lo que se refiere a nuestro país, dos obras publicadas hace relativamente poco tiempo que se esfuerzan por acercarse a la cotidianidad, desde unos ámbitos y períodos tan distintos como son el Madrid de la época de Felipe II y dos localidades salmantinas durante el siglo XX y desde dos grupos sociales tan diferentes como la oligarquía municipal en el primer caso y el campesinado en el segundo³⁷. Al margen de que los objetos de estudio sean tan distintos, y de que ello influya obviamente en los resultados de la investigación, el contraste que se observa en el análisis de la vida cotidiana entre ambos trabajos es digno de ser resaltado. Mientras que en el primero de ellos, los aspectos más tópicos relativos a la vida cotidiana -desde la casa al sentimiento ante la muerte- se limitan muchas veces a la mera descripción erudita, se puede observar que en el segundo la síntesis de perspectivas antropológicas, sociológicas e historiográficas... conduce a una investigación modélica. Se podría replicar que este último trabajo es más bien fruto de un análisis de base antropológica que propiamente histórica, pero lo cierto es que sus resultados se inscriben en una perspectiva histórico temporal amplia -que no sólo remiten a la época actual- y que incorporan además los fundamentos metodológicos propios de la historiografía en la consulta de las fuentes archivísticas. De cualquier forma, y alejándonos de la historia más cercana, se puede tomar otro excelente ejemplo de una publicación española, también reciente, en la que se estudia la vida cotidiana en un marco regional durante el Antiguo Régimen³⁸. En ella se advierte cómo se estudian sistemáticamente los problemas relativos a la civilización material, a la organización del trabajo, a la estructura familiar, a los comportamientos... lográndose una síntesis excepcional. Y estos as-

³⁷ GUERRERO, A., *Familia y vida cotidiana de una élite de poder*, Madrid, 1993; DEVILLARD, M. I., *De lo mío a lo de nadie. Individualismo, colectivismo agrario y vida cotidiana*, Madrid, 1993.

³⁸ SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana en La Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1994.

pectos forman parte obviamente de una historia de la vida cotidiana -**por** no decir que se encuentran en el centro de cualquier análisis historiográfico de la cotidianidad- aunque una visión estrecha de cierta historiografía estructural no quiera reconocerlo porque supondría aceptar la relevancia que niegan a este tipo de estudios.

Al margen de estos casos **puntuales**, en las páginas siguientes se comentan -**de** manera forzosamente **sumaria**- algunas de las aportaciones y carencias que se pueden encontrar en la práctica historiográfica que ha investigado los comportamientos cotidianos dentro de diversas corrientes como la historia de las mentalidades, la de las representaciones, la de la cultura **popular**, la perspectiva microhistórica... Se han escogido estas escuelas como objeto de análisis por dos motivos. En primer lugar, porque es en el estudio de los comportamientos donde la historiografía ha asumido con mayor intensidad ciertos presupuestos metodológicos desde los que se puede hacer una comparación más pertinente con tipos de enfoques que se han privilegiado en la microsociología de la vida cotidiana que han sido revisados en la primera parte de este artículo. En segundo lugar, porque desde algunas de estas reflexiones historiográficas es donde se han realizado mayores contribuciones a una reconceptualización de la historia de lo cotidiano, aunque la expresión «vida cotidiana» no aparezca en el título de los trabajos que se integran en esas corrientes historiográficas. Por otro lado, hay que admitir que en tales perspectivas no sólo se analiza el nivel cotidiano sino que también se destacan las rupturas de la cotidianidad. Pero esto no es ningún argumento para no incluirlas entre los acercamientos historiográficos más relevantes en torno a la cotidianidad, pues habrá que reiterar que comprender la vida cotidiana no consiste en ensimismarse en ella, sino que requiere igualmente salir de su ámbito para poder llegar a versiones más problemáticas que nos aproximen hacia su mejor conocimiento. Una última precisión: no se **harán**, salvo en ocasiones puntuales, referencias a la historiografía británica y alemana, tratadas en otros trabajos de este volumen. Es por ello que nos **ocuparemos**, sobre todo, de investigaciones correspondientes a la historiografía francesa. y ello por dos motivos. De un lado, porque en ella se han estudiado con gran interés por parte de los historiadores las conductas y los comportamientos cotidianos. De otro lado, porque la historiografía científica de la cotidianidad en nuestro país -**al** margen de la

imitación de modelos británicos- ha estado particularmente influenciada por la trayectoria historiográfica de este país vecino.

Si adoptamos una perspectiva cronológica parece claro que, durante gran parte del siglo XX, el enfoque dominante en el acercamiento no positivista al estudio de los comportamientos cotidianos ha sido deudor de la llamada historia de las mentalidades. Por otro lado, según destacaban algunos sociólogos y antropólogos a principios de los años ochenta, aquella escuela era la única -dentro de los diversos sectores historiográficos- que permitía una posibilidad de contacto entre la investigación sobre lo cotidiano en las Ciencias Sociales y la práctica historiográfica³⁹. No tendría sentido volver a trazar aquí la bien conocida trayectoria de esta tendencia historiográfica a lo largo de la evolución sufrida por la escuela de los Annales, pues fue analizada de forma reiterada, durante los años setenta, en trabajos ya clásicos y muy divulgados⁴⁰.

Como es sabido, en estos últimos estudios se hizo una alabanza demasiado entusiasta de aquella corriente, pero a partir de los años ochenta se ha tornado al polo opuesto. Así se resalta cada vez más la ilimitada y aerítica confianza que ponían algunos defensores de esa tendencia en la noción de mentalidad como si el acercamiento a los sentimientos, a las emociones, a las creencias... de la gente corriente en el pasado viniera a reemplazar totalmente a los enfoques historiográficos anteriores. De esta manera, la historia de las mentalidades se convertía en la «nueva historia» por excelencia, que debía desbancar a las «viejas» aportaciones de la historia social y económica. La autojustificación de este enfoque de las mentalidades como una respuesta presentista a lo que demandaban los lectores ante algunos de los problemas que acuciaban al mundo occidental en los años sesen-

³⁹) BALANDIER, C., «Los espacios y los tiempos de la vida cotidiana», *Debats*, núm. 12, 1984, p. 106; DEBRAY, Q., *L'esprit des moeurs. Structures et significations des comportements quotidiens*, Lausana, 1983, o más recientemente KOROSEK, P., *Le public et ses d'offailles, Espaces et Sociétés*, núm. 62-63, 1990, pp. 30-89.

⁴⁰) ARIES, P., «La historia de las mentalidades», en LE COFF, J. (ed.), *La nueva historia*, Bilbao, 1988, pp. 460-481; BENNASAR, B., «Historia de las mentalidades», en CARBONELL, C. (ed.), *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, pp. 155-164; VOVELLE, M., *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985; CHAUNU, P., «Un nuevo campo para la historia serial: lo cuantitativo en el tercer nivel», capítulo incluido en su libro *Historia cuantitativa, historia serial*, México, 1987, o LE COFF, J., «Las mentalidades: una historia ambigua», en el libro dirigido por el mismo autor, *Hacer la Historia*, tomo TII, Barcelona, 1980, pp. 81-98.

ta y setenta como la crisis de la familia, los nuevos comportamientos ante la infancia, la mujer, la muerte, la vejez, la sexualidad, la marginación... fueron ya criticados en su momento, porque en gran medida eran una réplica casi automática ante cuestiones de moda. Todo ello conducía probablemente a un camino donde el agotamiento de nuevos temas haría que una historiografía insuficientemente conceptualizada no tuviera un futuro halagüeño. Tampoco prometía nada bueno la autocomplacencia de la historia de las mentalidades cuando se consideraba a sí misma como el lugar privilegiado de encuentro de lo colectivo y de lo individual, de lo elitista y de lo popular, de lo general y de lo marginal... haciéndola el territorio idóneo para el objetivo siempre buscado y nunca logrado de una historia total ⁴¹. Sin duda, algunos de los grandes problemas del acercamiento desde esta tendencia a la interpretación de los comportamientos cotidianos radicaban en que muchos historiadores de las mentalidades, en los años sesenta y setenta, se limitaron a tomar de los «padres fundadores» de los Annales aquella vaga noción dándola por útil en la práctica historiográfica, en razón de su mismo carácter aproblemático ⁴². Independientemente de esto, no están tampoco totalmente exentos de razón aquellos críticos de la historia de las mentalidades que han señalado cómo la función de esta corriente historiográfica fue la de encontrar una alternativa cómoda frente a una historia intelectual historicista que sólo se interesaba por las élites creadoras de ideas y pensamientos escritos. Las mentalidades eran así las «ideas de los pobres», de la gente corriente, pero con el agravante de que (partiendo de la irracionalidad y del énfasis en el componente inconsciente, que era consustancial a la noción de mentalidad en pensadores como Lévy-Bruhl y otros psicólogos y antropólogos de comienzos de siglo) al final esa gente corriente no tenía ideas, sino tan sólo afectos y sentimientos incoherentemente articulados.

Otro de los problemas que surgían en el acercamiento desde la historia de las mentalidades al estudio de los comportamientos cotidianos es que aquéllas solían ser concebidas únicamente en el marco de la larga duración, donde la inmovilidad era casi la norma por excelencia. Atendiendo a ello, se comprende que la historia de las mentalidades tenía cierta viabilidad para aproximarse -desde esa pers-

⁴¹ MANDROU, R., «L'histoire des mentalités», *Encyclopedia Universalis*, núm. 8, pp. 436-438.

⁴² LLOYD, G., *Demystifying mentalities*, Cambridge, 1989.

pectiva que hacía hincapié en las inercias- al mundo cotidiano de las sociedades campesinas de la Europa medieval y moderna, pero sus repercusiones eran escasas para el análisis de la era contemporánea, caracterizada por los cambios de la vida cotidiana. Por otro lado, muchas de las investigaciones de la historia de las mentalidades enfatizaban una concepción de las creencias y cosmovisiones de la vida cotidiana como conservación de lo existente, donde la única fuerza de cambio procedía de la modernización capitalista -contemplada como el gran motor de las transformaciones en esos comportamientos cotidianos, pero que no era analizada, al quedar fuera de su período de especialización, por los historiadores medievalistas y modernistas que eran los que se encuadraban mayoritariamente en la corriente de la historia de las mentalidades⁴³.

A pesar de estas críticas hay que reconocer que las contribuciones de la historia de las mentalidades han sido decisivas en temas relativos a la evolución de las conductas cotidianas durante la Edad Media y Moderna, como ocurre con los analizados en estudios sobre la violencia, la marginación, las sensibilidades ante la muerte, los comportamientos ante la fiesta, las actitudes ante la infancia y la adolescencia, las costumbres y maneras de comer, beber o vestir, la higiene y el tratamiento del cuerpo... dentro de un listado de cuestiones que podría hacerse agotador⁴⁴. Descalificar en bloque lo que se ha aportado sobre estos aspectos desde la historia de las mentalidades sería inadecuado, porque junto con evidentes simplificaciones hay en un número abrumador de estos trabajos aportaciones fundamentales al conocimiento de la historia cotidiana que fueron fruto, además, de una investigación minuciosa sobre interesantes fuentes archivísticas.

Por otra parte, algunas obras encuadradas en la historia de las mentalidades -las mejores, sin duda- han intentado integrarse en un enfoque de historia social de la vida cotidiana, que no se puede

⁴³ GISMONDI, M. A., «The "Gift of theory": A Critique of the "Histoire des mentalités" in the Annales», *Comparative Studies in Society and History*, In, 1982, pp. 424-437; REVEL, J., «Mentalidades», en BURGUERE, A. (ed.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid, 1991, pp. 470-477; «Genesi i crisi de la noieó des "mentalitats"», *L'Avenç*, 1987, pp. 10-19; CHARTIER, R., «Intellectual History or Sociocultural History», en LA CAPRA, D. (ed.), *Modern European Intellectual History*, Londres, 1982, pp. 13-46; BURKE, P., «Strengths and Weaknesses of the History of Mentalités», *History of European Ideas*, núm. 7, 1986, pp. 439-451, y BUHEAU, A., «Propositions pour une histoire restreinte des mentalités», *Annales*, 1989, 6, pp. 1491-1504.

⁴⁴ Un ejemplo en MUCHEMBLED, R., *L'invention de l'homme moderne*, París, 1988.

desdeñar a la ligera bajo el cómodo expediente de hacer hincapié en su sociologismo. En efecto, si se puede advertir en la historia de las mentalidades una falta de mayor rigor teórico o la carencia de un claro objeto de estudio en la medida en que todo podía ser «fagocitado» por ella (las edades, los sentimientos, los sistemas de relación social, las creencias)... no se les puede criticar a muchos de estos trabajos por su falta de interés en insertar los problemas de que se ocupaba en el «contexto social». Ahí radica probablemente uno de los motivos más importantes de la difusión de esta corriente en muchos países -más allá del ámbito francés de los *Annales*- y no sólo en el hecho -tan destacado por sus críticos- de que la ambigüedad de sus propuestas la hiciera sugestiva y cómoda para un gremio, como el de los historiadores, que muchas veces no desea plantearse complejos problemas epistemológicos ⁴⁵. Insistimos, pues, que desde la historiografía actual resulta muy fácil hacer un ataque frontal contra las insuficiencias de la tradicional historia de las mentalidades, pero ello implicaría una falta total de generosidad en relación con una praxis historiográfica que ha obtenido también logros importantes, como en los últimos años han puesto de manifiesto algunos trabajos publicados en nuestro país que reivindican algunas de sus mejores cualidades ⁴⁶.

A partir de los años ochenta, algunas alternativas a la historia de las mentalidades -dentro de la historiografía francesa- han procedido desde el propio centro de la escuela de los *Annales* y han pasado por enfoques metodológicos tan diversos como pueden ser la reivindicación de una confusa Antropología Histórica -que no tiene nada que ver con excelentes investigaciones de base antropológica de algunos historiadores británicos- o por una readaptación más o menos elaborada de los conocidísimos argumentos de Foucault ⁴⁷. No nos ocuparemos de ellas, porque el replanteamiento más interesante

⁴⁵ Sobre la difusión de la historia de las mentalidades en otros contextos, DARNTON, N., «Intellectual and Cultural History», en KAMMEN, M. (ed.), *The past before us*, Nueva York, 1980, pp. 327 y ss., y SCHOTTLER, P., «Mentalités, idéologies, discours», en LUDTKE, A. (ed.), *Histoire du quotidien*, París, 1994, pp. 71-85.

⁴⁶ BARROS, C., «Historia de las mentalidades: posibilidades actuales», en VVAA, *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 49-67; «Historia de las mentalidades: historia social», *Historia Contemporánea*, núm. 9, 1993, pp. 111-139, o «La contribución de los terceros *Annales* y la Historia de las Mentalidades». en GONZÁLEZ C., (ed.), *La otra historia: Sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, pp. 87-118).

⁴⁷ GOLDSTEIN, J. (ed.), *Foucault and the Writing of History*, Oxford, 1994.

de algunos de los temas tratados por la historia de las mentalidades ha llegado de los márgenes de la escuela francesa, incidiendo en una historia de las representaciones, cuyo mejor representante es, sin duda, R. Chartier⁴⁸.

A este respecto, interesa destacar que lo que se propone desde esta tendencia historiográfica supone la asunción de muchos de los argumentos que hemos observado en los estudios actuales sobre Sociología de la vida cotidiana. De este modo, sus alegatos contra algunos tipos de historia de las mentalidades porque partían de una sobredeterminación «casi tiránica» (*sic*) de las clases sociales sobre las prácticas culturales, su reivindicación de la «gramática oculta» que hay que desentrañar tanto en las prácticas como en los discursos, la crítica a la «ceguera» de una historiografía encerrada en una pobre idea de lo real como una instancia transparente, la reivindicación de la capacidad inventiva del sujeto que responde con tácticas a los retos que le plantean las normas impuestas desde las instituciones, su hincapié en la importancia de los gestos y de los espacios en las prácticas y en las representaciones, la defensa de la teatralización (que caracteriza, según aquel autor, «la vida social en la sociedad del Antiguo Régimen»), el rechazo a la prepotencia de algunas corrientes cuantitativas, la importancia de los rituales en la articulación de las convenciones que reglamentan las conductas cotidianas, la recuperación de Bajtin para señalar la necesidad de una comprensión dialógica de los textos históricos... son aspectos comunes, evidentemente, a muchas de las ideas de algunos microsociólogos de la vida cotidiana que hemos comentado antes. Es obvio que tales argumentos de la historia de las representaciones se inscriben en una tendencia generalizada en la historiografía actual que rechaza la importancia desmedida concedida en las corrientes estructurales a los grupos socio-profesionales (léase, clases sociales, ya que con ese eufemismo se quiere evitar una expresión que parece maldita) para reivindicar categorías analíticas como el género o elementos condicionantes como las diferencias generacionales, las adhesiones religiosas, las solidaridades territoriales... al tiempo que se resalta la importancia de las redes y estrategias que se ponen en acción en las comunidades, en las fami-

⁴⁸ ЧИХТИЕВ, Р., «Intellectual History...», *passim*, *El mundo como representación*, Barcelona, 1992; «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, núm. 17, 1993, pp. 97-103, o «Cultura popular: retorno a un concepto historiográfico», *Manuscripts*, núm. 12, 1994, pp. 43-62.

lias y en los propios individuos. No se trata aquí, por supuesto, de descalificar en unas pocas líneas todas estas perspectivas de la historiografía actual que, además, son útiles en la medida que permiten superar simplismos deterministas de la «vieja» historia social, pero sí se debe señalar que todas estas categorías de análisis que se proponen en los últimos decenios no deben olvidar las diferenciaciones sociales derivadas de la existencia de diferentes intereses económicos, so pena de caer en un error tan simplista como el que denuncian. En cualquier caso, la historia de las representaciones ha tenido el mérito de considerar la importancia del lenguaje en la historia de las prácticas socioculturales sin caer en el relativismo radical de los defensores del giro lingüístico en la historiografía. En tal sentido, y al margen de los errores que se acaban de reseñar, autores como Chartier han emprendido desde la historia de las representaciones una crítica acertada contra el intento de subsumir la lógica de las prácticas sociales en la lógica de los discursos que se dirige al mismo centro de los argumentos del famoso «giro».

Por otra parte, desde la historia de las representaciones se ha insistido en la necesidad de recuperar algunas de las premisas introducidas por N. Elías en su famosa investigación sociohistórica. Es bien conocido el mérito de este intelectual que realizó una de las más ambiciosas aproximaciones a la historia de la cotidianidad -sobre todo en 10 que se refiere al análisis sugestivo que propuso acerca de las relaciones entre la evolución de las costumbres y el desarrollo del Estado 49. La obra de Elías merece que se le reconozca todavía como un valioso precedente de 10 que debe ser una auténtica historia de la vida cotidiana por su ambicioso intento de no quedar limitado a una mera descripción de los modos de comportamiento y por su tentativa de escapar a la falsa dicotomía entre individuo y sociedad. Ahora bien, desde que en los años setenta se tradujo su obra a diversas lenguas europeas, se ha advertido, en demasiados historiadores, una acrítica asimilación de las tesis de Elías como si fuera una vulgata, lo que determina en no pocos casos un estancamiento en presupuestos teóricos que tienen más de sesenta años de antigüedad. Nadie niega que releer a los clásicos sea un ejercicio interesante, pero siempre que no conduzca a tomar sus ideas como si fueran indiscutibles. En

..) ELÍAS, N., *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, 1987.

este sentido, es obligado rechazar la esquemática asimilación que hacía Elías de las «leyes psicogenéticas y sociogenéticas», lo que implicaba que el desarrollo de la interiorización individual de los sentimientos íntimos de autocontrol en la vida cotidiana se desarrollaron en paralelo sincrónico al control de la violencia física por el Estado absoluto. Además, habrá que recordar que la tesis fundamental de su obra pasaba sustancialmente por incorporar lo que había observado en sus análisis sobre la sociedad cortesana, de manera que su interpretación asume un modelo extremadamente verticalista, donde toda la historia de la evolución de las costumbres en Occidente pasa por la difusión entre las capas burguesas de los modos de comportamiento adoptados anteriormente por la aristocracia, siendo después el proletariado quien incorporaría aquellas conductas en el siglo XIX. De esta forma, el núcleo de la evolución histórica de los comportamientos cotidianos se concentraba en el grupo social y en la época que había constituido el objeto de estudio de Elías —la nobleza cortesana de los siglos XVII y XVIII— siendo la evolución posterior de la historia de las costumbres un apéndice a lo allí desarrollado, al que no dedicaba en su estudio más que breves consideraciones marginales.

Uno de los puntos fundamentales de la obra de Elías era sentar las bases de una psicología histórica de las costumbres. Su intento no ha tenido ninguna continuación estimable, ya que la obra de Elías ha supuesto, pese a su antigüedad, una contribución más importante para aquel objetivo que los hipotéticos cuatro mil trabajos de psicohistoria de los que se vanagloriaba un defensor de esta corriente hace algunos años⁵⁰. Podría haberse esperado que los psichistoriadores de los últimos decenios, a través de sus análisis de los mecanismos del inconsciente, hubieran aportado nuevos conocimientos para la comprensión de la evolución de los modos de conducta en la vida co-

⁵⁰ DE MAUSE, L., *Les fondations de la psychohistoire*, París, 1986; para otras muestras de esta escuela, SIOHE, M., «Biography in the 1980s. A Psychoanalytic Perspective», en RAAB, T. (ed.), *The New History*, Princeton, 1982, pp. 89-113; BINION, R., *Introducción a la psicohistoria*, México, 1986; FRIEDLANDER, S., *Histoire et Psychanalyse*, París, 1974; SZALUTA, R., *La psychohistoire*, París, 1987; BESANCON, A., *Histoire et expérience de moi*, París, 1971; *L'histoire psychanalytique*, París, 1974; BINYMAN, W. (ed.), *Psychology and historical interpretation*, Oxford, 1986; HITZMAN, A., «Vers une histoire psychanalytique des mentalités», en VVAA, *L'histoire et ses méthodes*, Lille, 1981; BERINGER, R., «Psychosociological History», en *Historical Analysis*, Nueva York, 1978; MAUSE, L. (ed.), *Historia de la infancia*, Madrid, 1991; GAY, P., *Freud for historians*, Oxford, 1986; *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*, México, 1992.

tidiana a través de la historia. Sin embargo, su utilización de los principios de la asociación libre o la valoración de los impulsos de agresión y de las motivaciones sexuales en el comportamiento humano no han conducido, en el mejor de los casos, más que a esbozar argumentaciones endebles como la que sostiene que la moderación que caracteriza a la superación de la etapa de infancia en los sujetos se convierte en modelo de explicación de los cambios en los comportamientos cotidianos colectivos a lo largo de la trayectoria histórica de las sociedades occidentales. Una de las razones por las que la psichistoria no ha realizado una gran aportación a la historia de la vida cotidiana puede también radicar en que la mayoría de los autodenominados psichistoriadores han tomado a la obra de Freud como referente exclusivo de sus investigaciones. Ahora bien, como se ha señalado reiteradamente por los psicólogos que han estudiado la vida cotidiana, ésta no tenía más interés para Freud que el tener en cuenta aquellas formas de conducta triviales a fin de poner de relieve las pulsiones y motivaciones inconscientes, ya presupuestas dentro de la teoría anteriormente elaborada por él. Por otro lado, como los psichistoriadores consideran que la historiografía académica ha trivializado la potencialidad de las teorías del padre del psicoanálisis para entender los grandes problemas de la Historia, se comprende que no se hayan inclinado por acercarse al estudio de los comportamientos cotidianos que se suponen triviales y banales y, en cambio, se hayan dedicado a problemas presuntamente más trascendentes. De todos modos, cuando algunos psichistoriadores han llegado al nivel de lo cotidiano -como sucede, por ejemplo, con la última obra de P. Gay aludida en la nota a pie de página anterior- la obsesión que muestran por las pulsiones sexuales como omnipresente principio y término de sus argumentaciones conduce a un esquema reiterativo de pseudointerpretación de un inmenso número de anécdotas curiosas, que no aporta nada importante a un análisis serio de la evolución histórica de la vida cotidiana⁵¹.

⁵¹ Para ampliar estas críticas, MANUEL, F., «Use and abuse of Psychology in History», en GILBERT, F. (ed.), *Historical Studies Today*, Toronto, 1974, pp. 211 y ss., o WEHLER, N. U., «Storia e psicoanalisi», en WEHLER, N. U., YKOCKA, J., *Sul/u scienza del/a storia*, Bari, 1983, pp. 90-117 o estudios más extensos como los de BARZUN, J., *Clio und the Doctors: Psychohistory, Quanto-History und History*, 1974, o STANNAHD, D., *Shrinking History: On Freud and the Failure of Psychohistory*, 1980...

Si por las razones ahora explicadas se comprende que la mayoría de los historiadores profesionales rechacen la psicohistoria como modo de acercamiento a la vida cotidiana, todo lo contrario sucede con la llamada historia de la cultura popular que es generalmente contemplada con mirada respetuosa por la historiografía académica. Lo que ocurre es que aunque se acepte la idea de P. Burke de que «en la vida cotidiana... lo que cuenta es la cultura»⁵², parece claro que es difícil encontrar fundamentos metodológicos y epistemológicos claramente contrastados en la citada historia de la cultura popular. El rechazo del «miserabilismo» y del ingenuo populismo que caracterizó a algunos de los primeros trabajos de esta corriente historiográfica parece que está ya superado desde hace mucho tiempo. En tal sentido, la mayoría de los historiadores de esta corriente se han orientado, cada vez más, a estudiar la cultura popular de una forma nada simplista y en continua reciprocidad con la cultura de las élites, acudiendo, en algunos casos, a ideas procedentes de otras disciplinas como a las explicaciones de Bourdieu o a las ya reiteradamente aludidas de Bajtin. No cabe duda que a partir de esta corriente historiográfica se pueden encontrar nuevas sugerencias para acercarse a la historia de la vida cotidiana que incorporen planteamientos que los antropólogos y sociólogos llevan aplicando a sus estudios ya hace mucho tiempo. Sin embargo, ello exigirá que los historiadores que se acerquen a la historia de la cultura popular no recurran a ella como si se tratara de una nueva versión de la historia de las mentalidades, desde un empirismo ecléctico y aproblemático. Tal es la orientación que han defendido, en ocasiones, autores como Muchembled, al señalar que se pueden utilizar ambos conceptos indistintamente, como si ello no afectara al enfoque metodológico y fuera irrelevante para los resultados de la investigación.

Las positivas expectativas que despierta la historia de la cultura popular en torno a una mejor comprensión de la historia de los comportamientos cotidianos contrastan con las limitadas posibilidades de algunos planteamientos que, en fechas relativamente recientes, proponen poco menos que volver a Voltaire, predicando el retorno a una historia de las costumbres como el concepto que permite expresar mejor la complejidad de la cotidianidad y que englobaría todas las prescripciones que se sitúan «más allá del derecho, de la moral y de la

⁵² BURKE, P. (cd.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, 1993, p. 35.

la religión»⁵³. No parece que tenga mucho sentido postular enfoques de este tipo, ya que la historiografía de lo cotidiano no se puede permitir el lujo de retomar ideas de hace dos siglos en torno a los procesos socioculturales para obviar las complejas discusiones que se producen en otras Ciencias Sociales sobre la cotidianidad. Desde esa debilidad epistemológica nunca podrán hacerse aportaciones relevantes que quieran ir más allá del confusionismo metodológico donde «todo vale» o del empirismo que sólo puede dar como máximo hermosas muestras de narrativa.

Frente a estas versiones de la historia de lo cotidiano que ponen la mira en conceptualizaciones tan arcaicas, una de las corrientes históricas en torno a los comportamientos cotidianos que en los últimos años han sido consideradas como más innovadoras es la llamada microhistoria. No hace mucho unos historiadores españoles se quejaban de la falta de eco que habían tenido este tipo de propuestas en la historiografía española⁵⁴. Ello sería aún más acuciante en relación con una historia de la cotidianidad, que no está tan sobrada de alternativas como para rechazar frontalmente los enfoques microhistóricos fijándose sólo en algunas de sus muestras y aludiendo, exclusivamente en base a ellas, a que lo más que ha llegado la microhistoria es a ofrecer divertidas novelas históricas o abstrusos ensayos teóricos. A pesar del eclecticismo de las referencias teóricas que se manejan en la microhistoria, uno de sus méritos es que aunque sus mejores representantes han buscado en enfoques de raíz antropológica una de las claves para la renovación de la historiografía, no han derivado en una interpretación simplista de las acciones humanas hasta el punto de reducirlas a un conjunto de ritualizaciones y símbolos (que constituirían un ejemplo del «geertzismo» denunciado por Levi). De esta manera, han considerado esencial el tener en cuenta las diferencias derivadas de la existencia de grupos sociales en conflicto al realizar cualquier tipo de análisis histórico⁵⁵. Aunque luego en la praxis historiográfica estos alegatos teóricos no se cumplan todo lo que sería deseable, lo cierto es que la alternativa microhistórica proporciona al-

⁵³ POIHIER, J. (ed.), *Histoire des moeurs*, tomo T, París, 1990, p. XVTT.

⁵⁴ SERNA, I., y PONS, A., «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, núm. 12, 1993, pp. 93-133.

⁵⁵ LEVI, C., «Sobre microhistoria», en BURKE, P., *Formas...*, pp. 119-142, o DAVIS, N., «Las formas de la historia social», *Historia Social*, núm. 10, 1991, pp. 177-182.

gunas pautas desde las que se puede reconceptualizar la historiografía de la cotidianidad. Ahora bien, ello exige que los historiadores posean sobre esa corriente historiográfica una información adecuada que no se reduzca a los libros más vendidos de esta tendencia, identificándolos automáticamente como modelos privilegiados de la microhistoria. Es verdad que en algunos de estos últimos -sobre todo, en ejemplos norteamericanos del pasado decenio- se ha reproducido miméticamente la moda del retorno al sujeto de una forma exagerada y que se ha desmesurado el enfoque narrativo-biográfico, de tal manera que se ha llegado a caer en un revisionismo neopositivista, con la única diferencia frente a la más rancia historiografía de anticuarios que en vez de centrarse en los «grandes personajes» de las élites se tornan como protagonistas a sujetos de las clases populares. Es evidente que la insuficiente consolidación teórica de la microhistoria ha favorecido que su praxis historiográfica haya permitido tales muestras lamentables de novelitas mejor o peor pergeñadas, pero que no ofrecen apenas nada nuevo frente a los trabajos de la vieja colección de Hachette sobre historia de la vida cotidiana. Es evidente también que cualquier escritor que encuentre un legajo que contenga posibilidades de contar una historieta amena puede proclamarse como microhistoriador -sobre todo, si tiene la precaución de iniciar su relato con una introducción donde se expongan algunas ideas en boga que hagan pensar a algún lector incauto que por debajo de toda aquella narración aporoblemática hay algo de sustancia- o Pero trabajos -por sólo citar algunos de los más famosos ejemplos de presunta microhistoria- como los conocidísimos de Davies, Brown, Brucker... en los que resaltan algunas de estas insuficiencias, no dan cuenta de los complejos fundamentos de la escuela que se encuentran, por el contrario, diseñados en escritos teóricos como los de Grendi, Ginzburg, Levi... y, sobre todo, en las muestras más significativas de la praxis historiográfica de esta corriente que se hallan en serios trabajos debidos a microhistoriadores italianos mucho menos divulgados a nivel internacional de lo que sería deseable. En ellos se han replanteado, en el marco de la vida cotidiana, la función del mercado en las economías preindustriales, características esenciales de las estrategias matrimoniales en los grupos populares, el interés de las solidaridades vecinales y las persistencias de modelos de patronazgos, etc.⁵⁶. Bien

⁵⁶ RAMELLA, F., *Terra e telai*, Turín, 1984; LEVI, C., *L'eredità immaleriale*, Tu-

es verdad que reivindicar continuamente, como se hace en la mayoría de las investigaciones microhistóricas, la libertad del individuo frente a las normas rígidas de las instancias macrosociales, el énfasis en las redes y las clientelas... contiene inevitablemente el peligro de relegar los conflictos sociales en favor de las diversidades culturales o de las rivalidades interpersonales. Tampoco se puede ocultar que hay ciertos signos de crisis en algunos de los sectores de la microhistoria italiana como lo pone de manifiesto, por ejemplo, el que se decidiera cerrar la célebre colección italiana que dio nombre a la escuela o como lo sugiere el declive de la trayectoria intelectual de algunos de los más famosos de sus representantes⁵⁷. Pero hay que esperar que la necesidad de reconceptualización que se evidencia en esta tendencia historiográfica conduzca a que esta crisis sea una crisis de crecimiento y no provoque su eventual parálisis, de forma que no se convierta en el ejemplo de más breve duración en lo que concierne a la renovación de la historiografía de los comportamientos cotidianos.

En cualquier caso, la microhistoria ha constituido una escuela que, pese a ciertas incoherencias, ha sabido elaborar una notable aproximación teórica sobre el discurso histórico relativo a la vida cotidiana. No se puede decir lo mismo de la autodenominada historia de la vida privada, cuyo único mérito relevante ha sido el del éxito editorial. A pesar de que algunos de los defensores de esta alternativa señalen enfáticamente que «la historia de la vida privada es también la historia política de lo cotidiano»⁵⁸, la verdad es que el Estado cuando aparece -en caso de que lo haga- se encuentra recluso en el desván trasero de tal tipo de historia. En cuanto a los conflictos sociales, la trivialización que se hace de ellos en la llamada historia de la vida privada -en los ejemplos en que son someramente aludidos- no merece el espacio de una crítica. En realidad, la historia de la vida privada ni siquiera forma una corriente historiográfica coherente, sino que en ocasiones asume la vieja historia de las mentalida-

rín, 1985; GRIBAUDI, M., *Mondo operario e mito operario*, Turín, 1987, o RAGGIO, O., *Paide e parentele*, Turín, 1990.

⁵⁷ Tal es el caso de GINZBURG, C., *El juez y el historiador*, Madrid, 1993; «The Inquisitor as Anthropologist», en *Clues, Myths, and the Historical Method*, Baltimore, 1989 o de CRENDI, E., «Storia sociale e storia interpretativa», *Quaderni Storici*, 1986, pp. 971-980.

⁵⁸ PERROT, M., «Introducción», en ARIES, P., y DUBY, P. (eds.), *Historia de la vida privada*, tomo IV, Madrid, 1989, p. 13.

des, sin plantearse mayores problemas –tal como lo hacía Aries al analizar precisamente los fundamentos metodológicos de la historia de la vida privada– En otras ocasiones se reclaman en esa historia de la vida privada de una forma muy vaga los principios de la microhistoria, del análisis dramático de Cofmann... pero no se hace de ellos la más mínima aplicación seria. Demasiadas veces aparecen en ella reminiscencias foucaultianas y ocasionalmente argumentos de la etnohistoria, aspectos de la historia de las representaciones o del imaginario, o incluso otros cercanos al tan trillado «giro» lingüístico... dentro de una superposición nada rigurosa. Por ello, tampoco tendría sentido hablar más de esa moda editorial a la que hay que considerar afortunadamente como pasajera, aunque sí convendría destacar que las consecuencias que se derivan a través de ella en torno a una banalización de la historia de lo cotidiano son muy grandes, porque dada su accesibilidad es muy posible que los científicos sociales acudan a sus resultados como si fueran la versión más acreditada de la historia de lo cotidiano.

Por el contrario, una de las corrientes más interesantes de la historiografía francesa en la interpretación de los comportamientos cotidianos corresponde a la historia de la sociabilidad que a partir de los trabajos pioneros de M. Agulhon ha dado muestras de excelentes aportaciones. De hecho, incluso en España es apreciable una tendencia a su valoración cada vez mayor, de manera que si algunos hispanistas franceses observaban hace algunos años que su influencia era sorprendentemente pequeña en lo relativo a la historia contemporánea, hoy el panorama se ha modificado significativamente. Los defectos tantas veces criticados en este artículo de una excesiva «antropologización», el exagerado énfasis en la retórica de los textos, el desmedido peso concedido al sujeto... están ausentes de las mejores muestras de esta historia de la sociabilidad. Al contrario que en otras corrientes reseñadas en este artículo el peligro que encierra dicha tendencia historiográfica puede venir del extremo opuesto; esto es, de una falta de conceptualización y de una desconexión con los desarrollos que han adoptado las diversas perspectivas de las ciencias sociales en su investigación sobre lo cotidiano. No se oculta a nadie que el concepto de sociabilidad tiene negativos rasgos en común con la noción de mentalidades, como son el hecho de que en las Ciencias Sociales se lo contemple muchas veces como un vestigio de la historia temprana del pensamiento sociológico o su carácter de debilidad teó-

rica que puede favorecer el que se convierta en una aproximación problemática a la historia de la vida cotidiana. En tal sentido, no se debe dejar de señalar que amparándose en la sombra protectora de la magnífica obra de Agulhon, han proliferado en los últimos años estudios sobre la historia de la sociabilidad, donde al traspasarse sin más esta perspectiva propia de la era contemporánea a otras épocas -como la antigüedad, la era medieval o la modernidad- se ha caído en una historiografía que no pasa de ser una colección de anecdóticas aportaciones a la historia de la «convivialidad», pero que están lejos de la historia de la sociabilidad propiamente dicha ⁵⁹.

Con la revisión que se ha realizado en las páginas anteriores de diversas aproximaciones a los comportamientos cotidianos desde la historiografía no se ha pretendido, por supuesto, el ofrecer un análisis exhaustivo de todas las corrientes posibles en la historiografía de lo cotidiano. Lo único que se ha intentado es valorar algunas de las tendencias historiográficas que más han influido -o pueden influir en el futuro inmediato- en una historiografía española en torno a la vida cotidiana que no se plantee el recurso a la mera descripción de costumbres más o menos curiosas del pasado. Porque debe resaltarse que frente a las deficiencias que pueden advertirse en algunas de estas formas de práctica historiográfica -sobre las que quizá, en ciertas ocasiones, se ha hecho en estas páginas una crítica demasiado severa- son, en cualquier caso, un ejemplo de la renovación de la historiografía de la cotidianidad que -al menos, en lo que se refiere a la investigación académica- ha borrado definitivamente el estigma de ser una muestra anacrónica del positivismo historiográfico, lo que ha derivado que se aproxime, en muchos casos, a conceptualizaciones que se manejan ya hace tiempo en otras Ciencias Sociales, como se ha intentado mostrar en este artículo. Con ello se le han abierto a la historia de la vida cotidiana nuevos retos que, muchas veces, son comunes al resto de la historiografía actual. Superar las incertidumbres que esto supone no será fácil, pero siempre será más fructífero que refugiarse en perspectivas anacrónicas que no supondrían ninguna evolución, lo que es incompatible no sólo con los fundamentos generales de la Historia, sino también con la esencia misma de la historia de la vida cotidiana.

⁵⁹ THIELAMON, F. (cd.), *Sociabililé, pouvoirs el sociélé*, Houch, 1987; *Aux sources de la puissance: sociabililé el parenlé*, Houch, 1989; *De la sociabililé à la table: com-mensalilé el convivialilé a travers Les ages*, Houch, 1990.